



GUINNESS
EXTRA COLD

PALE ALE

KYLIE SCOTT

Conquista
plena

DIVE BAR

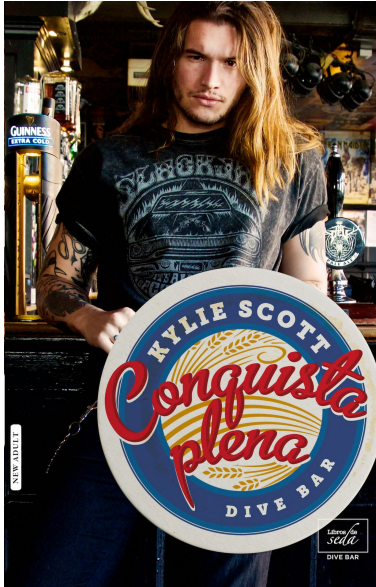
NEW ADULT

Libros de
seda
DIVE BAR



© *Jenny Ruddle Photography*

Kylie Scott es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.



Eric Collins es un chico malo y se ha ganado esa reputación a pulso. Por eso, no está teniendo mucha suerte en el amor últimamente... Cuando Jean llega a la ciudad, cree que los dioses del sexo la han enviado justo para él... El problema es que, primero, ella no quiere saber nada de él y, segundo, está embarazada.

Jean está cansada del estilo de vida que ha llevado hasta ahora. Una ciudad pequeña se le antoja el mejor sitio para empezar de nuevo y ser para su futuro bebé la madre buena y cariñosa que ella nunca tuvo. Al saber que ella está embarazada, el dueño del bar de la localidad, Eric, se olvida de ella. Sin embargo, Jean se pone de parto durante una ventisca, su vehículo se sale de la carretera y no será otro que Eric quien acuda para ayudarla. ¿Acaso él podrá dejar de ser un mujeriego para convertirse en el hombre de su vida?

Conquista plena.
Libro 3 de la serie *Dive Bar*.

Título original: *Chaser*

Copyright © Kylie Scott, 2018

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Rasgo Audaz
Imágenes de cubierta: © Tom Laurance/Slackjack Apparel
Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: agosto de 2018

ISBN: 978-84-16973-34-7

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kylie Scott

CONQUISTA PLENA

Libros de
seda

*A mis lectores.
Gracias por seguir conmigo.
Espero que os lo paséis bien haciéndolo.*

Reconocimientos

Muchas gracias a mi agente, Amy Tannenbaum, a Eileen Rothschild y a todas las personas que trabajan en St. Martin Press, Pan Macmillan, en Australia y en Reino Unido.

Gracias a Danielle y a KP, de Ink Stinger PR. Les doy las gracias especialmente a los que publican críticas y reseñas, a los que trabajan sin descanso para compartir con todo el mundo su cariño por los libros.

¡Y a las admiradoras! ¡Sois geniales! Gracias por hacer que cada día sea un poco mejor.

Respecto a mis lectores, muchísimas gracias por escoger mis novelas. Espero que os hagan sonreír.

CAPÍTULO 1

—**A**dmítelo, Eric. Solo piensas en follar.

Le di la espalda al perfecto trasero que ya llevaba un rato observando con interés, y fruncí el ceño.

—¡Vamos, Nell! Eso es un poco hiriente, ¿no crees?

—Pues no, la verdad es que no lo creo —replicó, al tiempo que acariciaba con amor su tripita de embarazada.

Fijé la vista en su rostro, evitando a propósito mirar a cualquier otra parte de su cuerpo. No quería saber absolutamente nada acerca de su embarazo. Y no es que no me alegrara por ella y por su marido, todo lo contrario. Al fin y al cabo, habíamos ido juntos al colegio y éramos amigos desde entonces. Pero, por muchas razones, los niños y yo no nos mezclábamos bien, éramos un cóctel imposible. Cada vez que veía la tripa de Nell, me preocupaba. Recé para que, esta vez, el embarazo se desarrollara sin problemas, ni para ella ni para el crío, e inmediatamente hice un esfuerzo para no volver a pensar en aquello: en el bebé que ella y yo habíamos perdido el año anterior. Había muchas cosas interesantes y divertidas a las que atender alrededor de la barra, así que no era el momento de volver a caer en la pena y los remordimientos.

—Es que no tengo ni siquiera que volver la vista para darme cuenta. Eres así de predecible. Solo con mirarte a la cara, sé cuándo ha entrado una tía buena. Tus ojos brillan como los de un gato cuando descubre a un ratón por los alrededores. —Hizo una pausa y empezó a gritarme—. ¿Eric? ¡Eric!

—¿Sí?

—Ni siquiera me estás escuchando, ¿a que no? ¡Maldita sea! —murmuró entre dientes, negando con la cabeza.

—Pues claro que te estoy escuchando. —Bueno, más o menos. La verdad es que escuchaba de fondo la voz de Nell y estaba empezando a enfadarme por lo que decía, pero también, por razones obvias, deseaba seguirle la pista a aquel trasero perfecto. Aunque eso no le daba la razón a Nell. No, señor.

—Precisamente de eso es de lo que estoy hablando —arguyó—. Tu capacidad de atención hace que la de una mosca parezca inmensa.

—Tranquilízate. Ya te he dicho que te estaba escuchando.

—Vale. ¿Puedes repetir lo que he dicho?

—Bueno, resumiéndolo mucho y desplegando mi amplia capacidad para la metáfora, me has comparado con una ducha vaginal —respondí. Estaba inspirado—. Y eso duele, hiera mis sentimientos.

—¡Ah!, ¿sí? —Nell se cruzó de brazos—. ¿De verdad quieres hacerme creer que tienes sentimientos?

—¡Pues claro que los tengo!

—De acuerdo. ¿Y por qué razón pienso que eres una especie de ducha vaginal?

—Pues... —Miré por encima de su hombro, para poder tener una buena perspectiva de una chica con un aspecto estupendo que charlaba con Lydia. Lydia era también propietaria del Dive Bar, junto con Nell y conmigo. Pero volvamos a lo importante: pelo largo negro que le caía sobre los hombros y un culito maravilloso que se balanceaba con cada uno de sus pasos. ¡Madre mía! ¡El verano era un gusto, daba rienda suelta a un maravilloso desfile de piel desnuda! El invierno también tenía cosas buenas: traía consigo vaqueros ajustados y jerséis, como los de la que pronto sería mi amiga con derecho a roce favorita. Por eso era también una estación digna de tener en cuenta para lo que nos ocupa. ¡Lástima que solo pudiera verla por detrás! Me apetecía saber cómo andaba de delantera. Tampoco es que yo sea muy quisquilloso, la verdad. Llena, generosa, escasa, descarada, suave, firme... Todas me parecían bien. Hay una frase que utilizo mucho, me gusta la filosofía en la que se basa: la vida es como quitarle el sujetador a una chica. Nunca sabes exactamente qué es lo que te vas a encontrar, pero sea lo que sea, te parecerá magnífico.

—¿Eric? —Nell agarró un cuchillo, cosa que me sacó inmediatamente de mis

ensoñaciones, y empezó a dar golpecitos nerviosos en una tabla de madera—. Estoy esperando.

—Ya, por mi afición a las mujeres y todo eso —dije. Era la respuesta obvia y, seguramente, la esperada. Por una cosa o por la otra, estaba claro, aunque el «y todo eso» fuera tan poco específico. En fin, ambas razones eran bastante generales, lo reconozco—. Piensas que soy como una ducha vaginal por las mujeres y todo eso.

—¿Y todo eso? —espetó, entrecerrando los ojos.

—¿Acaso no es verdad?

—Sí, es verdad.

—Pues, entonces, ya está. —¡Buf! Había salido al paso físicamente indemne.

—Hablo en serio, Eric. Llegará el día en el que desearás que tus expectativas en la vida hubieran sido algo más que dar caza a un trasero más o menos atractivo. —Dejó de cortar la gran pieza de solomillo y empezó a gesticular peligrosamente con la mano que sujetaba el enorme y afiladísimo cuchillo—. Lo que quiero decir es que lo más parecido a una relación a largo plazo que has tenido fue la de Alex. ¡Y todo fue porque Joe utilizó tu perfil en una red de citas para relacionarse con ella!

—¡Ja, ja! —Estaba seguro de que Nell llevaba planificando esta conversación desde hacía por lo menos una semana, y que había esperado a tener una oportunidad para darme la tabarra con ella—. ¿Me dejas que vuelva a mi trabajo?

—Tú mismo. —Clavó el cuchillo en la tabla—. Eres una causa perdida. Me rindo.

¡Gracias a Dios!

Las hormonas del embarazo hacían que Nell pareciera todavía más peligrosa de lo habitual, que ya era bastante. Sin ir más lejos, hacía poco me había echado una bronca de no te menees por respirar demasiado ruidosamente. Ahora me estaba diciendo que solo pensaba en follar. ¡Eso no era justo! No puedo negar que me he acostado con muchas mujeres. Me gustan las mujeres, sí. Me gustan mucho. Pero en la vida me interesan muchas más cosas aparte del sexo. La verdad es que me dolía bastante que una de mis mejores y más antiguas amigas, con la que había compartido un montón de experiencias, muy buenas y también muy malas, tuviera esa opinión sobre mí.

En todo caso, hoy pasaría de Nell y de su mal humor. Había otras cosas que atender en el restaurante y, como ya he dicho, mucho más agradables. Era media tarde, una hora tranquila. No tenía ningún pedido de bebidas en la barra. Taka, el camarero de servicio, estaba de pie detrás del mostrador, doblando servilletas, limpiando los cubiertos y todo eso. Así que podía dedicarme a lo que me interesaba.

—Lydia, yo me encargo. Tómate un descanso, que ya va siendo hora —le dije—. Estira las piernas un rato.

Me dirigió una sonrisa torcida, al tiempo que me estampaba en el pecho la hoja plastificada con la carta. Todo ese rollo de que las mujeres son dulces y suaves de carácter es una gilipollez.

—Muy bien, Eric —replicó—. Pero haz el favor de no pasarte, no vayas a asustarla y hacerla salir corriendo.

—¿Cuándo he asustado yo a una clienta hasta el punto de hacerla salir corriendo? ¿Sabes qué? ¡Lo único que mantiene a flote este sitio es mi magnetismo personal!

No hubo respuesta. Se limitó a mirarme fijamente con cara de malas pulgas, después dio media vuelta y salió de la zona del comedor, seguro que para hablar mal de mí con Nell o para decidir dónde enterrar mi cuerpo en el bosque. Ese era uno de los problemas de ser copropietario del negocio con dos mujeres: era el único con un par de huevos, y lo que los acompaña implicaba que me echaran la culpa de todo. Si una entrega de material llegaba tarde, culpa mía. Si había un descuadre en el arqueo de la caja, culpa mía también. Si alguien se rompía una uña, o lo que fuera, las culpas también eran para mí, ¡faltaría más! Lo tenía que aguantar todo, y eso que seguía cumpliendo mi palabra, como un campeón, de no volver a acostarme con ninguna camarera. Vale, las empleadas eran intocables. Por mí, bien. Y es que, cuando tocaba romper, las cosas se ponían un poco difíciles, es verdad. Y eso que me enfrentaba a los problemas como debe ser, sin pérdida de tiempo y sin esconderme. Pero bueno, aceptaba esa prohibición, tenía lógica.

Así que nada de tirar los tejos a las empleadas. Pero las clientas eran otra cosa. No había nada estipulado al respecto. ¡Estaría bueno!

—¡Hola! ¿Qué tal? —saludé, dirigiéndome a la morenita a la que no le faltaba ninguna curva.

La chica sonrió débilmente, sin mirarme a los ojos. Tenía unos rasgos impresionantes, bien marcados: la nariz recta y larga, y la barbilla potente. No era exactamente guapa de revista, pero sí llamativa, pese a las sombras bajo los ojos, de color azul oscuro. Seguramente, alrededor de veinticinco.

—Soy Eric —dije, entregándole la carta con una sonrisa—. Bienvenida al Dive Bar.

—Hola —murmuró. Inmediatamente empezó a estudiar la carta, mientras yo la estudiaba a ella. Sin anillo de compromiso. Montones de curvas. Un jersey azul que se ajustaba de maravilla a sus pechos. Exquisitamente abundantes, ¡viva la vida!

—Deja que adivine —dije con expresión pensativa, apoyando las manos en la silla frente a la que se había sentado.

—¿Adivinar qué? —preguntó, sin levantar la vista y con desinterés.

—Lo que vas a beber.

—¿Qué te hace pensar que voy a beber algo?

—¿Y qué otra cosa se puede hacer en un bar? —argüí, esperando a que me mirara. Resultaría difícil deslumbrarla con mi encantadora sonrisa si ni tan siquiera me miraba.

—Bueno, por lo que veo también servís comidas. De hecho, esto es un bar-restaurante, según creo. Y resulta que tengo hambre.

—Pues es verdad. ¿Entonces solo quieres agua con hielo...?

Finalmente, levantó los ojos de la carta y me miró. Azules, preciosos, interesados. Además, tenía las mejillas ligeramente enrojecidas. ¡Magnífico!

—Pues, venga, vamos con ello —dijo—. ¿Qué voy a beber?

—Veamos... tienes un sutil toque estiloso —dije, flexionando un poco los músculos de los brazos con el único objetivo de captar su atención. Por el mismo motivo, me remangué las mangas de la camisa. Era solo la parte inicial del espectáculo—. Así que, para empezar, me da la impresión de que optarás por algo clásico. ¿Un martini seco, un *old fashioned*, quizás?

—No.

—¿No? —Paseé la mirada por su cuerpo, intentando fijarme en cada detalle, sin quedarme atascado en los pechos. No resultaba fácil, la verdad, pero afortunadamente tengo mucha autodisciplina. ¡Ojos arriba!—. Igual eres una chica más directa. ¿Quizás una cerveza?

—Me gusta la cerveza —dijo. Creí adivinar que sus labios dibujaban una mínima sonrisa—. Pero no es lo que voy a pedir.

—¡Vaya! ¡Un reto! Me encantan los retos.

—¡Dios! ¡No tengo cuerpo para esto, por favor! —dijo suspirando—. Supongo que es tu forma de hacerte el simpático, intentar adivinar lo que va a beber la gente.

—Suelo acertar casi siempre.

—Siento que hayas fallado con tu golpe ganador.

—Tranquila, no pasa nada —respondí sonriendo—. Mamá siempre dice que es bueno que me pongan en mi sitio de vez en cuando, para que el ego no se me desboque.

Durante un segundo, una expresión extraña cruzó su rostro.

—Tiene pinta de ser una buena madre.

—Sí, es estupenda. Pero volvamos a hablar de ti y de tus gustos —dije, ciñéndome al guión habitual. Las mujeres suelen tragarse enterito ese anzuelo, suave y sin aristas. Aunque, en este caso, algo en su mirada me hizo dudar—. Bueno, si prefieres que me limite a tomar la comanda...

—¡De eso nada! —Me lanzó una mirada burlona—. Me has prometido un truco de magia y tienes la obligación de hacerlo. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Eric Collins.

—Eric. Hola.

—Soy el dueño de este sitio. —Era verdad, o mentira, solo en parte, pero me daba puntos. De triunfador.

—¿En serio? —Enarcó las cejas, bastante sorprendida, y echó un vistazo alrededor, como si no se hubiera fijado bien en el aspecto del bar. Esperé con paciencia. Habíamos trabajado muchísimo para convertir el antro que compramos en el local moderno, limpio y con estilo que ahora era. Paredes de ladrillo visto y madera oscura, pulida y brillante. Espejos a lo largo de la barra, con estanterías de cristal en las que se alineaban, perfectamente colocadas, cientos de botellas. Grandes ventanales para dejar que entrara la luz y algunos toques metálicos.

—Es un sitio magnifico —reconoció—. Tienes que estar orgulloso.

—Lo estoy. —Adelanté la mano y ella me la estrechó. Tenía los dedos firmes

y cálidos—. Encantado de conocerte...

—Jean Antal.

—Jean. Un nombre precioso.

Sin soltarme la mano, se encogió de hombros.

—Mamá era fan de David Bowie.

—Bowie es imbatible.

—Sí.

—Supongo que eso te convierte en Jean «Genie». Tu obligación es ser genial.

—¡Ja! Supongo... —Volvió a soltar una de esas risas cortas y controladas. Pensé que me podría pasar todo el día escuchándolas. Pero, de repente, la felicidad huyó de su rostro—. Era su canción preferida.

«¡Mierda, joder!». Suavicé el tono todo lo que pude.

—¿Tu madre ha muerto?

—No. —Pestañeó.

—¿Ah, no?

—Perdona. —Negó con la cabeza. Parecía un poco aturullada—. Tanto mi padre como mi madre están vivos y bien de salud. Solo quería decir que siendo yo niña, esa era su canción favorita. Eso es todo, ni más ni menos.

—Bueno, me alegro, entonces.

—Hum. —Miró hacia nuestras manos, aún entrelazadas, y la ligera presión y la tibieza de su piel se diluyeron a la velocidad del rayo—. ¡Vaya, perdona! No era mi intención retenerte la mano.

—No importa. Si quieres seguir haciéndolo, adelante. ¡Te animo a ello!

Soltó una risa de sorpresa.

—¡Anda que...! Con ese pelo tan largo, esa coleta, esa cara y todo lo demás... Eres un seductor empedernido, Eric.

—Gracias. Tus ojos también hablan por ti. —Sonreí satisfecho—. Y todavía te debo un truco.

—Es verdad, mi bebida —dijo. Noté que se relajaba—. Adelante, adivínala.

—Muy bien. —La miré buscando inspiración, procurando no distraerme demasiado o, al menos, que no lo pareciera. La imaginaba desnuda en mi cama. No me resultó nada fácil, pero, como ya he dicho, ¡autodisciplina!—. Pues me decanto por un viuda negra.

—¿Un viuda qué...? —se asombró, pestañeando varias veces seguidas.

—Sí, un viuda negra. Moras, tequila blanco, zumo de lima y sirope de azúcar —expliqué—. Eso es lo que creo que vas a pedir.

—¿Y se puede saber por qué iba yo a pedir eso?

—Es dulce, pero potente. —Le dediqué la mejor de mis sonrisas—. Creo que te gustará.

—O sea, que no tiene nada que ver con que te parezca capaz de matar a maridos ricos, o que tenga predisposición a ello.

—¡No, por supuesto que no! —me defendí riendo. Pero de repente me detuve—. Oye, no estarás casada, ¿no? Quiero decir que eres soltera, ¿no?

Abrió la boca, pero no pronunció ni una palabra.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

—Relájate, Eric. —Se tocó la barbilla y volvió a mirar la carta arrugando un poco la frente—. Soy soltera.

—¡Bien! —Solté el aire y volví a sonreír—. Eso está bien. Porque, de lo contrario, invitarte a cenar esta noche hubiera sido un poco extraño.

Silencio absoluto por su parte.

Sin problemas. Ya volveríamos a eso más adelante.

—No te había visto nunca por aquí. ¿Vives en la ciudad o estás de visita?

—La verdad es que me acabo de mudar a la zona —dijo—. De hecho, hoy mismo.

—¡Eso es estupendo!

Por muy entretenidos que resultaran los encuentros sexuales de una sola noche, últimamente había estado pensando en establecer una relación más seria con alguien. Era una posibilidad, al menos para probar. Se trataba de una reflexión personal, no tenía nada que ver con las lecciones diarias de Nell.

Lo cierto es que ya me estaba acercando a los treinta. Y el año anterior había pasado por experiencias muy duras. Es cierto que quien peor lo había pasado era Nell, pero también ella había recuperado sus fuerzas. Estaba embarazada y, esta vez, del hombre adecuado, es decir, de su marido, Pat. No tenía ningún sentido que yo siguiera dándole vueltas a todo aquello.

Probablemente, lo que más me afectaba era el hecho de que Joe estuviera la mar de bien con su nueva novia. Joe, mi hermano. Mi hermano pequeño. No había tenido éxito con las mujeres hasta entonces, ¡por el amor de Dios!, pero desde que Alex había llegado a la ciudad, no paraba de sonreír, como si le

hubiera tocado el gordo de la lotería.

De todas formas, me sentía... no sé exactamente cómo. Perdido no era la palabra. Desde hacía unos meses, la idea de sentar un poco la cabeza no paraba de rondarme. Ya no me parecía algo tan descabellado como antes, como algunos años atrás. En realidad, esta chica sería perfecta para la causa, al menos desde el punto de vista físico. Me zambullí en la imponente cara de Jane y en sus voluptuosas curvas. Seguro que podríamos salir juntos, ver películas y hacer todas esas cosas que se hacen en pareja. ¡Hasta ir de la mano por la calle! Así le demostraría a Nell que no era un simple mujeriego, inmaduro y superficial.

Bueno, la verdad es que me estaba pasando conmigo mismo.

—¿De dónde eres? —pregunté, retomando la conversación.

—De Jacksonville, en Florida.

—¿Sí? ¿Así que has ido al Night Garden y a Emory's?

—¡Me encanta Emory's! Es la mejor disco de la ciudad.

—Pasé por allí cuando volvía de Miami —dije. Con esa energía y esos gustos, pensé que sería de las que les gustaba la fiesta—. Muy buen ambiente, y el DJ es increíble...

—Mis amigos y yo solíamos ir a bailar allí todos los sábados por la noche. — Se quedó mirando a ninguna parte—. Fueron buenos tiempos.

—¡Oye, que el que te hayas mudado a Coeur d'Alene no significa que la vida se haya acabado para ti! Esta ciudad es estupenda. Además, puedes venir por aquí, si te apetece. La mayoría de los fines de semana tenemos actuaciones en directo —dije—. Eres bienvenida.

De entrada, no contestó. Siguió mirando al infinito.

—Bueno, seguramente estaré por aquí —terminó diciendo quedamente.

Taka acomodó a un grupo de clientes en una mesa cercana y me miró con gesto divertido. Típico. Eran incapaces de borrar esas sonrisas tontorronas de la boca cuando comprobaban que se me daban bien las mujeres. Taka, Nell, Lydia... en fin, todos ellos.

—Bueno, Jean. —Volví a apoyar las manos en el respaldo de la silla de enfrente y me incliné un poco hacia delante, intentando captar su atención otra vez—. ¿Te preparo entonces un viuda negra? Por cuenta de la casa, naturalmente.

—¿Es esta tu manera de ganar dinero?

—No, es mi manera de ganar amigos.

—Muy bien —resopló—. Pero que sea virgen, por favor.

—¿Lo quieres sin tequila? —pregunté sorprendido. Si era abstemia, lo normal hubiera sido que lo hubiese dicho antes, dado el tipo de conversación que habíamos mantenido.

No tuvo ocasión de responder.

—Jean. —Andre se acercó a la mesa. Me dio un golpe en el hombro antes de dedicarle a ella una sonrisa muy amigable. Demasiado amigable. ¿Y cómo es que sabía su nombre? En mi cabeza empezaron a sonar timbres de alarma. Y es que, aunque Andre era algo más de diez años mayor que yo, seguía teniendo mucho éxito con las mujeres—. ¿Cómo te va? Ahora estoy libre, si estás preparada.

—¿Preparada para qué? —pregunté. Hasta yo noté el tono de irritación en la voz. ¡Me salió así!

—Voy a alquilar uno de los apartamentos de arriba —afirmó Jean, con los dedos entrelazados encima de la mesa.

—¿Ah, sí? —pregunté, enarcando las cejas por la sorpresa.

—Sí —dijo Andre—. Vais a ser vecinos, mira por dónde.

—Ya... —Procuré no hacer ningún gesto mientras mi cerebro se hacía a la idea. Seguramente decir que estaba pensando en otra cosa no habría sido lo más oportuno. La verdad era que aún le estaba dando vueltas a la idea de por qué no iba yo a echarme novia, pero eso de que viviera al lado me pareció demasiado.

—Así que, ahora, Joe y Lydia, Jean, tú y yo vamos a ser vecinos ahí arriba. —Andre se frotó las manos de felicidad. Normal. Era el dueño del edificio y lo de convertir en apartamentos la parte de arriba no resultó nada barato: había que amortizarlo—. Eso significa que ya están alquilados todos los apartamentos.

—Estupendo —musité.

Jean se limitó a asentir y volvió a echar un vistazo a la carta.

—Me has dicho que tenías hambre. ¿Qué te preparamos? —pregunté, dejando a un lado mi repentino cambio de humor. A peor, naturalmente.

—La verdad es que aquí todo está bueno —la animó Andre—. Y sobre todo la *pizza*. Yo todavía no he comido, ¿te importa si te acompaño? Si quieres, después te enseño el apartamento y te ayudo a deshacer el equipaje.

—Eso estaría bien —dijo Jean—. Ahora tengo que comer, porque si no me va

a dar algo.

—Yo también puedo echar una mano —dije mientras daba un paso atrás para dejar sitio a Andre. A regañadientes, por supuesto—. Y puede que también Boyd y Taka. Hoy no parece que estemos muy liados.

—Gracias —dijo, asintiendo.

¡Vaya por Dios! Andre era uno de mis amigos más antiguos, sí, pero esto no formaba parte del plan, para nada. Me estaba bloqueando. Primero comerían juntos, charlando amigablemente y, después, ¡bum!, seguro que se acostaban. Eso no estaba bien. ¡Era yo el que quería acostarse con Jean! Y también charlar con ella y comer con ella y todo lo demás —podéis incluir aquí todos esos rollos aburridos que implica salir con alguien.

—Quiero la *pizza* de patata, cebolla caramelizada y beicon, por favor —ordenó.

—Para mí la vegetariana, ya sabes —añadió Andre—. Y una cerveza, gracias.

—Eso está hecho —contesté, mirando al muy cabrón con los ojos entrecerrados. Seguramente ni se dio cuenta.

—¿Viuda negra? ¿Virgen? —Le brillaron los ojos y, de nuevo, se le suavizó el gesto.

Es bueno saber que esta suavidad solo aparecía cuando me miraba a mí. Puede que, después de todo, no tuviera que tirarle la cerveza encima a Andre. Bueno, ya se vería.

—Enseguida —dije mientras tomaba nota—. Ahora traigo las bebidas.

Pasé la comanda de la comida a la cocina y me dirigí a la barra. En una hora o dos, Vaughan vendría para el turno de noche, en el que solía haber bastantes más clientes. Pero, de momento, el sitio era mío y solo mío.

Cuando se nos ocurrió la idea de abrir el Dive Bar, todo el mundo sabía muy bien qué era lo que quería. Nell se encargaría de la cocina. Pat pondría dinero, pero no trabajo, pues tenía que atender el estudio de tatuajes de la puerta de al lado. Y yo me ocuparía de la barra y las bebidas. Por supuesto, la gestión del bar significó muchísimo más trabajo del que nos habíamos imaginado. Lydia compró la parte de Pat y pasó a encargarse de la gestión del restaurante. Fue un cambio a mejor, sin duda. Así, Nell se centró mucho más en la cocina, y yo en la barra. Era lo mío, lo que hacía bien y lo que me gustaba.

Habíamos conservado el gran escenario original de madera, que era algo más

ancho de lo normal y muy largo, seguía manteniendo los nombres y lo que había escrito la gente cuando el sitio era todavía solo un bar de actuaciones en directo. Lo limpié con un paño. La madera estaba pulida y me gustaba dejarla brillante, impoluta. Me olvidé por un momento de Jean y de su magnífica figura: era el momento de volver a ocuparse de la barra y prepararla para el turno de tarde-noche. Hileras perfectamente rectas de botellas limpias y relucientes, doce grifos de cerveza y estantes para vasos y copas resplandecientes. Puede que no fuera la mejor barra del mundo, pero en ella me sentía en casa y me encantaba su aspecto. Amaba esa barra.

Allí, en la mesa, Andre y Jean mantenían una conversación fluida. No les quité ojo. En una escala del uno al diez, le daría a la sonrisa de Jean una nota de seis, siete, como mucho. Se comportaban de una manera agradable y educada. Nada parecido a lo cálido e insinuante de su sonrisa hacia mí. Siempre de diez. ¡Qué bien!

Preparé con esmero el cóctel de Jean. Machaqué bien las moras, exprimí las limas y medí la cantidad de sirope. Me fastidió bastante no poder añadir el tequila. Era como pedirle a Vincent Van Gogh que, la próxima vez que fuera a pintar estrellas, lo hiciera sin utilizar el color azul. O decirle a John Bonham, el batería de Led Zeppelin que, en el próximo concierto, interpretara con calma su solo de *Moby Dick*, si es que pudieran resucitar para hacerlo, claro, es solo una manera de hablar. Quiero decir que lo del coctel sin tequila era algo inadecuado, equivocado de medio a medio. Apreté los dientes, añadí algo de soda y un poco más de zumo de lima para intentar compensar la falta de tequila.

Al tirar la cerveza de Andre, dejé que mi mente volviera a centrarse en Jean. Puede que quedáramos, en serio, estaba muy buena, era agradable y no tenía síntomas aparentes de estar chalada, salvo el comentario acerca de asesinar a sus exmaridos. Y, lo más importante, estaba bastante seguro de que la chica se había fijado en mí, lo cual, ahora que lo pensaba, podía implicar que el hecho de que viviéramos al lado terminara siendo una ventaja. A veces mi horario de trabajo era extraño, y así no tendría que moverme en coche más de la cuenta. Me pregunté qué pensaría mamá de Jean. Nunca había llevado a una chica a casa para que conociera a mamá, pero puede que lo hiciera en el caso de Jean. ¡Chúpate esa, Nell!

Una vez preparadas las bebidas, salí de detrás de la barra. La cosa fue de lo

más rara, hay que reconocerlo, porque Nell salió disparada de la cocina a la vez que yo.

—Jean, ¿eres tú? —dijo en voz alta—. ¡Vaya por Dios! ¿Por qué no me habías dicho que estabas aquí?

Me quedé helado. ¿Cómo demonios podía ser que se conocieran? Eso no era nada bueno, no señor...

—Parecías ocupada, así que no me importó esperar. —Jean resplandecía de felicidad. Su marcador de sonrisas había alcanzado el once, o incluso el doce.

Nell se acercó a la mesa de mi todavía-posible-futura-novia-pero-ahora-lo-veo-más-difícil, que se puso de pie. A ello le siguieron montones de demostraciones de afecto de lo más femeninas, a saber: besitos, abrazos, grititos y todo eso. Me pregunté si Nell le habría dicho o no algo acerca de mí. Quizá la situación todavía podía salvarse.

—¡No sabes lo que me alegra que te hayas venido a vivir aquí! —exclamó Nell—. ¡Va a ser estupendo!

—Eso espero —dijo Jean, y después suspiró.

—Lo será, ya lo verás. Un nuevo comienzo, desde cero.

Después, las dos mujeres se separaron, y pude observar perfectamente el perfil de la tripa de embarazada de Nell. Pero resultó mucho peor darme cuenta de que Jean también tenía la suya propia. Su tripa de embarazada, quiero decir, por si no lo habíais entendido. ¡Estaba preñada! Y a base de bien. El vaso largo se me escapó de las manos y cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos y derramando el cóctel.

—¡Menuda mierda! —murmuré, pero nadie me oyó.

CAPÍTULO 2

¡Me habían traicionado! ¡Y engañado! Después de que Jane y Andre comieran, salimos para ayudar con el traslado de sus cosas. El frío viento acompañaba a la perfección a mi estado de ánimo. Me sentía defraudado.

—No lloves tú eso. Parece muy pesado —espeté.

—Es una almohada... —replicó Jean pestañeando.

—La almohada más grande de la historia de la humanidad. Cualquier precaución es poca. —Posé la mirada sobre su vientre una vez más—. Estás...

—¿Embarazada, quieres decir? —preguntó, con un tono de voz que destilaba dulzura y veneno, todo al mismo tiempo—. ¿Tienes algún problema con el concepto?

—Naturalmente que no. Simplemente iba a decir que estás enorme, eso es todo.

—Gracias, Eric. Eso hace que me sienta mucho mejor —dijo, soltando después un bufido de exasperación.

—Solo quería...

—No te molestes, lo he captado. —La chica se dio la vuelta hacia su bonito todoterreno urbano y continuó sacando trastos. Me sorprendía que hubiera sido capaz de meterse en el asiento del conductor. El interior del vehículo estaba absolutamente atestado de cosas, sobre todo de cajas. Y cada una de ellas tenía una etiqueta que explicaba con exactitud lo que contenía. Parecía extraordinariamente organizada. Me miró por encima del hombro.

—Mira, no he podido evitar darme cuenta de que Eric-el-ligón-encantador se

ha convertido de repente en Eric-el-gilipollas-maleducado.

—Bueno, me dijiste que estabas soltera —expliqué, cruzando los brazos sobre el pecho de forma desafiante.

—Y lo estoy.

Se produjo un silencio incómodo.

—Sí, ya lo sé, pero... quiero decir... en tu situación... —Lo confieso, me quedé atascado, del todo.

Se volvió para mirarme. Bueno, en realidad, para fulminarme con la mirada, como si fuera yo el que tuviera el problema.

—Anda, déjame sitio para que pueda subir algunas cajas —dije con voz un poco ronca.

Ninguna respuesta por su parte, ni gestual ni de palabra.

—Tienes que subir a un segundo piso, y son un montón de cosas. Deberías tomártelo con calma. —Puse los brazos en jarras y empecé a dar golpecitos en el suelo con la punta de la bota de cuero, esperando a que se quitara de en medio—. Jean, no tengo ninguna intención de meterme contigo, o de insultarte. Solo quiero ayudar.

Masculló una palabrota y se dio la vuelta para seguir sacando cajas del coche. Yo creo que era la primera mujer que me dejaba con la palabra en la boca tan rápidamente. Generalmente me comporto con mucha educación durante unas dos horas, minuto más, minuto menos; hasta que se desnudan delante de mí, quiero decir.

¡Aún no me podía creer lo que estaba pasando!

Seguramente Dios me odiaba o algo así. Para mí, las mujeres embarazadas eran como un enema... o anatema o como se diga. Ahora que la veía a la luz natural del otoño, me pareció más joven que antes. Pese a los ojos cansados, el aspecto de su piel era suave y delicado. Seguramente estaba más cerca de los veinte que de los veinticinco.

—¿Qué edad tienes? —pregunté.

—¿Y a ti qué te importa?

—Era simple curiosidad —contesté, encogiéndome de hombros.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Cerca de treinta.

—Pues yo, veintidós —resopló.

Muy joven, tal como había pensado. Probablemente era muy inmadura para mí.

—Vamos, Jean, déjame que te ayude con alguna caja.

Boyd salió del Dive Bar y miró a lo largo de la calle, hacia un lado y hacia el otro. Levanté la mano y echó a andar en dirección a donde estábamos. Era muy grandón, así que su ayuda nos vendría de perlas, con todo lo que había que trasladar. Por delante de nosotros, Andre y Nell salieron por la entrada de los arrendatarios del edificio Bird. Se trataba de una construcción de ladrillo de hacía más o menos un siglo. Nada más pasar la puerta, y tras un pequeño vestíbulo, había una escalera por la que se subía al segundo piso, y después dos locales comerciales vacíos, con las ventanas llenas de carteles anunciando actividades locales: conciertos, partidos, marchas y ese tipo de cosas. Por desgracia, llevaban bastante tiempo sin alquilar. Más allá estaba la tienda de guitarras de Andre, Guitar Den, y junto a ella el establecimiento de tatuajes de Pat, Inkaho. El Dive Bar hacía esquina.

—Todo está preparado. Lydia y yo hicimos limpieza la semana pasada, para asegurarnos —dijo Nell, dándole un beso en la mejilla—. Dentro de un rato conocerás a Lydia. Seguramente ahora estará ocupada. Siempre está haciendo cosas, y no sale mucho.

—No teníais por qué haberlo hecho, de verdad —dijo Jean—. Muchísimas gracias.

—Estamos para lo que quieras.

—Ayer llegaron también tus muebles —dijo Andre, apoyándose en el vehículo—, así que todo está listo para entrar.

—Estupendo —dijo Jean—. No sabéis las ganas que tengo de volver a dormir en una cama decente. Los viajes por carretera cuando estás embarazada de siete meses son una mierda, y me quedo corta.

—No me cabe la menor duda.

—¿Quién se está encargando ahora de la cocina? —pregunté.

—Lydia le mandará un mensaje a Boyd si necesitan algo —respondió Nell—. Estamos al lado, en cualquier caso.

Fruncí el ceño.

—La cocina es mi responsabilidad, Eric, no la tuya —espetó—. Tú te encargas de la barra y de las bebidas, y punto.

Una de las cejas de Jean se alzó mínimamente.

Puede que hubiera deducido de lo que le había dicho que yo era el único dueño del restaurante. Menuda mierda. Me crucé de brazos.

—Vale. Tampoco hace falta que me muerdas.

—Mi mejor amiga de Internet se acaba de mudar a la ciudad. Hemos estado chateando y hablando por Skype desde hace meses. Para mí ha sido como un ancla durante los meses de embarazo, después de lo que ocurrió el año pasado —dijo Nell—. Deja de fastidiar la felicidad que siento, Eric.

Tras esa gloriosa intervención, se produjo un silencio tenso. ¡Estupendo! Si hubiera alguna forma de escabullirse de allí sin parecer un cabrón sin entrañas... La posibilidad de que surgiera algo entre Jean y yo había quedado enterrada unos seis metros bajo tierra. Era algo de lo que ya no había que hablar.

Después de frotarse las manos con entusiasmo, Andre dio un paso adelante.

—Bueno, pues vamos a trasladar tus cosas.

—Muy bien —Jean se echó hacia atrás sin discutir—. De acuerdo.

Boyd esbozó una sonrisa cohibida, agarró aproximadamente la mitad del contenido del todoterreno y enfiló la escalera. Jean lo siguió, cargando con la almohada más grande del mundo, además de un bolso verde, estilo retro, y una caja pequeña. Yo habría cargado con otra caja, que aunque no era grande parecía pesada, pero no vi la manera de hacerlo sin que empezara otra discusión. Las mujeres embarazadas eran frágiles. Nell lo sabía mejor que nadie. Tendría que haberme respaldado en esto.

Andre y yo cargamos con el resto mientras Nell miraba y supervisaba, haciendo sugerencias, la verdad es que acertadas. Seguro que su marido, Pat, estaría ocupado haciéndole a alguien un tatuaje, porque si no seguramente que se hubiera unido al equipo de mudanza.

El apartamento que había alquilado Jean era el más grande, y estaba justo encima del Dive Bar. Mi hermano Joe se había encargado de la construcción, y había transformado el antiguo edificio de oficinas en apartamentos. Los otros eran estudios, pero este tenía un dormitorio justo a la derecha de la entrada y una especie de *office*, o habitación pequeña, a la izquierda, además del baño. Supongo que esa zona sería magnífica para el niño que venía. Al final del pequeño vestíbulo se abría una zona abierta para la cocina, sala de estar y comedor, todo en una pieza. Joe había hecho un trabajo espléndido: parecía

sacado de una revista de arquitectura y decoración.

Y allí estaba Jean, en medio de todo, llorando a moco tendido, como si le hubieran roto el corazón. Sin pensar, cerré la puerta de golpe.

—¿Pero qué has hecho? —le dije gritando a Boyd, que tenía los ojos como platos.

El hombretón se encogió, y empezó a mirarnos a Jean y a mí alternativamente.

—¿Has dicho algo? — Era poco probable, dado que Boyd casi siempre optaba por la mudez más absoluta, pero nunca se sabe.

—Eric, no pasa nada —dijo Jean, enjugándose las lágrimas con las palmas de las manos—. No ha hecho nada, en absoluto, solo ayudarme, y mucho. Lo que pasa es que...

—¿Lo que pasa es que qué? —. Dejé las cajas en el suelo. Creo que se me notaba en la cara lo tenso que estaba.

—Este sitio —dijo.

—Vamos, vamos —dije, intentando, y creo que logrando, suavizar el tono de voz—. Puede que no sea exactamente lo que te esperabas, pero el que ha construido esto es mi hermano Joe y te aseguro que ha hecho un trabajo estupendo con...

—¡Pero si es perfecto! —Lo recorrió con la vista, esbozando una sonrisa trémula—. ¡Me encanta!

—Ah, entiendo... —La verdad es que no entendía nada.

Dándose cuenta por su enorme agudeza de que, por fortuna, la cosa no tenía nada que ver con él, Boyd desapareció del mapa a toda prisa. Lógico, era casi mudo por decisión propia, pero no tonto.

—¿No te parece increíble? —preguntó.

—Pues sí, claro que sí. —Mi hermano trabajaba muy bien, y el apartamento era magnífico, pero tampoco era la Capilla Sixtina, u otro lugar capaz de arrancar llantos de pura emoción—. Increíble.

—Sí —dijo efusivamente, abriendo los brazos como si quisiera abarcar con ellos toda la estancia—. Ya me siento como en casa.

—Eso está bien... supongo.

—Es una maravilla —me corrigió Nell, que entró justo a tiempo para introducir una nota positiva. Le pasó el brazo por los hombros a Jean y se los

apretó, mientras me lanzaba una mirada extraña, o al menos a mí me lo pareció. En todo caso, no tengo ni la menor idea de qué era lo que significaba, o lo que quería transmitirme. ¿Acaso se supone que también tengo que ser capaz de leer la mente a las embarazadas?

Andre dejó su carga junto a la mía. Después se fijó en los ojos enrojecidos de Jean y arrugó la frente.

—¿Algún problema?

—No, ninguno —le tranquilicé—. Le encanta el sitio.

Asintió como si lo entendiera. ¡Comediate!

—Me siento avergonzada —confesó Jean. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo de los *jeans* y se sonó la nariz. Tenía las mejillas como un tomate y miró con atención la madera del suelo, como si quisiera saber de qué país procedía. No nos miró a ninguno.

—Son las hormonas del embarazo —dijo Nell—. Lo más divertido del mundo.

—Ayer me eché a llorar porque en una tienda se había acabado el chocolate con leche.

—Me da la impresión de que eso es pasarse un poco —dijo Nell, inclinando algo la cabeza.

—Jean tiene todo el derecho a sentir lo que quiera y a expresarlo como le dé la gana —dije, un poco cabreado. Nell tenía que tener un poco de cuidado. Lo único que nos faltaba era que la chica empezara a llorar otra vez. Me quedé de pie, con el cuerpo rígido—. Y el chocolate con leche está buenísimo. Ya sabéis, cuando algo apetece, pues apetece, y ya está.

Jean me echó una mirada vacua, pero al menos no se echó a llorar. Tras mis palabras se produjo un silencio absoluto. Nadie dijo nada, aunque Nell continuó con sus miradas raras.

Finalmente, Andre tosió, tapándose la boca con el puño.

—Solo pretendía bromear, Eric —dijo Nell, hablando despacio.

—¡Ah, vaya! —Tragué saliva—. ¿Y cómo iba yo a saberlo?

También, muy, muy despacio, los labios de Jean se curvaron hacia arriba, La verdad es que esa sonrisa parecía un tanto taimada, sigilosa, ya me entendéis. Me gustaba, pero volvió a acariciarse la tripa con las dos manos, trazando círculos sobre su superficie. Seguía estando embarazada, por supuesto.

¿Qué demonios estaba haciendo allí? Aparte del idiota, claro. Todo había sido culpa de Jean. Había algo en ella que me desconcertaba. Estaba enervado y notaba la garganta seca y tensa. Necesitaba aire fresco, lo necesitaba inmediatamente.

—Bueno, en cualquier caso, tampoco puedo estar aquí de cháchara toda la tarde. ¿Las cajas están bien donde están?

—Sí, gracias —respondió Jean—. Ya lo iré colocando todo a mi gusto.

Pues muy bien. Me dirigí a la puerta, seguido de cerca por Andre. Cada vez anduve más deprisa, pues tenía ganas de alejarme lo antes posible de esta mujer y de todos sus problemas y depresiones. En Coeur d'Alene había montones de mujeres, y no todas habían oído hablar mal de mí, al menos todavía, tiempo al tiempo... En todo caso, si no pudiera encontrar alguna buena candidata a ser mi novia en la ciudad, siempre me quedaba la alternativa de buscar en Spokane.

Aceleré todavía más el paso, pues acababa de descubrir que tenía un objetivo vital, un plan, y dicho plan no incluía a Jean Antal. De ahora en adelante, me alejaría de esa mujer como del infierno. Problema resuelto.

—Tranquilo —dijo Andre mientras bajábamos casi corriendo por las escaleras.

—¿Cómo dices?

Se limitó a mover la cabeza y sonreír entre dientes.

—¡Que te den! —gruñí.

El muy estúpido soltó una carcajada.

Mientras tanto llegó Nell. Había bajado las escaleras bastante rápido teniendo en cuenta su estado. La cola de caballo roja se movía de un lado a otro y le brillaban los ojos de pura furia.

—¿Pero se puede saber qué demonios estás haciendo?

—Ayudar a Jean en su mudanza.

—Me he fijado en la forma en que la mirabas. —Me clavó el dedo índice en el pecho.

Andre se dio la vuelta y siguió andando. ¡Cobarde!

—¿Pero de qué hablas?

—Esa chica ya tiene bastante mierda en su vida —afirmó Nell, poniendo los brazos en jarras—. Esto va a ser para ella un nuevo comienzo, desde cero, y no vas a ser tú quien se lo fastidie.

No tenía la menor intención de hacer tal cosa.

—¿Cómo se te ocurre intentar tener un rollo con una mujer embarazadísima?
—preguntó con voz de disgusto—. ¡Como si no tuviera suficientes problemas con los que lidiar!

—No tengo ningún interés en ella —mentí.

—Pues mejor que no lo tengas. —Relajó un poco los hombros—. No te acerques a ella, Eric. ¡Porque si no, te vas a enterar!

CAPÍTULO 3

—¿A qué vienen esos pucheros?

Solté el vaso que había estado limpiando. La verdad es que no había tenido nada de tiempo para aburrirme, porque fue una noche de lo más ajetreada. Estaba molido.

—¿Cómo?

—Llevas diez minutos limpiando el mismo vaso, y también haciendo pucheros—dijo Alex, mirándome por encima de la pantalla de su portátil—. Quiero saber por qué.

—Los hombres no hacemos pucheros.

—¡Pues claro que sí! —replicó, pestañeando.

Fruncí el ceño y volví la vista hacia mi hermano, que acababa de servir a alguien en la barra. Joe y yo no parecíamos hermanos. A ver si consigo explicarme: mi aspecto era, digamos, más sofisticado, y el suyo, digamos también, más de leñador. Yo tenía el cuerpo fuerte aunque esbelto, y él tenía pinta de salvaje, con su larga barba y esos músculos que parecían a punto de estallar. Afortunadamente, su carácter era comparable al de un oso, más parecido a uno de peluche que a un *grizzly*.

—¡Oye, controla a tu chica! —le grité—. Me acaba de acusar de hacer pucheros.

—¿De verdad? —La pequeña morenita entrecerró los ojos. No era mi tipo, pero mi hermano y ella estaban juntos y eran felices, después de un inicio de relación bastante tormentoso, con el que, por desgracia, yo había tenido bastante

que ver. Era una historia larga y complicada, pero de la que no tuve ninguna culpa. Alex se aclaró la garganta y se puso muy derecha sobre el taburete—. Pues tengo que decirte que tu hermano lleva haciendo pucheros desde que llegué, y hace ya más de una hora. Por favor, explícamelo.

Mi hermano cruzó sus enormes brazos sobre el pecho y soltó un potente suspiro.

—Él tiene razón, señorita. Los hombres no hacemos pucheros... Nosotros rumiamos.

—¡Exacto! Bien dicho, Joe —confirmé.

—El hecho de sugerir siquiera que hacemos pucheros constituye en sí mismo una afrenta a nuestra masculinidad.

—Eso es —asentí—. Tal cual.

—Todo el mundo sabe que rumiar es cosa de hombres. Se pone en juego un montón de testosterona.

—Y sobre todo cuando soy yo quien lo hace —añadí—. Probablemente la palabra que buscabas era que estaba «cabreado».

Alex puso los ojos en blanco.

De fondo sonaba un tema de *Arcade Fire*, mientras Rosie y Taka terminaban de recoger las mesas. Lydia estaba ocupada en el mostrador del restaurante, y Boyd y el pinche de cocina terminaban de limpiar. Nell se había marchado a casa alrededor de las nueve, cuando la cosa estaba empezando a aflojar. Ya cerca de medianoche, solo quedaban en el restaurante un grupo de ocho jóvenes y algunas parejas.

—Sois un par de idiotas —dijo Alex, reprimiendo una sonrisa—. Pero eso ya lo sabéis, ¿no?

—Bueno, tampoco hace falta que te pongas agresiva por el simple hecho de haberte equivocado —dije—. Acepto tus disculpas, no te sientas culpable por no saber ciertas cosas.

—¿Disculpas? —gruñó—. Bueno, tú ganas, pero a lo que vamos, ¿por qué rumiabas de esa forma tan masculina? O, para ser más precisa, ¿por qué te mostrabas «cabreado»?

—Por nada especial. —Ahora me tocaba suspirar a mí. Desvié la conversación, dirigiéndome a Joe—. Oye, chaval, quiero preguntarte una cosa. Esa arrendataria nueva, Jean, vive prácticamente encima del bar. Ya sé que me

dijiste que probaste el aislamiento acústico y que era perfecto, pero la cosa es que está embarazada, y me preguntaba si no sería mejor que bajáramos un poco el volumen de la música, al menos entre semana, cuando ya se ha hecho tarde.

—Te garantizo que no se oye nada, a no ser que tenga la ventana abierta y escuche pasar los coches.

—El que esté embarazada no significa que haya que envolverla en algodón, ¿sabes? —dijo Alex, en tono de burla.

—Ya lo sé —repliqué, mirándola mal.

—Ahí está otra vez, ¡eso ha sido un puchero, no lo niegues! —exclamó, señalándome con el dedo y muerta de risa.

—¡Anda, chica, pues tenías razón! —exclamó el capullo de mi hermano, fingiendo preocupación—. Eso se ha parecido muchísimo a un puchero... muy femenino.

Arrugué la frente todavía más.

—¡Venga, hombre! —dijo Joe, poniéndose serio—. Es jueves, estás detrás de la barra, el local ha estado toda la noche hasta los topes... y, sin embargo, pones la misma cara que pondría un crío al que se le hubiera muerto la mascota. ¿Qué demonios te pasa?

Volví a suspirar y bajé los hombros con gesto de resignación.

—Pues no lo sé... Bueno, sí, es algo que me ha dicho Nell hoy. A decir verdad, lleva un tiempo dándome la tabarra.

Alex y Joe se miraron.

—No es nada, de verdad, una estupidez. No os preocupéis.

—Muy bien —dijo Alex, y después bebió un sorbo de cerveza.

—Pero, bueno, vamos a ver, solo por curiosidad... —continué—, ¿pensáis que no soy más que un mujeriego sin ningún sentido de la responsabilidad, incapaz de tener relaciones que merezcan la pena, que utiliza a las mujeres porque no sería capaz de reconocer lo que es el compromiso ni aunque me dieran una patada en el culo?

Alex puso los ojos como platos.

—Eso es lo que dice Nell, ¿no? —afirmó, más que preguntó, mi hermano en voz baja.

—Básicamente sí. —Me pasé la lengua por el interior de la mejilla—. A veces lo dice de otra forma, más o menos florida, pero sí, eso es.

—¡Caray! —dijo Alex, bajando la mirada hacia el portátil.

—Hoy, por ejemplo, me ha dicho que solo pienso en follar. ¿Os lo podéis creer?

Joe soltó un silbido.

—Vamos a ver, creo que vosotros dos sois los que mejor me conocéis —afirmé—. No es cierto, ¿verdad?

Alex abrió la boca, pero no dijo una palabra. Mi hermano hizo lo mismo.

—¿Verdad? —insistí, frunciendo el ceño.

Ni palabra.

«¡Hay que joderse!», pensé.

—¡Venga, yo siempre voy de frente con las mujeres! Se lo digo muy claro, que solo quiero pasar un buen rato, que no quiero relaciones duraderas. Saben perfectamente dónde se meten.

Tras un momento de duda, mi hermano terminó asintiendo. O algo así.

—Pues eso —confirmé—. Soy muy responsable. Siempre hago mis turnos y arrimo el hombro cuando hace falta. Trabajo mucho.

—Eh... sí —. Joe no parecía convencido, cualquiera sabe por qué.

Alex hizo una mueca.

—Si exceptuamos lo de la semana pasada, cuando te llevaste a esa chica a hacer piragüismo.

—¡Una vez! —dije, levantando un dedo—. ¡Vaya cosa!

—Bueno, y aquello de esa mujer de la compañía de licores, hace unos quince días —contribuyó Joe—. ¿Cómo se llama? No me acuerdo...

—¡Joder, yo tampoco! Bueno, me fui antes de la hora. Una vez. —Puse los ojos en blanco y añadí otro dedo. Sí, ya eran dos. ¿Y qué?

—Y las veces que llegas tarde porque se te olvida conectar la alarma del teléfono —dijo Alex. Iba derechita a dejar de ser mi modelo de cuñada favorita.

Hice un gesto de burla, pero añadí un tercer dedo al lote.

—Está bien, dos o tres veces. A todo el mundo le pasa.

—Sí, claro, ¿pero todas las semanas? —dijo Alex, inclinando la cabeza.

—Creo que tiene razón, Eric —intervino Joe, dándome con el codo—. Puede que tengas que añadir un par de dedos, y eso como poco.

Creo que ya no podía fruncir más el ceño.

—Me parece que vamos a necesitar la otra mano —siguió machacando Alex

—. No sé si te acuerdas del mes pasado, cuando...

—¡Ya está bien! —espeté, cruzando los brazos sobre el pecho—. No quiero que sigamos hablando de esto.

Los dos cerraron la boca, aunque se miraron de esa forma tan suya. A veces las parejas dan hasta miedo cuando se entienden con solo mirarse. ¡No es natural! Negué con la cabeza, muy despacio.

—No me puedo creer que vosotros dos estéis de acuerdo con ella.

—No hemos... —Joe me agarró el hombro y me lo apretó, pero le aparté la mano.

—Sí que lo estáis.

Su novia no dijo una palabra. Era la última vez que le daba bebidas gratis.

Arcade Fire dio paso a los *Killers*, y ni siquiera una de mis viejas canciones favoritas me ayudó a cambiar el estado de ánimo. Bastante inquieto, me eché el pelo hacia atrás, recolocándome la coleta.

—¡Es increíble! ¡Hasta mi jodido hermano piensa que soy un inútil!

—¡Venga, hombre! Yo no he dicho eso. Creo... —hizo una pausa—, creo que haces todo lo que puedes.

—Sí. —Alex chasqueó los dedos y me señaló—. Exactamente, haces todo lo que puedes. Todo el mundo sabe que estás haciendo un gran esfuerzo. Desde hace meses no te tiras a ninguna de las camareras, nadie podría esperar más de ti.

—¡Por Dios! ¿Hablas en serio? —pregunté en voz alta—. Los dos pensáis que soy un caso perdido, incluso en mi mejor versión...

Hubo más negativas y zarandajas, pero ya estaba bien. Se acabó. Además, la gente nos estaba mirando, y todos, clientes y personal, lo hacían con evidente curiosidad.

—Cerrad el bar. —Agarré una botella de *whisky* de malta de una de las estanterías—. Me largo de aquí.

Alguien pronunció mi nombre, Joe siguió suspirando. ¡Que les dieran a todos! Necesitaba espacio, así que me fui con la botella en la mano.

—¿Eric? —La voz sonó sobresaltada.

Me aparté el pelo de la cara y abrí la puerta de mi apartamento. En el pasillo, borroso y escasamente iluminado, había una mujer que me miraba con ojos preocupados

—Ah, Jean. Hola, ¿cómo estás?

—Por lo que parece, mejor que tú. —Se apretó la gruesa chaqueta de lana, que cubría una camiseta amplia y unos pantalones de yoga, lo que parecía su ropa para dormir. Iba descalza, con las uñas pintadas de color azul pitufo.

—Bonita laca de uñas —dije, intentando sonreír.

—Has estado bebiendo, ¿no?

—Solo un poco —dije—. Definitivamente, he perdido los buenos modales. La botella está dentro, ¿quieres?

—Bebé a bordo —contestó, señalándose la tripa—. ¿No te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. —La sonrisa desapareció—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—Sí, pero me he adelantado.

Como quien no quiere la cosa, me apoyé contra la pared. No quería caerme de bruces como un beodo total, pero parecía como si el mundo estuviera dando sus consabidas vueltas un poco más deprisa de lo normal. Permanecer de pie me resultaba difícil. Supongo que el alcohol y la gravedad no se llevan bien. Normalmente no suelo beber solo, pero con toda la mierda que me habían echado encima Nell, Joe y Alex, necesité un trago. O dos.

En todo caso, a lo mejor me había pasado un pueblo. O dos.

—Pues, respondiendo a tu pregunta, solo estaba subiendo y bajando las escaleras. A las dos de la mañana, sí, igual que tú.

—Eso es, igual que yo, que iba a dar una vuelta —dije—. A respirar un poco de aire puro. ¿Te apetece a acompañarme?

—Gracias, pero estoy muerta de cansancio y no llevo la ropa adecuada —respondió, acariciándose la tripa—. Además, ahí fuera hace frío.

—Claro, estás acostumbrada al tiempo de Florida —dije, riendo entre dientes—. Pues solo estamos en otoño, así que, en invierno, prepárate. De todas formas, ¿por qué te has venido a vivir aquí?

—Pues, para ser sincera, no lo sé. —Se encogió de hombros—. Conocí a Nell por Internet. Empezamos a chatear en una página para embarazadas, y su forma de describir esta ciudad me llegó al alma. Así que pensé, ¿por qué no?

—¿Es porque está muy avanzado el embarazo y estás sola?

—Eso también.

Me la quedé mirando.

—Las cosas no me iban nada bien en Florida —explicó, después de tomarse

su tiempo, seguro que para escoger las palabras con mucho cuidado. Miró hacia ambos lados del pasillo, como para asegurarse de que nadie más la escuchaba—. La verdad es que decirlo así se queda bastante corto. Mis padres no se tomaron nada bien lo de mi embarazo. Y lo entiendo: prácticamente acababa de terminar la universidad y habíamos empezado a vivir juntos otra vez.

—Hum.

—Querían que me deshiciera del bebé. No me refiero a abortar —dijo con tono de disculpa—, hasta encontraron una pareja de la parroquia que quería adoptar legalmente y todo eso. Insistieron mucho, pero yo no podía, de ninguna manera.

—Lo siento.

—Gracias. —Suspiró—. Yo también. La mayoría de mis amigos se habían mudado o estaban a lo suyo, intentando encauzar sus vidas, así que no tenía demasiada gente con la que contar. Afortunadamente, mi abuela no estaba de acuerdo con mamá y papá, pero por desgracia estaba muy enferma. Cuando murió me dejó algo de dinero, solamente a mí. Como te puedes imaginar, eso hizo que las cosas se pusieran todavía peor con mis padres... Y yo no quería criar a un niño en un ambiente tan hostil y negativo.

Tenía la cabeza demasiado pesada, tanto que no fui capaz de encontrar palabras de consuelo. Al cabo de un rato inspiró con fuerza y siguió hablando.

—En cualquier caso, las pataditas del bebé son las que me han despertado. No suelo dar paseos absurdos a estas horas de la madrugada. Lo que pasa es que, si ando un poco, el bebé y yo solemos tranquilizarnos. Este pasillo es más largo que el de mi apartamento y tengo más sitio para andar.

—Ya.

—¡Vaya carita que has puesto! —dijo, y soltó una carcajada.

—¿Cómo?

—Ha sido al pensar en el bebé dando patadas, ¿verdad? —preguntó—. No creo que fueras capaz de poner más cara de asco, ni aunque lo intentaras.

¡Mierda!

—No, no, no estoy asqueado. No digas eso... suena horrible.

—¡Acabas de volver a hacer el mismo gesto! —insistió—. Cada vez que me miras la tripa, la cara se te pone casi verde, como si estuvieras a punto de vomitar.

—No, no.

—Que sí, Eric, que sí. Hazme caso.

—Estás equivocada —dije, dando un suspiro—. Creo que es bonito, la vida y todo eso, ¿entiendes?

Levantó las oscuras cejas.

—Y que seas tú quien está albergando y produciendo esa vida es... ¡Guau!

—¿De verdad?

—Absolutamente —asentí. Pero dejé de hacerlo porque ese movimiento hizo que me diera vueltas la cabeza de una forma... inadecuada—. Tú eres guapa, y el bebé es...

—¿El bebé es qué?

—Hum... Increíble, sí.

Sus cejas seguían ahí arriba.

—No creo que debas ir a dar una vuelta. ¿Cuánto has bebido?

—No voy a conducir. Sería una irresponsabilidad.

—Espera —dijo, levantando el mentón—. ¿Eso de «ir a dar una vuelta» quiere decir en realidad «ir a echar un polvo»?

—¡No! ¿Por qué has pensado eso? —Le lancé una mirada asesina al adivinarlo—. ¡Un momento! Nell te ha estado contando toda clase de mierdas acerca de mí, ¿verdad?

—Bueno, ya sabes. —Jean separó los pies para asentarse, balanceándose un poco de atrás adelante—. Nell y yo somos amigas, así que no puedo decirte lo que me ha contado. Eso sería traicionar su confianza, y no estaría bien.

—Lo ha hecho. —Dejé caer la cabeza—. Lo sabía. —Finalmente, las rodillas cedieron y me caí al suelo. ¡A la mierda! Resultaba mucho más cómodo que estar de pie—. Así que ahora también voy a tener que aguantártelo a ti.

—¿Aguantarte qué?

—Pues que pienses que soy un mujeriego inútil. —Me puse de rodillas y apoyé la cabeza contra la pared. La verdad es que me dolió—. Todo el mundo lo piensa, no solo Nell. Soy lo peor. Solo tienes que preguntarle a mi familia y a mis amigos.

Abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—Eric, ella no te considera una mala persona.

—Ahórratelo.

—¡Vamos, ya está bien! —dijo con un gruñido—. Estás hecho una mierda, vete a la cama a dormir la mona. Seguro que mañana por la mañana ves las cosas de otra manera.

Una de dos: o se habían apagado las luces o había cerrado los ojos. En mi estado era difícil discernir entre ambas posibilidades. Quizá no debía salir a dar un paseo, después de todo. Estaba absolutamente agotado y me pesaba el cuerpo varias toneladas, desde la cabeza hasta los pies.

—Eric, levántate.

—Estoy muy bien aquí —respondí, taciturno—. No te preocupes por mí.

—Será mejor que avise a Andre o a tu hermano —dijo suspirando—, para que uno de los dos me ayude a meterte dentro.

—No, no hace falta. —Logré ponerme de pie, muy despacio y muy a duras penas. Todo me parecía borroso, horrible y triste. Muy triste—. ¿Ves? Puedo tenerme en pie sin ayuda.

—Muy bien.

—No los necesito, para nada.

—De acuerdo. —Extendió la mano—. ¿Las llaves?

—¿Qué? ¡Ah, sí! —Se las pasé.

Jean abrió la puerta inmediatamente. ¡Bendita sobriedad!

—Vamos.

Avancé hacia la cama apoyando un brazo sobre sus hombros. Movié la cabeza, echándole un vistazo a todo. Las portadas de ediciones de coleccionista de antiguos LP enmarcadas y un reproductor de vinilos último modelo. La verdad es que parecía más una escultura que un tocadiscos. La estantería de las botellas del rincón, perfectamente surtida, y el sofá gris metálico, perfectamente a juego con las paredes oscuras. Una lámpara encendida en un rincón, y nada más. El apartamento estaba oscuro, muy a juego con mi estado de ánimo.

Jean no dejaba de pasear la vista por el apartamento, con una especie de ligera sonrisa burlona en el rostro.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —respondió, dando un suspiro—, pero para alguien que protesta porque le llamen mujeriego tengo que decir que todo tu apartamento parece preparado para seducir.

—Todo forma parte del paquete completo —dije, un tanto a la defensiva, y

señalando las sábanas de la cama que, cómo no, eran de algodón de quinientos hilos—. Si una chica viene a tu casa, es tu obligación crear un entorno en el que se sienta a gusto. Y para eso hay que atender a los detalles: la ropa, el ambiente, la iluminación, la música, a todos los sentidos en su conjunto. Hay que hacerlo bien. —Intenté hinchar un poco el pecho, lo cual no era nada fácil, ya que estaba medio apoyado en ella para sostenerme—. Para mí es un tema clave, casi de principios.

—Ya me he dado cuenta de eso. Eres un hombre de principios... —dijo, dejándome caer sobre la cama.

—No seas tan sarcástica. —Reboté sobre el colchón, lo cual no fue nada bueno para la cabeza, que seguía como una pelota de golf mal golpeada—. ¡Vaya, todo me da vueltas!

—Vamos, coloca las piernas en alto.

Hice lo que me dijo, pero gruñendo.

—¿Te vas a acostar vestido?

—Depende —contesté, dedicándole una sonrisa sexi. O eso creo—. ¿Me ayudas a desvestirme?

—Pues no. No creo que sea una buena idea.

Pues muy bien. Ella se lo perdía.

—Vamos a desatar los cordones, ¿de acuerdo? —Sin decir nada más, se puso a hacerlo—. Así estarás más cómodo.

—Muchas gracias por ayudarme, Jean. Estás siendo muy amable conmigo.

—De nada.

—Yo no soy amable.

Tiró al suelo una de las botas.

—Tampoco eres tan horrible.

—Tranquila. No tienes por qué *pafi... pasi...*

—¿Pacificar? —sugirió.

—Eso, no necesitas hacer eso conmigo. —Entrelacé los dedos de las manos encima del pecho y me puse a mirar al techo, que era bastante alto—. Hasta mi propio hermano y su novia piensan que soy un inútil.

Sin hacer comentarios, me quitó la otra bota.

—Aunque, la verdad, puedo entender el porqué. Está claro que dejar embarazada a Nell no estuvo nada bien.

Abrió los ojos y la boca al mismo tiempo, completamente asombrada.

—¿La dejaste embarazada tú?

—No de este embarazo. Del anterior, cuando Pat y ella habían roto. —Agarré una almohada y me la coloqué debajo de la cabeza. Si iba a liberar mi alma y toda esa mierda, mejor sería que me pusiera cómodo—. Perdió el bebé en un accidente de coche. Pensaba que Nell te lo habría contado.

—Lo único que me contó fue que tuvo un aborto espontáneo, eso es todo. —Colocó la bota en el suelo a cámara lenta—. Eric, lo siento muchísimo.

—Está bien. —Cuanto menos habláramos sobre ello, mejor.

Noté la humedad en sus ojos, a pesar de la penumbra. Se sentó en la cama y se apretó la tripa con las dos manos, como si la estuviera abrazando.

—Dios, eso es horrible. Debiste pasarlo fatal.

—No parecía que yo fuera a ser el mejor padre del mundo, ni mucho menos.

—El crío aún no había nacido. Seguro que hubieras sido un papá estupendo.

—Tenía un libro.

Era la única cosa un poco positiva que podía decir sobre mi capacidad como padre. Que me había comprado un libro sobre el embarazo y los primeros meses después del nacimiento. No había leído siquiera la mitad cuando ocurrió la desgracia. Además, en realidad, me lo había regalado Joe. Lo cierto es que me compró toda una colección y de cada uno leí solo unas páginas. Patético. Y si para mí mismo sonaba de esa forma, ya me imaginaba lo que Jean estaría pensando de mí. No dijo nada durante unos momentos, simplemente se quedó allí sentada mientras yo miraba al techo con tristeza, arrepintiéndome de haber iniciado la conversación. Puede que todo el mundo tuviera razón y que yo fuera lo peor. No obstante, pensar en mis defectos era infinitamente preferible a hacerlo sobre el niño.

Suspiró.

—Nell y tú...

—Fue un accidente —expliqué, apenas en un susurro—. Ella y Pat habían roto y no lo estaba llevando nada bien. Llevaban juntos desde que eran unos críos, ya sabes. Nadie se esperaba que fueran a separarse.

Jean no dijo nada.

—Una noche, después del trabajo, Nell tenía ganas de beber. No quería hacerlo sola, así que me quedé con ella. —El recuerdo de aquella noche me

parecía surrealista en ese momento—. Pat había tenido relaciones con otras mujeres muy pronto, y eso le dolió mucho. Fue algo así como un polvo de venganza, su forma de devolvérsela.

Jean me miraba de forma inexpresiva y en completo silencio.

—Todos somos amigos desde el colegio, y vecinos. Tenía que haberme negado, pero...

Se le tensaron los músculos de la cara, se le formaron también pequeñas arrugas, como si estuviera apretando la mandíbula para contenerse. Se puso de pie.

—No te vayas, por favor —dije, las palabras salieron solas. Me apoyé sobre los codos—. No quiero estar solo. —Solo, con los restos del Glenlivet.

Puede que pasara un minuto, aunque en tal estado mi cálculo del transcurso del tiempo no era nada fiable. Nos miramos: éramos dos extraños hablando, yo en mi cama y ella al lado, durante la madrugada. Para mí no era una situación extraña, pero sí la primera vez que ocurría con toda la ropa puesta.

—No voy a intentar nada —dije.

Soltó una risa burlona, casi un gruñido, y se tocó la tripa.

—Claro, ya sé que no te apetece.

—No tiene nada que ver. Sigues siendo muy guapa.

Levantó las cejas. Parecía sorprendida de verdad.

—Lo digo en serio.

—Gracias. —Tras mirarme largamente, dio la vuelta a la cama y se sentó al otro lado, con la espalda apoyada en el respaldo.

—Me quedaré un ratito.

—¿De verdad?

—Bueno, parece que a la niña le gusta escuchar cómo expresas la pena que sientes por ti mismo —dijo, encogiendo un solo hombro—. No ha dado ninguna patada desde que he entrado.

—Me alegro de que mis lloriqueos al menos sirvan para una buena causa.

Se rio quedamente.

—¿Es una niña? —pregunté— ¿Lo dijiste antes? ¡Vaya! Seguramente era por la cantidad de alcohol que tenía en mi torrente circulatorio, pero la idea me hizo sentirme extraño. La de Nell también era niña, quiero decir, la mía. La de Nell y yo. No lo supimos hasta después del accidente y el aborto. Una niñita.

Jean sonrió con tristeza y me acarició levemente el hombro.

No necesitaba su piedad, ni la suya ni la de nadie. Volví la cabeza para mirarle la tripa. Sobre todo sentía curiosidad.

—¿Qué pasa con el padre?

—No sale en la foto —dijo, mojándose los labios—. Simplemente fue una persona que conocí una noche. No fue nada serio, ¿entiendes?

—Claro.

—¿Cómo no lo vas a entender! —Soltó otra de sus risas-gruñido.

—Somos adultos —dije—, la mayoría.

—Sí, la mayoría.

—Así que lo pasaste bien con él una noche y... ¡sorpresa!

—Sí. Bueno, más que sorpresa, sorpresón. —Desvió la mirada—. Supongo que se rompió el preservativo o algo así. La píldora no me sentaba bien. ¡Me volví loca como no te puedes hacer idea! Me negaba a creérmelo: me hice unas doce pruebas de embarazo, todas positivas, claro.

—Ya. ¿Y entonces...?

—Entonces... —Suspiró—. Me estrujé la cabeza durante un montón de tiempo. No era una decisión fácil. No tenía la más mínima intención de ponerme en contacto con el padre. Lo pasamos bien juntos, pero no tenía ninguna gana de volver a verlo, y menos de compartir paternidad con él.

—¿No?

—No —respondió de inmediato—. Era un chico agradable, divertido, guapo y con el que se podía hablar de todo. Pero para pasar un buen rato, no para una relación larga. Hice algunas preguntas en el bar en el que nos encontramos. No era asiduo. Me quedó muy claro que lo de tener un niño conmigo seguro que no cuadraba con su concepto de «pasar un buen rato», así que dejé de buscarlo.

Mantuve la boca cerrada.

Tensó la mirada y la fijó en mi cara. No fue una mirada amistosa. Mi estómago, que ya estaba mal de por sí, se me encogió más todavía. Tuve la jodida impresión de que sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Te recuerdo a él, ¿verdad? —pregunté con cierta cautela.

—Sí, así es —confirmó, asintiendo con convicción.

—Entonces, ¿por qué flirteaste conmigo en el bar?

—Buena pregunta. —Volvió a mojarse los labios—. Supongo que me hiciste

sentir atractiva, guapa. Y eso me recordó cómo solía ser antes mi vida.

No dije nada.

—Puede que hubiera debido hacer algo más para encontrarlo, pero mi familia empezó a ponérmelo muy, pero que muy difícil. —Arrugó la frente—. Ya tenía suficiente con enfrentarme a eso, así que dejé de buscar.

—Lógico.

—Dejemos de hablar de él. Para siempre.

—De acuerdo. —Desvié la mirada durante un momento—. ¿Notas como si tuvieras dentro de ti un ser raro, una especie de *alien*, que no sabes muy bien lo que es?

—¿Un ser raro? ¿Una especie de *alien*?

—No creo que se le ocurra asomarse por el pecho en plan gore, como en la peli...

—¡Madre mía! Ya sabía yo que no ibas a ser amable con ella durante mucho tiempo —espetó, frunciendo el ceño—. Mira, ahora ya sé por qué te repele lo de los embarazos y los bebés, es por la película. Pero eso no significa que tengas que portarte como un gilipollas en presencia de una embarazada.

—¿Pero de qué estás hablando? —pregunté, algo mosqueado—. Estoy portándome de una forma muy normal y muy amable contigo... y con ella.

—O sea, que eres así de gilipollas.

—Pues sí, esa parece ser la opinión general —confirmé, cerrando los ojos.

—Si pensara eso, ya te habría dejado aquí, solo y borracho, con un «¡ahí te pudras!» de despedida, ¿no te parece?

El caso es que no se marchó. Podía sentir su presencia a mi lado, pese a que no tenía los ojos abiertos. Suspiré.

—Gracias por no marcharte, pese a que te recuerde a él. ¡Joder, eso es una putada!

—No debería haberte dicho eso. Estoy segura de que tú no habrías...

—¡Pero si ya lo he hecho! —la interrumpí—. Ibas a decir que estabas segura de que yo no habría eludido mis responsabilidades, ¿a que sí?

No contestó.

—Eso fue exactamente lo que hice, Jean. No hace falta que seas amable conmigo con respecto a eso —insistí—. Soy un completo gilipollas —rematé.

Silencio.

—Si las circunstancias fueran otras, puedes apostar, y ganarías, a que en este momento te estaría tirando los tejos.

—Bueno, pues por lo menos el bebé que llevo en la tripa ya ha conseguido algo. Su presencia me hace menos accesible a tus insinuaciones románticas.

—¿Insinuaciones románticas? —repetí con una sonrisa cansada—. ¿Quién demonios habla así hoy en día?

—Yo. Es la forma menos salvaje y más educada de decir que estaríamos revolcándonos en tu cama, desnudos. —La diversión que noté en su tono de voz me habría hecho reaccionar si no hubiera bebido tanto.

—Nos lo habríamos pasado bien juntos.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—¿Tan bueno eres?

Volví a sonreír, aunque con las pestañas cerradas.

—Lo bueno es nuestra química.

—Mmm.

—¿Acaso no lo notas cuando conoces a una persona y hay química?

No respondió.

—Es algo así como el destino. Hay algo en el aire, alrededor, y sabes que va a ocurrir, antes o después. Y que cuando ocurra, será espectacular. —Abrí un ojo, y me satisfizo mucho atisbar que estaba esbozando una sonrisa—. ¿A que sí, Jean?

—No, Eric.

Me quedé callado, esperando.

—En las circunstancias actuales, no va a haber nada entre nosotros, así que, ¿qué diablos dices de química? —Se removió un poco para colocarse más a gusto, pero evitó mirarme—. Cierra los ojos y duérmete, Eric. No voy a hacer de niñera de un borracho toda la noche.

—Te agradezco mucho que estés aquí —murmuré.

—No podía dejarte en manos de tu desesperación, cuya causa obvia es el alcohol.

—Tiene gracia. Generalmente, a estas alturas, ya empiezo la maniobra para líbrame de la mujer que me he traído —dije—. Y a ti te estoy rogando que te quedes.

—Hay un montón de razones para que no esté pasando eso —dijo, negando con la cabeza.

—Y tú eres preciosa.

Puso los ojos en blanco y los levantó, mirando al techo.

—Sobrio o borracho, eres el mismo siempre. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, sé que tengo razón. Lo eres.

—¡Por favor! Soy simplemente agradable de ver.

—Eres preciosa, punto.

—¿Eso incluye la tripa?

Me aclaré la garganta.

—Por supuesto.

—Muy creíble —dijo, riendo en tono burlón—. ¡Duérmete!

—Vale, no me creas, me da igual. —Arreglé la almohada, colocándola en modo sueño profundo, quizá ya fuera madrugada. Se me estaba pasando el mareo y me estaban entrando ganas de dormir. La borrachera empezaba a dar paso al cansancio—. Buenas noches, Jean.

—Buenas noches, Eric.

CAPÍTULO 4

Karen llegó diez minutos tarde. Se había puesto una falda muy ceñida. Se había dejado el pelo suelto y llevaba una camiseta de tirantes que dejaba al aire los hombros. Siempre me había gustado su preferencia por dejar a la vista un montón de piel. No le importaba que hiciera frío: allí estaba, con sus largas piernas y sus hombros al aire. Había pasado un mes desde que Jean estuvo a mi lado, sentada en mi cama, antes y mientras dormía la mona. No fue mi mejor momento. Desde entonces, nuestros caminos apenas se habían cruzado. Yo había estado muy ocupado y supongo que ella también. Y respecto a la opinión que Nell y los demás tenían sobre mí, había trazado un plan para revertirla.

—Bueno, pues aquí estoy. —Llegó a la barra y le echó una mirada resplandeciente al hombre que había al otro lado—. ¡Hola Vaughan!

—Hola, Karen, ¿cómo estás?

—¡De maravilla! ¿Y qué tal va tu música?

—Bien. —El pelirrojo tatuado le dirigió una educada sonrisa—. La semana pasada hice algunos bolos en Montana.

Como casi todo el mundo en esta ciudad, nos conocíamos desde hacía muchos años. Vaughan y yo habíamos estado muy unidos en secundaria, pero después de la graduación discutimos. Ahora volvíamos a llevarnos bien, pese a que él también había sentido la cabeza y se lo tomaba todo con una seriedad excesiva, diría yo. Lydia y él llevaban saliendo ya un año, o dos, no recuerdo exactamente. No sé por qué se retrasaba la boda. Él era guitarrista y, cuando no tenía actuaciones, daba clases y trabajaba en el bar. No sé si era muy

recomendable, pero la mayor parte de la gente que trabajaba con nosotros eran amigos de toda la vida.

—¿Preparado para que nos vayamos para arriba? —preguntó Karen. Volvió a acariciarme el pecho y sus ojos insinuantes estuvieron a punto de hacer que renunciara a mi plan.

Como creo haber dicho ya, nos llevábamos muy bien y teníamos nuestros rollos de vez en cuando. Pero solo en los momentos que resultaban adecuados y que nos convenían a ambos. Normalmente era así. No obstante, dado que mi intención era intentar salir con alguien, digamos que en serio, suponía que no sería malo saber con antelación si las cosas funcionaban o no entre las sábanas entre ese alguien y yo. Y en su caso, estaba claro que sí. Por otra parte, Karen estaba disponible. Acababa de dejar a su novio, así que todos salíamos ganando. Una chica de la ciudad, guapa, agradable y a la que le gustaba follar. Gran punto de partida, sin duda.

Reflexioné por un momento y, con la mente puesta en mi plan de sentar la cabeza, decidí resistir la llamada de la lujuria. No me resultó nada fácil, pues estaba claro que Karen tenía ganas, y además había pasado ya bastante tiempo desde mi último polvo. ¡Casi una semana entera! No obstante, controlé mis urgencias y me centré en el plan.

—La verdad es que estaba pensando que primero podríamos sentarnos a charlar un rato —dije, acompañándola a una mesa de un rincón del bar, de las que tenían una velita.

Arrugó la nariz con gesto de sorpresa.

—¿Te apetece sentarte?

—Claro, ¿por qué no?

Aparentemente, había un montón de razones para que pensara que era una mala idea, ya que dio un hondo suspiro, además abriendo la boca. ¿Habría sido en realidad un bostezo?

—Karen, somos amigos desde hace mucho tiempo —me adelanté a cualquier cosa que pudiera decir.

—Sí, pero...

—Y creo que, pese a ello, nunca hemos charlado.

Pestañeó.

—Ya sabes a lo que me refiero: tomar una copa, hablar y todo eso. —Retiré la

silla para que se sentara, como un perfecto caballero. Se lo dediqué a Nell: me habría jugado el cuello a que no nos quitaba ojo desde la cocina, observado y juzgando. Y Lydia, también, casi seguro.

—¿Quieres hablar? —Karen se dejó caer en la silla. Su frente, casi siempre lisa, ahora estaba arrugada—. ¿De qué?

—Oh, bueno, ya sabes —empecé, mientras me sentaba enfrente—, de cualquier cosa, de nada y de todo. ¿Qué tal te va en el trabajo?

—La cafetería va bien.

—¡Estupendo! ¿Y la familia?

—Genial.

¡Mierda! ¿Qué demonios iba a preguntarle ahora? Caí en la cuenta de que, en realidad, no tenía la menor idea acerca de su familia, por lo que resultaba imposible encadenar otra pregunta acerca del mismo tema. Y también debía admitir, un poco horrorizado, que pese a todos los años que hacía que nos conocíamos ni siquiera sabía si sus padres eran oriundos de Coeur d'Alene ni si tenía hermanos.

Noté que se formaban unas pequeñas ondas en su garganta, seguramente debido a que estaba tragando saliva y, afortunadamente, acudió al rescate.

—Hum... ¿Y tus padres cómo están?

—Muy bien, gracias. De hecho, se han ido de vacaciones a Hawái.

—¡Qué bien!

—Sí, a mamá le apetecía mucho ir allí desde hace tiempo.

—Fantástico, qué bien. —No dijo nada más.

Ahora me tocaba a mí encontrar un tema de conversación. ¡Joder! Eso de charlar era bastante más difícil de lo que parecía a primera vista. Generalmente, solo mantenía conversaciones más o menos serias con nuestro grupo de amigos, que era bastante restringido. Aparte de eso, lo único que hacía era flirtear con las chicas. Eso sí que se me daba de perlas.

Esperaba que Rosie se acercara de un momento a otro a tomar la comanda. El alcohol generalmente funcionaba como lubricante social.

—¿Os va todo bien con el Dive Bar? —Karen salvó otra vez la conversación. Estaba claro que era bastante mejor que yo en ese aspecto. Menos mal, al menos uno de nosotros sabía lo que estaba haciendo.

—¡Sí, fenomenal! —contesté—. Por lo que se refiere al restaurante, las cosas

van mejor que nunca. Nell y Lydia han encontrado proveedores locales de productos orgánicos para enriquecer la carta de temporada.

—Mmm.

—Las cosas van... bien.

Los dos miramos hacia otro lado de la sala. El Dive Bar estaba medio lleno, lo cual era normal porque estábamos empezando la semana. Sonaba Depeche Mode, así que probablemente hoy era Lydia la encargada de la música del bar. Nos turnábamos para equilibrar las cosas. Boyd era un fanático del *heavy metal*, lo cual era un poco duro de soportar, así que solo le dejábamos una o dos horas a la semana.

Jugueteando con la servilleta de papel, levanté los hombros e intenté relajarme. No quería que nadie se diera cuenta de lo cerca que estaba de llegar al límite. ¡Dios, era como si nunca en mi vida hubiera invitado a una mujer a tomar una copa! Lo que nunca había hecho era contemplar la posibilidad de iniciar una relación a largo plazo. Me preguntaba qué podría pasar cuando le planteara que por qué no intentábamos tener algo serio.

—¿Has comido o cenado alguna vez aquí? —pregunté por fin, a ver si esta línea de conversación fluía. La verdad es que alguien tendría que concederme una condecoración o una galletita de la suerte o una copa. ¡Sí, eso una copa! ¿Dónde diablos se había metido Rosie? ¿Por qué no nos preguntaba qué íbamos a beber?

—No, nunca.

—Pues es una pena. Tendremos que arreglarlo enseguida.

Creí ver una mínima sonrisa en sus labios.

—La gente me ha dicho que la comida es deliciosa.

Yo sí que sonreí ampliamente. Siempre era bueno recibir buenas críticas.

—Es verdad.

—Pero también que es demasiado cara.

—Bueno, la verdad es que es diferente de los restaurantes al uso. Toda una experiencia.

No dijo nada.

—¿Sabes lo que quiero decir?

Su cara se volvió completamente inexpresiva.

—No, me da la impresión de que no tengo ni idea de lo que quieres decir.

—No me malinterpretes, tu cafetería sirve platos básicos excelentes —expliqué—. Vuestras tortitas, por ejemplo. ¡Caramba, me comería un camión entero, y todavía querría más! Son soberbias.

—¿Platos básicos?

—Sí, más o menos —contesté encogiéndome de hombros.

—¿Y vosotros qué ofrecéis? ¿Alta cocina para *gourmets* o algo así?
¡Joder!

—Bueno...

—El que pongáis rúcula a las pizzas o cualquier otra gilipollez moderna no hace que seáis mejores que nosotros, Eric.

—No estoy diciendo que seamos mejores que vosotros. —En realidad por supuesto que lo pensaba. El Dive Bar era una obra de arte en todos los aspectos. Si los comparáramos, la cafetería de Karen estaba más en la línea de un tugurio de perritos calientes—. Cálmate.

—No todo el mundo tiene como público objetivo a *hipsters*, alternativos, sofisticados y *culturetas*.

—¡Oye, oye! Nosotros no...

—Bueno, da igual —cortó de repente. Estaba claro que se había hartado de este hilo de conversación. Y a mí me pareció muy bien, ya que no quería adentrarme más en una discusión acerca de los méritos de nuestros respectivos establecimientos—. ¿Van a traer pronto esa comida de la que me estás hablando? El caso es que solo dispongo de una hora, porque he quedado en el gimnasio.

—¿Has quedado con alguien más esta noche?

—Sí, dentro de una hora —asintió—. Así que cada minuto que pasemos aquí sentados es un minuto que no vamos a dedicar a... —No terminó la frase, y en su lugar sonrió de forma muy sugerente.

Yo respondí de forma automática, devolviendo el gesto. Pero entonces recordé que echar un polvo no era el objetivo.

—Pues, si quieres, vamos a tomar algo y volvemos a quedar la semana que viene, ¿te parece?

—No quiero volver a quedar —replicó de inmediato—. Si no tienes ganas, no pasa nada. Pero, dime una cosa: ¿cuándo me has llamado para otra cosa que no sea... lo que íbamos a hacer? Es la primera vez que pasa esto, si no recuerdo mal.

—Tienes razón —contesté, encogiéndome de hombros—, pero pensé que sería una sorpresa agradable para ti. A las chicas le suelen gustar las cenas románticas, todo el mundo lo sabe.

—Aunque te parezca raro, a algunas mujeres no nos gusta que nos llamen chicas, al menos en ese tono. Ni tampoco que nos apliquen estereotipos como ese.

—Tienes razón —reconocí—. Lo siento.

Se cruzó de brazos y me miró con cara de enfado.

—¿Y con quién has quedado en el gimnasio? —pregunté—. ¿Alguien que yo conozca?

—Con una de las chicas del trabajo.

—¡Qué bien! —La falsa sonrisa hizo que me dolieran las mejillas—. ¿Qué otras cosas haces cuando no trabajas o no vas al gimnasio?

—Cuando hace buen tiempo me gusta salir a andar. Y además soy voluntaria en un grupo de la parroquia —respondió—. Voy a casa de amigos y pertenezco a un grupo de mujeres a las que nos gusta hacer punto. Ahora estamos tejiendo mantas para la unidad infantil del hospital.

—¡Guau!

—Mi abuelo tiene artritis crónica, y suelo ir a verlo a menudo para echar una mano. Le hago la comida y me quedo con él a ver la tele, documentales y eso. Le encanta ese naturalista inglés, David Attenborough. —Volvió la cabeza, mirando hacia ninguna parte en concreto—. Y también cuido algunas noches de mis sobrinos, para que mi hermano y su mujer puedan salir.

—¡Vaya! Haces un montón de cosas.

—Sí, procuro estar ocupada —confirmó, encogiéndose de hombros—. ¿Y tú?

—Pues trabajo aquí, por supuesto. —Asentí, intentando pensar en qué pasaba el tiempo, aparte de perseguir a mujeres. Algo que pudiera compararse, aunque fuera mínimamente, con las actividades de Karen—. Sí, la mayor parte del tiempo puedes encontrarme aquí, en el bar. Simplemente... trabajando, ¿sabes?

—¿Y? —preguntó, mirándome con intensidad.

—Ya, bueno, salgo con amigos.

Ninguna reacción.

—Sí. —¡Mierda!—. ¡Ah!, y muchas veces Joe y yo salimos a correr. Eso también.

—¡Caray!

La conversación se interrumpió de nuevo. No hicimos otra cosa que mirarnos, mientras el mundo seguía su curso a nuestro alrededor. Sonaba la música, la gente hablaba. Por lo que podía ver, la gente tenía muchas cosas que decirse.

Karen puso las manos sobre el extremo de la mesa.

—Esto no funciona.

—¡Claro que sí! Es estupendo.

—Eric, llevamos años echando polvos y nunca has sentido la necesidad de preguntarme nada acerca de mi vida personal —señaló—. ¿Por qué ahora?

—Más vale tarde que nunca, ¿no te parece? —dije, levantando la barbilla.

—No, no me parece.

—Pero...

—Bueno, ya está bien. Tengo que irme. —Se puso de pie bruscamente, al parecer exasperada. La silla chirrió sonoramente al arrastrarse, llamando mucho la atención—. Sabía que era una mala idea. De vez en cuando tenemos sexo, Eric, eso es todo. No... hablamos.

—¡Pero podríamos! —Me levanté también e intenté que volviera a sentarse. Por lo menos quería que la cosa acabara sin que montáramos una escena.

—Con lo que hemos hablado tengo más que suficiente —afirmó con un gesto de profundo rechazo.

—Está bien, de acuerdo. Solo pensaba que...

—¿Qué? ¿Qué es lo que pensabas?

—Bueno, que quizá podrías querer algo más.

—No, Eric. ¡Por Dios!, ¿es que tengo que deletreártelo? —Su mirada no podía ser más fría—. Nos aburrimos mutuamente. Y aunque tuviéramos algo en común, o algo de lo que hablar, no quiero salir con un hombre como tú. Al cabo de un par de días habrías cambiado de opinión, te habrías distraído o cualquier otra cosa. No serás nunca un buen novio, no tienes madera para ello.

Dicho lo cual, salió de estampida. Increíble.

Mientras tanto, Rosie se acercó con la tableta y el lápiz óptico en la mano. ¡Estupendo, más testigos de mi humillación! Y es que lo que me había dicho Karen aún me retumbaba una y otra vez en la cabeza. ¿Cómo podía estar tan equivocada? Solo por el hecho de que remendara calcetines para los huérfanos o lo que fuera... ¡Yo podía ser un novio absolutamente adecuado! Con un poco de

práctica, seguro que sí.

—Un poco tarde para esto —dije, señalando con la cabeza la tableta de comandas y dejándome caer en la silla.

—Lo siento. —Torció el gesto. La luz de la vela le iluminó la piel morena—. ¿La cita no ha ido bien?

—¿Lo preguntas porque ha salido como alma que lleva el diablo? ¿O porque eres adivina?—gruñí.

—¿Y de qué manera te ayuda tratarme mal a mí, si puede saberse?

—Perdóname, Rosie. —Me pasé la mano por el pelo y me froté el cuello—. Puede que tengan razón. Puede que sea una mierda de individuo, después de todo.

Suspiró y se sentó en la silla que acababa de quedarse libre.

—Nell ha vuelto a darte la vara, ¿verdad?

Ni me molesté en contestar.

—Pensaba que iba a dejarte en paz cuando empezaste a llegar a tiempo a tus turnos y cumplirlos completos.

—Sí, lo ha hecho. Un poco, por lo menos.

—Sabes que te quiere mucho, Eric —afirmó—. Para ella eres como de la familia. Lo que pasa es que le cuesta demostrarlo.

—¿Te refieres a no decir barbaridades respecto a mí? —Me eché hacia atrás en la silla—. Lo jodido del asunto es que todo el mundo está de acuerdo con ella. Todo el mundo me trata como si fuera un adolescente idiota al que solo le interesa echar polvos.

—Pues demuéstrales que están equivocados. Si eso te molesta tanto, haz algo al respecto.

Arrugué la frente.

—Lo que pasa es que cambiar para demostrarle a la gente que está equivocada es una estupidez —dijo, mordiéndose el labio inferior—. Tienes que hacerlo, pero por tu propio bien, para ser feliz tú mismo, no para contentar a los demás.

—¡Joder, es que no sé lo que quiero!

—A ver, empecemos por el principio: ¿eres feliz?

—Pensaba que lo era, al menos hasta que todo el mundo empezó a dejarme claro que soy una mierda —contesté.

Rosie tenía más o menos la misma edad que yo, pero llevaba casada muchos años y tenía algo así como tres docenas de niños. No me preguntéis cómo se las apañaba. Pero si alguien podía darme un consejo que de verdad mereciera la pena, posiblemente, esa era ella. Así que permanecí atento. Lydia llevaba comandas a una mesa mientras Vaughan atendía la barra.

—Puedes seguir haciendo lo que hacías —dijo—: trabajar aquí, tener amoríos de una o dos noches y gastarte todo el dinero en ropa.

—¡Oye! —protesté—. Ya le he devuelto a mi hermano todo el dinero que le debía. De hecho, vendí un coche maravilloso y potentísimo y me compré uno cutre para hacerlo.

—¡Bien por ti!

—No hay nada de malo en pretender tener buen aspecto. —Pasé una mano por mi camisa de botones inmaculadamente blanca. De marca, por supuesto, de calidad. La mayoría de la gente sería incapaz de distinguir la ropa de calidad ni aunque se la froteras por las narices—. Me ajusto a mi presupuesto. Lydia me ayudó a prepararlo hace un tiempo.

—Eso es estupendo. Muy adulto.

—Gracias.

Meditó durante un momento, sin dejar de mirarme.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Nadie se corta, así que... ¿por qué ibas a hacerlo tú?

Me echó una mirada un tanto misteriosa. Como si ella lo supiera todo y yo nada. Igual ya me lo había contado, después de tanto tiempo juntos en el bar.

—Mira, eso de hacerse adulto es una bobada. Solo es un estado mental —arguyó, inclinándose hacia delante—. No se trata de llegar a una edad mágica y decir: «¡Mira por dónde, ya soy adulto! No puedo crecer más, aunque quisiera».

—¿Ah, no? —pregunté, riendo entre dientes.

—Para nada.

—Y, entonces, ¿cómo funciona de verdad esto de la vida, mujer sabia?

—Pues poniendo en orden toda tu basura para intentar limpiarla y asumiendo tus responsabilidades —contestó, con una seguridad pasmosa.

—¡Ah!

—Hace un siglo, todo el mundo sabía qué se esperaba de cada cuál, y si te salías de la línea, mal asunto, te quedabas fuera, pero ahora las cosas son muy

distintas. —Me miró con enorme seriedad—. Ahora, la mayoría de la gente tiene la mente más abierta, aunque, en mi opinión, a bastantes personas les sigue faltando una buena dosis de autoconocimiento personal y de empatía. En todo caso, disponemos de muchas opciones, podemos hacer muchísimas cosas con nuestra vida. Para ser sincera, creo que a veces las cosas se vuelven un tanto confusas.

No dije ni una palabra porque, a mi parecer, no iba ni mucho menos desencaminada.

—Sé amable y, si te comprometes a hacer algo, asegúrate de hacerlo. —Se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho—. Es mi consejo, pero haz lo que te parezca con él.

—O sea que, básicamente, me aconsejas que no me comporte como un gilipollas y haga lo que me comprometa a hacer, ¿no es eso?

—¡Lo has pillado!

—¿Y ese es el camino de la felicidad? —pregunté.

—No exactamente —respondió Rosie, frunciendo el ceño—, pero probablemente sí que sea el camino para llevarte bien con los demás, para tenerlos de tu lado. Y también para llevarte bien contigo mismo. Por lo que respecta a las mujeres...

—El sexo es absolutamente normal y un pasatiempo estupendo.

—Cierto, pero debes respetar a las mujeres con las que te acuestas.

—¡Venga ya! Sí que las respeto... —me quejé.

—¿De verdad?

—Sí. —Extendí la mano para señalar la puerta por la que Karen acababa de salir—. Tal como se acaba de demostrar con Karen.

—¿El hecho de que una chica haya salido por la puerta hecha una furia después de estar contigo demuestra tu respeto por ella y por las mujeres? —Arqueó las cejas—. ¿En qué te basas para afirmar eso?

—Pues porque todo el mundo actúa como si fuera yo el que quiere mantener relaciones sin compromiso, y son precisamente las tías las que no desean algo más duradero, más sustancial —gruñí—. Pero, tal como Karen acaba de dejar más que claro, estoy sobrestimando mi capacidad para ser considerado una buena pareja, más allá del sexo. ¿Quién no respeta a quién?

Rosie volvió a fruncir el ceño. En ella era el síntoma de que estaba pensando

intensamente, no de que estuviera enfadada. Le sorprendía que lo que había dicho yo tuviera sentido. Francamente, esperaba que me negara la mayor, que me dijera que podría ser una pareja excelente, pero su pensativo silencio fue de lo más explícito.

—Tengo que volver a trabajar, han entrado clientes. Procura no preocuparte demasiado por lo que diga Nell. Es comprensible, dado como fueron las cosas la última vez.

El viejo y familiar sentimiento de culpabilidad se instaló en mí como una pesada losa.

—Lo sé.

—En cierto modo, ella ha encontrado la vía hacia su propia felicidad y quiere lo mismo para ti, que encuentres a alguien que te haga feliz... —Se detuvo y miró al vacío—. No obstante, no debes esperar que nadie sea responsable de tu propia felicidad.

—Vuelves al punto de partida, Rosie. Vuelas en círculos.

—Hum... te voy a decir una cosa. Si de verdad te tomas esto en serio, estaría dispuesta a presentarte a alguna de mis amigas.

—No lo sé. —Me rasqué la barba incipiente—. Eso de buscar un alma gemela, empezar a tener citas como un adolescente y todo lo demás me da dolor de cabeza.

—Si estás tan confundido, quizá deberías tomarte un descanso en lo que se refiere a las mujeres y al sexo.

Me paré a pensarlo un momento.

—Pues sí, quizá debería.

—¡Por Dios, Eric! —Rosie soltó una carcajada—. ¡Estaba bromeando! ¿Tú dejando de flirtear? Eso no va a pasar nunca.

—No te creas. —Todo el mundo tenía una absoluta falta de fe en mis posibilidades y autocontrol. Ahí lo tenía, claro como el agua—. Quiero decir que el hecho haber sido un conquistador hasta ahora no significa que no pueda dejar de serlo.

Se rio todavía más. ¡Hasta tuvo que secarse las lágrimas de la cara mientras se ponía de pie!

—Eres graciosísimo, Eric. Sigue así, yo tengo fe en ti. Seguro que encuentras la manera de salir adelante. No estoy diciendo que lo vayas a solucionar todo, de

eso no somos capaces ninguno, digan lo que digan, todos tenemos nuestra ración de mierda en algún rincón y, además, la vida es de lo más incierta. Pero sí que tienes que intentar encontrar nuevos retos. Eso es lo que tienes que hacer, ni más ni menos.

—Rosie, te quiero. Eres una amiga muy querida, te valoro muchísimo —dije—, pero ahora deja de hablar, por favor.

Se fue a atender las mesas pendientes, gracias a Dios, todavía riéndose, eso sí, pero qué más daba.

Todos sus supuestamente buenos consejos no habían logrado otra cosa que confundirme todavía más. Sabias palabras, ¡sí, por los cojones! No era capaz de entender por qué el hecho de dejar de bajarme los pantalones iba a convertirme en una persona mejor. O tener que ponerle una maldita correa a mi polla, como si fuera un perrito, y cederle la propiedad de la misma a una sola mujer. Siempre había pensado que debía haber una buena razón por la que monogamia y monotonía eran palabras tan similares. Pero, ¡qué demonios!, hasta estaba dispuesto a darle una oportunidad a la primera opción, a ver qué pasaba. Aunque solo fuera para demostrarles a Nell y a Rosie que estaban muy equivocadas conmigo. Así que a por ello.

Le hice una seña de despedida con la barbilla a Vaughan —a Nell ni la miré ni tampoco a Lydia, por si las moscas—, me puse mi nueva chaqueta gris de lana merina y salí. Había un hueco en mi agenda, dado que había pensado salir con Karen. ¡Menudo fracaso, por cierto!

La calle estaba de lo más tranquila, un remanso de paz. Las ramas de los árboles, desnudas de hojas, se balanceaban, arrojando sobre la acera sus sombras móviles. Ya empezaba a ser el momento de utilizar el vestuario de invierno. Metí las manos en los bolsillos de los *jeans* negros y alcé los hombros, procurando defenderme del frío de la noche. Afortunadamente, solo tendría que caminar una manzana.

El establecimiento de Pat estaba todavía abierto, seguramente aún no había terminado el último trabajo. Por el contrario, la tienda de guitarras de Andre estaba cerrada. Iba a abrir la puerta de entrada de los apartamentos cuando capté un movimiento: unas piernas largas, embutidas en *jeans* azules, y unas botas de piel suave de color rojo intenso. Solo podía tratarse de Jean. Rápidamente doblé la esquina del edificio, para que no me viera.

Puede que la razón por la que nuestros caminos no se hubieran cruzado durante el último mes fuera porque yo había estado intentando evitarla. El hecho de que estuviera embarazada hacía que no fuera la adecuada para salir conmigo, a pesar de que estaba buenísima, de que era muy agradable y de que había sido testigo de mi impresentable comportamiento de gilipollas borracho; esta era, en realidad, la razón por la que trataba de evitarla.

Salió a la calle tarareando una canción y se dirigió al Dive Bar. Seguramente iba a recoger algo para cenar. O quizá iba a pasar un rato con las chicas, a charlar y a reír un rato. Siempre me había parecido muy importante que tuviéramos un trato distendido, pasábamos buenos ratos en el sótano o en las oficinas de atrás, lo que hacía que se mantuviera la amistad, el compañerismo y el buen rollo. Llevaba un jersey rojo, a juego con las botas, y pensé que su tripa había crecido, aunque no estaba seguro del todo. En cualquier caso, empezaba a tener andares de pato. ¡Qué adorable!

Fuera del alcance de su vista, la observé hasta que entró en el bar. Sí, escondido detrás de una esquina, espiándola como un perverso. En eso se había convertido mi vida, hay que joderse. Había perdido el orgullo, aunque probablemente evitar el sexo fuera la opción más adecuada, dado que, sin duda y de forma accidental, me gustaba una mujer absolutamente inadecuada. Y, encima, yo le recordaba al padre ausente de su bebé, que al parecer era un jodido imbécil. Lo que me faltaba. Golpeé la cabeza contra la pared de ladrillo.

—Eres un tipo penoso, Collins —murmuré para mí mismo. Y sabía que era la verdad, pura y dura.

Horas más tarde, todavía no había conseguido dormirme. Últimamente me ocurría a menudo, como si no pudiera cerrar la puerta de mi mente.

Agarré el libro de forma automática. Había hecho algunas flexiones y abdominales, pues quería mantenerme en forma. Los programas de la tele no me interesaron en absoluto y tampoco es que tuviera demasiado material para leer. El caso es que, no sé cómo, terminé con el libro sobre el embarazo en mis manos, el que mi hermano me había regalado hacía poco más de un año, cuando había estado a punto de convertirme en padre. Quién sabe por qué lo escogí. Para empezar, tuve que buscarlo a conciencia en los cajones de los muebles que había junto a la cama, no era conveniente tenerlo en la mesa del café, eso era obvio. Durante una hora, más o menos, estuve leyendo sobre el último trimestre del

embarazo. Cómo iba evolucionando el feto, las sensaciones, molestias y demás problemas de la madre, etc. La verdad es que me resultó fascinante. Hasta leí un poco del capítulo del parto, y ahí la cosa se volvió bastante horrible, la verdad. Si el sexo era el causante de todo ese sufrimiento, quizá lo mejor sería no bajarme los pantalones nunca más. No obstante, me surgieron montones de preguntas, y la mayoría de ellas me producían mareos. No pude evitar preguntarme si Jean sabía exactamente lo que le aguardaba y, en tal caso, cómo demonios era capaz de dormir por las noches. Los cambios que estaban teniendo lugar dentro de ella y lo que iba a significar incluir a un bebé en su vida futura, era algo enorme, tremendo.

Allí estuve un buen rato, preguntándome cómo se sentiría, porque seguro que se había informado, pero tampoco se lo iba a preguntar.

CAPÍTULO 5

—Estás haciendo pucheros otra vez —espetó Alex.

—¡Ni mucho menos! —Estaba sentado en el asiento de atrás de la furgoneta de mi hermano y levanté la cabeza para fulminarla con la mirada. ¡Haciendo pucheros! Jamás lo iba a admitir.

—¡Te digo yo que los está haciendo! —dijo Alex volviendo la cabeza hacia la carretera y haciéndole un gesto a mi hermano—. Mírale, Joe.

—Sí, le miro por el retrovisor —contestó él—, pero no veo una mierda.

—Al menos tú no llevas traje —murmuré.

—¡A callar! —Alex suspiró por enésima vez—. Los dos tenéis un aspecto estupendo. Soy la reina de los disfraces.

Nos paramos en un semáforo en rojo y Alex aprovechó la oportunidad para ignorarme mientras hacía el bobo con su varita mágica, larga y negra. Fuera vi varios círculos de luces amarillas recortándose contra la oscuridad. No había demasiados coches en la calle. Debido a la actividad del Dive Bar, solíamos celebrar Halloween, una noche entre semana, después de cerrar un poco más pronto, sobre las nueve, con una fiesta privada. Cuando cerrábamos, todo el mundo iba a casa de Vaughan y Lydia, ya que eran los únicos que vivían en un sitio más o menos grande, con espacio de sobra para la fiesta.

—El año que viene escogeré yo los disfraces —dije.

—Estupendo —replicó ella.

—Estás magnífica vestida de Morticia, nena. —Joe extendió la mano sin mirar, para tocarle la rodilla o lo que fuera. Desde la parte de atrás no pude verlo

del todo, pero me dio la impresión de que la mano había acabado más bien en la zona de la ingle de Alex.

—¡Esa mano! —espetó, apartándosela hacia lugares de su anatomía menos comprometedores—. Gracias.

—Solo una pregunta —dijo Joe—. ¿Cómo voy a poder beber algo con todo este pelo en la cara?

—Tranquilo, pondré una o dos pajitas en lo que bebas y te llevaré de la mano para que no te tropieces con todo. —El semáforo se puso en verde y Alex aceleró—. No te preocupes, lo tengo todo pensado.

—¡Cerveza con pajita! —dije, riendo entre dientes—. ¡Te lo vas a pasar pipa, Primo Eso!

—¡Cállate, Miércoles! —gruñó Joe. O, por lo menos, eso me pareció. Los sonidos llegaban un tanto amortiguados a la parte de atrás de la camioneta, debido a todo el pelo del disfraz que le cubría la cara. Las gafas Ray-Ban negras que llevaba eran la guinda del atuendo. El pelo solo le llegaba hasta los hombros, así que en realidad no era como el Primo Eso de verdad. *Jeans* negros, botas y una camiseta Henley completaban el atuendo. Menos mal que la peluca era relativamente corta, porque no hubiera podido apañárselas con una que llegara hasta el suelo, como la del personaje real de la familia Adams.

—Convivir con el porcentaje femenino de mi personalidad no me supone ningún problema. —Volví a mirar el móvil, jugueteando al mismo tiempo con una de las coletas de mi disfraz—. De todas formas, creo que las mallas sobran.

—Ni te cuento lo que habrías parecido con las piernas llenas de pelos y al aire debajo de la falda —se burló Alex—. Además, así no vas a tener frío.

Por toda respuesta, me limité a gruñir.

—¿Qué es lo que te tiene tan entretenido? —preguntó.

—Estoy estudiando.

—¿Estudiando? ¿El qué? —Su tono era de genuina sorpresa.

—Cómo mejorar mi técnica para cortejar a las mujeres, una vez que supere el tiempo de contención sexual y salga de nuevo al campo de juego.

—El hecho de que te refieras a tu relación con las mujeres como a un juego me lleva a pensar que quizá deberías convertir en permanente tu abstinencia sexual —dijo Alex en tono cortante.

—Todavía no me puedo creer que estés en esas, joder —espetó Joe.

—Pues créetelo.

—¿Te vas a regalar a ti mismo un anillo de compromiso?

Le hice una peineta.

El muy gilipollas estalló en carcajadas.

—Bueno, digáis lo que digáis, estoy intentando aprender de uno de los maestros. —Deslicé el dedo por la pantalla, pasando a leer el siguiente correo electrónico—. La verdad es que la forma en que lograste que empezara a hablarte de su vida fue muy suave y natural, podríamos decir. Lo cierto es que me impresionas, hermanito.

—¿Estás leyendo eso, pedazo de cabrón? —Joe volvió la cabeza e intentó mirarme. No lo tuvo fácil, ya que las gafas de sol casi se le pusieron en la coronilla y la lograda peluca estuvo a punto de darse la vuelta por completo. Eso sí, logró echarme una mirada asesina con un solo ojo. ¡Bien por él!—. Si estás leyendo los mensajes que intercambiamos Alex y yo, te voy a hacer papilla.

Alex me fulminó con la mirada gracias al retrovisor.

—¡Vaya, no sabes cómo lo siento! —dije con voz meliflua—. ¿Te estás quejando de que revise mi propio perfil de citas por Internet, que aparece con mi propio nombre y con mi foto en todos y cada uno de los mensajes? —Joe había contactado con Alex por Internet utilizando mi foto y mi nombre, sin que yo lo supiera... ni tampoco la propia Alex, al menos, de entrada. Una larga historia, como tantas que habían ocurrido en nuestro grupo—. Si no he calculado mal, a ver... la proporción es de dos preguntas generales por cada una que tenga que ver con el sexo, ¿no? ¿Voy bien encaminado?

Joe destrozó una parte de su cortina de pelo. Vete a saber qué habría utilizado Alex para conseguir el efecto, pero me temo que nada bueno para sus pobres folículos pilosos.

—Borra eso inmediatamente. ¡Ya!

—¿Te refieres a lo que preguntas acerca de su familia y esas cosas? La verdad es que lo de las preguntas muy personales no lo tengo del todo claro. —Empecé a enroscar una de mis preciosas y negras trenzas alrededor del dedo índice—. Tengo otra curiosidad: ¿utilizas los mismos chistes con todas las chicas o desarrollas nuevo material en función de cada una, de su carácter, su apariencia...?

—Te voy a matar, joder...

—Bueno, déjalo —dije tranquilamente—. Casi prefiero hacerlo a mi manera.

De repente, Alex dio un volantazo hacia la derecha y detuvo el coche bruscamente, tanto que el cinturón de seguridad dio un buen tirón. Pasó un coche que hizo sonar el claxon de forma frenética. Normal, esa maniobra había sido peligrosa.

—¿Eric? —dijo con voz muy, pero que muy tensa.

—¿Sí?

—Por favor, deja de leer eso —pidió—. Sé que figura tu nombre, tu foto y tu perfil, y que tu hermano no debió hacer eso de ninguna manera, pero lo que se dice es algo extremadamente privado y personal, y te agradecería que lo borraras. Todo. Inmediatamente.

—¡Vaya por Dios! No dejáis de criticarme por tener relaciones de una sola noche y, cuando empiezo a esforzarme para mejorar mi capacidad como pareja sentimental, todos me queréis arrancar los ojos... —Mi tono de voz fue haciéndose más tenue conforme hablaba. Los dos me seguían fulminando con la mirada. La verdad es que casi me asusté: en ese momento, los imitadores del Primo Eso y de Morticia se habían convertido en una amenaza real para mi seguridad. Así que alcé la cabeza y puse los ojos en blanco—. Bueno, de acuerdo.

—Gracias.

¡Qué gente! ¡Qué sensibles, por favor! La verdad es que me molestaba que no supieran aguantar las bromas, aunque reconozco que esta era pesada, digna de un cabronazo. O sea, de mí. Afortunadamente, arrancamos de nuevo y continuamos nuestro camino. En todas las casas por las que pasábamos había adornos de Halloween: calabazas con y sin ojos y boca, esqueletos de plástico, sábanas imitando fantasmas, etc. En la fecha real de la fiesta, los críos saldrían a recoger golosinas y también habría un desfile por el centro de la ciudad. Y, por supuesto, un montón de tías buenas disfrazadas con la ropa mínima e imprescindible: de brujas, de diablasas o de angelitos femeninos, pero eso era lo de menos, lo de más era la cantidad de piel que enseñarían o lo ajustado de sus disfraces. Lo cierto es que era una época del año genial, me encantaba.

Parecía que todo el mundo había llegado ya a casa de Lydia y Vaughan. Vivían en una pequeña casa, a pocas calles de la playa de Sandy Beach. Nell, Vaughan, Joe y yo habíamos crecido en la zona, bastante antes de que la gente

con mucha pasta construyera grandes mansiones en la orilla del lago.

—Ayúdame con las bebidas —dijo Joe, yendo hacia la parte de atrás de la furgoneta, donde las había colocado.

—¿Qué demonios vas a hacer toda la noche sin ver ni un pimiento?

—Ya me las apañaré —contestó, encogiéndose de hombros.

—Te ha absorbido un coñito.

—Puede, pero tú eres un gilipollas —respondió mi hermano, aunque sin acritud—. De verdad, no me puedo creer que estuvieras leyendo esos mensajes.

Me limité a agarrar una caja de cerveza, sin dignarme contestar.

El patio delantero estaba lleno de lápidas falsas, en el pasamanos de las escaleras había un montón de arañas de muy mal aspecto y también murciélagos colgando del techo y de las vigas. En las ventanas habían colocado lucecitas con forma de esqueletos y de telas de araña. La casa estaba muy bien decorada y sonaba *Superstition*, del viejo Stevie. Buen ambiente, sí señor. Muy clásico de Halloween.

Alex se acercó a la puerta con su traje de Morticia, largo, negro y ceñido, conduciendo a Joe como si fuera un perrito, con una correa atada al cinturón. Antes de que pudiera llamar a la puerta, Lydia ya la había abierto.

—¡Hola, bienvenidos! —dijo sonriendo.

—¡Feliz Halloween! —exclamó Alex, dándole un beso en la mejilla—. ¡Tu disfraz de Rosie, la remachadora, es espléndido! Parece que acabas de salir de la fábrica en plena Segunda Guerra Mundial.

—Muchas gracias. Tú también estás estupenda.

—Hola —. Creo que Joe dijo algo así desde detrás de su melena.

—¡Primo Eso! —dijo Lydia—. Me encanta.

—¡Hola! —saludé sonriendo, mientras admiraba mi vestido negro por las rodillas con el típico cuello blanco—. Fue idea de Alex. Ya sabes, lo mejorcito de la familia Adams.

—Estáis magníficos —dijo riendo—. Voy a por mi teléfono móvil para sacaros unas fotos. La cerveza, directa a la cocina. ¡Y gracias!

—De nada.

—¡Ah! La mismísima Rosie, en carne y hueso, tiene una sorpresa esperando para ti.

—¿Qué?

—No es cosa mía. Pregúntale tú mismo. —La mirada de Lydia era burlona. Se estaba divirtiendo.

¡Mierda!

Había bastante gente: todos los empleados del bar con sus parejas actuales y algún amigo, también algunos de los clientes más habituales. Después de dejar la caja de cervezas en la cocina, me mezclé con la gente, saludando con la cabeza y sonriendo a diestro y siniestro. Le guiñé el ojo a Taka después de que hiciera un comentario sarcástico acerca de mi vestido y mis piernas. Estaba celoso, y lo entendía. No todo el mundo es capaz de llevar un disfraz creíble de Miércoles Adams con una barba de tres días.

Finalmente, no tuve que ir a buscar a Rosie, porque ella me encontró a mí.

—¡Eric!

—Hola... ¡caray! —Incliné la cabeza para contemplarla bien. Llevaba raya negra muy marcada en los ojos y los labios pintados de verde. Su atuendo consistía en un top blanco y unos pantalones del mismo color, ambos muy ceñidos, y un montón de vendas blancas estratégicamente colocadas alrededor del cuerpo, cubriendo más o menos sus curvas. Esperaba que su marido fuera consciente de la suerte que tenía—. ¿Eres una momia egipcia, Rosie? ¿Es eso lo que estoy viendo?

—Soy una momia sexi. El adjetivo tiene su importancia. —Agarró del brazo a la mujer que estaba con ella—. Esta es mi amiga Natasha. Es esteticista. Tiene su negocio propio, en Spokane.

Así que Rosie no se había creído lo de mi abstinencia sexual. Qué sorpresa. Bueno, tampoco pasaba nada. Me sentía perfectamente capaz de hablar con una mujer sin intentar llevarla a la cama. No había peligro.

—Hola —saludé.

—Hola, encantada de conocerte. —La mujer, alta y de rasgos latinos, alzó su vaso de sidra, ya prácticamente vacío. Llevaba un vestido de colores muy alegres, el pelo oscuro, muy abundante, recogido sobre la cabeza y lleno de flores de plástico de distintos colores, todos brillantes. Además, se había pintado una raya entre las cejas, de modo que parecía que solo tuviera una, y muy peluda. Igual que esa artista... ¡demonios!, ¿cómo se llamaba?

Fruncí el ceño y chasqueé los dedos, algo frustrado por mi mala memoria.

—Frida Kahlo —aclaró Natasha. Lista y rápida.

—¡Eso es, Frida Kahlo! El disfraz está muy logrado, y mejoras mucho el original —dije—. Encantado de conocerte, Natasha.

—Y tú eres la niña de la familia Adams —dijo asintiendo—. Muy original.

—Gracias. Pero todo el crédito debe ser para la chica de mi hermano. Este año se ha encargado ella de los disfraces.

—Alex es un encanto. —Rosie me dio un cachetito en la mejilla. Le brillaban los ojos—. Le he hablado mucho sobre ti a Natasha.

—¡Qué bien! —dije, aunque me sentía como una especie de conejillo de Indias. La mirada de Rosie era expectante. ¡Que Dios me ayude! Finalmente, y sin que yo le dijera ni que sí ni que no, o más bien que no, había actuado por su cuenta y pretendía emparejarme con una de sus amigas. Y, encima, sin avisar y sin darme ninguna información previa. Me incliné un poco hacia Natasha y hablé bajito, procurando que Rosie no me escuchara. Misión imposible.

—¿Qué es lo que te ha contado, solo por curiosidad? —pregunté a Frida.

Natasha se rio. Tenía una sonrisa muy agradable y su risa era contagiosa. Puede que Rosie no estuviera del todo desencaminada. La verdad es que, ahora que lo pensaba, no me había autoimpuesto ningún límite de tiempo con respecto a la abstinencia sexual. Si Natasha estaba en condiciones de esperar, digamos, un par de semanas, o sea, el tiempo suficiente como para probarme a mí mismo, la cosa hasta podría funcionar. Podríamos empezar a salir juntos. En plan serio. ¡Claro que sí!, ¿por qué no?

—Te prometo que no le he dicho nada excesivamente malo —se defendió Rosie—. Por cierto, me gustas con falda y vestido de chica. Podías ir así al bar de vez en cuando, y las trenzas que no falten.

—¡Ni de coña! —Me encogí de hombros y volví a jugar con una de ellas—. ¿No te parece que voy demasiado informal?

—Si te pusieras lacitos, podrías ir al fin del mundo —contribuyó Natasha.

—Puede que tengas razón —dije, haciendo cómo si lo meditara seriamente. Las dos mujeres se rieron.

—Creo que hay que traer más bebida —indicó Rosie, incapaz de olvidar su oficio de camarera servicial; soltó el brazo de su amiga y se volvió hacia la nevera. Yo hice ademán de seguirla.

—Tranquila, ya voy yo.

—No, no te preocupes, me apetece moverme. ¿Quieres una birra?

—Por favor.

Abrió una de las cervezas Nincasi Total Dominations y me la pasó. Era una cerveza suave, con poco alcohol, pero muy sabrosa, que había llegado desde Oregón y que era mi aportación especial a la fiesta. Lydia también había liberado varias botellas de vino del bar, además de sidra y varias botellas de *whisky*, ron y ginebra. Por supuesto, también había refrescos sin alcohol, para beber solos o para mezclar. La casa estaba bien provista.

—¿Quieres una tú también, Vaughan? —le preguntó a nuestro anfitrión, que se había puesto a mi lado sin que me diera cuenta, y que asintió inmediatamente.

—Un vestido estupendo —me dijo al oído.

—Gracias. —Me lo quedé mirando, un tanto sorprendido—. ¿De qué se supone que vas disfrazado tú?

—De Bigfoot. Pero no soporto la jodida cabeza, me da muchísimo calor, así que me he librado de ella. —Se pasó la mano por el pelo rojo, todavía empapado de sudor—. Con llevar el cuerpo cubierto de pelo ya me vale.

—Sal un rato fuera. Hace frío.

—Eso íbamos a hacer Andre y yo —confirmó—. Él ha venido disfrazado de Elvis, con el traje blanco tipo Las Vegas, el cinturón de bisutería y toda la pesca. Todo de poliéster, de la cabeza a los pies. ¡Pobrecillo!

—Con eso no se puede ni respirar.

Natasha se rio entre dientes y yo le sonreí. La mujer parecía agradable de verdad. Mucho.

—¿No os han presentado? —pregunté—. Natasha, este es Vaughan. Es un tipo horrible, seguro que no te gusta.

—Sí, ya nos hemos conocido —dijo Vaughan fingiendo hosquedad—. Le he parecido estupendo y me ha dicho que Lydia es muy afortunada por estar conmigo.

Levanté una ceja dirigiéndome a Natasha, para ver si lo corroboraba.

—Estupendo, esa es la palabra, sin lugar a dudas —repitió obedientemente.

—Pues mira, me has dado una idea: el año que viene me voy a travestir y me pondré un biquini, para no pasar calor —dijo Vaughan con cara de sufrimiento. Las gotas de sudor le perlaban la frente—. Eso sí, con una melena rubia y aditamentos tipo Pamela Anderson.

—¡No sabes las ganas que tenemos todos de ver eso! —dije, manteniendo el

gesto muy serio—. Igual ese día deberías considerar la posibilidad de afeitarte. O incluso de hacerte la cera en todo el cuerpo.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Rosie riendo entre dientes—. Natasha podría ayudarte, se le da muy bien.

—Tengo muchos clientes masculinos —confirmó Natasha, agarrando otra botella de sidra—. Lo haría encantada.

—Gracias, pero declino la oferta —respondió Vaughan—. La cera me deja ronchas. Si Eric puede venir disfrazado de Miércoles Adams con barba de varios días, tendréis que contemplarme también a mí en toda mi gloria natural.

—Por cierto, en *Los vigilantes de la playa*, Pamela Anderson llevaba un traje de baño de una sola pieza, nunca biquini —puntualizó Rosie mientras le pasaba una cerveza.

—Gracias. ¿Esos trajes de baño son cómodos?

—Pues supongo que casi tanto como hacerte un calzón chino.

—Quién sabe lo que podría pasarle a tus partes —confirmó Natasha asintiendo.

—¡Joder! —espetó Vaughan—. Voy a tener que pensármelo.

—Ponte un vestido, llevar falda es comodísimo y además sugestivo —propuse, haciendo un giro.

—Buena idea. Creo que voy a ir a buscar a Andre, no vaya a ser que le dé por subirse otra vez a la mesa a cantar *Hound dog*. La mesa es lo de menos, lo que me preocupa es que Elvis se remueva en su tumba. ¡Hasta ahora! —Desapareció inmediatamente entre la multitud.

Como ocurría siempre, la cocina era la zona más concurrida, con gente entrando y saliendo constantemente. Rosie había sido muy atenta trayendo una amiga para que nos conociéramos, pero no nos dejaba solos, supongo que para asegurarse de que yo no me pasaba de la raya. ¡Qué gran confianza en mí, tanto la de Nell como la suya! Por cierto, Nell se había disfrazado de Estrella de la Muerte, lo que resultaba muy apropiado para su tripa, por lo que Pat debía de ser el Darth Vader que charlaba animadamente con Joe en el salón.

La reacción de Nell al saber que me iba a tomar un descanso con el sexo había sido más o menos la misma que la de Rosie. De hecho, les entró un ataque de risa tan grande que por poco se caen al suelo. Hasta me preocupé de que fuera a dar a luz con antelación. Por otra parte, me esperaba esa falta de fe. Había

leído un artículo que decía que mantener la castidad durante un tiempo era una experiencia purificadora, lo cual me ayudó a alejarme de ella para que no me diera la vara. No me apetecía que la gente a mi alrededor reaccionara tan negativamente con respecto a mi nueva y pura vida como célibe.

Lo cierto es que, hasta el momento, no me sentía ni más ni menos iluminado que antes.

Natasha y yo seguimos charlando en un rincón más o menos tranquilo. Me contó que hacía poco había ampliado el negocio, añadiendo más espacio y contratando más personal. Además de tener un cuerpo bonito, estaba claro que era una mujer inteligente y decidida. Podría aprender mucho de ella. Cuando, hacía unos pocos años, abrimos el Dive Bar, yo no tenía ni la menor idea acerca de cómo gestionar un negocio. Era bueno comprobar que ahora, pasado el tiempo, al menos podía parecer medianamente documentado en una conversación al respecto. O por lo menos sabía en qué momentos asentir sin parecer idiota.

Tomamos otra bebida y nos acercamos bastante el uno al otro, hablando en voz baja. Todo parecía ir bien. De hecho, me había puesto la mano sobre el brazo y su expresión era cálida.

—¡No me lo puedo creer! —La risa que se escuchó era absolutamente familiar, y volví la cabeza de inmediato. Era Jean. Entró en la cocina junto a Andre, con su disfraz y sus zapatos de tacón.

—Pues es verdad —confirmó él—. Conocí al rey en persona.

—Debías tener unos dos años, ¿no?

—Menos. Me impresionó muchísimo, cambió mi vida por completo.

—Eso está claro. —Jean dejó de hablar durante un momento cuando me vio. Con ayuda de una camiseta, había transformado su tripa en una colorida pecera, a la que había adosado pegatinas de peces, de comida y hasta de un castillo de *La Sirenita*. —¡Hola, Eric!

—Eric —dijo a su vez Andre, dándome una palmada en el antebrazo—. Tienes buen aspecto. Muy guapa.

—Pues a ti esas gafas de sol te hacen parecer mucho más serio de lo que eres, muchacho —dije sonriendo.

—El rey no tiene problemas en lo que se refiere a la visión, sea nocturna o diurna. —Se fijó en Natasha y extendió la mano hacia ella—. Hola, me parece

que no nos conocemos. Soy Andre.

—Natasha. —Le dio un apretón de manos muy firme—. Encantada de conocerte.

—Natasha es amiga de Rosie —informé—. Natasha, esta es nuestra vecina Jean. Los tres vivimos en el edificio Bird, justo encima del bar.

Jean la saludó con un murmullo.

—¡Oye, tienes un aspecto estupendo! —dije—. Muy de pescadería. Bueno, ya me entiendes, en el buen sentido. No me refiero al olor, ni mucho menos. El disfraz tiene encanto.

—Gracias —contestó, sonriendo ampliamente—. A mí me encantan tus trenzas.

Moví la cabeza de un lado a otro para que se balancearan.

—Mucha gente me está felicitando por el disfraz. Creo que debería llevar esta pinta más a menudo.

—Tú mismo... Iba a servirte un zumo.

—¿Quieres que te lo traiga?

—No, tranquilo, no quiero interrumpir —dijo, la sonrisa desapareció de su cara—. Natasha y tú estabais hablando.

—No pasa nada. —Al fin y al cabo, servir bebidas era lo mío.

Había un montón de vasos para refrescos y además el frigorífico estaba lleno, así que no tardé nada en prepararle el zumo. Andre y Natasha empezaron a charlar. Escuché que hablaban sobre la pintura de Frida Kahlo, de la ciudad y de cosas como esas. Andre, como siempre, actuaba de forma amigable y fácil. La verdad es que era un individuo a tener en cuenta. Como pareja, seguramente le darían un once sobre diez, lo cual no me hacía ninguna gracia, pero la sonrisa tensa de Jean fue lo que verdaderamente me preocupó.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, no podría estar mejor. —Le dio un sorbo a la bebida—. ¿Y tú? ¿Qué tal te va?

—Pues ocupado, ya sabes.

—Claro.

—Sí, muy ocupado. El trabajo y todo eso.

—Entiendo. Me preguntaba si te habrías ido de viaje o algo parecido —dijo—. No te he visto por casa...

—¿Piensas que me he estado escondiendo de ti o algo así? —Me reí demasiado fuerte. ¡Mierda!—. Bueno, en cualquier caso, ¿tú cómo estás? ¿Qué tal te va? —¡Seré idiota! ¡Eso ya se lo había preguntado!

—Muy bien, ya te lo he dicho.

Asentí.

—¿No me vas a decir que parece como si me hubiera comido un planeta entero o alguna gracieta semejante?

—¡Pues claro que no! —protesté—. Si acaso, te acusaría de haberte bebido el Atlántico, pega más con tu disfraz.

—Casi mejor que no digas nada, anda —intervino Andre, volviéndose a unir a la conversación—. Tienes un aspecto magnífico, Jean. Como si brillaras con luz propia.

Quería que mi amigo desapareciera de allí. De todas formas, la mirada que le dirigió Jean para agradecerle el cumplido fue más fraternal que otra cosa. Nada romántica o por lo menos a mí no me lo pareció. Mejor así. Y es que bastante tenía la pobre chica con lo que tenía como para que Andre intentara tirarle los tejos. Me preocupaba por ella.

—Por supuesto que tiene un aspecto magnífico —susurré—. No pretendía decir lo contrario, para nada. Solo seguía su broma.

—¿Cuándo darás a luz? —preguntó Natasha, saltando elegantemente por encima de mis estupideces.

—Dentro de un mes, más o menos —contestó al tiempo que suspiraba—. ¡Estoy impaciente!

—Siempre que puedas, pon los pies en alto y duerme mucho, cada vez que tengas oportunidad —aconsejó Natasha—. Mi hermana Isla tuvo su primer hijo hace seis meses. Desde entonces tengo la impresión de que no ha descansado ni un minuto seguido.

—¡Felicidades por ser tía! —dijo Jean con los ojos brillantes.

—Gracias. —Natasha sacó el teléfono móvil del bolsillo y nos enseñó en la pantalla la foto de un bebé precioso, con la carita llena de gelatina o algo semejante—. Se llama Henry.

—¡Qué rico!

—La foto es de hace solo un mes —dijo, mirando alternativamente a Jean y a Andre. El teléfono volvió a desaparecer en su bolsillo—. Tenéis que estar

nerviosísimos los dos, ¿verdad?

Andre abrió la boca, pero Jean se le adelantó.

—No, no estamos juntos. Voy a ser madre soltera.

—¿Te vas a enfrentar a esto tú sola? —preguntó Natasha abriendo mucho los ojos—. Espero que te ayuden mucho.

—Estaré bien.

—¿Solo bien? ¡Qué dices! Estarás de maravilla. —Tomé de un plato una galleta con forma de fantasma y mordí un trozo.

—Eso espero. —Natasha no parecía demasiado convencida—. Isla está casada, y además su esposa la apoya mucho, pero a pesar de todo están ocupadísimas. A Henry le cuesta dormir por las noches y encima hay días en los que no para de llorar. No le pasa nada, es un niño completamente normal, pero ellas no estaban preparadas para todo el trabajo que se les ha venido encima. Ni para la falta de sueño y de descanso, claro.

Le di un trago a la cerveza, mirando a Jean por el rabillo del ojo.

—De verdad, no sé cómo no se han vuelto locas —insistió—. Isla me ha contado que una vez se pasó tres días sin ducharse, por falta de tiempo y también de energía. La verdad es que ver a gente que se atreve con esto hace que recupere mi fe en la humanidad: criar niños saludables física y emocionalmente y a veces hasta ir a por más. ¡Increíble!

—Estoy de acuerdo. Tener un niño, ser madre, debe de ser algo muy grande. —Jean se acarició la tripa—. Enorme, la verdad. Y no sabes las ganas que tengo de que ocurra, sea como sea.

—Te irá bien —dije.

—Eres más valiente que yo —dijo Andre, fingiendo estremecerse—. Mi prima por poco se abre en canal en sus dos partos. No me preguntéis por qué, pero parecía que sentía la necesidad de contarlo con todo lujo de detalles, incluidos los gore.

¡Dios!

—¡Qué considerado, Andre! Por otra parte, me da la impresión de que no tienes vagina, así que salvo avance médico extraordinario, no creo que corras peligro.

Miró a Jean con cara de sincero remordimiento.

—¡Mierda! Lo siento...

—Tranquilo, no te preocupes —lo tranquilizó Jean, encogiéndose de hombros y sonriendo—. Todo el mundo tiene sus historias. Y, por descontado, todo el mundo me las cuenta.

—Mi hermana dice que, una vez que tienes el bebé en tus brazos, se te olvida todo —dijo Natasha—. De todas formas, que te pongan la epidural. Me ha dicho que no hay comparación.

Jean, con gesto imperturbable, dio un sorbo al zumo.

—Bueno, salvo complicaciones, prefiero un parto natural, sin medicamentos ni drogas.

—¿De verdad? —Había asombro en la pregunta.

—He leído mucho y creo que es la mejor opción, tanto para el bebé como para la madre.

El blanco de los ojos de Natasha eran como dos lunas llenas.

—¡Qué valiente eres! Seguro que yo empezaría a berrear pidiendo calmantes en cuanto tuviera la primera contracción. En realidad, ni siquiera eso: me apuntaría a una cesárea limpia y rápida.

Jean frunció el ceño, aunque mínimamente.

—Pienso que la recuperación de la cirugía mientras tienes que cuidar a un recién nacido debe ser algo extraordinariamente difícil.

—Mi madre me ayudaría —dijo Natasha.

—Sí, pero te perderías un tiempo maravilloso en el que se establecen los primeros vínculos con el bebé.

—Bueno, eso ya se corregiría después. Mejor eso que la alternativa.

—Cada una debe decidir lo que es mejor para sí misma —concluyó Jean, levantando los hombros y las cejas al mismo tiempo—. Es estupendo que ahora tengamos alternativas para poder decidir, ¿verdad?

—Muy cierto —intervine.

—Completamente de acuerdo —dijo Natasha—. Pero no creo que haya que ser demasiado rígida. Yo creo que Isla se equivocó en eso. Todo su plan inicial se fue al garete. Fue como si alguien hubiera lanzado una granada en el meollo de su vida.

Por los ojos de Jean se cruzó una sombra de duda. ¡Maldita sea!

—No es que yo esté planeando tener un hijo pronto —dijo Natasha, negando con la cabeza—. Tengo otras cosas que hacer con mi vida.

Jean esbozó otra sonrisa algo torcida.

—Bueno, ya está bien de niños —dije, apoyándome en el mostrador de la cocina—. ¿Por qué no hablamos de alguna otra...?

—Personalmente opino que los medicamentos y las drogas son nuestros aliados —dijo Andre, secándose el sudor de la frente. Hasta el pelo de pega a imitación del de Elvis parecía sufrir con el calor que le daba el traje de poliéster.

Tenía que intervenir. ¿Cuántas veces habría tenido que enfrentarse Jean a opiniones distintas a las suyas, y tragárselas para no discutir?

—Los medicamentos y las drogas no siempre son nuestros aliados —dije—. Y esto lo digo teniendo en cuenta los muchos años de experiencia que tengo detrás de una barra, en la que, como sabéis, se ve absolutamente de todo. ¿Cómo puedes decir en serio semejante tontería?

—Sí, tienes razón —se corrigió—, pero en ciertas situaciones concretas sí que lo son. Quiero decir que los recién nacidos son chiquititos, es verdad, pero si te pones a pensar por dónde tienen que salir los pobres...

—¿Te tengo que decir otra vez que tú no tienes vagina, joder?

—¡Ah!, ¿y tú sí? Así que el disfraz es por algo... —replicó Andre, riendo entre dientes.

—A lo mejor te estás confundiendo por otras razones. Quizá ya has bebido un poco más de lo debido y estás algo confuso.

—Tranquilo, Eric —me dijo Jean, dándome un pequeño apretón en la mano—. No pasa nada.

Andre me miró preguntándose qué coño me pasaba. ¡Estúpido! Me dio un tic en uno de los músculos de la barbilla y no fui capaz de dedicarle una sonrisa amistosa. Por otra parte, no es fácil lanzar una mirada intimidatoria si vas disfrazado de Miércoles Adams, pero creo que, pese a todo, lo logré.

—Voy a tomar un poco el aire —dijo Andre, agarrando su botella.

Natasha reaccionó de inmediato. Probablemente había visto que Jean me agarraba de la mano.

—Te acompaño.

—Estupendo.

Allá que iban, juntos y la mar de a gusto, mi vecino Andre y la chica que me había buscado Rosie para quedar y, eventualmente, salir. ¡Magnífico!

Mientras tanto, Jean no dejaba de mirarme, finalmente intentó sonreír.

—Ha sido un poco raro, ¿no?

—La gente y sus malditas opiniones sobre todo, sentando cátedra acerca de cosas por las que no han pasado y no tienen ni puta idea —gruñí—. Siento mucho que tuvieras que escuchar tanta gilipollez. Quizá debería tener unas palabras con Andre.

—No, por favor, no le digas nada. Él no pretendía molestarme. Y tú tampoco tienes la culpa de nada. —Suspiró, sin dejar de repiquetear con las uñas en el muslo—. De verdad, no hace falta que me defiendas. Estoy bien.

—Lo sé, pero...

—Estoy bien.

—Pero...

—¡Eric!

De acuerdo, ella no quería que dijera nada más, ni que intentara arreglar el malentendido o lo que fuera que hubiera pasado. En ese momento, lo más probable era que cualquier cosa que dijera fuera una equivocación, así que me limité a tomarme la cerveza. ¡Y eso que Nell decía que nunca aprendía nada!

—Es posible que sea un poco obsesa del control, pero ¿y qué? —Se encogió de hombros—. Nadie te dice nada si eres meticulosa con tus gastos, pero si inviertes tiempo y energía en una planificación seria del nacimiento de tu hija, que es uno de los acontecimientos más importantes de tu vida, la gente piensa que estás loca.

No dije ni una palabra.

—De todas formas, si me hubieran molestado de verdad, habría cerrado el tema o me habría ido a otra parte. Al menos, no fueron maleducados —dijo, con la mirada perdida—. No obstante, la cosa tiene algo que ver con las ganas que suele tener la gente de dar lecciones. Mira, ha habido mujeres a las que no conocía de nada que se han puesto a hablar conmigo en el supermercado para decirme qué era lo que tenía que hacer o incluso para tocarme la tripa y sentir las pataditas.

—¡No me digas!

—Sé que la mayoría no pretende molestar, pero aún así... —Negó con la cabeza—. No sé qué pasa con los embarazos, que todo el mundo pierde la cabeza y pretende implicarse, como si fuera algo propio. Bueno, todo el mundo no, algunos.

Fruncí el ceño, enfadado en su nombre por lo que le habían dicho.

—Pero Andre y Natasha estaban diciendo... —empezó, pero no concluyó. Yo lo haría por ella.

—¿Diciendo estupideces?

—Pues sí, puede ser —gruñó.

—No sé por qué la idea de hacer lo que creas que debes hacer es tan difícil de captar —dije—. Idiotas. —Jean bajó un poco la cabeza, pero no lo suficiente como para esconder su sonrisa.

¡Menudo logro, la había hecho sonreír! Inmediatamente me relajé, solté los hombros, que los tenía tensos, y se me empezó a pasar el enfado. A nuestro alrededor, la fiesta estaba en pleno apogeo: la gente charlaba, bebía y se movía al ritmo de la música. No había acudido con la intención de conseguir alguna cita, así que no había perdido nada, aunque Natasha era una mujer muy guapa. No podía dejar de preguntarme qué tal sería en la cama. Mandona, probablemente. Lo cual podría ser divertido... al principio.

—¿Por qué no vas a hablar con ella? —preguntó Jean.

—¿Cómo?

—Con Natasha, quiero decir. Ve a hablar con ella —repitió—. Cuando llegamos Andre y yo parecía que los dos estabais cómodos.

—No, estoy bien aquí.

Inclinó la cabeza y me miró con ojos risueños.

—O sea, ¿que te vas a pasar la fiesta charlando con la mujer más cascarrabias y gruñona de todas, que encima puede ponerse de parto, natural, eso sí, en cualquier momento?

—Pues sí, eso es lo que pretendo, si ella me lo permite.

—¿En serio? —Se le formaron unas líneas bajo las cejas, que no supe si eran de sorpresa o de preocupación—. Puedo ir a charlar con Nell, porque tengo que avisarte: verme tomar zumo tras zumo e ir al baño cada dos por tres, ahora que tengo la vejiga del tamaño de un dedal, te va a resultar bastante aburrido, la verdad.

—¿Aburrido? ¿Me tomas el pelo? Hace un momento por poco nos liamos a puñetazos —dije, quitándome de la ceja con el dedo pulgar una gota imaginaria de sudor, como hacen los boxeadores—. ¡Vete a saber lo que puede pasar después! Si alguien se cruza en tu camino mientras vas al servicio a toda prisa a

hacer un pis, no descarto un combate de lucha libre en el pasillo o algo parecido.

—Sí. La verdad es que creo que podría pasar algo así.

—Apostaría por ti, naturalmente.

—Y acertarías. —Hizo ese gesto tan suyo de acariciarse la tripa con una mano—. Eres un buen amigo y un buen hombre, Eric Collins.

—Bueno... yo no estoy tan seguro de eso —respondí, jugueteando con una de mis preciosas trenzas—. No llevas suficiente tiempo en la ciudad como para saberlo.

—Anda, calla. Te he hecho un cumplido, no lo rechaces.

—Muy bien, gracias. —Además, puede que tuviera razón. La verdad es que había desechado cualquier pensamiento carnal respecto a ella. ¿Podría tratarse de un paso más en mi camino hacia el enriquecimiento personal? Quién sabe.

—Bueno, en cualquier caso, no discutas conmigo —me advirtió—. Estoy embarazada, sé muchas cosas. Sobre todo las que tienen que ver con dejar salir fluidos del cuerpo y experimentar sensaciones internas de lo más raras. También sé otras.

—Lo que tú digas. —Hice chocar la botella de cerveza contra su vaso de zumo. La ligera curvatura de sus labios se mantenía, no había perdido ni un ápice de su atractivo. ¡Joder, qué pena que estuviera embarazada! Si pudiera estar con ella una vez, seguro que me apetecería estar cien veces más—. ¡Feliz Halloween, Jean!

—¡Feliz Halloween, Eric!

CAPÍTULO 6

ErEran las doce de la noche de un miércoles, habían pasado unas semanas desde Halloween. Me tocó cerrar el Dive Bar porque Nell estaba en casa con un resfriado de no te menees y, como consecuencia, yo había tenido un par de días de mucho trabajo. Había hecho el inventario y alguna que otra tarea más. Pero me gustaba tener a veces todo el establecimiento para mí solo. Después del cierre, el bar tenía algo especial, y me sentía muy a gusto solo con la compañía de las sombras y de los reflejos metálicos. Ya había terminado con todas las tareas pendientes y me disponía a hacer el corto trayecto a casa. Después vendría la batalla para dormirme, algo que últimamente resultaba bastante habitual, que solía perder hasta bien entrada la madrugada. La verdad es que no sé qué demonios me estaba pasando.

Quizá terminara yéndome a ver la tele con Jean o algo así.

Después de la fiesta de Halloween había dejado de evitarla. Sobre todo porque sus paseos por el pasillo de los apartamentos y mis momentos de insomnio casi siempre coincidían en el tiempo. Algunas noches charlábamos o incluso salíamos a pasear, si no llovía o no hacía demasiado frío. La última vez me preparó un té de manzanilla que sabía a rayos. No se lo dije, pero lo notó. Estaba embarazada, era muy sabia.

Sonreí al acordarme, al tiempo que tarareaba una canción de Bowie. Bowie era magnífico, pese a ser inglés. Cuando apagué el último interruptor, la zona de la barra seguía brillando, absolutamente reluciente y lista para la mañana siguiente.

Al igual que durante la última semana, más o menos, la nieve seguía cayendo. Metí las manos en los bolsillos de la zamarra de cuero y me encogí para protegerme mejor del frío. Sonaron unas llaves al caer al suelo. Alguien que estaba detrás de mí empezó a jurar en arameo.

—Jean, ¿eres tú?

Estaba allí de pie, junto a su todoterreno urbano, protegida con guantes, bufanda, gorro de lana, una gruesa zamarra, y mirando las puñeteras llaves que habían tenido la desfachatez de caerse al suelo. Con su tripa y toda la parafernalia que he descrito, sus posibilidades de recuperarlas tendían a cero.

—Ya voy. —Me acerqué deprisa, recogí el llavero y se lo pasé.

—Gracias.

—¿Va todo bien?

Me pareció que estaba un poco pálida, aunque quizá se debiera a la escasez de luz, y se estaba tocando la zona baja de la espalda.

—Sí.

—¿Sí, pero no?

Intentó sonreír, pero finalmente hizo una mueca.

—Lleva doliéndome la espalda todo el día y ahora está empeorando. Creo que debería ir a urgencias, por si acaso.

Se me heló la sangre.

—No te asustes —dijo, intentando tranquilizarme—. Seguramente no será nada.

—Si no fuera nada, no estarías tan preocupada y no estarías aquí a estas horas de la noche.

—Es demasiado pronto para que me haya puesto de parto. Todavía me quedan unas tres semanas.

—Dame las llaves —dije, extendiendo la mano—. Te llevo.

—Te lo agradezco mucho, pero no hace falta. Llevas trabajando mucho tiempo, acabas de salir y es muy tarde. Tienes que estar agotado, así que vete a la cama. —Apretó el botón para abrir las puertas—. Puedo conducir.

—Si te duele lo suficiente como para ir a urgencias, también te duele como para que no debas conducir. Te llevo yo.

—Eric...

—¿Te importaría recordarme cuánta experiencia tienes en conducir sobre la

nieve? —pregunté, señalando con la mano la capa blanca que cubría la calzada. Si no hubiera sido por la tirantez de la situación, la imagen de Jean, con los cabellos sobresaliendo del gorro de lana, me habría parecido muy bonita—. Porque me consta que allí, en Florida, tenéis este tipo de fenómenos atmosféricos desde septiembre, ¿verdad?

—Ja, ja.

Me la quedé mirando sin decir nada.

—En el maletero tengo arena para gatos y una pala —explicó—. No tendré problemas.

—¿Te ves capaz de salir sola de un banco de nieve estando embarazada de ocho meses y pico? —Empecé a frotarme el pecho, y es que con las bobadas que decía me iba a dar un ataque al corazón—. Por favor, deja que te acerque, Jean. Si no, seré incapaz de dormirme debido a la preocupación.

No se decidía.

—Por favor.

Por fin, dio un profundo suspiro y me pasó las llaves.

—Me molesta extraordinariamente cuando tienes razón.

—¿En serio? —Fruncí el ceño por lo que había dicho—. ¿Y cuándo he tenido razón hasta ahora?

No se molestó en contestar, aunque la verdad es que bastante tenía con lograr subirse al asiento de copiloto. Cuando lo consiguió, cerré la puerta con suavidad y me subí al coche. Inmediatamente, encendí la calefacción.

—Rápido, di algo horrible —me animó, apoyándose en el reposacabezas—. Me quedo sin palabras cuando haces algo amable de verdad.

La miré con el rabillo del ojo antes de hablar. Si quería que dijera algo, lo diría.

—Hoy sí que parece que te hubieras tragado un planeta entero.

—Suficiente —concedió—. ¿Seguro que no estás demasiado cansado como para conducir?

—Estoy bien.

¡Demonios! Verla allí de pie, en la calle, con plena nevada, con el dolor que sentía reflejado en la cara ... No podía estar más despierto. Puede que hasta estuviera de parto. Solo de pensarlo me sentí aterrorizado. Conducía tan despacio que hasta le daría vergüenza a una abuelita. Afortunadamente, a esas

horas las calles estaban prácticamente vacías.

En su asiento, Jean se apretaba los dedos de las manos, arrugando mucho la frente. Solté una del volante y se las apreté.

—Procura relajarte.

—Llevo horas procurando relajarme. Seguramente no será nada, ¿verdad?

—Nada en absoluto —la animé—. Todavía faltan semanas para que parezcas una tragaplanetas, pero haces bien en ir a comprobar que todo va bien, por si las moscas.

La frente seguía estando muy arrugada.

—¿Crees que nos dejarán escuchar el latido del corazón? ¡Me encantaría!

—Probablemente —dijo—. ¿Te vas a quedar?

—Si no te importa a ti... —dije, encogiéndome de hombros para quitarle importancia—. Bueno, entiéndeme, no voy a pasar contigo cuando te examinen o lo que quiera que vayan a hacerte. No tengo ninguna intención de inmiscuirme en tu privacidad.

—Lo sé.

—Pero, si lo prefieres, lo que puedo hacer es ir un poco más despacio cuando estemos cerca del hospital, para que saltes del coche. Es una opción, y así nadie te relacionaría conmigo —dije, intentando aligerar la tensión—. Te ves capaz de hacerlo, ¿o no?

—¡Ja! Me limitaría a rodar.

—Esa es la idea.

No había conducido con más cuidado en toda mi vida. Y no digamos con una carga tan importante y en unas condiciones atmosféricas tan adversas. Cada vez nevaba más, y nada de nieve suave y ligera, se estaba helando por momentos, lo que ponía las cosas cada vez más complicadas. Menos mal que había salido del bar más tarde que otras veces, por eso coincidí con ella, porque si hubiera tenido que ir por su cuenta al hospital... Solo de pensarlo me ponía enfermo.

—No es posible que esté viniendo ya —dijo mientras se masajeaba el vientre, parecía bastante más relajada—. Nell es mi ayudante de parto y está enferma.

—¿Y eso es un problema? Yo te ayudaría con el bebé, así que no te preocupes.

—Casi pagaría por ver eso. —La brizna de una sonrisa iluminó por un momento su preciosa cara. La pude atisbar un instante, mientras pasábamos bajo

la luz de un semáforo—. Supongo que sabes que hay sangre, vísceras y... ¡un bebé!

—No tengo nada en contra de los bebés.

De repente, hizo una mueca de dolor y contuvo el aliento.

—¡Buf!

—¿Otra vez?

—Sí. —Cambió de postura en el asiento, intentando acomodarse—. Las bolsas de calor me han aliviado a ratos, pero no he querido tomar ningún calmante. Seguramente no será nada. Un reflejo muscular o ciática o algo así. No es posible que vaya a nacer ya. Todavía no estaba colocada, estaba de nalgas.

De nalgas. Fruncí el ceño, intentando recordar la información que leí al respecto en el libro sobre el embarazo que me había regalado Joe. La última vez que había estudiado algo sobre esto había sido en secundaria.

—O sea, ¿que todavía tiene que darse la vuelta? —pregunté—. ¿Colocar la cabeza hacia delante?

Jean asintió.

—Esta semana tenía visita con el especialista.

—Bien. —¡Madre mía!—. Estaremos allí enseguida y los médicos se encargarán de todo.

Asintió levemente mientras yo movía el volante con mucho cuidado. No quería ir más rápido para no correr ni el más mínimo riesgo. En el accidente en el que Nell perdió su bebé, Joe dijo que el coche que los golpeó surgió de la nada. Esta noche ningún gilipollas me iba a pillar desprevenido. De todas formas, me iba a aliviar muchísimo el hecho de dejarla en el hospital sin contratiempos. La luz era escasa y su cara estaba pálida y tensa. Mientras, toda mi valentía parecía esconderse detrás de la garganta, completamente seca, y del estómago, absolutamente vuelto del revés.

—Habrás traído la bolsa de emergencias, ¿no?

—¿Bolsa de emergencias? ¿Quieres decir la maleta con todo lo que voy a necesitar en el hospital después del parto?

—Sí, eso, como se llame —dije, encogiéndome de hombros.

—Tener un hijo no es el fin del mundo, Eric —indicó, levantando un poco las cejas y sonriendo levemente. De todas formas, no me tranquilizó nada—. Supongo que los materiales que se requieren para superar una situación

apocalíptica serán bastante diferentes.

—No lo creo —repliqué—. A ver, por poner un ejemplo: en ambas situaciones necesitarías ropa interior, ¿no?

—Y yo te pongo otro: supongo que necesitaría toallitas húmedas en lugar de cerillas, ¿no crees?

Sonreí enseñando los dientes, solo para aprovechar la oportunidad de relajar el ambiente.

—Sí, tienes razón, pero apuesto a que has preparado una preciosa y cálida mantita.

—Una mantita de bebé.

—Eso servirá.

—Tendría que encogerme mucho para que pudiera valer para mí. Y tampoco he metido... —Dejó de hablar de repente e hizo otra mueca de dolor. ¡Pasaba poco tiempo entre cada contracción, si es que lo eran! ¡Joder!

—¿Qué es lo que no has metido?

—Un arma.

—Bueno, no creo que haga falta —dije—. Si has metido un sonajero, a los zombis se les puede distraer con él o golpearlos en la cabeza.

—¿Qué pasa, que hablamos de un apocalipsis zombi?

—¿Los hay de otro tipo?

Si no estuviera sufriendo tantos dolores, me habría encantado el sonido de su risa. Dios, verla en este estado... no nos conocíamos desde hacía mucho, pero de todas formas era terrible. ¿Por qué no podíamos ser los hombres quienes tuviéramos que dar a luz? Seguro que sería mejor pasarlo uno mismo que ver sufrir de esa manera a alguien a quien quieres. Y el silencio solo lo empeoraba.

—Supongo que la vas a llamar Erica, ¿no?

—¡Ni lo sueñes! —bufó Jean.

—¿Ericarella?

Otra dosis de débiles risas.

—Ericina. Es mi última oferta.

Se quedó mirándome.

—¡Venga, mujer! —dije—. Son nombres muy bonitos, muy cantarines. Es como si se deslizaran por la lengua.

—Estás majara —espetó, al tiempo que jadeaba intensamente.

Las luces del hospital iluminaron la noche como un faro. ¡Por fin! Me dirigí directamente a la zona de urgencias, girando con mucho cuidado, pues la calzada estaba muy resbaladiza con el hielo. Tan pronto como tiré del freno de mano, salté del asiento y fui al del copiloto. Ella abrió la puerta y empezó el arduo proceso de bajarse del coche.

—Despacio. —La agarré del hombro, sujetándola fuerte mientras se ponía de pie.

—No puedes dejar aquí el coche. Este sitio es para las ambulancias.

—Ya lo quitaré. Deja de preocuparte, Jean. Vamos dentro, que empiecen a hacerse cargo, y después iré a buscar un sitio donde dejarlo.

—De acuerdo.

—¿Todo bien?

Asintió al tiempo que se mordía el labio inferior.

—Volveré enseguida a quitarlo de ahí. Serán dos minutos como mucho.

Le sujeté la espalda con la mano al tiempo que se apoyaba en mi brazo, y así anduvo unos cuantos pasos hacia las puertas de cristal deslizantes de la entrada de urgencias. Y, de repente, se detuvo.

—¡Mierda! —musitó, mirando hacia abajo.

—¿Algo va mal? —Me asomé y seguí la dirección de su mirada. Alrededor de los pies se estaba formando un charquito de líquido. Me entraron escalofríos —. Dime que se te ha escapado el pis.

—No. He..., bueno, no es eso lo que ha pasado.

—¡Joder!

Nos apresuramos a cruzar las puertas. Pese a las circunstancias, se movía sin excesiva dificultad, aunque, de todas maneras, la sujetaba suavemente por la cintura, por si le fallaban las piernas. Dentro había unas cuantas personas en la zona de espera, pero el sitio estaba bastante desierto a esas horas. Detrás de un enorme mostrador de recepción, varias enfermeras o administrativas o lo que fueran, estaban enfrascadas en sus ordenadores.

—Por favor —dije en voz alta—. Acaba de romper aguas.

—Eric, tranquilo.

—Estoy muy tranquilo. —¡No lo estaba, ni de lejos!—. ¿Puede ayudarnos alguien?

Una mujer de mediana edad que estaba en el mostrador de recepción nos

dedicó una sonrisa paciente. Estaba claro que no había entendido cuál era la situación. O igual estaba drogada. No quería exagerar, pero podía tratarse de cualquiera de las dos cosas. ¡Jean estaba a punto de parir, por el amor de Dios! Puede que la mujer necesitara gafas.

—¡Está de parto!, ¿es que no lo ve? —Señalé primero la tripa de Jean y después el charquito que se estaba formando en el suelo. Pero nadie echó a correr, ni se movió siquiera—. ¡Por Dios! ¿Por qué actúa como si esto pasara todos los días?

—Porque pasa todos los días.

Me limité a fruncir el ceño.

—¿A quién llamo? ¿A quién quieres que llame?

—Bueno... —Hizo una pausa—. A nadie. No es cuestión de molestar a Nell, está resfriada. Además, estoy preparada, lo tengo todo planificado. Estoy bien.

—¡Hola! ¿Cómo va todo? —Una mujer joven con atuendo de personal médico se acercó a nosotros—. Parece que la cosa está en marcha, ¿eh?

—Sí —afirmó Jean, un tanto temblorosa.

—¿Contracciones?

—Pues no estoy segura. La espalda lleva doliéndome todo el día.

—Muy bien.

—Pero no siento ninguna urgencia de empujar ni nada de eso.

La mujer asintió.

—Voy a traerte unas compresas, ¿vale?

—Estupendo —dijo, mirando el charco con cara de vergüenza—. Gracias. Eric, ¿serías tan amable de traerme la bolsa que está en la parte de atrás del coche? Lo cierto es que tengo que cambiarme de bragas...

¡Por fin podía hacer algo! Y lo hice a toda leche. ¡Parecía como si el corazón quisiera salirse del pecho! Como si toda la adrenalina que era capaz de producir estuviera corriéndome por las venas. Alrededor, la tormenta arreciaba. ¡Menos mal que habíamos llegado sin contratiempos!

Recogí la pequeña aunque rebosante bolsa, cerré de un portazo la puerta de atrás del coche y me apresuré a volver, sin preocuparme de que estuviera en la zona de ambulancias.

—¡Vaya follón! —dijo Jean cuando me estaba acercando.

—No te preocupes por nada.

—Los cuartos de baño están justo allí —escuché decir a la enfermera, que estaba volviendo—. ¿Crees que podrás acercarte a la zona de maternidad caminando, si yo te acompaño?

—Sí, por supuesto que sí. —Jean buscó en la bolsa ropa interior limpia y se dirigió tambaleante hacia los cuartos de baño.

—Es vuestro primer hijo, ¿no? —preguntó la enfermera cuando nos quedamos solos, Kristen, según pude leer en la etiqueta de la solapa.

—¿Cómo? —Alcé las cejas, muy sorprendido—. No, yo no soy el padre. Jean es... bueno, solo somos amigos.

—¿Y vas a acompañarla durante el parto? —preguntó la enfermera.

Al principio, no reaccioné, pero Nell estaba fuera de juego, y en el coche Jean pareció sentirse a gusto con la idea de que yo la acompañara.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿por qué no vas a aparcar el coche? No puede quedarse ahí, casi bloqueando la entrada de urgencias. Voy a llevarla directamente a la zona de maternidad, así que nos encontrarás allí. Zona A, nivel 2.

Miré hacia la puerta del cuarto de baño, que seguía cerrada. Eso de dejar allí sola a Jean no me parecía bien, casi me asustaba, pero la enfermera Kristen tenía toda la pinta de ser muy tranquila y capaz. No parecía guardar una motosierra ni nada parecido debajo de la bata, así que imaginé que no habría ningún peligro si dejaba con ella a Jean. Y seguramente el personal médico sabría todo lo que había que saber acerca de traer a un niño al mundo y lidiar con embarazadas que se habían puesto de parto.

Respiré hondo.

—Muy bien, de acuerdo. Eso haré. Enseguida vuelvo.

—Perfecto —dijo sonriendo, al tiempo que se volvía para esperar a Jean.

La verdad es que no pretendía hacer derrapar las ruedas para salir de la zona de urgencias, pero sí que salió un poco de humo. Tampoco pasaba nada, el coche era relativamente nuevo, así que los neumáticos también debían de serlo. Me costó una eternidad encontrar aparcamiento y averiguar dónde diablos habían escondido la zona de maternidad. Puedo asegurar que recorrer la jodida Mordor me habría resultado más fácil y habría tardado menos tiempo, incluso sin la ayuda que tuvo Frodo. Me dio la impresión de que la niña podía haber nacido, crecido y hasta haberse graduado en la universidad antes de que llegara yo.

Por fin encontré el camino y tuve pararme en otro maldito mostrador de recepción.

—Hola, busco a... —empecé, procurando recobrar el aliento, pero me detuve inmediatamente.

—Tiene que ser natural. —Era una voz insistente y que hablaba bastante alto—. Tengo un plan acerca de este parto desde hace meses.

—Bueno, no importa —dije, y me dirigí inmediatamente hacia la habitación.

El recepcionista que estaba detrás del mostrador se puso de pie y dijo algo, pero nadie iba a detenerme.

En la habitación, pintada de color beis claro, Jean estaba tumbada en una cama, con las piernas extendidas y abiertas, vestida solo con el pijama del hospital y sin ropa interior. Menos mal que, por lo menos, tenía una sábana que le cubría desde las rodillas. Puede que ahora fuéramos buenos amigos, pero estoy seguro de que no le apetecía que la viera en esa situación. Había dos mujeres junto a ella y una le pasaba una máquina por la tripa. Las dos estaban muy serias.

—El ritmo cardiaco del bebé es bajo. Nos preocupa que no esté recibiendo oxígeno suficiente —dijo la que manejaba la máquina. Su voz era algo autoritaria, posiblemente era la doctora.

A Jean le temblaron los labios y se le llenaron los ojos de lágrimas. Corrí a su lado.

—¿Qué pasa?

—Quieren hacerme una cesárea —dijo, agarrándome fuerte de la mano. En la otra sostenía una hoja de papel, bastante arrugada ya: su plan para el parto, sin duda. Se le notaba el dolor en el gesto y tenía la frente perlada de sudor.

La doctora la miró. La expresión de los ojos era amable y comprensiva, pero el gesto se mantuvo serio.

—Como ya le he explicado, creo que sería lo más seguro, por el bien de ambos.

—¿Acompaña usted a la señorita Antal? —preguntó la otra mujer, otra enfermera. En su etiqueta podía leerse el nombre de Madelaine.

—Pues, yo... —Miré a Jean.

—Sí —respondió ella por mí, con tono casi impaciente. Después de todo, tenía cosas más importantes que decidir—. Es mi acompañante.

Que se lo tomaran como quisieran. Si ella quería que me quedara, me quedaría. Por supuesto que no iba a pasar por todo esto ella sola. Le apreté la mano.

—Me doy cuenta de que usted deseaba tener un parto natural —dijo la doctora—. Y entiendo que esta situación le resulte traumática; no obstante, mi recomendación es que realicemos una cesárea. Como ya le he dicho, y si usted está de acuerdo, un anestesista procedería para prepararla inmediatamente para un bloqueo espinal.

¡Dios, todo iba demasiado rápido!

Mientras la doctora hablaba, Jean negaba con la cabeza, pero en la expresión de sus ojos se notaba que dudaba, y mucho. Me miró, llena de dolor y de indecisión. ¡Madre mía! Mala cosa si lo que quería era que yo le diera consejo. ¡Yo! Ojalá hubiera leído esos libros acerca del embarazo y el parto por lo menos cinco veces, desde la cubierta hasta los agradecimientos.

Todo lo que fui capaz de hacer fue mirarla a los ojos, intentando transmitirle todo mi apoyo y comprensión, pero me sentí un completo inútil. Jean me apretaba la mano cada vez más fuerte. Daba igual. Si quería, que me la rompiera, que convirtiera los huesos en un polvillo, así por lo menos serviría para algo, estúpido de mí.

Finalmente, exhaló un suspiro resignado.

—De acuerdo.

—Entiendo que usted desea que el señor... —La enfermera señaló con la cabeza hacia mí.

—Eric —indicó Jean—. Se llama Eric, y sí, quiero que esté conmigo.

—Acompáñeme, por favor —dijo la enfermera—. Le ayudaré a prepararse.

Me llevó a otra habitación y me facilitó un gorro para cubrirme el pelo y una especie de bata blanca. Unos cuantos nudos y ya tenía protegida toda la ropa que llevaba. Me pareció bien, ya que los *jeans* de marca y la llamativa camisa que llevaba no eran demasiado apropiados para la situación. Procuré tardar lo menos posible. Cuando me separaron de Jean me entraron ganas de vomitar. Era más fácil mostrarse valiente al lado de ella, pues necesitaba a alguien fuerte que la ayudara a enfrentarse con lo que se le venía encima, incluido el dramático cambio de planes, aunque fuera obligado por las circunstancias.

—Eric, si ya está preparado, le acompañaré al paritorio —dijo la enfermera

mientras llamaba a la puerta de la habitación.

Francamente, si tuviera que esperar a estar realmente preparado para algo como esto, tendrían que pasar unos veinte años. Joe tendría que haberme comprado otra docena de libros sobre el tema, y yo tendría que habérmelos aprendido de pe a pa, claro. También me hubiera tomado dos copazos para hacer acopio de valor. Esto último me pareció una idea magnífica. ¿Dónde había una barra de bar cuando uno la necesitaba de verdad?

Pero no había alternativa, así que asentí y salí con Madelaine.

Jean estaba cubierta por una sábana verde desde el pecho hacia abajo, que impedía la visión de su cuerpo. También llevaba un gorro para el pelo y el consabido pijama de hospital. Estaba conectada a un monitor de constantes vitales a través del dedo corazón, y también le habían puesto un gotero en la mano. Me coloqué de pie, a su lado, y logré no vomitar, pese a todo el personal médico que se apresuraba a hacer cosas, a la visión de las jeringuillas y las hojas de los bisturís y al olor a antiséptico. ¡Bien por mí!

—No toque nada de color verde —me indicó la enfermera. Ya no me acordaba de su nombre y ahora no era capaz de leerlo. ¿Me estaría mareando? ¡No, por Dios!

Le agarré la mano a Jean. Puede que mi palma estuviera algo sudorosa.

—¿Notas algo?

—Ahí abajo, nada de nada —respondió—. Todo va a salir bien.

—Sí.

—No tienes buena cara... No te irás a desmayar, ¿verdad?

—Si se desmaya, allá usted, porque no lo vamos a recoger —dijo la doctora, riendo entre dientes.

—¡Pues vaya desastre de hospital! —murmuré. Después hablé más alto y con más determinación—. Estoy bien. ¿Qué es lo que van a hacer, sacar el bebé?

—Usted no se preocupe por lo que hagamos nosotros —dijo la doctora, echándome una mirada rápida. Llevaba una máscara quirúrgica, pero me pareció distinguir una mínima sonrisa—. Concéntrese en mantenerse de pie.

¡Joder!

—Estoy bien, de verdad.

Jean me apretó la mano. ¡Hay que fastidiarse! Se supone que yo estaba aquí para ayudarla a pasar el trago, y no al revés.

—Todavía no me has dicho qué nombre vas a ponerle —dije, forzando una sonrisa—. Todavía no es tarde para que te decidas por una de mis extraordinarias sugerencias.

—Muchas gracias. —Su hermosa cara se había relajado, los anestésicos habían cumplido su función, pero aún se le notaba la preocupación en la mirada, algo borrosa—. ¿Puedes ver algo?

—No.

Más allá de la sábana verde estaban empezando a pasar cosas. Cosas de las que yo no quería saber absolutamente nada, ni mucho menos ver. Desconecté de ellos, de sus gestos, sus acciones y sus palabras. Solo importaba Jean.

—La cuidarás, ¿verdad? Cuando salga, es decir, cuando nazca.

—¡Por supuesto! ¿No te he dicho que he leído un montón de libros sobre todo esto? Seguramente estoy más cualificado que cualquier doctor.

Sonrió levísimamente, pero eso era mucho mejor que nada.

—No puedo moverme.

—Yo la cuidaré.

Respiró hondo y le brillaron los ojos por las lágrimas.

—De acuerdo.

—Pronto estarás bien.

—Todo está yendo bien —confirmó la enfermera—. Procura que esté tranquila, Eric.

—Sí, claro —contesté—. ¿Y qué te parece Wilhelmena?

—¿Co-cómo? —preguntó Jean.

—O Henrietta. Ese es bueno también.

—¿Conoces a alguien que se llame así? ¿O solo los has leído?

—¿No te gustan los clásicos? Pues entonces busquemos algo más *hippy*, ¿de acuerdo? —Le acaricié los nudillos con el pulgar—. Como Arcoíris o Golondrina o Fuente.

No respondió.

—¡Ya sé! ¿Qué te parece Estación lunar? ¿Y Diva?

—Nada de eso —susurró.

—¡Vamos, mujer! Las hijas de Frank Zappa se llaman así —afirmé—. Si son buenos para el viejo Frank...

—¿Puedes verla ya?

—Todavía no. —Me estaba concentrando en que ambos estuviéramos tranquilos, de buen humor y relajados—. Creo que estás siendo demasiado crítica con los nombres que te propongo, que son a cada cual más bonitos.

La enfermera dio un bufido.

—Ni siquiera sé quién es Frank Zappa —musitó Jean.

—Uno de los grandes del *rock* americano —dije—. ¿Cómo es posible que no conozcas a Frank Zappa?

—No dejes que se la lleven, quiero verla.

—Nadie se la va a llevar a ningún sitio —le aseguré—. Prepárate para que te cuente todas las maravillas que sé acerca de Frank Zappa.

Como no dijo nada, me lo tomé como un sí y seguí hablando, dale que te pego y diciendo tonterías. Resulta que las capacidades que se desarrollan trabajando en una barra de bar sí que sirven para situaciones comprometidas de la vida real. De mi boca no salían más que estupideces, trivialidades acerca de la influencia de Frank Zappa en las maravillas que Deep Purple aportó a la historia del *rock*. Solo se escuchaban los murmullos de los profesionales sanitarios acerca de la intervención y mis comentarios, falsamente alegres. Y, por supuesto, yo solo tenía ojos para la cara aturdida, y aún así preocupada, de Jean. Pudieron haber pasado dos minutos o veinte. Yo seguía hablando como un autómatas hasta que el agudo llanto de un bebé llenó el quirófano.

—¡Guau! —No sé cómo, pero logré mantenerme en pie—. Ha nacido enfadada.

—Ahí dentro estaba muy a gusto —dijo la doctora, todavía ocupada haciendo lo que fuera que tuviera que hacer—. Pero tocaba salir de una vez. Felicidades, Jean, tienes una hija.

—¡Mi niña! —susurró Jean, con un tono de voz mitad somnoliento y mitad entusiasmado.

Llevaron a la niña, que no paraba de llorar, a una mesa lateral. Otra comadrona o doctora o lo que fuera se puso a examinarla.

—Quiero verla —dijo Jean mientras levantaba el cuello intentando mirar lo que estaba ocurriendo.

—Jean, tienes que quedarte tumbada y quietecita —dijo la doctora desde detrás de la sábana verde.

—Aquí está. —Volvió la enfermera y colocó delante de la cara de Jean un

pequeño bulto envuelto en una manta—. Eric, ¿te importa sostenerla?

—¿Yo?

—Lo harás bien —insistió—. Solo tienes que ponerle una mano bajo la parte de atrás del cuello para sujetarle la cabeza y la otra debajo del cuerpo.

Supongo que los miembros de los equipos de desactivación de explosivos sienten el mismo tipo de pavor que yo experimenté en ese momento. Nunca había puesto tanto cuidado en mi vida que cuando agarré por primera vez a esa personita, que en ese momento estaba absolutamente cabreada con el mundo y lo demostraba sonoramente. Tenía la cara roja y congestionada y me miraba acusatoriamente con sus ojos oscuros. O al menos eso me pareció.

—Tranquila, Ada, todo va bien —dijo Jean al tiempo que le corrían las lágrimas por los ojos—. Mamá está aquí, contigo.

Y así, de repente, la niña dejó de llorar.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté, absolutamente maravillado.

—Ella conoce mi voz. ¿Verdad, mi niña?

—¡Guau! —El bultito que sostenía en brazos se removió un poco, pero eso fue todo—. Así que Ada, ¿no?

—Sí. El nombre de mi abuela.

—Es tu última oportunidad para decidirte por Estación Lunar.

Jean me dedicó una sonrisa cansada.

—Ada, te presento a Eric. Eric, esta es Ada.

—Ada. —Suspiré y después también sonreí—. Increíble.

CAPÍTULO 7

—Me está juzgando.

Jean, que, exhausta, descansaba en la cama del hospital, se limitó a levantar las cejas.

—¿Y me puedes decir cómo sabes que te está juzgando? ¿Y de qué forma lo hace?

—Lo sé por la forma en que me mira. Como si me estuviera evaluando. — Con el ceño fruncido, volví a mirar al bebé que sostenía en mis brazos. Ya llevaba haciéndolo durante horas, no en todo momento, pero sí de vez en cuando. La verdad es que, cuanto más lo hacía, menos miedo me daba. Era una tontería tener miedo de algo tan chiquitito. O al menos eso era lo que me decía a mí mismo.

Al principio tenía miedo de que se me cayera o de hacerle daño de alguna forma. Tuve que recordarme a mí mismo que no era la primera vez que sostenía algo tan frágil y tan precioso. En el estante de arriba de detrás de la barra del Dive Bar, había una botella de coñac que valía bastante más que yo, y la sujetaba y la hacía girar con una sola mano sin pensarlo. Por supuesto que ni se me ocurriría hacer eso con Ada. Era mucho más frágil.

—Para ella solo eres una masa amorfa y extraña —me informó Jean—. Apenas puede verte siquiera.

Quizá fuera así, y no obstante...

—Puede que su primera impresión sobre mí no le gustara, quizá le resultara negativa. Creo que solté un taco. Igual no le gusto por eso.

—¡Pues claro que le gustas! Y yo creo que, en ese momento, lo que pasó fue que trataba de acostumbrarse a su nuevo mundo. No creo que se diera cuenta siquiera de tu existencia. —Jean exhaló un suspiro—. La verdad es que no me han dado suficientes calmantes como para poder mantener esta conversación. Acabo de parir, ¿sabes? Y encima por cesárea. ¿Por qué estamos hablando de ti?

—Solo te estoy distraendo. Lo que de entrada podría parecer narcisismo solo es amabilidad estratégica. —Acuné un poco a Ada mientras andaba hacia la cama. A Ada parecía gustarle que la acunara, incluso aunque yo no le gustara—. ¿De qué quieres hablar?

—No lo sé.

—¿Te duelen los puntos? ¿Quieres que llame a una enfermera?

—No. —Suspiró otra vez—. Solo estoy cansada y me siento fatal.

—¿Todavía estás molesta por haber tenido que recurrir a la cesárea? Sé que eso no lo contemplabas en tu plan.

—Un poco, la verdad, pero ya sé que es una bobada. Quiero decir que es una nena preciosa y saludable.

—Jean, puedes sentirte cómo te dé la gana.

—Hum.

Parecía que había cortado todos los lazos con su antigua vida, no había llamado a nadie, ni siquiera a sus padres. No pude evitar preguntarme si había pensado siquiera en el padre biológico de Ada. La verdad es que tenía su aquel el que no apareciera, ni siquiera en este momento. Había una nueva persona, una nueva vida, que él había contribuido a traer al mundo. También podría ser que prefiriera que las cosas se desarrollaran así. El muy imbécil no sabía lo que se estaba perdiendo.

—Lo planificas durante meses, al detalle, y de repente las cosas salen de otra manera y pierdes el control —dije—. La verdad es que ha sido un poco complicado. Es lógico que no estés satisfecha con la manera en que ha ocurrido.

—Supongo que en estos momentos debería estar absolutamente feliz por mi maternidad. —Levantó una mano para acariciarle la cara a la niña—. Es preciosa.

—Sí que lo es —confirmé—. Más desconfiada que un demonio, pero todas las chicas guapas lo son.

Jean se rio entre dientes, pero inmediatamente hizo una mueca de dolor.

—¡Ay! No me hagas reír.

—No quería hacerte reír. Lo que pasa es que no respetas mis sentimientos. — Me volví para ocultar la inevitable sonrisa. No podía imaginarme que, pese a estar hecho migas, porque me dolían todos los huesos de puro cansancio, pudiera estar tan despierto. La nueva madre tenía ojeras y estaba bastante pálida. Eso no era nada bueno—. ¿Por qué no procuras dormir un poco? Ya te despertaré si te necesita.

—He dormido un poco en la sala de postoperatorio. Estoy bien.

—Recuerda todo lo que ha dicho la enfermera —dije—. Tienes que tener cuidado, porque has pasado por una operación de mier... Bueno, eso.

—Lo sé.

—Y además está lo de hacer pipí y popó.

—¡Dios mío! —exclamó Jean, poniéndose colorada—. ¿Puedes no hablar de eso, por favor? ¿Me permites conservar un poquito de dignidad?

—Perdóname.

—Son demasiadas reglas —dijo Jean arrugando la frente—. ¿Cómo demonios voy a evitar subir y bajar escaleras si vivo en un apartamento sin ascensor?

—Todo irá bien —afirmé—. Te llevaremos todo lo que necesites.

No respondió.

—Montones de mujeres pasan por esto, y tú también lo harás —dije, muy convencido—. Mira a Ada. ¡La has hecho tú! A mis ojos, eso te convierte casi en Wonder Woman.

Suavizó el gesto.

—¡Hola! —Nell entró en la habitación y se le iluminó la cara al ver el bultito que sostenía en brazos. Detrás de ella apareció Pat, llevando un montón de bolsas y un enorme ramo de flores—. ¡Aquí está! ¡Hola, niñita preciosa! Deja que la tenga yo, Eric, no se te vaya a caer.

—No se me va a caer. —¡Qué leches! Pensé en mencionar lo que hacía con la botella de coñac, pero finalmente preferí evitarlo. Se la pasé a regañadientes—. Se llama Ada. Y ten cuidado con su cuello. No es capaz de sujetarlo.

—Ada... ¡qué nombre tan bonito! Y sé cómo hay que sostener a un bebé, Eric.

—Hola, Pat —saludó Jean, dirigiéndole una tenue sonrisa.

—Nell ha hablado con la doctora. Ella ya no tiene nada contagioso —dijo—,

pero yo no me voy a acercar, no sea que esté incubando algo.

—De acuerdo, gracias.

Se apoyó en la puerta, mirándonos con interés. Ver cómo Nell y yo le hacíamos arrumacos al bebé seguramente le traía malos recuerdos. De todas formas, fuera lo que fuese lo que estuviera pensando, la hirsuta y oscura barba lo ocultaba por completo.

—Siento no haber podido estar aquí contigo —se lamentó Nell, haciendo un gesto de contrariedad.

—No te preocupes —dijo Jean—. Resulta que Eric se ha revelado como un acompañante excelente.

—Es la cosa más bonita que he visto en toda mi vida —dijo Nell, mirándola con los ojos muy abiertos. Nunca perdía la ocasión de cambiar de tema para evitar decir algo agradable sobre mí.

—¿Verdad que es preciosa?

Las dos mujeres se pasaron un buen rato haciéndole arrumacos a la nena. Después, Jean empezó a explicar el parto con todo lujo de detalles. Aproveché la oportunidad para sentarme en un sillón y cerrar un momento los ojos. Eso fue todo, un segundo. Lo que noté después fue que alguien me daba una pequeña sacudida en el hombro. Era Pat.

—¡Vaya! —Me pasé la mano por la cara—. ¿Me he quedado dormido?

—Tienes que irte a casa a descansar un rato —dijo Jean, que estaba ocupada dando de mamar a Ada. O sea, dándole el pecho, por si no había quedado claro.

Hice lo que pude para mantener la vista en sus ojos, sin mirar más abajo. ¡Pero, madre de Dios, los pechos de Jean! Solo en sueños había imaginado vérselos, aunque fuera uno solo. No sé si sería por el embarazo o porque su cuerpo se había preparado para la lactancia, o por lo que fuera, el caso es que eran unos pechos llenos, redondos, perfectos. Eso de ver mis sueños cumplidos en este contexto no estaba nada bien, pero, por el amor de Dios, ¡a mí me gustaban las mujeres! Durante la mayor parte de mi vida había pensado que, si tenías la oportunidad de verle los pechos a una mujer, tenías que aprovecharla, fuera la parte del canalillo y aledaños, a través de blusas semitransparentes, de bañadores mojados o, cuando el destino te sonreía, completamente desnudos. Lo lógico era comértelos con los ojos, jugar si podías y, resumiendo, hacerte muy amigo de ellos. Francamente, si las chicas querían enseñármelos, yo los miraba

encantado. Soy así de abierto de miras. Pero no aquí, no en estas circunstancias. No estaba nada bien, de ninguna manera.

Así que miré a la pared color verde vómito que tenía detrás de sus hombros e intenté acordarme de qué era lo que me había dicho. Algo sobre dormir, creía recordar. Seguro que no tenía nada que ver con pechos, pezones o leche... No, no había sido nada de eso.

—Sí, buena idea.

—¿No tendrás problemas para conducir?

—Si quieres puedo llevarte —se ofreció Pat, que todavía estaba apoyado en la puerta, con los brazos tatuados cruzados sobre el pecho.

—No, estoy bien.

Al parecer, además de haberme perdido el momento en el que se descubrió el pecho para dar de mamar a la nena, había dormido lo suficiente como para no ver cómo Nell había colocado las flores en un jarrón ni cómo Jean había desenvuelto un montón de regalos. Ada pareció dar una especie de resoplido, que pareció de desesperación, y Jean le colocó de nuevo el pezón sobre la mínima boquita, para que siguiera mamando. ¡Qué piel más cremosa y más clara! Juro que no era mi intención, pero seguro que está en la naturaleza humana observar tal maravilla, ¿o no?

Seguro que ardería en el infierno.

—Vamos, preciosa —susurró Jean—. Te va a gustar.

¿Cómo podía nadie imaginar siquiera que no iba yo a mirar esos pechos maravillosos, allí desplegados para cumplir su función natural? ¿Es que tenía que comportarme como un superhéroe o algo así? No, yo no soy tal cosa. Hasta me resultaba muy difícil a veces comportarme como un adulto.

—Te estás poniendo rojo —dijo Nell, mirándome fijamente—. ¿No te encuentras bien? ¿Te pasa algo?

—Estoy bien, tranquila.

—¡Oh, Dios! —Dio un bote muy dramático en la silla—. No te sentirás avergonzado al ver a una mujer dando de mamar a su bebé, ¿verdad?

Hasta Pat soltó una risita.

—No, para nada.

Jean se cubrió un poco más con el pijama de hospital.

—¡Vaya, no hagas eso! —dije—. Quiero decir que... no quería avergonzarte.

—Los pechos sirven para alimentar a los lactantes —dijo, frunciendo el ceño, pero sin mirarme—. ¿Te das cuenta de que ese es su propósito principal en la vida, Eric?

—Por supuesto —confirmé.

—No pretendo dar un espectáculo, ni para ti ni para nadie.

—Ni por un momento se me ha pasado tal cosa por la imaginación —dije, juntando las manos como si rezara, pues a veces ese tipo de actitud resulta de lo más masculina. O simplemente necesaria—. Soy un animal. Perdóname.

—Idiota —murmuró Nell

No obstante, la dureza inicial del gesto de Jean se había suavizado del todo.

—Vete a casa y descansa.

—Sí, creo que me hace falta —dije, levantándome lentamente de la silla—. Me voy.

—Gracias por todo —dijo, mirándome con una dulzura devastadora. Pese a lo cansada y dolorida que estaba, y bien que se le notaba, seguía pareciéndome preciosa, en la cama y con la niña entre los brazos: lo más perfecto que había visto en mi vida.

Y me dolió el corazón. Me sentía desbordado y nervioso, a punto de explotar. Quizá estuviera a punto de sufrir un ataque cardíaco o algo así. Bueno, en todo caso, ¿qué mejor sitio que este para tenerlo?

—Eric, ¿seguro que puedes conducir? —preguntó.

—Sí, sí, seguro. —Me toqué el pecho y agarré la zamarra—. Te... te veo más tarde.

Pat me saluda con un ligero movimiento de la barbilla. Nell no dijo nada.

—Vendré a visitarte, si quieres —le dije a Jean, retrasando la salida. Y es que, por diferentes razones, no me parecía bien marcharme. De hecho, pensaba que era la peor idea que había tenido en mi vida, lo cual no tenía el menor sentido, teniendo en cuenta la enorme cantidad de estupideces que había cometido hasta ahora. Por ejemplo, aquella vez que fui detenido por conducir peligrosamente, entonces me dije que jamás volvería a dejar que una chica me hiciera ese tipo de cosas mientras llevaba un coche.

—Me apetece mucho —dijo sonriendo.

—De acuerdo, entonces.

Todos me miraban, esperando.

—Bueno, pues hasta luego —dije, asintiendo.

Tuve que hacer un esfuerzo para marcharme, tanto de su habitación como del hospital. Cada paso que daba me alejaba de los extraños sentimientos que me habían producido tanto Jean como la niña. ¡Dios, la cosa tampoco era tan importante! Simplemente habíamos coincidido cuando todo se vino encima, sin más. Resultaba de lo más lógico sentir un vínculo emocional. Pero era el momento de volver al mundo real, de retomar mi vida. Demonios, dentro de ocho horas tenía que volver a trabajar.

Una vez fuera, respiré hondo, y sentir el aire helado en la cara fue como si me dieran una bofetada. Claro que iría a visitarla, por supuesto. Éramos amigos, después de todo.

Eso era lo que pensaba... en ese momento.

CAPÍTULO 8

—¡Guau! —Asentí mientras fregaba un vaso—. Y tanto que sí, fue de lo más intenso.

—Por lo que cuentas, parece que sí —dijo Joe, con los ojos muy abiertos—. Alex y yo hemos hablado acerca de la posibilidad de tener un hijo algún día, pero la idea de que tenga que pasar por todo eso, tanto dolor... —Negó con la cabeza.

—La nena era preciosa, de verdad, pero... después de que la limpiaran y se calmara.

Mi hermano soltó una carcajada.

—¡No te rías, es verdad! —protesté—. Al principio parecía un pequeño monstruito llorón y rojo de ira, como sacado de una película gore de serie B o incluso peor. ¿Te acuerdas de esas tan malas de los ochenta?

—Yo creo que no deberías decir eso delante de nadie más, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, no lo haré. —Fruncí el ceño. ¡Tenía toda la razón!—. Pero eso fue solo al principio, cuando movía los bracitos como una loca y asomaba la cabeza. Una vez que la limpiaron y que se calmó, todo fue bien.

—Estoy seguro de que la pequeña Ada agradece tu aprobación —dijo sonriendo—. ¿Esto te va a ayudar a mantener la racha de celibato?

—Pues no lo sé. Lo que sí que puedo decirte es que se ha incrementado mi respeto por las mujeres, te lo aseguro.

—Hum.

Era casi la hora de cerrar y las cosas se iban relajando, después de una noche

bastante animada en el Dive Bar. Había dormido durante todo el día antes de empezar mi turno de tarde-noche. Vaughan se había ofrecido inicialmente a sustituirme, pero resultó que Lydia y él tenían planes. Nell había vuelto al trabajo en la cocina, aunque se había pasado la mitad del tiempo enseñándole a la gente fotos de Ada. No me molesté en mirarlas, pues la niña solo tenía tres poses: dormida, extrañada y furiosa, y ya las había visto todas.

Los últimos clientes se marcharon y Rosie cerró las puertas. Por fin. Aproveché el momento para servirle una copa a Joe y otra para mí.

—¿De la estantería buena? ¿Qué celebramos?

—El nacimiento de la niña, por supuesto.

—Por supuesto.

Tan pronto como saboreé el primer sorbo de *whisky* de malta con la lengua, Pat llamó a la puerta y Taka le abrió. Primero fue a saludar a Nell y después se apoyó en el mostrador de servicio, quitándose de en medio para dejar trabajar a todos.

—Pat —lo llamé, colocando otro vaso en la barra y sirviendo un par de dedos del ambarino licor—, ven aquí, únete a nosotros.

Me miró con expresión extraña, de sorpresa, de precaución o no sé exactamente de qué.

—Estamos celebrando el nacimiento de la niña —le informé cuando se sentó a la barra—, es una tradición.

—Supongo que se trata más bien de una mera excusa barata para echar un trago —dijo Joe riéndose.

—Lo que sea. Me parece bien —concedió Pat, alzando el vaso—. Por Ada.

Bebimos los tres al mismo tiempo, y la verdad es que estuvo bien. Ya era hora de hacer las paces con Pat. Hoy había venido al mundo un nuevo ser y, en cierto modo, era como si todo volviera a estar más o menos en su sitio. En todo caso, después de tantos años y de todo lo que habíamos pasado juntos, ya iba siendo hora de reconciliarnos. Nadie ponía en duda que lo que pasó entre Nell y yo había sido solo un accidente. Infernal, sí, pero un accidente, un error gigantesco.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó, mirándome con seriedad.

—Bueno, bien. —Era una pregunta difícil. La verdad es que había pasado bastantes noches sin dormir en toda mi vida, y en circunstancias mucho más turbias, digamos. Así que lo estaba llevando mejor que bien. Hasta le había

robado un poco de tiempo al sueño para comprarle a Ada un juguete en una tienda. Ahora ya se habrían acabado las horas de visita, pero estaba seguro de que podría camelarme a alguna de las enfermeras para poder ir a la habitación—. ¿Y tú?

—Eric, el año pasado perdiste un crío —afirmó con una sonrisa de circunstancias— y, ayer por la noche, viste nacer un bebé que no era el tuyo. Te estoy preguntando que si lo llevas bien.

La explicación del verdadero sentido de su pregunta me pilló por sorpresa, y pestañeeé.

—Entiendo.

Mi hermano se había quedado extrañamente callado. Lógico, pues tampoco yo me esperaba algo como esto. No obstante, me quedé un rato pensando, pues la profundidad de la cuestión lo merecía.

—Estoy razonablemente bien —contesté finalmente, levantando los hombros—. Fue muy duro, pero no tiene remedio, y después las cosas se han desarrollado como debían. Quiero decir... me alegro de que todos pasáramos por ello sin más daños. Al final, eso es lo que importa, ¿verdad?

—Pues claro —dijo Pat, mostrando su acuerdo, apoyando sobre la barra sus dos manos tatuadas—. Pero si necesitaras un par de días, nadie te lo echaría en cara, estoy seguro.

¡Joder! No era esto lo que esperaba cuando lo invité a que se uniera a nosotros para tomar una copa. Ni remotamente suponía que fuera a sacar el tema del la pérdida del bebé de Nell tras el accidente de coche. Esto no tenía nada que ver. Cuando pasó lo de Nell, yo ni siquiera estaba cerca. Y, además, fue por eso por lo que ocurrió, después de todo. No me presenté a recoger a Nell después del trabajo, así que Joe tuvo que llevarla a casa. Pero esta vez todo había sido distinto. Esta vez había estado ahí cuando había hecho falta.

—Ahora no estoy demasiado ocupado —insistió Pat—. Puedo cerrar el negocio unos días y cubrir tus turnos.

—No sería mala idea —opinó Joe—. Yo tengo algunos trabajos, pero Vaughan va a estar aquí unos días. No sería mal momento para que te tomaras unas vacaciones.

—Bueno, mirad... —empecé, respirando hondo—, os agradezco que queráis ayudarme, pero en realidad no necesito tiempo para recuperarme de nada.

Pat se encogió de hombros.

—¿Estás seguro? —insistió Joe—. Creo que Pat tiene razón. Se me tenía que haber ocurrido a mí. Nadie te echaría en cara que descansases un poco, que tuvieras tiempo para ordenar tus ideas. Podría preguntarle a papá si puede hacerse cargo de un par de trabajos, para así poder hacerte compañía, en caso de que me necesitaras.

—¡No me hacen falta vacaciones, joder! —dije con tono tenso, pese a que me estaba esforzando en controlarme—. Gracias, pero no. Estoy bien.

Ninguno de los dos dijo nada.

—Mirad, ¿no podríamos relajarnos y tomar una copa tranquilamente? —pregunté—. Vamos a celebrar el nacimiento de la pequeña Ada. Eso es lo único que quiero hacer ahora.

—Muy bien —dijo Pat, dando otro sorbo—. Jean nos dijo que por poco te desmayas, como si fueras una mujer.

—He pasado veinticuatro horas comprobando lo que son capaces de hacer las mujeres —bufé—, así que si has pretendido insultarme, no lo has conseguido.

Se pasó la lengua por el interior de la mejilla y sonrió.

—Tienes toda la razón.

—Seguro que yo me habría tomado todos los calmantes que me hubieran ofrecido, probablemente hubiera pedido la farmacia entera —reconoció Joe—. Y hasta habría llamado a mamá a grito pelado, no me extrañaría nada.

—¡Dios! —dije—. Yo estuve a punto de hacerlo, y eso que no era el que estaba dando a luz.

—Por las mujeres. —Pat levantó el vaso y brindamos los tres.

Me aclaré la garganta.

—Escúchame, Pat: como se te ocurra desmayarte cuando Nell esté trayendo al mundo a vuestro bebé, te vamos a dar la murga con ello durante años, con o sin razón. No es una amenaza, es la puta realidad.

—Durante años no, durante toda la vida —me corrigió Joe.

—Sí, eso, durante toda la vida.

—Gilipollas. Los dos —dijo Pat, riendo entre dientes. Después fijó la mirada en mí—. ¿De verdad fue tan... intenso? Mira, nos pasaron un documental la otra noche, en una de las charlas de preparación del hospital, y no parecía tan terrible...

—Espera a verlo en vivo y en directo —dije con seriedad—. No hay palabras.

—¡Joder! —musitó, poniéndose un poco pálido.

—¡Ahora empiezas a entenderlo: ese es el miedo de verdad! —dije, soltando una carcajada—. Bueno, me voy a ir. Mi trabajo está hecho.

Pat me miró con cara de mala leche y me hizo una peineta. Mi hermano empezó a reírse a carcajadas y a golpear la barra con la palma de su manaza. Tampoco era una gran novedad: es un tipo noble y de risa fácil, aunque a veces dé miedo solo mirarlo.

—Lo has asustado de verdad —dijo entrecortadamente, y dio otro trago.

—No, no estoy asustado. —El tipo, enorme y lleno de tatuajes, negó con la cabeza—. Es que... bueno, mientras que a Nell no le pase nada, nada malo, quiero decir, todo lo demás es superable, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —respondí sin dudar y evitando cualquier sarcasmo—. No le pasará nada. Ni al bebé tampoco.

—Eso. —A Pat le cambió la cara, y el gesto de preocupación fue sustituido por una sonrisa, posiblemente de agradecimiento—. Creo que también deberíamos brindar por Jean.

—Por Jean —dijimos Joe y yo, entrechocando una vez más nuestros vasos con el de Pat.

—La doctora ha dicho que la niña y ella podrán volver a casa en unos pocos días.

—¡Fantástico! —exclamé, pero me pareció que la cosa no sería tan rápida. Después de todo había sufrido una operación quirúrgica. Tendría que reorganizar la agenda para poder volver a visitarlas.

—Imagino que irás mañana a verla al hospital antes de abrir el bar, ¿no? —preguntó Joe.

—Al parecer, se comportó estupendamente —dijo Pat sonriendo y mesándose la barba—. La mitad de las enfermeras pensaban que era el padre.

—Pues es obvio que no lo soy —espeté. Se me encogió un poco el estómago y cambié de postura—. Pues claro que voy a ir a visitarla, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Ahora se ha establecido un vínculo entre vosotros, después de haberla acompañado en el parto, ¿no te parece? —Lo de Pat fue más una afirmación que una pregunta.

—Pues no lo sé —dije, encogiéndome de hombros—. Fue por pura casualidad, como suele decirse, pasaba por allí. No es tan importante.

—¿Tú crees que ella podría tener alguna expectativa? —Cuando Joe pensaba, siempre se rascaba la barbilla a través de la pelambarrera.

—Jean no es así —dije.

—Está sola.

—No seas gilipollas —dije, frunciendo el ceño.

—No me la imagino intentando cazarle, ni a él ni a nadie —intervino Pat—. Es buena gente.

Mi hermano no parecía muy convencido.

—Deberías admitirlo, Eric. La miras de arriba a abajo, se nota que te gusta.

—¿Sí? —respondí abruptamente—. Puede que haya dicho que me gustaría ayudarla, pero...

—¿Has dicho eso? —se asombró Joe—. Puede que Pat tenga razón. Quizá deberías dar un paso atrás antes de implicarte demasiado.

—¡Por Dios! —Agaché la cabeza, apoyando los codos en la barra—. ¿Por qué le dais tanta importancia a esto?

—Porque los niños son muy importantes —dijo—. ¿Estás seguro de que, aunque solo sea mínimamente, no estás sustituyendo al bebé que perdisteis Nell y tú con Ada?

—¿Cómo?

—Se me ha ocurrido que podría pasarte eso, así de simple.

—¡Pues no tiene el más mínimo sentido, joder!

—Bueno, bueno —intentó tranquilizarme Joe—. Cálmate. Lo único que sé es que lo que pasó entonces te trastornó mucho. No quiero que te impliques con Jean y con la niña por razones equivocadas, todo el mundo sufriría.

No tenía nada que decir. Absolutamente nada.

Pat levantó las cejas, un tanto sorprendido.

—Vaya, joder, esto se ha desmadrado. Lo único que quería era asegurarme de que estabas bien, eso era todo.

Agarré un vaso y un trapo y me puse a secarlo. Cualquier cosa con tal de tener las manos ocupadas.

—Pensaba que el camarero de barra era el que tenía que dar consejos a los clientes con problemas, y no recibirlos de los estúpidos del otro lado. Dejad de

darme el coñazo, por favor.

—Eres mi hermano —dijo Joe, tan contumaz como siempre—. Es lógico que me preocupe por ti.

El silencio que siguió a esas palabras fue jodido en todos los sentidos. Mi cerebro echaba humo, no quería complicaciones, al menos, no hasta el punto que tanto Joe como Pat estaban planteando. Ser la primera persona en sostener en brazos, torpemente, eso sí, a Ada había sido muy agradable, pero no por ello tenía que quedarme pegado a ella y a su mamá. En realidad, no formaba parte de sus vidas. ¿O Jean pensaría que sí? ¿Y qué pasaría si empezaba a confiar en mí y la defraudaba?

¡Mierda!

Lo único que habían conseguido Joe y Pat era dejarme hecho un lío. Necesitaba mejores amigos. ¿Y por qué tenía que entrar en escena todo el mundo, con sus expectativas, sus preocupaciones, sus preguntas? Jean y yo habíamos estado muy bien en el hospital cuando todavía no había aparecido nadie a molestar.

—Creo que le voy a mandar unas flores.

Me bebí de un trago el resto del *whisky*. ¿Por qué demonios había tenido Pat que sacar a colación el accidente del año pasado que provocó el aborto de Nell? La verdad es que no lo sabía, pero la había cagado.

—Sí —confirmé, madurando la decisión. Parecía adecuado, sin complicaciones ni implicaciones—. Las flores son un buen regalo para una mujer que acaba de parir, ¿verdad? Quiero decir que, si tardan todavía unos días en salir del hospital, tampoco tengo que ir tan pronto de nuevo, ¿no?

—Claro —dijo Pat, que parecía que pensaba lo mismo que mi hermano.

—¿Y ella no estará esperando que vayas? —preguntó Joe.

—¡Anda ya! —dije, soltando una carcajada—. Jean y yo solo somos amigos, vecinos. Me alegro mucho de haber podido estar allí para llevarla al hospital sin peligro y de todo lo demás, pero, sinceramente, apenas nos conocemos. No hay ninguna necesidad de que esté por allí todo el rato, entrometiéndome.

Ninguno de los dos cabezas de chorlito que tenía delante dijeron una sola palabra.

—Hasta podría parecer raro que volviera.

En ese momento, Pat alzó de nuevo el vaso.

—Brindo por la casualidad que hizo que estuvieras allí —dijo—. A veces, y pese a todo, las cosas salen bien de vez en cuando.

Di un trago de *whisky*, a pesar de que sentía el estómago cada vez más revuelto, no entendía por qué, todo iba bien. Mañana le enviaría unas flores, y problema resuelto. El hecho era que, fuera cual fuese el vínculo que se había establecido entre nosotros, si es que se había establecido alguno, o fuera lo que fuese lo que yo sintiese por Jean y por Ada, iba a ser algo pasajero. Solo había sido una casualidad haberme encontrado con ella la noche anterior, haberla acompañado y haberme visto envuelto en todo el proceso del parto. Si seguía dándole vueltas a la cabeza y pensando que había algo más... sería una estupidez por mi parte. ¡Como si la pobre chica no tuviera suficiente con la recién nacida y la recuperación de la cirugía!

No, Nell y Alex estarían al tanto, encantadas de ayudarla. No me necesitaba para nada, de hecho, hasta sería raro que estuviera por allí, alrededor de ella. Lo cierto era que acompañarla en el parto había complicado las cosas. Yo había sido la única opción viable para llevarla al hospital y estar con ella durante todo el proceso. Sentía como si eso fuera significativo, pero la verdad es que no lo era.

¿O sí? ¡Joder, estaba hecho un lío!

—Ahora que lo pienso, puede que tomarme unos días de vacaciones antes de que Nell tenga el niño podría ser una buena idea —dije, ajustándome la coleta. En realidad, no tenía nada que ver con Jean. Cuando Nell se tomara la baja por el parto todos íbamos a estar más ocupados. Desde el punto de vista del negocio, la cosa tenía sentido—. Voy a hablar sobre el asunto con Nell y con Lydia, a ver qué les parece.

—Buena idea —aprobó Joe.

—Sí, aunque ya veremos —dudé, encogiéndome de hombros—. Lo cierto es que salir de la rutina unos días podría venirme bien...

—Estás muy moreno, te sienta bien —dijo Jean, tres semanas después.

Al final me había marchado a California, a esconderme durante un tiempo. Una reacción muy masculina, ¿verdad? O la de un auténtico gilipollas...

—¿Te llegaron las flores?

—Sí, gracias. —Tenía que elevar la voz para hacerse oír por encima del llanto de Ada. Estaba de pie, en la puerta de su apartamento, acunando a la niña en los

brazos—. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace poco. —Dos minutos, para ser exactos, aunque también podrían haber sido dos segundos, lo suficiente como para meter la maleta en casa, escuchar el llanto e ir a llamar a su puerta para ver si todo iba bien. ¡Era patético! ¡Cómo podía haberme marchado durante tanto tiempo! Si me hubiera dado un rodillazo en los huevos y me dejaba retorciéndome de dolor en la moqueta, me lo habría merecido con creces.

—¿Has tenido una buenas vacaciones? —preguntó con tono algo frío.

—Sí, estupendas —dije, aunque sin mucho entusiasmo.

Asintió y no dijo nada.

—Perdona que no pasara a despedirme —dije, levantando un hombro y dudando un poco—. Pat y Joe no tenían demasiado trabajo en ese momento y podían sustituirme en la barra. Tenía sentido tomar vacaciones en ese momento porque lo de Nell no va a tardar, ya sabes, elegí el momento para no perjudicar al negocio...

—Lógico.

—Ahora que he vuelto, va a ser Lydia la que se tome vacaciones —continué—. No solo soy yo el que tiene que desconectar de vez en cuando. Descansar cada cierto tiempo es bueno para la mente y todas esas cosas. Sobre todo para la gente que tiene responsabilidades de gestión. Es importante dar un paso atrás y recargar las pilas... la verdad es que viene bien.

Ella se limitó a pestañear.

—¿Qué le pasa a la niña? —pregunté, inclinando la cabeza hacia la carita de Ada, que estaba bastante roja y no dejaba de llorar—. ¡Vaya, cuánto ha crecido!

—Han pasado tres semanas —aseveró Jean, dirigiéndole una sonrisa cansada—. Y por qué llora, me parece que la situación política y social del país está influyendo muy negativamente en ella, ¿sabes? Como mujer, se siente olvidada y mal representada. Es preocupante.

—Es una niña muy sensible, ya veo.

—Sí. Eso o que está demasiado cansada y no consigue calmarse. Puedes escoger entre ambas explicaciones. —Jean bostezó con fuerza. Las bolsas bajo los ojos y su palidez general me alarmaron. La verdad es que parecía hecha polvo, con los pantalones de yoga y la camisa de franela. Lo cual no significaba que no siguiera siendo absolutamente preciosa. Tiene su gracia el que a veces

solo puedas valorar a las personas cuando están al límite de sus fuerzas. Como cuando a una naranja le quitas la piel, lo superficial.

—Bueno, me alegro de verte —dijo, dando un paso atrás.

—Os he echado de menos. A las dos —dije, de repente, y me quedé helado.

Jean alzó los ojos, su gesto fue de genuina sorpresa.

—¿De verdad?

—Sí, mucho. Mucho más de lo que me podía imaginar.

—¡Oh! —Sonrió suave y dulcemente, quizá de forma un tanto avergonzada —. Nosotras también a ti.

—Muy bien. Bueno, quiero decir que... —Busqué palabras adecuadas y no di con ninguna. La verdad es que no tenía ni la menor idea de lo que quería decir.

—¿Por qué estamos aquí, en el pasillo? Pasa. —Dio otro paso atrás, franqueándome la entrada al apartamento—. ¡No, espera! Olvídalo. Resulta que, en estos momentos, el pasillo es mucho más habitable que mi apartamento.

—No me importa, de verdad.

—Tengo que avisarte de que mi obsesión por el orden ha quedado atrás, no sé si definitivamente.

No mentía, en absoluto. Dentro, la mesa auxiliar estaba enterrada bajo una pila de ropa recién lavada y la encimera de la cocina estaba llena de envases vacíos de comida procedentes del Dive Bar. Me di cuenta de que, al menos, Nell se estaba asegurando de que comiera.

—Esto es un desastre, lo sé. —Jean no se sentó, sino que se puso a caminar de un lado a otro, acunando a Ada, que no paraba de llorar—. En el edificio, todos han invertido parte de sus ahorros en tapones para los oídos. Espero que alguien te haya advertido.

—No te preocupes.

Otro bostezo.

—¿Cómo han ido las cosas? —pregunté, apoyándome en la pared. Eso era más sencillo que buscar un sitio en el que sentarse.

—¿Quieres la verdad? —preguntó, dándole a la niña unos cachetes cariñosos en el culito.

—Siempre.

—Esto es una mierda. Si te vale como resumen...

Hice una mueca.

—No duerme más de un par de horas seguidas. Al principio era porque tenía dificultades para darle de mamar. —Jean hundió los hombros—. No chupaba bien y me dejó los pezones hechos un desastre, como sacados de una película de terror, agrietados y con heridas que no paraban de sangrar. Además, ahora hablo de pezones delante de cualquier hombre, sin importarme si es de confianza o no. Empieza a formar parte de mi manera de ser.

—Todos necesitamos una manera de ser.

Esta vez la sonrisa fue mucho más tenue que la anterior.

—Ahora creo que ha entrado en una rutina perniciosa.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas contenidas—. Ahora entiendo perfectamente por qué se utiliza la privación del sueño como forma de tortura.

¡Dios! Mientras yo estaba de fiesta en California, pasándomelo bien pese a que, sin saber exactamente la razón, había mantenido el celibato voluntario, Jean había estado pasando un auténtico infierno. ¡Y yo le había prometido que la ayudaría! No podía ser peor persona. Hablando en serio: tenía que haberme dado con la puerta en las narices.

—Por desgracia, darle de mamar ha sido un desastre absoluto —dijo—. La verdad es que quería que funcionara. Las comadronas han intentado ayudarme, y hasta he ido a un especialista, pero...

—Has hecho lo que has podido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Porque te conozco —dije, mientras empezaba a estar abrumado por el sentimiento de culpa—. Sé que quieres lo mejor para tu niña y que, literalmente, te dejarías la piel en dárselo.

—Puede. Como poco, tener una hija me ha mostrado lo poco que sé. Este proceso se supone que es algo natural, y me siento como si hubiera fallado estrepitosamente, como si hubiera logrado el premio a la madre con los pechos más inútiles del mundo o algo semejante. —Ya no podía contener las lágrimas y las soltó—. Perdona.

El llanto de Ada se convirtió en puro grito.

—En cualquier caso, ahora le estoy dando leche maternizada. Había que solucionar el problema y hace un par de días Nell me aconsejó que probara. —

Bajó la cabeza y, con mirada triste, acarició suavemente a Ada con ella—. Todavía no parece contenta, pero al menos esta ganando algo de peso.

—Las dos estáis muy vivas y en buenas condiciones. No seas tan dura contigo misma.

—Hay días en los que esto parece *Supervivientes* —gruñó.

—Deja que la tenga un rato —dije, acercándome con las manos extendidas—, por favor. Es lo menos que puedo hacer después de haber desaparecido en plena batalla. Descansa un poco, la pasearé un ratito.

—¡Vaya! No pretendía darte la matraca con mi triste historia. —Respiró hondo, intentando recomponerse—. Alex y Nell me están ayudando muchísimo. Todo el mundo está siendo muy amable.

—Pero necesitas dormir, ¿verdad?

Se limitó a fruncir el ceño.

—Acabas de llegar, Eric...

La verdad es que me estaba echando en cara a mí mismo haberme marchado. No debería haberlo hecho, pero no se lo podía decir, sería demasiado extraño. Pero, ¿acaso no lo era haberme encariñado de esa forma con Jean y la niña?

—Mira, en realidad todo lo que he hecho en estas tres semanas ha sido estar tumbado en la playa con la tabla de surf al lado. Apenas hacía viento, y se formaban muy pocas olas. Yo creo que en total ni he pillado cuatro buenas en todo el tiempo.

—¿Surfeas bien?

Me encogí de hombros. La verdad es que para algunas cosas tengo facilidad.

—Bueno, en realidad creo que se me da mejor esquiar y el *snowboard*.

—Ya. —Parecía que algo no le estaba gustando—. ¿Y qué más has hecho?

—He ido a algunos sitios de moda. A pasear, salir y ver cómo estaban las cosas, ya sabes.

—Últimamente no sé demasiado, la verdad.

—En Los Ángeles siempre están de fiesta. Me encanta.

Asintió.

—Me invitaron a la fiesta de presentación de una nueva marca de vodka — dije, sonriendo relajadamente—. ¡Madre mía, tiraron la casa por la ventana! El grupo que actuó era estupendo, bailarinas al estilo francés, fuegos artificiales, ¡de todo! La fiesta duró hasta las cuatro de la mañana.

—Ya —dijo, mirando al suelo—. Suena increíble. Mucha más diversión de la que hemos tenido por aquí.

¡Mierda!

—Bueno, la verdad es que tampoco fue para tanto —afirmé—, el vodka que presentaban era muy flojito, se pasa de suave, y encima lo quieren vender caro. Solo lo probé porque era gratis, la verdad, y los aperitivos eran esa especie de setas raras que se han puesto tan de moda y que son una porquería. ¡Horribles!

—Hum.

—El tiempo tampoco ha sido muy bueno. En general, un viaje tirando a flojo, la verdad.

—¿Dices eso para que me sienta mejor? —preguntó, ladeando la cabeza.

—No, para nada.

No pareció muy convencida. Lógico, la verdad.

—Da lo mismo —dije para cambiar de tema—. Hazme caso, vengo muy descansado y con ganas de pasar buenos ratos con Ada. De los de verdad, nada de falsas diversiones superficiales californianas.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro.

Seguía con las cejas bajas y gesto de duda.

—Podríamos probar, si de verdad estás seguro.

—¡Te he dicho varias veces que lo estoy!

Por fin, y con mucho cuidado, me pasó a la niña. A Ada le dio un breve ataque de hipo y después me miró con sus grandes ojos, con asombro. Después, de nuevo, continuó con su queja generalizada sobre todo lo que había a su alrededor. Al parecer, le parecía fatal. Bueno, no importaba. Yo ya sabía lo que era esto de tenerla en brazos. Todo iría bien. Muy despacio, con mucho cuidado, la sostuve poniéndola boca abajo, con la tripita descansando sobre el brazo izquierdo y la mano derecha en el espalda, siempre sujetándola suave pero firmemente para que no se me resbalara. Uno de los libros sobre bebés que había leído decía que esta postura garantizaba el éxito inmediato y los calmaba. Así que la utilicé de entrada, aunque Ada siguiera berreando.

—Bueno, vamos a por ello. He leído bastante sobre cómo conseguir que se duerman los niños. Al parecer, esta postura es de lo más efectiva. Vamos a pasear un rato —dije—. Intenta descansar, anda.

—No está bien que te deje cargar con la niña de esta manera.

—Claro que está bien. Ya estoy aquí, y deseando ayudar. Además, me apetece. Anda, por favor.

—Bueno, si de verdad estás seguro...

—Intenta echar un sueñecito. Si no soy capaz de lograr que se duerma, sé que estás en el dormitorio.

Jean miró a su alrededor.

—Lo que debería hacer es limpiar.

—Oye, es imposible que hagas nada si no descansas y no duermes. Lo sabes perfectamente.

—Muy bien, de acuerdo —aceptó al fin.

Yo asentí.

—Le acabo de cambiar el pañal y ha comido hace nada. Avísame si necesitas algo.

—Entendido.

—Está bien, entonces. —De todas formas, entre las cejas se le dibujó una pequeña arruga de preocupación.

—Puedes estar tranquila, estará bien conmigo. Los dos estaremos bien.

—Lo sé —dijo—. Aparte del personal médico, fuiste la primera persona que la tuvo en brazos. Confío en ti.

—Sé dónde encontrarte si decide que odia mi compañía. No he olvidado lo quisquillosa que es.

—Ni te lo imaginas, ha ido a peor. —Esta vez ni siquiera intentó sonreír. Pero poco a poco, de manera gradual, se dirigió hacia el cuarto de baño que estaba junto al dormitorio. Miró hacia atrás por lo menos ocho veces antes de meterse en él y cerrar la puerta.

—¡Buf! —murmuré—. Pensé que nunca nos dejaría solos, señorita. Muy bien, Ada, ahora me vas a contar cuál es tu problema.

La acuné, haciéndole arrumacos y sonriendo con suavidad, como había visto hacer a su madre. Uno de los libros decía que a los bebés les gustaba sentir una mínima presión o algo firme en el estómago, así que esperaba que tenerla boca abajo sobre el brazo pudiera calmarla un poco. ¡Ojalá!

—Tienes que dormir, chiquitina.

No me hizo el menor caso. O eso creo, pues dio otro berrido.

—Te he echado de menos —afirmé muy serio—. Siento haberme marchado. La verdad es que me lo he pasado bien en California. Necesitaba alejarme de todo esto por un tiempo, las cosas se habían puesto complicadas, pero te prometo que no me he olvidado de ti.

La pequeña siguió quejándose.

—Parece que se lo has estado poniendo difícil a tu mamá y que conmigo tampoco estás muy contenta por cómo se están desarrollando las cosas. —Le acaricié la espalda—. ¿Qué hacemos entonces, eh?

¡Qué bien olía! A crema para bebés o a jabón o a lo que fuera.

—Es un poco raro esto de que estemos aquí, tú y yo, juntos —dije, continuando con mi cháchara. No sabía por qué, aunque pensaba que su llanto continuo necesitaría algún tipo de respuesta y solo se me ocurría decirle estupideces—. No te lo tomes a mal, no es nada personal, pero lo cierto es que nunca he querido tener hijos. O sea, ser padre. Los niños no hacen otra cosa que estar en medio y atarte, además, son más caros que el demonio. No encajan con mi estilo de vida.

Sus gritos bajaron un poco de intensidad. De todas formas, dudaba mucho de que su agitación tuviera que ver conmigo. Lo más probable era que ella y su mamá estuvieran demasiado cansadas y enfadadas, lo cual hacía que se causaran estrés la una a la otra. El libro decía que a veces era normal este tipo de círculo vicioso. Al parecer, los niños eran capaces de notar el estado emocional de quienes los cuidaban y les afectaba.

—Bueno, sea como sea, ahí estaba yo, en una casa de playa increíble. Es de una especie de amigo mío —murmuré, hablando muy bajito y con la debida suavidad—. Creo que no te gustaría, es un poco estúpido, pero tiene dinero a espuestas. ¿Sabes cómo lo gana? ¡Golpeando cosas con unos palitroques y haciendo ruido! ¿Qué estupidez es esa? Lo mío es mucho mejor, ¿a que sí?

Al parecer, Ada no tenía una opinión formada al respecto. Cuestión de tiempo.

—Pues eso, que está de gira por Europa o alguna gilipollez así y me dijo que podía utilizar su casa si quería. —Miré hacia la ventana. Nevaba con suavidad—. Allí hacía mucho mejor tiempo. ¡Hasta había chicas en bikini y todo! Me puse en contacto con un par de amigos y fuimos de bares algunas noches. También salí de compras.

Ada me chuperreteó el brazo, que era muy grande para su boquita. Pero si le gustaba, allá ella. Cayó un poquito de baba sobre mis *jeans*.

—¡Estupendo! —dije—. Eres una chica elegante y con mucha clase, no permitas que nadie te diga lo contrario. Bueno, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! Mi viaje. Pues eso, que di una vuelta por la ciudad para ver algunos de los sitios nuevos de Los Ángeles, pero aquí viene lo verdaderamente extraño. ¿Estás preparada?

No respondió. De todas formas, en estos momentos parecía tener una duda existencial: por una parte quería quejarse por la vida que llevaba, pero por la otra, al parecer, quería chuparme el brazo hasta tragárselo. Al menos, el volumen del llanto había bajado apreciablemente.

—Te cuento. Me dio... cierto pánico, no me preguntes por qué. Ni se te ocurra contarle esto a nadie, ¿eh? Creo que puedo confiar en tu silencio. —Suspiré—. El caso es que estaba preocupado por vosotras, chicas. Quería veros, a ti y a tu mamá. Y al mismo tiempo no quería. Te lo repito: no te lo tomes como algo personal.

Una vez más, no respondió.

—¿Y sabes lo que he hecho? Pues, nada más volver, he llamado a vuestra puerta. No he podido evitarlo, no puedo alejarme. —Negué con la cabeza—. ¡Menuda locura!, ¿verdad? Quizá mi madre me dejó caer de pequeño, me di con la cabeza contra el suelo y por eso me quedé así de tonto, ¿no te parece? Eso explicaría muchas cosas. Es una broma, mi madre te encantaría, es una gran mujer. Seguro que la vas a conocer pronto, si es que no la has visto ya.

Nada.

Le di la vuelta con mucho cuidado para poder verle la cara. Tenía los ojos cerrados, no cabía duda, notaba el movimiento rítmico del pecho al respirar, profunda y regularmente. ¡Increíble! La había aburrido tanto que se había dormido. ¡Mi sufrimiento interior no significaba nada para la niña! Lo ocurrido no hacía más que confirmar mi convicción de que no debía hablar de aspectos importantes de mi vida. Nadie quería escucharlos, ni un bebé que no había cumplido un mes.

Se abrió la puerta del dormitorio y Jean entró de puntillas, con los ojos como platos.

—¡Ha dejado de llorar!

—¡Chsss! —susurré—. Creía que estabas descansando.

—Me he lavado los dientes —dijo, mostrando una satisfacción que me pareció extraña.

—¿Durante cinco minutos?

Asintió tranquilamente.

—Es la primera vez en varios días. Repugnante, ya lo sé. —Señaló a Ada con la barbilla—. ¿Está...?

—Está dormida.

—¡Muy bien! —me felicitó—. Ahora tenemos que intentar dejarla en la cuna sin despertarla.

—¿Por qué acabo de empezar a escuchar en mi cabeza la canción de *Misión imposible*?

Jean se rio con suavidad. El sonido más dulce que he escuchado en mi vida, además de del silencio por la ausencia del llanto de la niña.

—La verdad es que eso es de lo más apropiado.

—Los niños son muy intensos.

—Ni te haces a la idea.

Lo logramos a la tercera. Se despertaba sobresaltada, claramente enfadada con nosotros por intentar acostarla. Pero bueno, si yo fuera ella, también me gustaría que me llevaran en brazos constantemente y a todos los sitios y que me acariciaran siempre, sin descanso. Seguro que era de lo más reconfortante. Finalmente, la niña se quedó acostada en su cuna, con los ojos bien cerrados y profundamente dormida, tampoco nos llevó tanto tiempo. Recogí rápidamente todos los recipientes de comida y saqué la basura de Jean. Dado que en mi frigorífico solo había dos cervezas y un trozo de queso enmohecido, era preciso ir a la compra de inmediato. Evidentemente, podía ir a comer al Dive Bar, pero todavía no quería aparecer por allí y dar por terminadas mis vacaciones. Aún no me apetecía ver a nadie.

Por fin me marché del apartamento de Jean, sintiéndome como el rey del mundo. Estaba bien volver a casa.

Al día siguiente, justo antes de que empezara mi turno, Lydia y Nell me arrinconaron, señal de que las cosas no iban a ir ni medio bien. Nos metimos los tres, muy apretujados, en la pequeña y oscura oficina de la parte de atrás. Lydia estaba sentada frente al ordenador. Dado que ella controlaba la contabilidad,

tenía sentido. Nell se sentó con cuidado en el único sillón que había, poniendo las manos sobre la tripa, que ya tenía un tamaño considerable. Y yo me senté en la silla que quedaba, que, por cierto, era incomodísima.

—¿Qué pasa? —pregunté, sin aparentar temor, porque eso no habría sido masculino. Me mostré tenso. Estar tenso sí que es masculino—. ¿De qué queréis hablarme?

—¿De qué crees que queremos hablarte? —preguntó Nell, levantando una sola de sus pelirrojas cejas de un modo muy elegante.

—Ni la menor idea.

—¿Cómo han ido las cosas en California? ¿Te has bajado ya del vagón de los célibes?

—Pues no. —No añadí la coletilla que la situación se merecía, un «mira por dónde»—. Lo que demuestra mi grado de madurez, ya lo sé.

—¡Joder, está diciendo la verdad! —exclamó Lydia—. Le debo cinco pavos a Vaughan.

—Y yo a Pat... un baile privado —dijo Nell, soltando un suspiro de resignación.

—¿Hacéis apuestas sobre mi vida privada? —exploté.

Por lo menos, Lydia tuvo la decencia de parecer avergonzada, pero Nell mantuvo la cabeza bien erguida.

—Sí, las hacemos. Pero no es esa la razón de esta pequeña charla. ¿Estás haciendo algo últimamente que nosotras debemos saber, Eric?

—¡Y yo qué sé, por Dios! —. Me levanté de la silla por si acaso tenía que salir corriendo. No era posible que supieran nada de lo que había pasado en casa de Jean, además, lo único que habíamos hecho era pasear y conseguir que la niña se durmiera. Era inocente. Casi por completo.

Nell me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué he hecho mal? Dímelo, venga.

Lydia se hundió en el asiento, soltando un suspiro.

—Nell, deja de jugar con él. De verdad, eres una sádica.

Los extremos de los labios de la susodicha se curvaron en una sonrisa malévol. ¡Mala pécora!

—¡Esto no tiene gracia! —me quejé.

—Ayer ocurrió algo bastante interesante —dijo Lydia, jugueteando con un

bolígrafo.

—Deja que lo adivine... ¿Nell se fue al cruce de caminos del guitarrista maldito, hizo un pacto con el diablo y recuperó el alma que le había vendido hace tiempo?

Me dio un golpe en el brazo a la velocidad de la luz. ¡Ni lo vi venir! Podía estar embarazada, de hecho con una tripa inmensa, pero eso no había reducido ni un ápice su velocidad. Dudo de que el gran Alí se hubiera atrevido a subirse al cuadrilátero con esta mujer.

—¡Ay!

Lydia golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Ya está bien! Deberíamos ser capaces de tener reuniones de trabajo sin insultos ni violencia. ¡Por favor!

Silencio.

—Lo siento —dije finalmente. Alguien se tenía que portar como una persona adulta, pero era triste que tuviera que ser yo, no me gustaba el papel.

—¿Nell? —demandó Lydia.

—Muy bien, de acuerdo, lo siento —murmuró a regañadientes—. Sigamos con esto.

La mirada que nos echó Lydia a ambos parecía ser el prelude de agarrarnos por las orejas y golpearnos en las respectivas cabezas, una contra la otra. Y no se lo habría reprochado. Se aclaró la garganta y alzó los hombros.

—Bueno, pues lo que pasa es que... tenemos una oferta de compra por el Dive Bar.

—¿Cómo? ¿De quién? —pregunté, completamente asombrado.

—De un hombre de negocios local de buena reputación—dijo Lydia.

—Representa a los dueños del centro turístico, del complejo del lago —intervino Nell.

Noté cómo se me tensaba la cara. Arrugué la frente y junté las cejas.

—¡Vaya!

—Es una buena oferta —dijo Lydia.

—¿Cómo de buena? —pregunté. Me dio la cifra y me balanceé en la silla, sin poderlo evitar—. ¡Madre mía! Pues sí, sí que lo es.

Nell frunció el ceño.

—Creo que quieren ser los machos alfa de la ciudad. Hemos logrado que

nuestro bar-restaurante adquiriera muy buena reputación y nos lo quieren quitar de las manos.

—¿Eso significa que no quieres vender? —pregunté.

—¿Y tú?

—No lo sé. —Empecé a pensar cómo sería la vida sin el Dive Bar. Implicaría un cambio enorme, y no necesariamente para bien—. Vamos por partes: el dinero estaría muy bien y supongo que encontraría trabajo en otro sitio.

—Sí, el dinero estaría muy bien —repitió Nell, aunque con tristeza—. Pat y yo podríamos comprarnos una casa más grande, con más espacio para tener familia, ¿entendéis?

—Sí, claro. —Me rasqué la barbilla—. ¿Y tú qué piensas, Lydia?

—Estoy segura de que sabría qué hacer con el dinero —dijo—. ¿Pero de verdad queremos vender este sitio?

Todos nos quedamos mirando al infinito, concentrados en nuestros propios pensamientos. Había que tener en cuenta muchas cosas.

—¿Qué pasaría con todos los demás? —pregunté—. ¿Rosie, Boyd, etcétera?

—Al parecer, el nuevo propietario los evaluaría y tomaría una decisión sobre su continuidad.

—Entonces, ¿perderían sus empleos? —pregunté en voz baja.

—No necesariamente —respondió Lydia—. En principio, les tendrían a prueba y su experiencia pesaría bastante. No tendrían por qué perder el trabajo, pero, en última instancia, las decisiones concretas respecto a cada uno las tomarían los nuevos propietarios. Simplemente, no lo sabemos.

—A Pat le gusta la idea de que yo deje de trabajar durante un tiempo, después del parto. Desde el punto de vista económico, estaría en condiciones de hacerlo, si vendemos. —Volvió a colocar las manos sobre su estómago—. Quizá estar en casa hasta que el bebé pueda ir a la guardería e incluso tener otro.

—¿Y es eso lo que tú quieres?

—Buena pregunta. No estaría mal tener un poco menos de responsabilidad durante un tiempo. Cualquier cosa sería mejor en comparación con la gestión del negocio. —Puede que fueran imaginaciones mías, pero me dio la impresión de que los ojos de Nell se dirigieron a mí durante un instante.

—Yo no estoy segura de ser capaz de soportar volver a trabajar para otro —dijo Lydia—. La experiencia de la inmobiliaria fue horrible, esa panda de

gilipollas me despidió como si fuera una mierda pinchada en un palo. Ser responsable de mí misma, tener voz y voto en todo... me gusta, qué os puedo decir. Lo más probable es que la primera vez que un jefe me dijera una gilipollez lo mandara a la mierda.

—Igual me pasa a mí —gruñó Nell.

—¿Y si empezáramos en otro sitio? —dije, encogiéndome de hombros—. Es una posibilidad.

—Nuestra capacidad para hacer eso, teniendo en cuenta la nueva situación, tendría límites. ¿Cuándo y a qué distancia del Dive Bar? —se preguntó Nell—. Tendrían el derecho legal a proteger sus intereses, a asegurarse de que no les robamos los clientes después de soltar tanta pasta.

Lydia asintió.

Incliné un poco la cabeza.

—Lo cierto es que no sé cómo llevaría lo de dejar esto, no sé si me explico. ¿Nos permitirían trabajar para ellos?

—Volvemos a lo que estaba diciendo Lydia —respondió Nell, mirándola de frente, y después se volvió hacia mí—. Eric, ¿de verdad podríamos soportar que alguien nos dijera cómo tenemos que llevar nuestro bar o nuestra cocina o nuestro restaurante? —Nos miró alternativamente—. ¿Que nos dijeran lo que podemos o no podemos hacer?

—Eso ya lo haces tú.

Nell resopló.

—No tendría absolutamente nada que ver con lo que haría un gerente de verdad, un dueño único, quiero decir. ¿Y si resulta que quieren dejar su huella en el establecimiento, cambiar los menús y el tipo de cocina, redecorar... cambiar el nombre, transformar por completo el espíritu del sitio?

—Tienes razón. Esto es el Dive Bar —espeté, bastante furioso—. Y lo ha sido desde los setenta, más o menos. Tiene historia, y de la de verdad. Puede que sirvamos cerveza corriente y que no tengamos tanto glamur como los sitios de moda de Los Ángeles, pero es historia de esta ciudad.

—Cambiarían mi carta, seguro —dijo Nell.

—¿Y eso? Tú la cambias cada dos por tres —afirmé, frunciendo el ceño.

—Si lo hago yo es distinto. Sé perfectamente lo que hago con los entrantes. —Cruzó los brazos—. Seguramente serán ese tipo de idiotas que escriben cosas

como «pechuga de pollo orgánico recubierta con pan fresco, servida con patatas doradas cortadas en cuña y bañadas en salsa líquida de tomate y una pizca de microhierbas».

Lydia la miró boquiabierta.

—Traducción: *fingers* de pollo con patatas fritas, ketchup y un poco de perejil por encima. —Había escuchado decir esto mismo a Nell, y más de una vez.

—¡Ah, entiendo! —asintió Lydia—. Los gilipollas pretenciosos que se las dan de cocineros modernos son lo peor.

—¡Exactamente! —exclamó Nell, levantando los brazos—. Y no saben de lo que hablan ni lo que hacen.

—Bueno, en todo caso analicémoslo desde un punto de vista práctico y algo menos emocional —dijo Lydia—. Todos podríamos encontrar otro trabajo, pues lo que hemos hecho en este sitio nos avala. Y es un montón de dinero. Vaughan y yo podríamos terminar de pagar la casa. Eric, tú estarías en condiciones de comprarte un coche más potente y que realzara aún más tu cualidad de macho con un pene difícil de despreciar. Un imán como el de los aceleradores de partículas, vaya, pero para las chicas.

—No hables de mis genitales. Me hace sentir cierta incomodidad.

Mi comentario la hizo reír. No era mala chica.

—¿Así que casi sería que no? —preguntó Lydia, mirándonos alternativamente a Nell y a mí.

Yo alcé las cejas con gesto de duda y Nell hizo una mueca de indecisión.

—¿Podría ser? ¿O sea, que en parte sí?

De nuevo los gestos de duda e incomodidad.

—Muy bien. —Lydia golpeó la mesa con los nudillos—. La decisión está tomada. Les voy a decir que estamos considerando la oferta, pero que vamos a tomarnos tiempo para decidir, sin prisas.

Nell asintió.

—Eric, ¿estás de acuerdo?

—No me parece mal.

—Y si no nos quieren esperar, peor para ellos —concluyó Lydia sonriendo.

CAPÍTULO 9

—Si te digo la verdad, no sé qué hacer con mi vida. —Era más o menos la hora de comer del día siguiente al estallido de la bomba. Me había pasado las siguientes doce horas dándole vueltas a la cabeza sin parar.

Jean siguió llenando el lavavajillas.

—Con la experiencia que tienes, seguro que enseguida encontrarías un buen trabajo. No creo que tuvieras problemas.

—Sí, probablemente lo encontraría. —Estaba tumbado sobre la alfombra del salón, con la cabeza apoyada sobre un cojín y Ada encima del pecho. La forma perfecta de tranquilizarme cuando tenía cosas importantes en las que pensar. ¡Qué cosas! Había cambiado la ingesta de *whisky* y las relaciones sexuales esporádicas con mujeres por tiempo de calidad con un bebé y su increíble mamá. Y lo que resultaba más increíble, dada mi trayectoria vital anterior, es que estaba muy a gusto con el cambio—. Me da la impresión de que quiere hacer un agujero en la camiseta, afortunadamente, con las encías.

—Espera a que eche los dientes. Cuando eso ocurra, tu guardarropa correrá serio peligro.

—A ver, pequeña, esta camiseta que estás intentando comerte es de una gira de Black Sabbath —informé. Y después fruncí el ceño—. Bueno, ahora que lo pienso, y desde un punto de vista *heavy metal*, esto tiene su sentido. Así que puedes continuar.

—Si quieres, puedes ponerla en el parque para que deje de darte la lata.

—Tranquila, estamos bien. —Le di unos golpecitos en la espalda, sin hacer

caso de la mancha de babas que se había formado en la camiseta. Era grande, pero qué más me daba. Cuando te gusta un bebé, no te importan este tipo de inconvenientes, que en mi otra vida consideraba asquerosos.

—¿No te sientes preparado para probar algo diferente? —preguntó Jean—. ¿Un nuevo reto?

—La verdad es que a veces me resulta aburrido estar siempre detrás de la barra —contesté tras un suspiro—, pero todo el mundo que trabaja con nosotros, e incluyo a nuestros clientes habituales, somos como una familia. Bueno, Joe es familia de verdad, pero Boyd y Taka y el resto también lo son.

—Pues, entonces, no vendáis.

—Pero es que es mucha pasta.

—Una decisión difícil, entonces. —Una vez cargado el lavavajillas, se incorporó y estiró la espalda, apoyando una mano en el bajo vientre. Al parecer aún estaba molesta—. No estoy segura de qué es lo que haría si estuviera en tu lugar.

—¿Cómo tienes los puntos y lo demás?

—Bien. La doctora está contenta por cómo ha salido todo.

—Estupendo.

Ada hizo un ruidito y arrugó la cara. Después, el ambiente se llenó de un olor realmente asqueroso. ¡Oh, no, sobre mí no! Aunque hubiera un pañal protegiendo mi adorada camiseta de esa sustancia tóxica, el peligro estaba demasiado cerca.

—Tu hija te necesita —dije con tono urgente—. Y deprisa.

—¿Por qué? —Jean echó a andar mirando a Ada y arrugó la nariz. La madre, quiero decir, no la niña. Ada todavía estaba ocupada haciendo sus cosas.

—Agárrala, anda.

—¡Ja! Eres un amigo un poco tiquismiquis, Eric Collins. —Agarró a la niña y la levantó a la altura de la cara—. Hueles fatal, preciosa. ¿Te has hecho caquita? Sí, ¿verdad?

Ada se chupó el puño. Probablemente era una respuesta en clave.

—Vaya, lo siento, pero es que ese olor es repugnante —dije, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Creo que deberías cambiarla tú. —Jean sonrió. Era mala persona—. Sería una experiencia que te haría crecer, mejorar, madurar...

—No, gracias. Por lo que respecta a tales experiencias, soy objetor de conciencia.

—¡Anda ya! Sé valiente.

—En otro momento. O puede que nunca, ya veremos.

La seguí hasta el parque, pero a una distancia prudencial. Nadie que estuviera en ese momento en el apartamento estaría a salvo, a no ser que vistiera uno de esos trajes que te aíslan de cualquier peligro sanitario. Lo que había en el pañal de Ada era serio, tanto que hasta vendría bien un ambientador de emergencia.

—Cobarde —se mofó Jean, dejando a la niña sobre la mesita en la que le cambiaba los pañales, la limpiaba y la vestía, poniéndose a la tarea—. El respeto que sentía por ti se ha venido abajo.

—¡Vamos, por favor! Déjame empezar por ponerle un pañal seco. Algo sencillo, que me sirva de entrenamiento.

—Tu gran Eric te está fallando —le dijo a Ada.

—¡No digas eso! No es verdad, lo considero ofensivo.

—Sí que es verdad.

—He dejado que me manchara de babas sin protestar.

—¿Qué es un poco de saliva entre amigos? —dijo Jean, riendo quedamente y haciéndole gestos a la niña—. Bueno, vamos a limpiarte.

—¡Madre mía, con lo pequeña que es! ¿Cómo puede ser capaz de soltar ese pedazo de plasta? —pregunté, casi horrorizado. Bueno, no, absolutamente horrorizado. ¡Demonios, qué barbaridad!

Así que preferí distraerme con la decoración de la habitación-office que Jean había convertido en el cuarto de Ada. Había animalitos de granja pintados en las paredes: una vaca, un pato, un perro, un cerdo y una gallina. Obra de Alex, supongo. Los animalitos parecían locos de contentos, con los ojos saltones y enormes sonrisas. Puede que la causa de su felicidad fuera la hierba y la paja de la granja, que era muy especial. Todo estaba decorado en colores muy alegres: muebles de madera y sábanas, mantas y otros objetos amarillos. La verdad es que el apartamento estaba precioso.

—¿No deberías estar saliendo con alguien en lugar de dedicarnos tu tiempo a nosotras? —preguntó Jean, mirándome por encima del hombro—. No es que me moleste que lo hagas, ni mucho menos, pero seguro que encontrarías opciones mejor vestidas y, sobre todo, con mejor olor.

Levanté un hombro, aparentando indiferencia. El hecho era que, tras pasar tres semanas sin verlas, me había sentido muy mal, jodido y preocupado. Conforme fueron desarrollándose las vacaciones, lo de salir huyendo a California me parecía cada vez peor opción. No había sido mi intención cambiar las prioridades de mi vida ni mi forma de enfrentarme con el mundo: simplemente era algo que había ocurrido. Jean y Ada eran importantes para mí, y eso no era algo que fuera a cambiar, al menos, en mucho tiempo. Tenía que aceptarlo. Tampoco creía que las dos fueran una forma de reemplazar el niño que habíamos perdido Nell y yo. Eran nuevas y muy especiales a su propia manera.

—Prefiero pasar con vosotras mi tiempo libre. ¿Te parece bien?

—¡Naturalmente que sí! —Su sonrisa era indescriptible. Si la habitación no estuviera iluminada ya por un brillante color amarillo pollo, esa sonrisa habría sido como una explosión de luz y alegría. Me hacía sentir, y mucho, pero era mejor centrarse en las necesidades inmediatas, sin meterse en complicaciones. Jean apenas podía decir una frase coherente detrás de otra, apenas dormía. Si empezara a tirarle los tejos, sería un egoísta y un estúpido. Hasta yo lo entendía.

—Y a ella también le parece bien —dijo Jean, moviendo a la niña hacia mí, al tiempo que se colocaba la coleta, ahora un tanto desgreñada, la verdad—. ¿Te importaría quedarte con ella otro rato, mientras me ducho y me lavo el pelo?

—¡Por supuesto que no! Adelante.

—¿Vas a salir huyendo si vuelve a hacerse caca?

—Puede —bromeé.

—Bueno, aunque seguramente emplearé más de un minuto en lavarme el pelo y ducharme, es un riesgo que debo correr —dijo suspirando teatralmente.

—Anda, hazlo. Estaremos bien.

Dejé a Ada en el parque y me senté a su lado en el suelo. Agitaba las manos y, de vez en cuando, agarraba un juguete. Babeaba constantemente, hasta formaba pompitas con la saliva. No tengo la menor idea de qué le habría hecho a la niña la pobre tortuga de trapo que colgaba del techo, pero le dio un buen golpe con la manita. Puede que tuviera futuro en el boxeo, si es que encontraba los preparadores y entrenadores adecuados.

—Baja esas manos y escucha: eres la chica más guapa que he visto en todo el día —le dije.

La verdad es que era un bebé condenadamente bonito, con esos mofletes tan

regordetes y rositas. Sería increíble cuando empezara a sonreír. El libro decía que faltaban todavía varias semanas. Tras un buen rato dando manotazos, escuché la puerta abrirse y cerrarse.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunté en voz alta, inclinándome para mirar hacia el vestíbulo.

Era Nell, que traía dos bolsas de comida del restaurante. Seguramente Jean le había dado una llave. Al verme, sus cejas se juntaron hasta casi formar una sola, lo que en ella significaba que no le gustaba lo que estaba viendo.

—¿Qué haces tú aquí?

—Estoy de visita.

—¿Jean está en la ducha?

—Sí.

Miró a la niña. Vi claramente lo que estaba pensando: que no se fiaba de mí ni un pelo. Y menos que estuviera al cargo de alguien tan valioso como Ada. Inmediatamente después, empezó a sacar productos de las bolsas y a colocarlas en el frigorífico. También sacó de él los recipientes usados y los tiró a la basura.

—¿Crees que esto es una buena idea? —preguntó por fin.

—¿Que yo venga a visitarlas? —Me puse de pie. No quería que Ada sintiera la más mínima tensión—. ¿Hablas en serio?

—Sí.

Le eché un vistazo a Ada, que seguía tan feliz, dándole golpes a los juguetes. Sin novedad.

—Nell, ¿qué problema tienes?

Me lanzó una mirada que no fui capaz de interpretar.

—Sé que pasamos momentos difíciles y que no estuve contigo. —Tragué saliva. ¡Dios! Solo pensar en el accidente, la pérdida del bebé y todo lo demás volvía a hacerme temblar—. Cargo con ello, ¿pero piensas de verdad que puedo hacerles daño a Jean y a Ada estando aquí?

—En cuanto llegó, te advertí que la dejaras en paz —espetó.

—Somos amigos. Tendrás que admitirlo.

—Te advertí...

—¡Por Dios, Nell! Ya no somos unos críos, no estamos en el maldito patio del colegio. No pretendas imponerme a quién puedo o no puedo ver.

—Ya tiene suficiente con ser madre soltera...

—No tengo la intención de convertirme en otro problema más que añadir a los que ya tiene.

Ahógó una risa burlona, pero no de las que expresan contento.

—No necesitas tener la intención, Eric; simplemente «eres» un problema andante.

—¡Manda huevos!

Nell no contestó a mi exabrupto.

—Jean y yo somos amigos, eso es todo, fin de la historia —dije—. Si no te gusta, me da lo mismo, te lo digo de verdad. Es tu problema, no el mío.

Empezó a mover la mandíbula, supongo que involuntariamente.

—Lo único que quiero es protegerla.

—¿Y qué he hecho yo para ponerla en peligro, eh? ¡Vamos, dímelo!

—Lo que haces siempre. En cuanto hay dificultades, sales pitando —espetó—. Por ejemplo, lo de irte a California unas semanas, nada más tener la niña.

—A ver si me aclaro: ¿de qué se me acusa, de estar a su alrededor o de no estarlo? —pregunté ásperamente—. Igual eres tú la que tiene que aclararse.

—Antes o después, terminarás fastidiándola, Eric. No puedes evitarlo, está en tu naturaleza.

Ese veneno en su tono... ¡madre mía! Me di la vuelta para no dejar ver mis sentimientos.

—Me odias, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —respondió—, pero me das miedo y quiero tomar precauciones. Te conozco demasiado bien como para no actuar así. Y no quiero que estés por aquí, revoloteando alrededor de mi amiga, que es muy joven y vulnerable, y está sola.

¡Joder!

—Mira, Nell, creía que íbamos a poder superar lo que pasó, pero por lo que veo es imposible, ¿verdad? Puede que debiéramos vender el Dive Bar.

—Quizá sí, igual deberíamos. —Nell se frotó las sienes y no dijo nada más durante un rato, pero el silencio tampoco resultó cómodo—. Vamos a ver, prométeme que no vas a intentar liarte con ella ni nada semejante.

—Muy bien. —Quizás un tanto a la defensiva, me crucé de brazos—. No voy a liarme con Jean, te lo prometo.

—¿Estás cruzando los dedos?

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído.

Jurando para mis adentros, extendí los brazos y abrí las manos, con los dedos bien separados. ¡Sí, estábamos en el patio del colegio!

—Repito, no voy a liarme con Jean.

—¿De verdad crees que puedes ser solo amigo de una mujer que te atrae y no querer acostarte con ella? ¿De verdad?

—¡Sí! —casi grité, tensando la mandíbula—. Claro que puedo. Tiene un lío inmenso y quiero ayudarla. Somos amigos y así vamos a seguir.

No creo que hubiera podido abrir más los ojos de puro asombro.

—¡Dios! ¡Te lo crees de verdad!, ¿no?

Conté hasta diez, muy despacio.

—Vamos, Eric... Tienes que reconocer que esto no tiene precedentes —dijo—, que de verdad te preocupes por alguien que no seas tú mismo.

—Crees que soy incapaz de tomar decisiones que no sean egoístas, ¿verdad?

—No es que lo crea, es que sé que no puedes. Y menos si sientes atracción por la chica —dijo—. Y sé positivamente que Jean te gusta. La forma en la que te comportaste cuando llegó fue ridícula. ¡Nunca te había visto tan con la lengua fuera, por favor!

No iba a responder a aquello, estaba demasiado indignado.

—¿Nada que decir?

—Si estás convencida de que soy tan horrible, ¿por qué estamos hablando de ello siquiera? —Volví a cruzarme de brazos. La conversación me estaba sentando fatal.

—Muy bien. Voy a procurar olvidarme de mis prejuicios.

—Estupendo, Nell. Te va a costar, pero a lo mejor lo logras.

—Muy bien —concluyó, suspirando profundamente.

—Muy bien —repetí.

Y, sin decir nada más, se acercó a jugar con Ada. Quizá debería haberme marchado, pero es que cualquiera sabía qué le iba a decir Nell a Jean sobre mí, si me iba en ese momento y las dejaba solas: que si no era de fiar, que si pensaba con el pito, que si iba a destruir su vida y la de Ada... Eso como poco. Además, le había prometido a Jean que iba a cuidar de la niña mientras se duchaba y se lavaba el pelo, así es que me quedaba. Esa bruja pelirroja maligna no iba a poder

conmigo. Jean y Ada eran lo mejor que me había ocurrido en mucho tiempo. Estar con ellas hacía que me sintiera a gusto conmigo mismo, me impulsaban a ser mejor y a hacer las cosas bien. Sin estupideces, sin sexo para estropearlo todo o ponerlo muy difícil. Iba a portarme como una persona en la que pudieran confiar, las dos, o moriría en el intento.

La decisión estaba tomada.

Pero Jean salió del baño cubierta solo con una toalla y la verdad es que no me esperaba que mi voto de ser solo amigos o morir en el intento empezara a matarme tan pronto. El pelo oscuro, todavía húmedo, cayendo sobre sus hombros y las mejillas coloradas por el agua caliente de la ducha. Las piernas, a la vista, hasta medio muslo o más. Para ser sincero, la sola visión de los hombros desnudos ya me ponía a cien. Puede que Nell no me odiara, aunque seguramente un jurado no hubiera sido capaz de llegar a un acuerdo sobre esta cuestión, pero seguro que Dios sí. Me di la vuelta y me dirigí al frigorífico, pues necesitaba urgentemente un vaso de agua. Y, probablemente, también un buen coscorrón. Seguro que Nell estaría más que dispuesta a dármelo.

—Olvidé el albornoz —explicó.

—No te preocupes.

—¡Hola, Nell! —dijo, mientras se apresuraba a volver al dormitorio.

—Hola —respondió Nell.

Bajo la toalla estaba completamente desnuda y nunca en mi vida había sido tan físicamente consciente de algo. ¡Maldita sea! Ni iba a volver a mirar ni tampoco iba a hacer ningún avance, ninguna insinuación siquiera. ¡Nada! Ya tenía bastantes problemas en la vida. Éramos amigos y resultaba estupendo porque eso era precisamente lo que necesitaba: amigos, personas en las que pudiera confiar y que no basaran sus decisiones en lo que tenían debajo de los calzoncillos. Y yo iba a ser una de esas personas.

Eché agua en el vaso, me tembló la mano en el proceso y me la bebí de un trago. Seguro que el hígado me lo agradecería. ¡Había que verme! Estaba superando un acontecimiento traumático, como sin duda era ver a Jean mojada, envuelta en una toalla e inmediatamente después de prometer que no iba a tirarle los tejos... ¡y sin intentar dar un buen trago de *whisky*! Ya se había publicado la versión 2.0 de Eric y con un enorme éxito. Increíble.

Se volvió a cerrar la puerta del baño, así que podía volver a levantar la cabeza

y mirar a mi alrededor sin peligro.

—¿Estás bien? —preguntó Nell frunciendo de nuevo el ceño.

—Claro.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

—Gases —mentí.

—¡Por Dios! —Se dio la vuelta al tiempo que pestañeaba—. Vaya, no hacía falta que me lo dijeras.

—Pues, entonces, no preguntes la próxima vez.

Ada, probablemente enfadada otra vez con la vida, hizo un ruido chirriante.

—Te he escuchado, cariño —murmuré.

—¿Cómo dices? —preguntó Nell.

—Solo mostraba mi acuerdo con Ada.

Nell asintió.

—Intelectualmente, sois equivalentes, por ahora, pero te sobrepasará muy pronto.

Ni me molesté en contestar algo como «lo que tú digas». ¿Para qué perder el tiempo?

Cuatro semanas después del nacimiento de Ada, Jean estaba más que preparada para salir de las cuatro paredes de su apartamento. Lo sabía porque me lo había dicho y, además, repetidamente. Ya iba siendo hora de que volviera al mundo real. Para empezar, debía ir al supermercado, ya que lo único que tenía en el frigorífico era comida del restaurante y, aunque era magnífica, la repetición lleva al hastío. Además, tenía pendientes algunas compras de Navidad, que llegaría en tan solo unas pocas semanas. Quería hacerlo todo ella sola pero, hablando con mucha dulzura y suavidad, la convencí de que me dejara acompañarla.

—Me da la impresión de que sigues demasiado el estereotipo de bebé gracioso —dije mientras recorría uno de los pasillos del supermercado.

—Eric, te lo digo por enésima vez, me da igual lo que pienses acerca de su ropa. —Jean empujaba el carro como si su misión en la vida fuera comprar todo lo que vendían en la tienda, sobre todo verduras, fruta y helados, cantidades industriales de helados, una muestra muy representativa y abundante de la oferta disponible. Y yo lo aprobaba por completo, aunque a ella le diera igual mi aprobación—. Yo creo que está muy rica así vestida.

—No estoy diciendo que no esté rica. —Me detuve y esperé mientras otra chica más le hacía cucamonas a Ada. La niña parecía ser un imán para las mujeres, no bromeo. Además, yo estaba sufriendo una sequía. ¡Dios, vamos a llamarlo por su nombre! Estaba atravesando el puto desierto, cruzando el equivalente sexual al Valle de la Muerte, y mi libido se daba de bruces contra la arena ardiente. Tampoco estaba muy seguro de porqué actuaba de esta manera, algo me impedía hacer lo que siempre había hecho, o sea, disparar a todo lo que se movía. Puede que la versión Eric 2.0 necesitara suspenderse un rato para obtener provisiones. Tenía que ordenar mis ideas, librarme de lo malo que había en mí y no distraerme de semejante y hercúlea tarea. Y mantener mi compromiso con Jean, Ada y el trabajo, por supuesto.

¡Joder, esas reflexiones tan profundas me tenían bastante harto!

—Es más una tigresa que un conejito, ¿sabes? —dije en cuanto volví a ponerme a la altura de Jean. Al parecer, se divertía con la atención que suscitábamos tanto Ada como yo.

—¿Has conseguido su número de teléfono? —preguntó Jean.

—¿Cómo?

—El de tu nueva amiga —dijo, señalando con la cabeza a la pelirroja que seguía mirándonos desde la sección de cítricos—. Lo tienes, ¿a que sí?

—Pues no —espeté, frunciendo el ceño—. Estoy aquí para ayudarte, no para flirtear.

—Y para quejarte de la ropa de conejito que lleva Ada.

—Te estoy dando un buen consejo, eso también es ayudar.

—¿Cómo está mi preciosa niñita? —dijo Jean, inclinándose para darle un beso. Yo llevaba a la niña por delante, sujeta con un artilugio que parecía ser un arnés. No aproveché la oportunidad para aspirar el aroma del pelo de Jean, ya que eso sería un comportamiento inadecuado por mi parte.

De todas formas, si os lo estáis preguntando, olía a coco.

—Esta noche ha dormido casi cinco horas seguidas —suspiró Jean—. Me siento medio humana.

—Sí, me ha parecido notar algo en ti cuando te he visto esta mañana. Estabas... —¿Qué era lo que podía decir en una situación como esta alguien que «solo era un amigo»? Como diría el gran William, esa era la cuestión. Cualquier cosa de las que solía decir sería malinterpretada y entendida como una

insinuación y, seguramente, en realidad, lo sería. La cosa se ponía peligrosa. Además, incluso en sus peores momentos, Jean siempre me parecía mucho más de lo que daba de sí el adjetivo «preciosa». Daba igual lo cansada que pareciera o lo descuidado que tuviera el pelo: siempre me quedaba temblando y sin aliento en cuanto la veía. Pero, seguramente, los amigos no se decían ese tipo de cosas —. Ya sabes...

Me sonreía con expectación.

—Bueno... pues eso, que tienes buen aspecto.

—Gracias.

—Pero a lo que íbamos... —Agarré el par de orejas suaves y esponjosas que formaban parte del estúpido abrigo para la nieve con aspecto de conejo que llevaba puesto Ada. La verdad es que necesitaba imperiosamente atender a cualquier cosa que me distrajera de Jean, pero también me sentía bastante ofendido en nombre de la niña, por su abrigo—. ¿Esto te parece adecuado para una princesa luchadora?

—¿Pero no es una chiquitina a la que dan ganas de estar abrazando continuamente? Y su abrigo ayuda...

—¡Se trata del mensaje que estás mandando! Debería vestir como una loba o como una dragona o algo así... Algo fiero, quiero decir.

Jean le agarró las manos a Ada, muy sonriente.

—De acuerdo. La próxima vez la vistes tú.

—Me parece muy bien.

—¡No sabes las ganas que tengo de ver eso! —dijo riendo.

—¿Por qué? Tampoco será tan difícil, ¿no?

—Seguro que lo harás bien —dijo, encogiéndose de hombros—. Un hombre tan capaz como tú no debe de tener ningún problema a la hora de vestirla, aunque tuviera un berrinche o acabara de hacer sus cositas o cosazas nauseabundas. En esos casos es divertidísimo.

Ada movió sus piecitos y agitó una mano mientras se chupaba la otra. Cuando estaba tan alegre y tan adorable, resultaba difícil creer que a veces se pusiera hecha una auténtica furia del infierno.

—Hum. —Aparté las orejas de conejo para que no le taparan la cara—. Creo que tu madre está siendo mala conmigo con todo este lío de tu forma de vestir, Ada, yo lo único que pretendo es defenderte.

—Ni remotamente. Señor Collins, cuando yo pretenda ser mala con usted, se va a dar cuenta inmediatamente, se lo aseguro —aseveró Jean levantando una ceja. Jamás había visto una mujer tan sexi llevando una bolsa de alitas de pollo congeladas.

¡Guau! Me detuve y me mojé los labios.

—¿Me daré cuenta?

—Mmm. —Tras cinco horas de sueño profundo y reparador, parecía que estaba volviendo a ser ella misma, la encantadora chica joven que hacía solo unos pocos meses había entrado por la puerta grande en el Dive Bar.

—¿Y por qué ibas a ser mala conmigo, si solo vivo para servirlos, a ti y a doña orejas grandes?

—¡Ah!, ¿ahora solo vives para eso?

—Lo sabes perfectamente.

Jean me dedicó una sonrisa tan luminosa que ni el sol habría sido capaz de superarla.

No estábamos flirteando, era algo más que eso, algo que, seguramente, se parecía, pero que convertía el flirteo en una actividad nimia. Éramos solo amigos, y yo lo único que estaba haciendo era poner de manifiesto los hechos.

—Oye, la otra noche conocí a alguien en el trabajo y quiero hablarte de ella.

—Ah, ¿sí? —Su sonrisa se esfumó.

—Se llama Caroline y es madre soltera, como tú —expliqué—. Me contó algunas ideas interesantes acerca de cómo lograr que Ada duerma más. Tiene que ver con utilizar la luz para que vaya aprendiendo cuándo es hora de irse a la cama, a dormir. Básicamente, consiste en que, durante el día, la casa esté muy iluminada, a ser posible con luz natural, y por la noche hay que utilizar atenuadores o bombillas menos potentes, cuando quieras que le entre el sueño.

—Entiendo —dijo, hablando lentamente.

—Ahora tú la acuestas cuando notas que está somnolienta, pero no dormida, y eso está bien. También alejamos los juguetes, para que no se distraiga. —Puse las manos en los piecitos de Ada, bien cubiertos por los calcetines. Le gustaba empujar con ellos, para probar su fuerza—. Pero Caroline me sugirió también que evitaras el contacto visual cuando le des de mamar por las noches, para no estimularla.

—¿Hablaste en el bar con una mujer a la que acababas de conocer sobre mi

forma de tratar a la niña?

—Sí —contesté, encogiéndome de hombros—. Me dio su número de teléfono, por si querías hablar con ella.

—Vaya, no creo que ella quiera que sea yo quien la llame.

—¡Pues claro que sí!

Jean se rio con ganas.

—¿Desde cuándo han hablado contigo las mujeres deseando encontrar una amiga con la que compartir sus experiencias como madres?

—¡Oye! —protesté—. Que yo sea un tipo agradable y extremadamente guapo no significa que cualquier mujer con la que hable esté pensando exclusivamente en qué me haría en la cama.

—Hum.

—¿A que tú no estás pensando constantemente en acostarte conmigo? —pregunté, aunque era una pregunta retórica, pues ya sabía la respuesta. Lo cierto es que Jean, al principio, había flirteado conmigo, pero esos tiempos habían pasado del todo—. Eso demuestra lo que afirmo.

Abrió la boca, después la cerró y finalmente arrugó la frente.

—Estoy demasiado cansada como para pensar en el sexo.

—Exactamente.

—Y, además, mira lo que he conseguido con el sexo —dijo, dándole a Ada un golpecito con el dedo—. He conseguido esta preciosa, maravillosa, hermosísima niñita, que además tiene unos altísimos costes de mantenimiento. Perdona que me tome un respiro temporal respecto a eso que consiste fundamentalmente en estar desnuda con un hombre y en posición horizontal. Acabo de dejar de compartir mi cuerpo con este pequeño ser y no me veo en condiciones de abrirlo para nadie, al menos hasta dentro de bastante tiempo.

—Lógico —dije—. Así que vamos a dejar de pronunciar la palabra «sexo».

—Deja de decir «sexo» tú, para empezar.

—Juro que lo haré. Lo que pasa es que las mujeres solo pensáis en eso.

Se mondó de risa.

—Te equivocas. Pienso en pañales, en leche y en coladas. Eso de tener una niña es de lo más glamuroso. Quién sabe cómo se las apañan los que tienen más de uno. Les deberían dar medallas de oro y galletitas de chocolate recién horneadas.

Sonreí.

—¡Hola! Me pareció que erais vosotros —dijo Andre mientras se acercaba. Señaló hacia mi pecho—. Te ha salido una especie de bulto ahí delante, chico.

—Ya me he dado cuenta, gracias —contesté secamente.

Ada enarboló su puñito y Andre sonrió.

—¡Hola, conejita! Bonito disfraz.

Jane me dirigió una mirada que, sin duda, significaba: «¡Mira por dónde! A Andre sí que le gusta»; y yo se la devolví, indicando: «en realidad, me da la razón». Y, después, el muy gilipollas tuvo que hacerlo: se inclinó y le dio a Jean un beso en la mejilla. ¡Señor, dame fuerza! Si se lo hubiera dado a la niña, no me habría importado, pero es que durante todo este tiempo yo no le había dado ningún beso casto como ese a Jean, y estaba que me subía por las paredes. Cuando no estaba trabajando, solo me dedicaba a ayudarla en todo lo que pudiera necesitar: limpiar la casa, fregar los platos o entretener a Ada para que ella pudiera hacer otras cosas. Estar con la niña y con ella era mi nueva sede de la felicidad.

Pero ese beso en la cara... me cabree de verdad. Andre estaba cruzando una línea roja. ¿Dónde estaba Nell para echarle el sermón que se merecía, eh?

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó con un tono mucho más cálido que el que requería la ocasión. Apreté los puños.

—Muy bien —respondió Jean sonriendo—. ¿Y tú?

—Pues ahora mejor, después de haberme encontrado con las dos chicas más preciosas de toda la ciudad.

Sentí náuseas.

Saqué el babero de Ada del bolsillo de atrás y le limpié la boca y la barbilla antes de que una increíble cantidad de babas me mancharan la camisa o cayeran al suelo. Obviamente, las estupideces de Andre le impresionaban tan poco como a mí. La niña tenía buen gusto.

Jean y Andre siguieron charlando durante un momento, mientras yo me distraía cantándole a Ada algo de Janis Joplin. *Me and Bobby McGee* parecía ser su favorita, aunque tampoco le hacía ascos a *Mercedes Benz*. *Cry baby* habría resultado demasiado obvia¹, además de que enviaba un mensaje subliminal que no le haría bien a nadie. No me sabía ninguna canción infantil, pero no parecía importarle ni tampoco a Jean. Siempre me decía que, por ella, no dejara de

hacerlo. Además, el otro día la escuché tararear *Mercedes Benz* mientras le cambiaba los pañales a Ada. El *rock* clásico es bueno para todo el mundo. ¡A la porra Mariah Carey y sus cursis villancicos navideños que estaban sonando por los altavoces del supermercado!

—¿Te parece bien, Eric? —preguntó Andre.

Yo ni me había enterado de la pregunta y se me notó en la cara.

—Quiero decir que venga a la fiesta de Navidad de la semana que viene, la que celebráis en el Dive Bar —dijo Andre—. La niña y ella, ¿de acuerdo?

—No lo sé, la verdad... —dijo Jean, haciendo una mueca.

—¡Vamos, por favor! —dijo Andre sonriendo—. Os invito a las dos. Será un honor.

El corazón empezó a latirme arrítmicamente. Os juro que se me paró durante un segundo, más o menos. Estar metida en casa todo este tiempo con Ada le había producido claustrofobia y, si sumábamos el tiempo gélido que hacía, hasta salir a dar una vuelta podía resultar complicado.

—Está justo debajo de casa y habrá un montón de gente encantada de cuidar de Ada todo el tiempo que tú quieras —dije.

Se le iluminaron los ojos, puede que de entusiasmo.

—¿Tú crees?

—Pues claro. Deberías venir.

Más tarde me daría a mi mismo una patada en donde alcanzara por no habérselo ofrecido yo en lugar de Andre. Más tarde, no ahora. Llevaba a Ada encima y autolesionarme podría resultar peligroso para ella.

—Será divertido y te lo pasarás bien —insistí—. La verdad es que he sido un estúpido por no habértelo dicho antes. Hemos estado muy ocupados con las invitaciones para esa fiesta y todo lo demás. Lo siento.

—Camarón que se duerme, la corriente se lo lleva —bromeó Andre. Nunca había tenido tantas ganas de matar a un supuesto amigo. De estrangularle con cintas de adornos navideños, por ejemplo, algo muy acorde con las entrañables fiestas.

—De acuerdo —concedió Jean, aunque aún algo dubitativa—. Será estupendo. Gracias, aceptamos tu amable invitación.

—¡Magnífico! —Andre se inclinó y volvió a besarla en la mejilla. ¡Cabrón!
—. Tengo que irme, pero nos vemos luego.

—Adiós. —Jean lo miró mientras se alejaba, creo que tristemente o algo así. Fuera lo que fuese, no me gustó nada—. Eric, ¿no te parece que ha sido muy amable?

Respondí con un gruñido.

—¡Tenemos una cita, mi niña!

Iba a ahogar al muy hijo de perra mientras dormía. O eso o convencerlo de que se uniera a mi voto temporal de celibato. Muerte o abstinencia. Al menos, podría elegir una de las dos alternativas.

Sí, puede que estuviera un poco celoso. Puede que Nell tuviera razón en eso de que me sería imposible aguantar esta situación de «solo amigos», pero logré morderme la lengua y no dejar ver el veneno que en esos momentos me inspiraba Andre. Aguanta, sé adulto, contrólate. En cualquier caso, esto del crecimiento personal era una tortura.

—¿Por qué no vienes conmigo a casa de mis padres el día de Navidad? —dije de repente—. Estaría muy bien... No tienes por qué pasar ese día tú sola. A mamá le encantaría teneros allí a ti y a Ada. Además, es una estupenda cocinera.

Se quedó con la boca abierta.

—Vamos a ver, te lo tengo que decir todo. Mi padre es un tanto cenizo y deprimente, pero lo único que tienes que hacer es ignorar al muy cascarrabias. Si tuviera la oportunidad de apretar el botón nuclear y lanzar los misiles... —bajé la voz, pues una pareja que pasaba junto a nosotros me miró mal—, seguramente lo haría.

—¡Oh, Eric, yo...!

—Me apetece muchísimo. Sería estupendo. Por favor...

—Lo siento, pero ya tenemos planes —dijo, haciendo una mueca de disgusto—. Nell ya nos ha invitado a pasar el día con Pat y con ella. También irán Vaughan y Lydia.

Mierda. Otra vez demasiado tarde.

—¿En serio?

Asintió.

—Sí. Lo siento de verdad.

—No te preocupes. —Sonreí con tanta fuerza que me dolieron las mejillas—. Lo que quiero es que salgas y empieces a divertirte, es mucho mejor que subirte por las paredes.

—Yo también me alegro. Esto de ser madre es como si succionara tu vida, como si se convirtiera en tu única identidad. Quiero muchísimo a Ada, pero sería bueno que hubiera también un poco de espacio para mí misma en toda esta historia. —Se detuvo un momento y frunció el ceño—. ¡Dios, pero si solo tiene un mes! ¿No estoy diciendo barbaridades?

—No —dije simplemente. La verdad es que no podía concentrarme en pensar hasta qué punto Jean tenía que organizar su vida con respecto a la maternidad. Casi daba miedo pensar lo que algunas mujeres eran capaces de hacer.

Me dedicó una sonrisa que fue creciendo poco a poco y que finalmente iluminó su cara por completo. Fue más bonito que el mejor amanecer que hubiera visto en mi vida. Lo único que pude hacer fue quedarme con los ojos cosidos a su belleza.

—Gracias —dijo por fin.

Di una pequeña sacudida para poder centrarme.

—¿Y eso? ¿Por qué me das las gracias?

—Por ser como eres.

—¡Ah...! Pues, entonces, de nada.

Puede que no matase a Andre. Al menos, de momento.

¹ N. del T.: La traducción del título de esa canción de Janis Joplin es *Llora, niña*.

CAPÍTULO 10

Lydia y Alex habían trabajado en equipo para realizar la decoración de Navidad del Dive Bar: grandes ramas de árbol, pintadas de color plata, colgaban del techo, también había estrellas del mismo color y lucecitas parpadeando entre el conjunto. A los clientes les encantaba o, al menos, eso nos dijeron casi todos. La verdad es que el efecto de bosque decorado era espectacular.

—Dos martinis de granada y dos brandis Alexander —ordenó Rosie. El garboso gorro de Papá Noel tintineaba con sus movimientos.

—¿Seguro que no quieres que te sustituya? —preguntó Joe, que estaba apoyado en la barra.

—No —respondí, negando con la cabeza, como si fuera un alce moviendo las astas—. Relájate y disfruta.

Prefería estar ocupado. Eso alejaba de mi mente la intimidad con la que charlaban Jean y Andre, sentados en una gran mesa colocada en medio del comedor. Normalmente, Andre era un tipo de un par de citas o de unos meses, como máximo, después se cansaba. Jean se merecía... no, era más que eso: Jean necesitaba algo más que convertirse en una distracción pasajera. Por otra parte, su aspecto era realmente magnífico. Se había hecho un moño para sujetarse el pelo y llevaba un vestido rojo de lana. Muy de temporada, pero también sexi. Pese a los esfuerzos que hacía para concentrarme solo en el trabajo, más que de vez en cuando dirigía la mirada hacia ella. Era como un imán.

Me froté el pecho con el borde de la palma de la mano.

—¿Hay algún antecedente de problemas cardíacos en la familia?

—No, que yo sepa —respondió Joe.

¡Qué extraño! Le preguntaría a mamá, porque de Joe no sé si podía fiarme.

Mientras tanto, Nell entretenía a Ada. Habíamos colocado una trona en una de las mesas del comedor y Ada estaba completamente absorbida por todo lo que había a su alrededor, mirando con ojos asombrados al techo decorado, a los gorritos rojos que llevaban muchas personas, escuchando las campanillas y las conversaciones, etcétera. Boyd se había quedado a cargo de la cocina, haciendo que la comida fluyera sin problemas. No le gustaban las aglomeraciones. Y detrás de la barra, tampoco había problemas, ese era mi territorio. Sabía cuál era mi lugar en el actual esquema, moviéndome entre las botellas, las copas, los vasos y los grifos de cerveza, preparando las comandas de bebida. Y, en ese momento, ni Jean ni Ada me necesitaban. Las dos estaban perfectamente y pasándose muy bien.

Tendría que estar contento por ellas. ¡Demonios, tendría que estar encantado!

—Lo estás pasando mal por ella, ¿no? —Joe volvió la cabeza para mirar a Jean por encima del hombro.

—¿Cómo dices? —espeté, además de hacer un movimiento imprevisto con el que llené de espuma de cerveza el mostrador. Inmediatamente, pasé una bayeta y listo—. ¿De qué cojones estás hablando?

—Sabes que Andre se retiraría si le dijeras que vas en serio con ella, ¿verdad? —dijo mi hermano, acariciándose la barba—. Si es que vas en serio con ella de verdad. ¿Qué me dices?

Solté una risa seca.

—¿Cuándo demonios he ido yo en serio con alguien?

—Es verdad —concedió Joe, inclinándose—. Pero, entonces, ¿por qué parece estar pasándolo tan mal?

—Bueno, por lo que veo mi gran hermano ha estado escuchando los cotilleos del vecindario. Me decepcionas.

—¡Vete a la mierda! Estoy hablando muy en serio.

—Yo también.

—Te pones de muy mala leche cuando no consigues el polvo que quieres —dijo, mirándome con mala cara—. ¿Sabes una cosa?

—¡No hables así de ella! —dije, enfadándome de verdad.

El muy estúpido sonrió.

—¡Joder, si ni siquiera estaba hablando de Jean! Hablaba de ti, cabeza de chorlito.

Decidí ignorarlo y seguir trabajando. Crema de licor, coñac, crema de cacao y por encima un poco de nuez moscada. Todo bien. ¡Pero, joder, Rosie había pedido dos! Me agaché para agarrar otra copa de martini.

—Que hayas puesto la picha en hielo no coincide mucho con tu forma habitual de actuar —continuó, por desgracia—. Ya hace bastante que no te veo salir de aquí con ninguna mujer. Estos días pasas todo tu tiempo libre con Jean y la niña.

—Me gusta pasar el tiempo con ellas —dije—. ¿Por qué no te preocupas de tus propios asuntos?

—Pero llevas actuando un tiempo de manera muy rara, ahora que lo pienso. —El muy cabrón agarró un palillo y se lo metió entre los dientes—. Al principio pensé que Nell te estaba volviendo loco. Ahora... ahora lo que creo es que pasa algo muy serio y creo que sé lo que es.

—¡Por favor, dímelo! Estoy ansioso por lograr que me ilumine tu sabiduría, cotilla de barrio.

Sonrió de satisfacción.

—Lo que pasa es que estás enamorado.

Me quedé con la boca y los ojos muy abiertos, incapaz de hablar, mirándole.

—Lo llevas escrito en la cara —afirmó—. Cada vez que la miras me da la impresión de que vas a babear, igual que la niña.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Alex al tiempo que se apoyaba en la espalda de Joe, le rodeaba la cintura con los brazos y le apretaba—. Chicos, ¿por qué fruncís el ceño de esa manera? ¡Hay que tener espíritu navideño!

—¡Ho, ho, ho! —gritó Joe, dándole un manotazo en el culo.

—Eso está mejor. —Su novia, que empezaba a estar un poquito alegre, sonrió. Después vendrían los besitos, las caricias y... ¡Joder, no tenía por qué contemplar eso! Además, era poco profesional. Pero así era el amor, estar locos el uno por el otro. Jean y yo no estábamos así, ni mucho menos. Y hablando de eso, volví a dirigir la vista hacia ella que, casualmente, en ese momento también me estaba mirando. Le sonreí amistosamente y me puse a trabajar otra vez de inmediato. ¡Ya estaba bien! Que todos se dedicaran a lo suyo y nos dejaran en paz. No teníamos nada que demostrar.

—No dices más que estupideces, Joe. Esta conversación se ha terminado. Se pasó la lengua por los labios y volvió a reír entre dientes. ¡Gilipollas!

—Muy bien, de acuerdo.

—Te equivocas de medio a medio.

—¿Ah, sí? Supongo que ya lo veremos.

—Perdona, cariño, tengo que volver al tajo. —Le dio un cachetito a su novia en el brazo, se levantó de la banqueta y se puso detrás de la barra para empezar a servir copas—. Ve a hablar con ella, chaval.

—Al decir ella, ¿te refieres a Jean? —preguntó Alex, echando un trago a la cerveza de Joe. ¡Qué estupendo que se metiera también en la conversación!

—Estábamos hablando de temas trascendentes: la vida, el amor... en fin, todos esos rollos. Ya sabes, la Navidad...

—¿Todos esos rollos? Eres un hombre encantador, cariño —dijo, arrugando delicadamente la nariz—. Muy bien, pues seguid.

—No, no vamos a seguir —espeté.

Pero mi hermano, al parecer, sentía la necesidad de seguir con «esos rollos», es decir, hablando de sentimientos. Si Alex le siguiera la corriente, nos pasaríamos toda la noche hablando de los malos momentos por los que pasan las mujeres y acordándonos de las desgracias de nuestra infancia.

Hizo un ruidito con la nariz y se volvió a mirar a Jean y Andre, que en ese momento volvían a charlar animadamente. Jean tenía en la mano un vaso de vino tinto, parecía feliz y relajada, lo cual era estupendo, pero tampoco pasaría nada si Andre se echara un poco hacia atrás para dejarla algo más de espacio para respirar. ¡Vaya, solo faltaba que se le sentara encima!

—Hacen buena pareja —dijo Alex.

—No lo sé —dijo Joe mientras preparaba el otro martini de granada—. Yo creo que Andre simplemente se está portando como un buen vecino.

—¿No crees que vaya en serio? —pregunté, cruzando los brazos—. ¿Y por qué? ¿Por qué ella tiene una hija?

Joe asintió.

—Pues yo no estoy tan segura —dijo Alex—. Creo que Eric tiene competencia.

—Son solo amigos. Mi hermano pequeño se ha reformado —manifestó Joe—. Lo digo por si no te habías dado cuenta.

¡Por Dios! Seguro que una lobotomía me haría menos daño que escuchar estas paparruchas.

—Voy a descansar un rato.

Pasé al lado de mi hermano y me alejé de allí de inmediato. Necesitaba aire fresco, daba igual lo gélido que fuera. Las charlas y la música inundaban por completo el local y todo el mundo estaba de lo más alegre. Se notaba que lo estaban pasando bien. Nadie me echaría de menos. Agarré el abrigo del estante y salí al exterior, que era el paraíso de los amantes del invierno. En momentos como este echaba de menos el tabaco, una buena excusa para detenerme, meditar e intentar poner en orden los pensamientos. No tiene nada que ver con la nicotina o con cargarme los pulmones, supongo que entendéis a lo que me refiero, sobre todo si sois o habéis sido fumadores.

En la calle, oscura y vacía, apenas había movimiento de coches. Tampoco llegaba el ruido del interior, aunque sí que se veían las luces de las velas en las mesas. Dentro estaban pasando demasiadas cosas que no me dejaban pensar con claridad.

Ni Nell ni Lydia ni, por supuesto, yo habíamos vuelto a sacar el tema de la oferta de compra, la verdad es que no. Habíamos pasado por ello de puntillas, tratábamos de ocultar que siempre estaba ahí, presente en nuestros pensamientos y ocupando un lugar preferente en ellos. Todos habíamos estado muy ocupados con las reservas de Navidad, lo cual había facilitado evitar el tema. Después, vendría Nochevieja, que también atraía una gran cantidad de gente al bar. Las cosas solían calmarse bastante en enero, así que lo más probable era que no volviéramos a hablar del asunto hasta ese momento. La idea de acabar con nuestro negocio casi familiar me hacía daño en el pecho.

En ese momento se abrió la puerta y salió Jean, con el abrigo puesto.

—¡Hola!

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Pues, a decir verdad, he salido para hacerte esa misma pregunta. —Le salía vaho de la boca al hablar. Tenía las mejillas coloradas, seguramente por el calor de dentro, aunque también puede que por el vino que había bebido—. ¿Va todo bien?

—Claro.

—No irías a hacer una llamada de teléfono o algo, ¿verdad? —preguntó,

sonriendo débilmente—. ¿He interrumpido una cita interesante?

Tuve el deseo súbito de mentirle y contarle un rollo acerca de una llamada a una chica sexi, lo cual sería mejor que decirle que estaba allí fuera sin que hubiera una razón concreta para ello, es decir, como un perdedor. De todas formas, me controlé.

—¿Una cita interesante dices? —repetí—. Eres tú la que la está teniendo.

El abrigo era color turquesa, bastante grueso y la cubría del cuello a las rodillas, parecía cálido, pero de todas maneras seguro que tenía frío.

—¿Por qué no entras? Hace un frío tremendo.

—Enseguida —contestó.

—Parece que Ada está llevando bien todo ese ruido.

—Creo que le encanta ser el centro de atención —dijo Jean, mirando por la ventana. Nell sostenía a la niña mientras Pat parecía mantener con ella una conversación muy seria—. Creía que me ibas a dar la lata por su disfraz de reno.

—¡Para nada! Los renos tienen astas. Pueden ser muy feroces. —Para subrayar mi afirmación, agité las astas de felpa que llevaba sobre la cabeza.

—Ya veo —dijo riendo. Después suspiró— ¿Estás dándole vueltas a la oferta por el bar?

—Pues la verdad es que estaba pensando en eso, sí.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

Negué con la cabeza.

—Pues la verdad es que no.

—¿No tienes la tentación de vender, comprarte una bici y recorrer mundo?

—Tan solo con pensar en eso en esta época del año se me congela el culo.

Jean miró al cielo, poniendo los ojos en blanco.

—Pues, entonces, un coche. Un coche moderno, deportivo, de tu estilo.

—No lo sé. —Respiré varias veces, soltando vaho como una chimenea echa humo—. No parece una mala idea, pero creo que no es para mí. Tiene su gracia, la verdad. Siempre he soñado con marcharme de Coeur d'Alene e ir a la costa oeste, a vivir en una gran ciudad. Y hacer grandes cosas.

—¿Y ahora?

—Pues ahora no tanto —confesé—. Las tres semanas que he pasado en Los Ángeles no fueron tan magníficas como pensaba que iban a ser. Supongo que ya no me apetecen tanto los focos y las multitudes. No sé si me explico.

—Sí, claro que te explicas.

—O quizá sea simplemente que me estoy volviendo un gruñón, como mi padre. Puede que cualquier día de estos empiece a gritarle a la gente que no tire cosas en mi patio.

Ella rio.

—Si finalmente decidimos vender, puede que abra mi propio establecimiento. Esta vez, su sonrisa fue un poco taimada.

—Para ser el gran jefe de verdad, ¿no?

—¡Pues claro! Ya lo sabes. —Le devolví la sonrisa, sin ceder a la pizca de vergüenza que me daba acordarme de las estupideces que le dije cuando nos conocimos, haciéndole creer que era el único propietario de Dive Bar. Eso ocurrió hacía meses. Ahora las cosas habían cambiado. Y bastante—. Aunque quizá no habría dinero para tanto. Además, podría tener algún problema legal por incurrir en competencia desleal. Pero, bueno, hablemos de otras cosas. ¿Lo estás pasando bien? ¿Cómo va tu cita?

—Muy bien. —Miré al suelo—. Sí, estupendo...

Desde el interior llegó el sonido del llanto de un bebé. Jean se dio la vuelta para volver a entrar.

—La niña debe de estar cansándose. ¡Me estoy cansando yo, así que figúrate la pobre Ada!

—¿Quieres que la recoja yo? —me ofrecí—. Puede que sea capaz de tranquilizarla y así podrías pasar otro rato con Andre, si quieres.

—No, tranquilo —dijo, encogiéndose en el abrigo—. Son casi las nueve y media. Hace rato que debíamos habernos ido a la cama. Me refiero a nuestra hora oficial, claro.

—De acuerdo.

Sonrió con suavidad mientras volvía al interior para ir directamente a por Ada. Andre recogió la bolsa con las cosas de la niña, dispuesto a acompañarlas a casa. Me resultaba raro ver a otro hombre haciendo lo mismo que yo solía hacer normalmente con ellas. Más que resultarme raro, me fastidiaba muchísimo... De hecho, apreté los puños y tensé la mandíbula cuando los vi desde fuera. La gente les saludaba con la mano y les lanzaba besos, dándoles las buenas noches. Seguro que a Nell le encantaba verlos juntos. Y yo de verdad que quería alegrarme al ver que Jean se lo había pasado bien y que estaba contenta, pero no

lo lograba.

Si mis astas hubieran sido de verdad, Andre habría tenido un problema muy serio.

Navidad y Año Nuevo pasaron a toda velocidad. Primero, la Nochebuena, claro, en la que Joe y yo siempre veíamos *La jungla de cristal*. Este año, Alex se unió a nosotros en nuestro ritual tradicional. Y, después, la comida de Navidad con los viejos. Papá no se quejó excesivamente de la situación mundial, mientras que mamá y Alex se lo pasaron muy bien, sobre todo cuando mi madre se puso a contar anécdotas divertidas de la época en la que Joe y yo éramos pequeños. Como aquella vez que, después de que me enterara de que cuando las personas se hacen mayores les salen arrugas, en cuanto la volví a ver le dije a la vecina de al lado que estaba a punto de morir. Está claro que desde siempre he sido un incordio para las mujeres. En conjunto, la verdad es que no fue un día del todo malo. Intenté visitar un par de veces a Jean y a Ada en su apartamento, pero no coincidimos. O bien estaban descansando o en casa de Pat y Nell.

El Dive Bar estaba absolutamente abarrotado en la fiesta de Nochevieja. Fue una locura. Incluso con Vaughan, Joe y yo trabajando a tope, la fila para pedir bebidas no decrecía. Cuando regresé al apartamento, a primeras horas de la mañana, tuve que arrastrarme para subir las escaleras, muerto de cansancio. Y entonces vi a Andre con una mujer en el pasillo que conducía a mi apartamento. Y al de Jean.

Durante un momento me pareció que tenía a Jean contra la pared, por poco se me para el corazón. Pero vi que tenía el pelo rubio y que su complexión era muy diferente.

El miedo dio paso a la ira.

—¿Pero qué cojones...?—siseé, con las llaves en la mano.

—¿Eh? —Levantó la cabeza del cuello de la sonriente rubia —¡Ah! Hola, Eric. ¿Una buena noche?

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora? —Hizo una mueca de extrañeza.

—Sí, ahora mismo.

La rubia era pequeña y delgada. No tenía las curvas de Jean, ni mucho menos los rasgos tan marcados que denotaban su gran carácter, aunque no se podía negar que era guapa. La nariz y los labios de Jean no tenían nada que ver con los

de la chica. Andre era un idiota, y acabar la noche dándole una buena tunda me pareció un buen plan para culminar el año y recibir al nuevo.

Andre se mojó los labios y abrió la puerta de su propio apartamento.

—Perdona, Christina. ¿Te importaría esperarme dentro? Volveré en un minuto.

—Claro. —Me lanzó una mirada de disgusto. ¡Y a mí qué más me daba!

Una vez que la chica hubo entrado y él cerrado la puerta, se irguió y colocó las manos en las caderas.

—¿Cuál es el problema?

—¿Qué cuál es el problema? ¿En serio? ¿Qué pasa con Jean?

Levantó las cejas con gesto de sorpresa.

—¿Por eso te has entrometido?

Mis músculos se tensaron, poniéndose duros como piedras. ¡Me lo iba a cargar!

—La acompañé en la fiesta de Navidad, sí. Y ya sabes que salimos a tomar una pizza la otra noche —dijo Andre, echándose el pelo para atrás—. ¿Eso quiere decir que tenemos que casarnos?

—Significa que tienes que tener un poco de respeto.

—¿Y por qué le estoy faltando al respeto? —preguntó, abriendo las manos—. Es muy agradable y me gusta. Ni siquiera me importa la niña, si a eso vamos, pero Jean y yo solo somos amigos, Eric, eso es todo.

—¿Y ella es consciente de eso? —pregunté.

—Sí.

Me lo quedé mirando.

—No está interesada en mí de la manera que estás pensando.

—¡Anda ya! —gruñí—. ¿Has intentado acostarte con ella?

—No, claro que no. —Me pareció que hablaba en serio y que estaba un poco enfadado. Ya éramos dos—. Mira, Eric, ya tengo edad suficiente como para saber si una mujer está interesada en mí o no. De todas maneras, cuando la invité a ir a la fiesta del bar no estaba buscando nada especial.

—Entonces, ¿por qué la invitaste?

—Está sola y no conoce a mucha gente —contestó, encogiéndose de hombros—. Me pareció que era lo que debía hacer.

Mientras él hablaba, yo tenía tan tensos los músculos de la cara y de la

mandíbula que creía que me iban a estallar.

—¿Estás seguro?

Andre agachó la cabeza durante un momento y suspiró profundamente.

—Joder, Eric... No tenía ni idea. Tienes que hablar con ella pronto.

—¿Sobre qué?

—No me fastidies —espetó, mirándome fijamente—. Desde que llegó tienes la cabeza hecha un lío.

—Acaba de tener una niña.

—Lo cual no ha evitado que pensaras que ella y yo nos lo estábamos montando, ¿no?

Vaya, tenía cierta razón. O toda la razón, una de las dos cosas.

—Mira, Eric, te comprendo. De verdad te lo digo. —Apoyó la mano sobre la puerta—. Pero hay una mujer muy guapa que me está esperando para irnos a la cama juntos, así que tus problemas y tú vais a tener que esperar.

Me quedé dudando.

—Vete a dormir, lo necesitas —dijo— y permíteme que te lo diga: a lo mejor tendrías que plantearte la posibilidad de echar un buen polvo. Ya les has demostrado, a Nell y a los demás, de lo que eres capaz. Quizá te ayude a relajarte.

—Puede ser. —Como decía la canción, masturbarse hacía tiempo que había perdido interés. Además, ahora estaba hecho un lío con casi todo en mi vida, aparte de muerto de cansancio—. ¿Seguro que no le estás haciendo daño a Jean con esto?

—Ni siquiera un poco, hombre. Buenas noches.

—Buenos días.

El muy cabrón hasta hizo un saludo con la mano antes de entrar en el apartamento. Yo me quedé en el pasillo, perdido en mis pensamientos. Después empecé a escuchar risitas femeninas y gemidos. Me quedé, escuchando como un perverso. Estupendo. Lo que pasa es que, muy probablemente, iba a ser lo más cercano al sexo que iba a vivir en bastante tiempo, dada mi fascinación por todo lo que tenía que ver con Jean. La fascinación no era un sentimiento, no era amor ni nada de eso. Era algo así como... bueno, ya sabéis, algo.

Entré en mi apartamento, quitándome el pasador de la corbata, deshice el nudo y lo dejé en el armario. Si no te arreglas para Nochevieja, ¿cuándo vas a

hacerlo? Después me quité los zapatos y los calcetines, me desvestí del todo y me metí en la cama, sobrio como un monje y completamente solo, tras una fiesta de Nochevieja terrible de trabajo y magnífica de ingresos. Estos días apenas me reconocía a mí mismo. Me había convertido en un sapo tristón.

Pero, por otra parte, había averiguado que Andre y Jean solo eran amigos. Una noticia excelente. Me quedé dormido enseguida, con una sonrisa en los labios.

—Además, mañana cumple siete semanas —dije.

Jean nos miró varias veces alternativamente al oso y a mí, con Ada balbuceando sobre su hombro. Me resultaba difícil decir si estaba sorprendida o enfadada. Me refiero a la madre, no a la niña. Ada parecía estar muy contenta con el muñeco, disfrutando de su periodo de vigilia de media mañana. Aunque, para ser justos, la niña era incapaz de fijarse en nada que estuviera a más de un metro de distancia, por lo que seguramente no se daba cuenta de que había un problema, si es que lo había.

—Eso hay que celebrarlo, ¿no? —Sonreí—. ¿Jean?

Separó los labios, pero no dijo una palabra.

Mierda, no se lo tragaba. Quizá me había pasado con el regalo de Navidad de la niña. ¿Cómo iba yo a saberlo? Era la primera vez que tenía algo que ver con una cría pequeña. A las mujeres se les puede regalar flores, siempre que no te muestres tacaño, la cosa va bien, pero con los críos no tenía ni idea y quería causar muy buena impresión.

—¡Pero si es más grande que el parque! —dijo Jean, con los ojos todavía muy abiertos de la impresión.

—Lo siento. Si quieres que lo cambie...

Suspiró.

—No, Eric, es estupendo, precioso, de verdad. Eres extraordinariamente generoso. Solo que...

—Un oso de peluche de más de dos metros y medio es un poco grande, ¿no?

—Pues sí, un poco. No digo que no sea bonito, ¿eh?

Los dos nos quedamos mirando el maldito peluche, que estaba tan tranquilo, sentado en una esquina del salón. Lo había metido a escondidas en el apartamento, cuando Jean estaba cambiando a Ada en el parque. Aunque decir «a escondidas» no resultaba apropiado para un objeto que ni cabía por la puerta

y que solo entró a empujones. La verdad es que ocupaba demasiado espacio.
¡Vaya!

—Quizá sea demasiado grande, sí.

Asintió y empezó a reírse quedamente.

—Es el oso de peluche más grande que he visto en mi vida. Sí... ¡es enorme!
¿De dónde lo has sacado?

—Lo he pedido por Internet. Puede que me haya dejado llevar, pero es que quería lo mejor para la niña —afirmé.

Me pareció que los ojos de Jean se humedecían un poco.

—Tampoco es para tanto —dije, quitándole importancia.

—Sí que es para tanto. Eres adorable, Eric.

¡Por Dios! Metí las manos en los bolsillos de los *jeans*, sintiéndome de lo más incómodo.

—¿Quedaría mal decir que sería adecuado hacer un chiste respecto al tamaño? —preguntó.

—Después, delante de la niña no —contesté muy serio.

Gruñó y le dio un besito a Ada en la cabeza. Su teléfono móvil, que estaba encima de la mesa, empezó a sonar.

—¿Te importa?

Agarré a la niña ¡y me abrazó! Era la primera vez que alguien lo hacía en muchísimos años.

—¿Sí?

Ada me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes una cosa? Estuve leyendo la otra noche, el libro decía que, dentro de muy poco, verás las cosas mucho mejor —le dije—. Y también empezarás a separar los deditos. ¿Qué te parece?

Me dio un golpe en el pecho con el puño en miniatura.

—No te preocupes, sucederá pronto.

Al otro lado de la mesa, Jean tenía el teléfono móvil pegado a la oreja, escuchando.

—No, mamá. Está bien que hayas llamado.

La ansiedad parecía inundarla a borbotones mientras hablaba. Si sus padres la molestaban de esa manera alguna vez más, iban a oírme.

—Sí, me doy cuenta de que el que la abuela me lo legara todo no os gustó

nada —dijo Jean. Sus labios formaban una fina línea—. Que me amenazarais con demandarme me lo dejó bastante claro.

¡Vaya, eso no estaba nada bien!

—La impugnación de la herencia fue un ataque directo a mí, mamá —dijo, y suspiró—. De acuerdo. —Hubo una pausa—. Agradezco las disculpas. Fueron momentos muy difíciles para todos, es verdad. —Se limitó a escuchar durante otro rato—. Con Ada me va muy bien. Por supuesto que es difícil intentar que se acostumbre a una rutina de sueño y todo eso, pero la doctora está muy satisfecha del peso que ha ganado y de lo que ha crecido. Es guapísima, increíble. No habría renunciado a ella por nada del mundo. —Otra pausa, esta vez levantó las cejas, muy sorprendida—. Pues claro que os mandaré fotos, cómo no.

Ada empezó a ponerse nerviosa, lloriqueando, moviendo los pies y apretando los puños.

—¿Qué te pasa, Ada? —le pregunté muy bajito.

Lo bueno sobre los bebés de esta edad es que, en una situación normal, solo les afectan cinco cosas: o tienen hambre o necesitan que se les cambie el pañal o se aburren o tienen que echar los gases o están cansados. No obstante, no sabía qué era lo que le pasaba ahora concretamente. Así que, utilizando el método del descarte, me la coloqué en el hombro y le di unos golpecitos en la espalda. La verdad es que me quedé pasmado al ver que dejaba de llorar inmediatamente.

—Mamá, tengo que dejarte. Creo que Ada necesita dormir un poco. —Escuchó atentamente, mordiéndose el labio—. De acuerdo. —Pausa—. No, de verdad, puedes llamarme cuando quieras. —Me dirigió una sonrisa, aunque todavía parecía un tanto tensa—. Muy bien, pues ya hablaremos después. Adiós.

—¿Estás bien? —pregunté, al tiempo que apoyaba el peso alternativamente en cada pie para que Ada estuviera entretenida.

—Ha sido toda una sorpresa —afirmó mientras movía la cabeza de un lado a otro y se dirigía a la cocina para beber un vaso de agua—. Cuando me marché de Florida, las cosas estaban tan mal que, la verdad, dudaba de que volviera a tener noticias de ellos.

—Pues allá ellos —dije—. Si quieren perderse una hija y una nieta maravillosa, es cosa suya, pero se arrepentirían.

—Gracias —dijo, dedicándome lo que me pareció una sonrisa muy sincera.

Ada estaba muy quieta sobre mi hombro.

—No me las des porque es la verdad. ¿La acuesto en la cuna?

—Sí, por favor —dijo Jean dirigiéndose al pequeño pasillo—. Aquí está otra vez la magia de Eric.

—Mis temas de conversación son tan soporíferos que aburren hasta a las ovejas. Lo más inteligente es dormirse, como ha hecho Ada —bromeé—. Es una de mis muchas cualidades.

La seguí despacio, llevando a la niña con cuidado y, en el parque, la puse sobre una manta muy ligera para que Jean la pudiera envolver. Ada se removió mínimamente, pero no se despertó del todo, así que la dejó en la cuna. Objetivo conseguido. Salimos despacito y cerramos la puerta.

—¿Vas a dormir un poco ahora? —pregunté.

—¿Tan mala pinta tengo?

—¡Qué va! Estás estupenda.

—¡Sí, claro! Con los pantalones de yoga, una camiseta vieja y el pelo hecho un desastre. Eso te parece estupendo, ¿verdad?

Me limité a sonreír. La verdad era que lo que me parecía estupendo era el simple hecho de que existiera: que respirara, que se moviera, que fuera ella misma suponía algo maravilloso en todos los aspectos, pero eso no se lo iba a decir a ella, claro. Un oso de peluche gigantesco y bastante caro quizá supusiera acercarse un poco a la raya, pero hacer ese otro tipo de afirmaciones en las que estaba pensando sería rebasarla por completo.

La miré y me di cuenta de que seguía algo tensa, con los hombros rígidos y la mirada distraída.

—¿Estás bien? —pregunté—. No crees que tus padres vayan a intentarlo de nuevo y causarte problemas, ¿o sí?

—No, no lo creo —contestó, y frunció el ceño—. ¿Qué pueden hacer? La herencia ya se ha entregado y estoy casi al otro extremo del país.

—Es verdad.

—Además, me ha parecido que mamá sí que lo sentía.

—¿Crees que finalmente se están dando cuenta de lo que han perdido?

—Podría ser —respondió, mirando al infinito y encogiéndose de hombros—. Los echo de menos, ¿sabes? No me interpretes mal: lo que hicieron, esa forma de presionarme, no estuvo bien, pero, de todos modos, siguen siendo mis padres... y estábamos muy unidos. Y siempre pensé que estarían ahí, portándose

como unos verdaderos abuelos.

El dolor que mostraba su tono de voz también me dolió mucho a mí. ¿Qué harían mis amigos en una situación de este tipo? Pat seguramente me traería una cerveza y me daría un par de golpecitos en la espalda. Y Joe, igual. Sin embargo, Alex se lanzaría sobre mí y empezaría a abrazarme y acariciarme.

Dado que era demasiado pronto por la mañana como para intentar lo de la cerveza, abrí los brazos, creo que un tanto desmañadamente.

—¿Necesitas un abrazo?

—Sí, por favor.

Lo siguiente que sentí fue su cara, apoyada contra mi pecho, y sus brazos alrededor de la cintura. Yo también la abracé, dando lo mejor de mí mismo. Procuré no hacer demasiado caso a lo bien que se adaptaban sus curvas a mi cuerpo, porque no sería adecuado o decente o qué sé yo. Los amigos no hacen eso. Apoyé la mejilla sobre su cabeza, deshaciéndole la especie de moño con el que se había recogido el pelo. El afecto con la ropa puesta merecía la pena, la verdad. ¡Increíble!

—Lo necesitaba —susurró.

Y yo también. Pero me quedé quieto, disfrutando del momento. Era ella quien lo necesitaba de verdad, no yo.

—Puedo escuchar los latidos del corazón.

—¿Sí?

Asintió, y después respiró por la nariz.

—Creo que mis hormonas siguen estando un poco desmandadas.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro que sí —contestó—. Y me encanta el oso, de verdad.

Sonreí.

—De todas formas, la próxima vez procuraré que los regalos sean de un tamaño un poco más manejable. Pongamos... dos metros, más o menos. Desde luego, nunca nada por encima de los dos metros y medio. Te doy mi palabra.

—¡Estupendo! —Rio con ganas—. Esto... Eric.

—¿Sí?

—Creo que tienes en la espalda una buena mancha de leche regurgitada. Un recuerdo de mi hija, seguramente.

Así son los bebés.

—Ven a la cocina, que te lo voy a limpiar.

Se separó de mí y la dejé ir de mala gana. Había sido el mejor abrazo de mi vida, ¡y con las manos quietas!

—Gracias por el abrazo —dijo.

—De nada. Siempre que quieras uno, aquí estoy.

—Digamos... —inclinó la cabeza—. ¿Tienes planes para ahora mismo?

—Pues no, la verdad. ¿Qué tienes en mente?

—Un poco de actividad para adultos estaría bien —explicó—. ¿Te apetece ver un rato la tele conmigo?

Sonreí, pese al vómito de la niña.

—Me encantaría.

CAPÍTULO 11

—**A** Ada no le gustó nada la peli. Demasiadas explosiones.

Como parte del plan de sacar a Jean del apartamento, pusimos en práctica un proceso de expediciones al exterior, una de ellas fue ir al cine con la niña. La verdad es que la cosa no funcionó exactamente como esperábamos. Pero, bueno, me estaba dando cuenta a toda velocidad de que las cosas que implican bebés casi nunca lo hacen.

Joe sacudió su desgredada cabeza.

—Decir que tenía «demasiadas explosiones» no es manera de contar una película. ¿Intentaste explicarle siquiera de qué iba?

—A ver, Joe: hacían mucho ruido y ella es muy pequeña.

—Ahora en serio, para empezar, me asombra que la llevarais al cine.

—Hay sitios especiales en los que dejan luces encendidas para personas que llevan niños pequeños.

—¡No me digas! Ni me había fijado... —dijo, mientras mezclaba un par de cócteles Old Fashion—. ¿Y os fuisteis?

—No. Simplemente la tomé en brazos y me fui a pasear con ella por la zona de tiendas y golosinas para que Jean pudiera ver tranquilamente la película. No sale mucho y habría sido una pena que se perdiera el final. Yo la puedo ver en cualquier momento.

—Bien hecho.

—No me puedo creer que Ada tenga ya dos meses. Me parece como si hubiera sido ayer la noche que la llevé al hospital.

—Desde que nació y ayudas a Jean ha habido un montón de cambios en tu vida.

—Sí —confirmé y me encogí de hombros—, pero todos para bien.

—Bueno, la verdad es que me sorprende y me decepciona que a la pequeña Ada no le gustara la película. —Abrió dos botellas de cerveza y las colocó en la bandeja de Rosie.

—¿Y eso por qué?

—Pensaba que *Thor* la habría gustado. Los hombres grandes y con el pelo largo y rubio son muy atractivos —dijo, acariciándose los mechones de su propio pelo. ¡Tonto del haba!—. Pregúntale a cualquiera.

—Prepárate para una decepción continua, hermano —le dije en tono triste mientras me secaba las manos con la toalla—. Ada es una joven inteligente y perfectamente capaz de discernir lo bueno de lo malo, por lo que tiene un alto concepto de los hombres con el pelo oscuro y largo. Me lo dice constantemente.

—¡Sois unos idiotas, los dos! —dijo Rosie, mirándonos con cara de asombro.

—Duro, pero justo —concedió Joe.

—Es cosa de familia —confirmé sonriendo.

—Seguramente venga de la rama paterna.

—Es probable —dije, mostrando mi acuerdo—, seguro que mamá estaría de acuerdo con eso.

Había sido una noche fantástica, con mucha gente, pero tampoco de locura. Todo el mundo estaba de buen humor. Eran cerca de las once y media y la cosa ya estaba cediendo, aunque la música seguía sonando. Eran las noches como esta las que me hacían alegrarme de ser dueño de un bar. Bueno, de la tercera parte de un bar-restaurante. Daba igual.

Lydia, Nell y yo habíamos llegado al acuerdo de seguir sin tomar una decisión definitiva respecto a la oferta de compra. Si los dueños del complejo hotelero nos hubieran presionado para que tomáramos una decisión definitiva, seguramente la respuesta habría sido que no queríamos vender. Ninguno de nosotros estaba deseoso de verdad de vender el Dive Bar. Pero, dado que no les importaba dejar la oferta sobre la mesa y esperar, así lo dejaríamos. Allí estaría, hasta que cambiara algo. Por si cambiaba algo, quiero decir.

Boyd y Curt, el pinche, estaban asumiendo ya la mayor parte de las actividades de la cocina, pues la tripa de Nell empezaba a agigantarse. La cosa

tenía su gracia: parecía que su humor mejoraba conforme avanzaba el embarazo. Era como si hubiera superado del todo la pérdida del anterior bebé y se hubiera relajado, al menos, un poco. Hasta había dejado de darme la matraca respecto a Jean, al menos tanto como antes. Supongo que también tendría que ver que estaba comprobando que mantenía mi palabra y no hacía ningún avance sexual con ella. Se puede decir que yo me conformaba con la realidad: Nell jamás me consideraría un miembro decente y honorable de su grupo cercano, ni siquiera del vecindario. Y, dada la forma en la que la había dejado tirada en un momento muy duro, seguramente me lo merecía. Algunas cosas son muy difíciles de perdonar.

—¿Vas bien con lo tuyo? —pregunté, una vez que hube terminado de limpiar mi zona.

—Sí, ¿te apetece ir mañana al gimnasio?

—Mándame un mensaje con la hora.

—De acuerdo —dijo Joe, asintiendo—. Buenas noches.

En invierno, los encargos de construcción de mi hermano se ralentizaban bastante, ya que trabajar en el exterior era prácticamente imposible. Por eso hacía más turnos en el bar, para mantener los ingresos. Eso liberaba a Vaughan, que así podía programar actuaciones fuera, y yo también estaba disponible para hacer otras cosas si era necesario, pero no me gustaba nada lo de hacer inventario yo solo a las tantas de la madrugada. En cualquier caso, esta noche estaba libre.

Un par de chicas con las que había estado charlando al servirles copas me lanzaron miradas y sonrisas insinuantes. Les hice a ambas una seña de saludo con la cabeza, pero seguí andando. Soy sincero cuando digo que, en esos momentos, los polvos furtivos no me atraían nada. Seguía teniendo los órganos sexuales oficialmente fuera de servicio, pero solo de puertas para fuera. Lo que realmente pasaba era que toda mi libido estaba enfocada en Jean y, mientras no lograra librarme de eso, ni miraría lo que había alrededor.

Había empezado a acompañar a mi hermano al gimnasio más a menudo, supongo que para liberar la energía acumulada. La mano derecha se encargaba de lo demás. Dado que había sido activo sexualmente desde que perdí la virginidad a los quince, eso de tomarme un respiro era raro de verdad. Echaba de menos el olor de las relaciones sexuales, el contacto con la piel, en fin, todo.

Pero también tenía su parte buena: ser amigable, en lugar de flirtear, hacía que las relaciones con las mujeres fueran más complejas, más ricas. Ahora tenía conversaciones interesantes sobre distintas cosas, como si en mi cabeza se hubiera abierto un hueco para otras cosas que no fueran tetas y coños.

No me interpretéis mal: que me hubiese tomado un respiro en relación con la actividad sexual no significaba, ni mucho menos, que me hubiera convertido en un tipo profundo o como queráis llamarlo. Pero basta de reflexiones acerca de mí mismo. Volvamos a la realidad, al día a día.

Curt estaba en la oficina, recogiendo su abrigo.

—¿Has terminado? —pregunté.

—No. Antes de irse, Nell nos pidió que lleváramos un pedido a uno de los apartamentos de arriba, pero hemos estado muy ocupados, así que no ha habido oportunidad de ponerse a ello hasta ahora.

—Voy para allá, así que ya lo llevo yo.

—Gracias —dijo Curt, sonriendo.

Agarré el abrigo y las bolsas marrones que había encima del escritorio.

—¿Jean, Andre o Alex?

—Jean.

¡Estupendo!

Los escalones del exterior estaban un poco resbaladizos a causa del hielo, así que avancé despacio. Afortunadamente, Jean no había renunciado a la cena para irse a la cama. Si había calculado bien el tiempo, estaría terminando de dar de mamar a Ada antes de acostarla, para que durmiera varias horas por la noche. Pero como Ada no respondía ante nadie, no había garantía alguna de que pasara eso.

Puse la oreja en la puerta y escuché ruidos, así que no habría problema si llamaba.

Abrió la puerta vestida con un pijama de franela decorado con erizos. Hasta ese momento, jamás había pensado que esos animalitos pudieran ser decorativos, pero la verdad es que a ella le quedaban de maravilla, así que me quedé mirando, embobado. Al pijama y a ella.

—¡Ah, Eric! Hola.

—Me han dicho que estabas esperando esto —dije, mostrándole los paquetes —. Siento el retraso: una noche complicada.

—Ningún problema —respondió sonriente—. ¿Vas a irte directo a dormir?

—¿Te apetece compañía?

—¡Ni te imaginas cuánto! —Dio un paso atrás, abrió la puerta del todo y me invitó a entrar—. Pasa.

La sutileza no es una característica de la que haya podido presumir nunca. No obstante, ahora, y dado el caso, Jean sabía perfectamente que mi preferencia siempre era estar con ella. Ada estaba en el suelo, sobre una manta y, al parecer, muy interesada en un programa de la tele en el que había muchas pelotas de colores que botaban y una voz suave que recitaba el alfabeto. Extraño, sí.

—Estaba muy despierta, así que he renunciado a seguir intentando que se durmiera —me explicó, mientras desempaquetaba su ensalada de pollo y pasta—. Este es su programa favorito.

—Recuérdame que le ponga algún día el canal de lucha libre.

—Creo que no lo haré —dijo Jean, inclinando la cabeza.

—Ella se lo pierde —dije, acercando una silla a la mesa—. Apuesto a que este programa que está viendo ahora tendría sentido si uno está colocado.

—¡Seguramente! —dijo riendo con ganas—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Mucha gente.

Y allí estaba yo, viendo los erizos y también observando cómo comía. Deslizaba delicadamente los labios sobre los dientes del tenedor y procuraba mantener el control de la comida con la lengua. Me gustaba hasta cuando se le caía la pasta por la barbilla. ¡Dios, mejor apartar la vista antes de que las cosas se salieran de madre!

—A Joe no le ha parecido nada bien que Ada no disfrutara con *Thor* — dije, quitándome un hilo suelto de los pantalones—. Me da la impresión de que se considera a sí mismo como un dios mitológico, o sea, tipo Thor.

Jean rio.

—Puedes decirle que siento que la niña haya herido su sensible orgullo de macho.

—No podemos evitarlo —dije, llevándome la mano derecha al pecho—. Somos una familia muy sensible.

—Tú sí que lo eres, desde luego.

—A propósito, quería preguntarte si has vuelto a tener noticias de tus padres —pregunté. Sentía curiosidad y quizá también, en cierto modo, pretendiera

protegerla.

Asintió, masticó y tragó la comida que tenía en la boca antes de contestar.

—Pues sí. Todavía no he hablado con papá, pero mi madre ha vuelto a llamarme un par de veces.

—Pues es un cambio radical.

—No lo sé, la verdad —dijo, y se encogió de hombros—. Aunque parece sincera.

—Como te dije, supongo que se están arrepintiendo de no compartir algo tan maravilloso como tu vida y la de Ada.

—Gracias.

Me encogí de hombros. Después de todo, no lo había dicho como un cumplido, sino que simplemente había descrito un hecho.

—Creo que siempre habían estado de acuerdo con las decisiones importantes que tomé hasta ese momento. —Frunció el ceño y desvió la vista, sin mirar a ninguna parte en concreto—. Creo que lo de ir en contra de lo que deseaban y seguir adelante con el embarazo los pilló por sorpresa.

—Puede ser —dije.

—Oye, hablando de otra cosa: no tenéis por qué seguir trayéndome a casa los pedidos —dijo, cambiando de tema inopinadamente—. No es que no os lo agradezca, pero no es necesario.

—Curt normalmente trae lo que pide Alex —indiqué, quitándole importancia—. No nos importa, lo que siento es que hoy nos hayamos retrasado tanto.

—Sin problemas. ¿Estás seguro de que no os importa traer los pedidos a casa?

—Sí, claro —asentí—. Así te ahorras tener que vestir a Ada para bajar a recogerlos.

—Eso es verdad —dijo, mientras envolvía el tenedor con espaguetis—, pero ya no tengo dificultades para bajar las escaleras. La doctora me dijo hace un par de semanas que estaba perfectamente, que podía hacer de todo y que los puntos están completamente cerrados.

—¡Eso es estupendo!

Asintió mientras seguía comiendo.

—Tampoco es que tenga mucho interés en el sexo.

¡Guau! ¿A qué había venido eso?

—Incluso aunque tuviera pareja —dijo, moviendo el tenedor—, ¿te puedes imaginar lo que sería ponerme a eso después de estar día y noche ocupada con la niña?

—Hum. —Intenté sonreír, pero me dio la impresión de que lo que me salió fue una mueca.

—Es que es abrumador. Quiero decir, ¿de dónde iba a sacar tanta energía? —preguntó, abriendo mucho los ojos—. Aparte del hecho de que tengo un aspecto horrible.

—No tienes un aspecto horrible, para nada —objeté, poniéndome muy serio—. Te lo vuelvo a decir: estás estupenda; pero no me haces ni caso.

—Lo que creo es que eres muy amable —dijo, riendo sin ganas.

—No, no lo soy, en absoluto.

—Habría que inventar una postura sexual para los padres recientes. Podría llamarse «la postura del perezoso» o algo así. La mujer diría: «Tienes permiso, pero date prisa y hazlo mientras estoy aquí tirada, echado una siesta rápida».

—Suena bien.

—¿Verdad? Absolutamente excitante.

—¿Debo imaginar que durante el minuto que duraría habría incluso ronquidos y algo de babeo?

—¡Por supuesto! Serían clave.

Negué con la cabeza.

—Lo siento —dijo, poniéndose seria de repente—. Quizá te estoy haciendo sentir incómodo.

—No te preocupes —dije, pues no pensaba en tener relaciones sexuales con Jean en estas circunstancias, más bien procuraba con todas mis fuerzas no pensarlo. ¡Qué putada!—. Somos amigos. Puedes hablar conmigo de lo que quieras. Hasta de la postura del perezoso, que deberías patentar.

Se quedó mirándome durante un momento, sin hacer otra cosa: ni mirar a Ada ni masticar ni moverse... No fui capaz de identificar la emoción que sentía, aunque era evidente que algo sentía, y con bastante intensidad. Finalmente suspiró. ¡Por Dios bendito! Ese simple sonido por poco hizo que me empalmara. Lo único que tenía que hacer esta mujer para que me pusiera de rodillas ante ella implorando echar un polvo era chasquear los dedos. ¡Y una mierda, solo amigos! La verdad es que no podía ser peor, me refiero a mí mismo.

—Gracias —dijo—. Te digo la verdad, Eric: sin ti estaría perdida. Todo el mundo se está portando muy bien conmigo, pero tú... tú has ido mucho más allá. Me gustaría tener una medalla o una galletita para premiarte.

¡Por Dios!

—Lo digo en serio.

—A ver, Jean, te lo repito: me hace muy feliz ayudarte, ayudaros —dije, balbuceando un poco a la hora de elegir las palabras—. Vosotras dos significáis mucho para mí. Siento mucho haber desaparecido tras el parto para irme a California. Fue una canallada, después de haberte dicho que estaría aquí para lo que necesitaras.

—Estás más que perdonado. —¡Dios, qué sonrisa, qué mirada tan dulce! Podéis enterrarme a diez metros bajo tierra. Estoy oficialmente muerto.

—No eres ni mucho menos como yo pensaba —dijo en voz baja—. El día que nos conocimos parecías...

—¿Qué?

—Bueno, no tienes nada que ver con lo que Nell me dijo sobre ti.

Me volví como si me hubiera pisado en el dedo gordo del pie.

—¡Mierda! Quiero decir ¡cuerda!, Ada, perdón. A ver, Jean, no te esfuerces en convertirme en un buen chico. He tenido relaciones con un montón de mujeres, ya sabes, solo por diversión, pasar un buen rato, durante poco tiempo y sin compromiso; en fin, todo eso...

—¡Anda! Y yo que pensaba que eras virgen, como yo... ¡Vaya chasco!

—¡Qué graciosa! —susurré—. Lo que estoy intentando decirte es que, en la situación en la que estás, un individuo como yo no te sirve de nada. Necesitas alguien de fiar.

No dijo nada.

—Tú te mereces lo mejor.

—Eric, que haya tenido una niña no significa que esté desamparada ni tampoco que haya que ponerme en un pedestal.

—Ya lo sé.

Se ruborizó. No podía ni intuir qué era lo que sentía. De repente, se puso de pie, agarró el bol de ensalada y lo volvió a guardar en la bolsa, antes de meterlo en el frigorífico.

—¿No tienes hambre? —pregunté con precaución.

—Ya me lo comeré después. —Se volvió hacia mí y me miró, colocando las manos en la encimera de la cocina, que estaba a su espalda.

Durante un minuto, ninguno de los dos dijo una palabra.

—¿Has visto a Andre últimamente? —pregunté, solo por hablar de algo. No es que quisiera hacer averiguaciones ni nada de eso.

—No, la verdad es que no. Creo que anda ocupado con una nueva novia. —Ni rastro de preocupación o de enfado en el gesto. Supongo que él me había dicho la verdad respecto a que solo habían estado charlando y socializando, como buenos vecinos.

—Bien —dije—, para él, quiero decir.

—Sí. —Movi6 los hombros para relajarse y después el cuello—. Es muy agradable.

—Sí, es buena gente.

—Creía que erais amigos —dijo, arrugando la frente.

—Y lo somos. Solo que... —Me rasqué la cabeza—. Bueno, sí, somos amigos.

—De acuerdo, está bien —dijo, aunque con la expresión un tanto confusa—. En todo caso, he estado pensando: me gustaría invitarte a cenar aquí la próxima vez que tengas una noche libre. ¿Qué te parece?

Normalmente, huiría como de la peste de una invitación como esa. La ciencia o la experiencia, como queráis, demuestra que lo más adecuado para una cita es quedar con la mujer en un lugar público y después trasladarse a otro privado para el sexo. Este método reduce al mínimo las posibilidades de escenas dramáticas, me refiero a que se produzca una vinculación excesiva. Si los equipos deportivos juegan mejor y obtienen mejores resultados en campo propio, lo mismo les pasa a las mujeres, os lo aseguro. Solo que, en este caso, yo ya había estado un montón de veces en el apartamento de Jean. ¡Pero si hasta había estado rodando por el suelo! Completamente vestido, eso sí. Los límites de este tipo de relación amistosa me resultaban completamente nuevos y hasta cambiantes. No estaba acostumbrado a ellos. Pero seguiría haciendo todo lo que pudiera para mantener las cosas como estaban, es decir, los dos de pie o, como máximo, sentados. Daba igual que me apetecieran muchísimo otras posturas.

—¡Me parece magnífico! —dije—. Libro dentro de dos días.

Se pasó la lengua por los labios y respiró hondo, como si estuviera a punto de

decir algo muy importante y significativo. Pero no lo hizo.

—De acuerdo.

—Me apetece muchísimo.

Se limitó a sonreír.

CAPÍTULO 12

Llevar corbata o pajarita habría sido demasiado, pero ir con camiseta y *jeans* también daría una mala impresión. Sería como decir: «Gracias por invitarme a cenar, pero me importa una mierda». La verdad es que era difícil decidirse. Al final opté por unos pantalones azul marino y un polo gris de manga larga. Me sujeté el pelo con una coleta, porque Ada estaba empezando a agarrar las cosas. Un poquito de colonia y listo.

Jean abrió la puerta resollando y con la frente perlada de sudor.

—¡Hola! Pasa, por favor.

—¿Estás bien?

—Sí... —Se echó hacia atrás la cola de caballo y me dedicó una sonrisa dubitativa—. Hemos tenido un mal día, pero ahora está dormida. Tiene un poquito de fiebre.

—¡Pobre Ada! —dije, bajando el tono de voz—. ¿Prefieres que dejemos esto para otro día?

Se sentó en un extremo del sofá, con las rodillas a la altura del pecho y los brazos rodeándolas. El que se comportara de una forma tan natural en mi presencia me animó bastante.

—¿O quieres que vaya a traer algo de abajo?

—Tenía un plan magnífico para esta noche —dijo, apesadumbrada—. Había escogido unas recetas y pensaba ir al supermercado, ya sabes...

—A ver, yo me conformo con un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada.

—Lo típico: no doy una. —Suspiró—. No tengo pan de molde y ayer, para la cena, acabé con las existencias de mantequilla de cacahuete. Directamente del bote, con una cuchara. Fue glorioso.

—¡Ja! Lo entiendo, yo a veces hago lo mismo. Bueno, pues ¿qué tienes?

—¿Qué te parece pollo empanado? —dijo, levantando las cejas.

—¡Me encanta el pollo empanado!

—Vale, pues voy a prepararlo. —Se levantó de un salto del sofá, encendió la vitrocerámica y abrió el frigorífico—. Busca algo que se pueda ver en la tele.

—Sí, señora. —Me senté, agarré el mando a distancia y me puse a buscar en la guía de programación. Lo tenía claro: deportes, arreglos de pisos, noticias y cocina. En fin, un desierto, como siempre. Pero, de repente, encontré oro—. ¿*Top gun*?

Se detuvo cuando estaba a punto de dejar caer el pollo en la sartén y me miró por encima del hombro.

—¿En serio?

—¡Es un clásico! —exclamé—. ¡Vamos, por favor, es imposible que no te guste *Top gun*! Sería antiamericano. Dime que la has visto.

—Sí que la he visto y... ¡puf! —Torció los labios—. ¿De verdad te apetece, Eric? ¿Tanta acción, velocidad y eso?

—¡Exactamente!

Sonrió y se puso el dedo en el labio.

—¡Niña durmiendo!

—Lo siento, lo siento —susurré.

Nos sentamos en el sofá, dejando un hueco mas que notable entre los dos. En la enorme pantalla, los aviones no paraban de hacer acrobacias a toda velocidad.

—¿Cuál sería tu apodo? —pregunté.

—Pues no sé, algo así como: «¡Socorro!, no sé qué demonios hago aquí...».

—Tiene lógica —dije, riendo disimuladamente.

—Bueno, supongo que tampoco me importaría ser *Genial Jean*.

—Ese sí que es bueno —asentí—. A mí siempre me ha gustado *Maverick*.

—Es un apodo fantástico, implica ganas de mejorar siempre².

Por supuesto, tuvimos que cantar, en susurros, claro, la versión en karaoke de *You've lost that loving feeling*. Era obligatorio. También puede que le echara miraditas a Jean durante la escena del partido de vóley. Los celos son una

putada. Si me lo hubiera pedido, me habría encantado quitarme el polo y flexionar algún músculo para que lo admirara. Esta idea no me hizo sentirme absurdo y patético, en absoluto, bueno, no demasiado. Las escenas de acción lograron que soltáramos algún grito ahogado y la música nos hacía mover los pies. La verdad es que *Top gun* había sido una elección excelente. Nos atrapó por completo.

Por lo menos hasta la escena de sexo. Nunca había visto tan claro que los dos actores estaban fingiendo, nunca en mi vida. Ni siquiera el hecho de que ya no quedara pollo sirvió para que me centrara. Imposible.

—Bonita canción —murmuró.

—Mmm.

La pantalla estaba saturada de azules y grises, con los actores de perfil y mucha lengua, muchos besos y algunos jadeos. En ese momento pensé que había escogido todo lo mal que había podido. Mi polla empezó a reaccionar y me ardió la piel. ¡Mira que era estúpido!

—Está bien filmada —dijo Jean, removiéndose en el asiento—. Capta la atmósfera.

—Sí. —Busqué algo que decir que no fuera una idiotez—. Una canción estupenda, tienes razón.

—Buenísima. —Asintió, se pasó la lengua por los labios y se echó el pelo para atrás. Después me di cuenta de que miraba por el rabillo del ojo—. Sí... fantástica.

¡Pero cómo iba a mirar a la mujer desnuda de la pantalla teniéndola a ella a mi lado, en el sofá! ¡Dios! ¿Por qué no volvían a subirse en sus estúpidos aviones supersónicos y a tirar bombas donde fuera? También podían matar al mejor amigo... ¡Ojo, que estoy destripando la peli! Sí, podíamos avanzar rápido hasta que pasara eso. Seguro que no tardarían mucho en acabar con los juegucitos.

Jean se aclaró la garganta y volvió a removerse en su sitio.

Mientras, yo no paraba de cruzar y descruzar las piernas. No me encontraba cómodo en ninguna postura.

La condenada escena duraba una eternidad. Típico de la HBO, no terminaría nunca. En la pantalla, la mujer acariciaba con los dedos la espalda del amante, él se juntaba con ella y todo lo demás. ¡Era demasiado, joder! ¿Acaso habíamos

puesto una película porno? ¿Es que no se daban cuenta de que al lado de la tele siempre había niños, aunque estuvieran dormidos? Y adultos célibes por decisión propia. ¡Era indecente!

Negué con la cabeza y me volví.

—Sí, es repugnante —dijo Jean con una media sonrisa.

—Ni que la gente hiciera esto de verdad —bromeé.

—¿Verdad? Si a alguien se le ocurriera poner la lengua en mi boca, se la mordería.

—Y tendrías todo el derecho a hacerlo.

—Extremadamente antihigiénico —opinó.

—¡Quién sabe lo que habrá chupado antes ese individuo! —dije—. Hasta el suelo, tal como es...

—O algo peor.

—Sí.

—El cuerpo está cubierto de gérmenes y de fluidos. El hecho de que no podamos verlos no significa que no estén ahí. —Tenía la cara enrojecida y seguía mordisqueándose la uña del dedo gordo—. Es absolutamente asqueroso.

—Totalmente —confirmé—. Repulsivo.

—¡Absolutamente! —dijo, soltando una carcajada.

Por fin se acabó la maldita escena y pudimos volver a hundirnos en los cojines, suspirando de alivio. Síndrome de estrés postcoital pelicularo, supongo. Por lo menos, no era yo solo quien se había sentido molesto. Nadie me había avisado de que ver escenas de sexo con una amiga podía ser tan duro.

Durísimo.

—Puede que, después de todo, sí que eche de menos el sexo —susurró Jean dando un suspiro.

¡Quería morirme!

—Sigue estando bien, ¿no? —preguntó—. Quiero decir que no lo he idealizado, después de tanto tiempo sin probarlo, ¿no?

—Sí... —¡Mierda!—. Yo... me estoy tomando un descanso desde hace tiempo, así que puede que no sea la persona más adecuada para responderte.

—¿En serio? —Los ojos como platos—. ¿Y por qué?

Levanté un hombro como para quitarle importancia.

—No sé qué decirte. Me estoy replanteando la vida y esas cosas.

—¡Guau!

—Hum. —No era del todo mentira. Solo una verdad a medias—. No es tan importante.

No dijo nada más y volvió a fijar la vista en la pantalla. Menos mal que no siguió preguntando. ¡Buf! Supongo que en la película continuaron pasando cosas, la verdad es que ni siquiera estaba mirando.

Los problemas surgieron unos pocos días después, en el trabajo.

Solo estábamos medio llenos, cosa bastante normal para el día de la semana y la época del año que eran. Se suponía que debía terminar a las ocho, pero me había quedado un rato más para ayudar a Joe, más bien para hacerle compañía. Una mujer, acompañada de una amiga, había entrado en el bar, y se puso a charlar con nosotros. Básicamente, no hacíamos otra cosa que ser amables con unas clientas, hablando, riéndonos y todo eso. Completamente inofensivo. La amiga flirteaba, pero daba igual.

La mayor parte de la gente, cuando toma una copa, se relaja. Era cosa nuestra, dejaríamos de servir cuando consideráramos que las cosas se podían empezar a desmadrar.

—¿Vais al gimnasio Shape Fitness? —preguntó mientras jugaba con la pajita.

—No —respondió Joe—. A otro.

—¿A cuál? Porque estoy segura de que os cuidáis —ronroneó la chica—. No hay más que veros.

Joe sonrió y se fue detrás la barra. Parecía que quería terminar con aquello antes de que empezara. Como lo conocía bien, sabía que estaba haciendo turnos extra para ahorrar y comprar algo caro. Un buen regalo para su novia, por ejemplo.

—Gracias. ¿Qué tal el martini?

—Los chicos malos siempre hacen las cosas bien. —La chica se sacudió el pelo e, inmediatamente, su amiga soltó una carcajada histérica, tanto que estuvo a punto de caerse de la banquetta.

Yo me limité a sonreír.

—Me alegro de que te guste.

Eso es lo que pasa con las bromas de los bares: la gente piensa que siempre es la primera vez. Y hacedme caso: con la autoridad que da llevar años detrás una barra, os puedo asegurar que no es así, ni mucho menos. El alcohol y la sutileza

nunca van de la mano. Si lo fueran, no habría cócteles que se llamaran «pezón resbaladizo» o «aullido de orgasmo». Pero entra en el sueldo tener que aguantar miraditas y caídas de ojos, así como soportar a algún pobre estúpido con el corazón roto y con ganas de bronca. No voy a decir que pase todos los días, pero tampoco es raro. Las historias llorosas de rupturas son las peores, sobre todo cuando la persona que se lamenta es la verdadera culpable de lo que le ocurre. Como, por ejemplo, «siento que te dejara porque te pilló echado un polvo con su mejor amiga o con tu secretaria o porque la suegra, o sea tu madre, no la dejaba en paz ni a sol ni a sombra. ¡Mira que es absurdo que, en esas circunstancias, tu mujer te haya mandado a hacer gárgaras! Sí, tienes razón». Pero, en fin, son gajes del oficio. No todo es manejar botellas y mezclar cócteles. Además hay que dar la vuelta a todo el mundo en billetes de un dólar, por supuesto, no vaya a ser que pongan la excusa de que no tienen cambio para no dejar propina.

Ser camarero o encargado de una barra no es el peor empleo del mundo, pero, como todos, tiene sus desventajas.

—Deja que lo toque —dijo la chica, señalando con la mano mi bíceps.

—Se mira, pero no se toca —dije, y después tensé el músculo. Debo reconocer que, incluso con la camiseta de manga larga, tenía buen aspecto. Me refiero a mí mismo, por si no lo habíais entendido. Lo cierto es que estaba contento con la evolución de la musculatura de los brazos. Las visitas con mi hermano al gimnasio para quemar las energías que no estaba empleando en otras cosas empezaban a dar sus frutos.

—¿Qué cojones estás haciendo? —Fue un hombre el que gritó, e imaginé que era a mí.

—¿Qué?

—¿Intentas seducir a mi chica?

—¡Troy! —La que había estado a punto de caerse de la banqueta agarró del brazo al individuo—. Solo estábamos hablando, cariño, yo nunca...

—¡Y una mierda! —Era grande y feo y estaba cabreado—. Me he dado cuenta de que buscabas algo en cuanto me has dicho que ibas a trabajar hasta tarde.

Añadamos a la lista a los gilipollas paranoicos.

La mujer balbuceó, negando con la cabeza, pero lo que de verdad me impactó fue el miedo que pude ver en sus ojos. Con el rabillo del ojo vi a Joe cruzado de

brazos al final de la barra, preparado por si acaso hubiera que poner en su sitio al alborotador.

—Tranquilízate —dije—. No hay nada de lo que preocuparse. Tu chica y su amiga solo estaban tomándose una copa después del trabajo. No ha pasado nada. —Le dirigí una sonrisa amistosa al salvaje—. ¿Qué te parece si te sirvo una? Por cuenta de la casa, claro. Aquí somos todos amigos.

Y, en ese momento, el individuo se acercó a la barra y me golpeó. Directamente en la cara. Me hizo mucho daño y, por un momento, solo vi estrellitas de colores.

Cuando recuperé la visión, Joe ya estaba detrás de él, sujetándole los brazos a la espalda. Mi hermano no había seguido ningún tipo de formación de defensa personal ni nada semejante, pero ya había tenido que enfrentarse en el bar con algún que otro individuo incapaz de expresar su enfado de manera no violenta. Además, ser grande como un armario de tres cuerpos ayudaba lo suyo. En cuanto Joe lo retuvo, el muy cabrón abandonó su actitud beligerante, y Joe lo condujo hacia la puerta de salida. Las mujeres habían desaparecido, quitándose de en medio. Eso estaba bien. Lo peor que podía pasar es que alguien más resultara golpeado. Sin hacer caso del dolor que todavía sentía en la cara ni de la sensación de que el ojo me iba a estallar, salí de detrás de la barra y me acerqué, por si Joe necesitara ayuda.

No la necesitaba. Suelo decir que, a veces, el tamaño sí que importa. Joe echó al gilipollas a la calle.

Me tapé con la mano el ojo derecho. ¡Uf, dolía!

—¡Mamón, hijo de...!

—Voy a llamar a la Policía —dijo Lydia, volviéndose hacia la cocina—. Curt, dale un paquete de hielo para que se lo ponga en la cara, por favor.

Una mujer estaba llorando, probablemente la novia del imbécil. Y el rumor habitual de conversaciones felices y relajadas se había convertido en una ola frenética de cuchicheos. ¡Habían dado un puñetazo en la cara a uno de los camareros de la barra! ¡Qué excitante! Pues no, de excitante nada. Jodidamente doloroso para el sujeto paciente.

Mi hermano regresó al interior del bar, frotándose las manos para calentarse.

—Ese gilipollas se ha marchado en coche. Me he quedado con la matrícula. —Sonó un gemido, procedente de la novia del imbécil, que salió pitando del bar,

seguida de cerca por su amiga. Mejor. Me habían dejado la cara hecha un cromo y prefería evitar otras implicaciones dramáticas que pudieran derivarse del asunto. Nos habían fastidiado por completo la tarde. ¡Maldita sea!

—Bueno, se acabó el espectáculo —dijo Rosie en voz alta y sonriendo—. Perdón por haberles interrumpido, señores.

La canción de *rock* duro que estaba sonando fue sustituida casi inmediatamente por música más suave. Poco a poco, todos los curiosos que se habían levantado de sus mesas para ver más de cerca lo que estaba pasando se dispersaron, y las cosas volvieron a la normalidad. No obstante, mi corazón seguía latiendo a mil por hora: no había dejado de segregar adrenalina, y en cantidades industriales. Me acordé del estúpido que me había agredido, deseando haber tenido la posibilidad de devolverle el favor.

—¿Estás bien? —preguntó Joe, dándome una palmada en el hombro.

—Más que nada, me jode que me pillara de improviso.

—¿Qué podías esperar? Te estás haciendo viejo.

Le hice una peineta mientras se metía detrás de la barra.

Curt llegó a toda prisa con un paquete de hielo y me lo coloqué sobre el ojo hinchado. Sería mejor que me escondiera en la cocina hasta estar algo más presentable.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Nell, apartando un momento el paquete de hielo del ojo para comprobar los daños—. No hay sangre. Solo hinchazón.

Gruñí.

—¿Qué estás haciendo? ¡Sigue aplicándote el hielo!

—El muy gilipollas me acusó de flirtear con su novia y, sin comerlo ni beberlo, me atizó un puñetazo.

—¿Estabas intentando llevártela a la cama?

—¡No! —espeté—. Joe y yo habíamos estado hablando con las dos chicas. Una de ellas parecía que quería ponerse a tiro, pero no le hice caso. Creo que tomó nota. No ha pasado nada especial ni distinto a lo de otras tardes.

—Hum. —No sabéis hasta qué punto el ruido que hizo implicaba duda y sospecha.

—Soy camarero y encargado de la barra, Nell. La gente espera que le hable.

—Sí, claro, pero... ¿hasta que punto pusiste en juego tus muchos encantos?

—¡Nell, ya está bien! —dijo Lydia con cara de pocos amigos—. Eric no ha tenido la culpa y le han dado fuerte.

Negué con la cabeza, desalentado.

—Olvidémoslo.

Llegó la Policía, hice mi declaración, tomaron sus notas y me fui de allí. ¡Jo, qué noche!

—Hablar con la gente forma parte de mi trabajo, ¿no?

—¡Estate quieto! —ordenó Jean mientras me colocaba otra bolsa de hielo en el ojo, pues la primera ya se había licuado. Estaba despatarrado en su sofá, con la cabeza apoyada en un cojín, apiadándome mucho de mí mismo. Mientras, ella hacía de enfermera, me sujetaba la bolsa de hielo contra el ojo. Puede que lo de hacer de enfermera fuera un mero producto de mi imaginación, pero, en todo caso, había merecido la pena llamar a su puerta. Si un puñetazo en la cara no despierta la comprensión de una chica guapa, entonces la vida es demasiado sombría como para que merezca la pena.

—Solo estábamos riéndonos un poco. Sé que hay una línea que separa una charla amistosa de tirarle los tejos a una chica —dije—. No soy tan idiota. En ningún momento crucé esa línea. Lo he repasado varias veces y te aseguro que no lo hice.

—De acuerdo. Sé que te has estado esforzando mucho en dejar de tener rollos de una noche.

Asentí.

—De todas formas, eso tampoco sería excusa para soltarle un puñetazo a nadie —afirmó, muy convencida—. En todo caso, si me dices que no estabas flirteando, te creo.

—Pues Nell, no —refunfuñé.

—Sí, ya. Nell y tú tenéis una relación complicada. —Hizo una mueca—. Le costará volver a creer en ti. Ahora no está en su mejor momento. El embarazo está haciendo que su ansiedad sea mayor.

No dije nada.

—Da la impresión de que esa chica sale con un tipo violento.

—Espero que haya tenido el buen sentido de darle la patada.

—Pues lo que yo espero es que tenga alguien en quien apoyarse o a quien

pedir ayuda, si decide tomar represalias. —Jean suspiró con especial intensidad.

Juro que mi corazón dejó de latir.

—¿A ti te pasó eso?

—No —dijo, y negó con la cabeza, aunque con gesto de preocupación—, pero una amiga mía sí que lo sufrió con un exnovio. No aceptaba un no por respuesta. Seguía llamándola y apareciendo por su casa, intentaba que le abriera y a veces hasta la seguía. La verdad es que daba bastante miedo.

—¿Por qué demonios actúa la gente de esa forma?

—No lo sé. ¿Excesivo sentido de posesión? O puede que actuando así les haya ido bien alguna vez y lo sigan poniendo en práctica. Hay gente que piensa que la violencia es la respuesta para todo. Me imagino que controlar y hacer que alguien tenga miedo de ellos les hace disfrutar.

Aparté un poco la bolsa de hielo, intentando verla mejor. La cosa no sirvió de mucho, pues tenía los párpados muy hinchados.

—Quiero que sepas que jamás debes tener miedo de mí.

—No tengo la impresión de que tiendas a volcarte por completo en una relación y menos como para llegar hasta eso. —Sonrió con cierta suficiencia— De todas formas, te agradezco lo que has dicho.

—No quiero decir que estemos juntos, ni nada parecido... —Arrugué la frente. ¡Joder!—. No me estaba refiriendo a eso. Pero quiero dejarte claro algo: si alguna vez tienes problemas con alguien, si te hacen daño..., siempre estaré ahí para ayudarte, ¿me entiendes? Siempre me fiaré de ti y te creeré. Jamás dudaré de ti.

Sonrió despacio, dubitativamente.

—Gracias, Eric.

—Solo quería que lo supieras.

Silencio.

—¿Te está haciendo efecto ya el antiinflamatorio? —preguntó, volviendo a apretar la bolsa de hielo con suavidad contra el ojo.

—Soy fuerte. Sobreviviré.

—Me alegra saberlo.

Solté un quejido.

—Perdona. ¿Cómo te ha ido a ti el día?

—Bastante bien. Ada y yo hemos ido a nuestra primera clase de yoga de

madre e hija.

—¿Lo has pasado bien?

—Fue divertido. —Se apoyó sobre mi hombro, relajándose, no significaba nada. Por la posición en la que sujetaba la bolsa de hielo, apoyarse en mí era lo más cómodo, pero os puedo jurar que a mí no me importaba en absoluto. ¡Esto sí que era lo que yo consideraba hacer de enfermera!

—Bien.

—Salir con ella es cada vez más fácil —dijo—. Aunque sigo teniendo que llevar un montón de cosas. ¡Es una locura! Tengo tres bolsas: una para los pañales, otra para otras posibles emergencias y otra con juguetes y distracciones. —Soltó ese suspiro aliviado que significaba que había logrado organizar las cosas y etiquetarlas a su gusto—. Pero es factible.

—Me alegra mucho escucharlo.

De repente, me agarró del brazo.

—¡Por Dios, Eric!

—¿Qué pasa?

—Se me ha olvidado por completo enseñártelo. Con lo del ojo morado me he distraído. Sujeta esto. —Me agarró la mano y la puso sobre la bolsa de hielo. Hice lo que me decía e, inmediatamente, se levantó del sofá y agarró el teléfono móvil, que estaba en la mesa auxiliar. Pasó el dedo por la pantalla e inmediatamente me la puso delante de la cara.

—¿Ya ha sonreído? —pregunté asombrado.

—¿No es increíble?

En la pequeña pantalla había una foto de Ada, con su carita redonda y regordeta, el botoncito de la nariz, la barbilla como siempre, llena de babas y... ¡una amplia sonrisa desdentada! ¡Sentí una ternura enorme!

—¡Es maravilloso!

—Sí. Fue después de un biberón.

—Lógico. A mí una buena comida también me hace feliz.

Rio quedamente y paso a la siguiente foto. La misma sonrisa, aunque menos babas.

—Es preciosa, igual que su madre.

A mi lado, Jean se puso algo rígida.

—¿Piensas que soy guapa?

—Yo, pues...

—Espera. No digas nada.

Obedecí.

—Solo estabas siendo amable. —Se sentó al borde del sofá y dejó el teléfono en la mesa—. No lo tengas en cuenta. Dios, qué situación tan incómoda.

¡Mierda! ¿Acaso los amigos no les podían decir a sus amigas que las consideraban diosas enviadas a un planeta que no se las merecía? Quiero decir que Joe, Pat y Taka, pongo por caso, no dudarían en darme unos golpecitos en la espalda y decirme que era un cabeza de chorlito. Y todo el mundo sabría que era un código de amigos que significaba «te aprecio», o incluso «te quiero, muchacho». Hacer saber a un amigo que le quieres es sencillo. Y, por ejemplo, mi padre se limitaría a dirigirme un gruñido, pero es que papá es papá. No obstante, casi seguro que hacerle un cumplido a una amiga no era algo tan extraño.

—¿Nunca te lo había dicho? —pregunté—. ¿De verdad? Pues pensaba que sí. Se volvió a mirarme, con las cejas bajas.

—Creía que era obvio... que lo pensaba, quiero decir. Y es que eres guapa, eso es un hecho. —Me encogí de hombros—. ¿Te supone algún problema? Te prometo que, de todas formas, no voy a intentar seducirte.

No pareció muy convencida.

—A ver si me explico: ni siquiera es algo que tenga que ver solo conmigo —protesté—. ¡Claro que pienso que eres preciosa! Es que lo eres. Es un hecho objetivo, no es solo una opinión mía. O sea, como si alguien dice que mi hermano Joe es alto. Todo el mundo diría: «Gracias por la aclaración, Einstein». Así de fácil.

Creo que hablé bien. Y, además, no me fui por las ramas, por una vez en la vida.

De todas formas, no dijo una palabra.

—¡Joder! ¡He vuelto a meter la pata!, ¿verdad?

—No.

Con lo raro que estaba el ambiente, me resultó difícil creerla.

—Gracias por la bolsa de hielo, Jean. Ahora, eh..., creo que me voy para que puedas acostarte y descansar.

Ella se levantó y yo hice lo mismo, dirigiéndome hacia la puerta. Pensé en

enviarle un mensaje a Joe para que le preguntara a Alex si la había cagado con lo que había dicho. No es que quisiera que nadie metiera las narices en la relación que teníamos Jean y yo, pero es que cada vez me sentía más confuso, más perdido. Después de todo, solo había llamado a su casa buscando un poco de consuelo. ¡Me habían dejado la cara hecha un Cristo!, ¿no? Así que era normal...

—Buenas noches —dijo, sujetando la puerta para que pasara.

Me limité a hacer un gesto con la barbilla y salí al pasillo. Me palpitaba la cara, me dolían los pies y me sentía cansado de la vida en general. Esperaba que al día siguiente por la mañana las cosas hubieran mejorado. Busqué las llaves en el bolsillo del pantalón y abrí la puerta de mi apartamento. Paz, quietud, oscuridad. Perfecto. Salvo que, nada más cerrar la puerta, alguien llamó.

La abrí y allí estaba Jean, con los ojos muy abiertos.

—Eric, he estado pensando...

—¿Desde que me marché hace diez segundos?

—La verdad es que durante un poco más de tiempo.

—Muy bien. —Me apoyé contra el quicio de la puerta, cruzando los brazos y procurando aparentar que estaba a la defensiva. Así era como iban a terminar todos mis esfuerzos por ser amigo de una chica. Estaba claro que no había interpretado bien el manual de *Cómo no comportarse como un imbécil*, ese que, al parecer, todo el mundo menos yo se sabía de memoria, porque había vuelto a fastidiarla del todo diciendo algo que a mí me parecía normal y lógico. El final jodidamente perfecto para una noche jodida.

Miró hacia la puerta de su casa, después se miró los pies descalzos, luego me miró a la cara y finalmente perdió la mirada.

—¿Jean? —¡Por favor, que terminara de una vez y me dejara hacerme un ovillo en un rincón de mi cama!

—Creo que deberíamos empezar a acostarnos.

—¿Qué has dicho? No he terminado de captarlo del todo...

Respiró muy, muy hondo. Y, cuando habló, lo hizo a la velocidad de una gacela perseguida por un guepardo.

—Sé que te estás tomando un descanso con respecto al sexo, pero he estado pensando y he llegado a la conclusión de que estaría bien que tú y yo fuéramos amigos que llevaran su relación a la cama. —Hizo una pausa corta y después

siguió hablando a la misma o más velocidad—. Sin ningún tipo de presiones ni respecto al sexo ni respecto a nada. Ninguno de los dos estamos en disposición de pensar a largo plazo, y también estamos lidiando con cosas que llevan a pensar que mantener una relación sentimental sería una locura. Pero yo me siento muy a gusto contigo y me da la impresión de que a ti te pasa lo mismo conmigo, la mayor parte del tiempo. Y parece que ambos nos gustamos, es decir, yo te parezco atractiva y tú me lo pareces a mí. Por lo menos, me has dicho que soy guapa, así que eso me lleva a pensar que te atraigo sexualmente. Si no es verdad, no pasa nada en absoluto. De verdad. Como te he dicho, sin presiones de ninguna clase. Pase lo que pase, quiero decir, tengamos o no relaciones sexuales, quiero que sigamos siendo amigos. De hecho, lo seguiremos siendo. Aquí eres una de las personas más cercanas a mí y no sé lo que haría si no pudiera seguir hablando contigo; además, te portas tan bien con Ada... Ella te adora, te lo aseguro. Así que ese hipotético asunto del sexo no tendría nada que ver con nuestra amistad. O, mejor dicho, sería una añadidura. Pero no significa que no vaya a llevar a ninguna parte. Simplemente dos personas que se gustan de verdad, con una amistad platónica y que, además, tienen sexo.

Me la quedé mirando como un pasmarote. Ahora entendía por qué había inhalado tanto aire. Por un momento, durante su perorata, pensé que le iba a faltar y que necesitaría el boca a boca. ¡Ja!

—A ver, un momento. ¿Eso tiene sentido? —añadió, frunciendo el ceño al pensar en algo de lo que había dicho—. ¿Sexo platónico?

—Sigues diciendo sexo.

—Sí, es cierto.

—La verdad es que el cerebro me patina un poco con ese concepto. Igual es por el puñetazo que me han dado. —Ella sonrió y yo me pasé la lengua por los labios y los dientes, concediéndome un rato para procesar todo lo que había escuchado. No me esperaba que la conversación fuera a ir por ahí, sino todo lo contrario, así que tenía que librarme de las ideas preconcebidas que me había formado—. Dos personas que tienen una amistad platónica y, además, se acuestan juntos... ¿Es eso lo que me estás proponiendo?

Levantó la mano con los dedos crispados.

—Probablemente el adjetivo «platónico» sobre.

—Probablemente.

—Aunque, en mi defensa, debo decir que estoy segura de que Platón tuvo relaciones sexuales y, como la palabra está basada en él, pues... eso.

—Muy bien. No dudo de que las tuviera, así que tampoco es tan grave.

—Bueno, en cualquier caso —continuó, dando un paso atrás— piensa en ello. Me vuelvo a mi apartamento y ya seguiremos hablando de esto en otro momento. O quizá no, ya veremos.

—Seguiremos hablando de esto en otro momento. No me cabe la menor duda.

—De acuerdo, muy bien. —Se volvió, casi salió corriendo por el pasillo, como alma que lleva el diablo, y se metió en su apartamento. Cuando quería podía moverse muy deprisa.

Me quedé de pie en mi apartamento. Me dolía la cabeza y además me sentía más confuso que nunca. Jean quería tener sexo. ¡Conmigo! Estaba casi seguro de que ese era el resumen de la descarga de ametralladora que había salido por su boca. A no ser que el golpe en la cabeza me hubiera hecho delirar. Era una posibilidad, no muy grande, la verdad, porque ya me habían dado algún golpe que otro y nunca me había pasado tal cosa. Fue totalmente inesperado. Y la mujer pensaba que el que echáramos un polvo o, mejor, varios, demos por sentado que muchos, no cambiaría nada. Pero eso era una barbaridad. Contra todo pronóstico, había conseguido tener a una mujer por amiga, y quizá era la mejor amistad que había tenido nunca, hombres y mujeres incluidos. Me encantaba hablar con ella. Me encantaba escuchar qué tal le había ido el día. Era simpática, dulce, amable... y lo que proponía podría estropearlo todo.

—Debería decir que no —murmuré.

¡Maldita sea!

² N. del T.: La palabra inglesa *maverick* se traduce como inconformista.

CAPÍTULO 13

—¡Anda ya! —dijo mi hermano antes de llevarse a la boca el tenedor con un buen trozo de beicon—. Eric, ¿de verdad te estás quejando porque una mujer que te atrae quiere tener sexo contigo?

—Sí —dije, después de una pausa.

—¡Esto es el mundo al revés! Sinceramente, no sé qué decirte, me has dejado sin palabras.

Mamá se limitó a soltar una carcajada.

La verdad es que, delante de ella, podíamos hablar casi de cualquier cosa. Después de acudir al gimnasio temprano, le dije a Joe que si le apetecía que fuéramos a su casa a que nos preparara el desayuno. Generalmente, si se lo pedía con ojos de carnero degollado, aceptaba. O eso, o me daba un cachete en la mejilla, diciéndome que creciera de una vez. Podía pasar cualquiera de las dos cosas: era nuestra madre. Había sido enfermera casi toda su vida, así que el ojo morado y el dolor que todavía sentía no significaban demasiado para ella: había visto de todo. Al parecer, ese día era mi día de suerte, preparó un desayuno espléndido, en el que no faltaba nada: beicon, huevos, salchichas, pan con mantequilla y mermelada, galletas... Mientras, papá estaba en el jardín, haciendo pajareras o algo así. No tengo ni idea.

—Eso va a acabar con nuestra amistad —dije cuando terminé de masticar—. Y será culpa suya, no mía... por una vez.

—No abras la boca mientras comes —me riñó mamá.

—Nell te va a desollar vivo —aseveró Joe, soplando la taza de café para

enfriarlo—. Lo sabes.

—No tiene por qué —dije—. Le prometí que no intentaría acostarme con Jean y no lo he hecho. Así que estoy libre de culpa.

—¡Como si eso fuera a librarte! —refunfuñó mi hermano, no sin motivo.

—¡Vamos, Joe! Nada de lo que haga va a contar con la aprobación de Nell. He dejado de intentarlo siquiera.

—Te doy la razón en eso —dijo—. En el trabajo tienes una actitud magnífica, te estás esforzando. Lo he notado.

—Gracias.

—O sea, que has decidido crecer, ¿no? —dijo mamá sonriendo—. ¡Bien por ti! Sabía que eras capaz de hacer grandes cosas si te esforzabas.

—Me conformo con hacer cosas normalitas —argüí—. Las grandes seguramente exigirían demasiado esfuerzo. «Eric, el equilibrado», así me terminarán llamando, ya lo verás.

Mamá me plantó un beso en la mejilla.

—¿Y qué pasa conmigo? —se quejó Joe. ¡Miserable envidioso y quejica!

—Nadie debe preocuparse. Los dos sois mis favoritos.

—Siempre dices lo mismo —protesté, negando con la cabeza.

—Llegará el día en que te verás obligada a escoger, mamá —le advirtió Joe. Fingió que lo pensaba durante un momento.

—De acuerdo. Escojo a... ¡Alex! Alex es mi favorita.

—¡Eso es trampa! —me quejé, mirando al cielo.

—Es mi novia, mamá —informó Joe—. No es tu hija.

—Le hemos dado la bienvenida a la familia. Se puede decir que es mi hija adoptiva.

—¡No es natural que me acueste con mi hermana adoptiva! —exclamó Joe—. No seas asquerosa.

Mamá estalló en carcajadas. Le encantaba reírse de sus propias gracias. Yo creo que habíamos heredado ese rasgo de ella.

—No me has educado para esas cosas tan poco naturales—insistió Joe.

—Eso espero —contestó mamá, sonriendo malévolamente.

Habíamos crecido en una casita cerca de Sandy Beach. En la última década, los precios de la vivienda y del suelo en la zona habían subido como un cohete, así que hoy en día mis padres no habrían sido capaces de afrontar el gasto de

comprarla. Si algún día mamá y papá decidieran venderla, seguramente obtendrían una suma muy elevada. Era una casa bonita, aunque, en lo que se refiere a la decoración, a mamá le gustaban demasiado los tonos pastel. Había intentado hablar con ella para ver si la convencía de que modernizara un poco la casa, al menos, con una buena mano de pintura. Apenas había cambiado nada desde que éramos críos, salvo que había convertido mi habitación en un cuarto de labores para ella y la de Joe en un vestidor para papá. Al parecer, mi madre necesitaba todos los demás armarios de la casa para guardar su ropa y otras cosas, y dudaba de que a mi padre le importara. ¡Dios, seguramente ni se habría dado cuenta! El mundo de los intereses de mi padre se limitaba a la construcción, los trabajos manuales y el fútbol americano. Esa era la razón principal por la que nunca habíamos tenido un vínculo profundo.

—¿Cuándo voy a tener la oportunidad de conocer a tu Jean? —preguntó mamá—. Y a su niña. ¿Tienes alguna otra foto suya?

—Ada ha empezado a sonreír, pero no tengo ninguna foto de ella haciéndolo. Y no es «mi» Jean. Es simplemente Jean.

—Sí, Jean, la chica de la que estás muy enamorado y con la que vas a involucrarte bastante más de lo que ya estás.

—¿Pero quién dice «enamorado» hoy en día? —dijo Joe entre dientes.

Mamá no le hizo caso.

—Eric, no me parece que estés preparado para dar ese paso.

—Pues es lo que ella quiere.

—Sabes que eso cambiaría las cosas... de manera radical —afirmó mamá, mirándome fijamente.

—Claro que lo sé.

—¿Cómo funcionaría exactamente? —preguntó Joe—. Es simple curiosidad.

—Hermanito, ¿a estas alturas quieres que te explique lo de las abejas y las flores?

Por toda respuesta, me hizo un corte de mangas. Muy adecuado.

—Nada de peleas en esta casa —dijo mamá—. Si queréis liaros a puñetazos, id al patio trasero.

—Hace mucho frío.

—Es verdad, mamá —confirmé—. ¿Quieres que muramos congelados o algo así?

—No, en este momento, no —respondió con calma, mordisqueando una galleta—. Eric, quiero que traigas a cenar una noche de estas a tu novia y a su niña.

—Mamá, no es mi novia. Fue muy explícita al respecto. Dijo que la relación era... platónica. —Lo pensé mejor antes de adentrarme más en semejante y contradictorio asunto—. Bueno, en todo caso, tanto ella como yo queremos mantener nuestra relación como amigos. La verdad es que hasta ahora nunca había tenido una amiga. Bueno, Nell y Lydia no cuentan porque nunca he estado tan unido a ellas como lo estoy a Jean. Perdería muchas cosas si todo se viniera abajo, no sé si me entiendes. —Negué firmemente con la cabeza—. Habría sido mejor que no me lo hubiera propuesto. Creo que, si vamos por ese camino, nos espera un desastre.

—Es una reacción muy madura por tu parte, cariño —afirmó mamá—. No obstante, tendrías que encontrar una manera amable para negarte. Seguro que no deseas que se sienta rechazada, ya que precisamente lo harías por lo mucho que valoras su amistad.

—¿Cómo? —farfullé—. ¿Y por qué demonios iba a negarme?

—¡Justo lo que pensaba! —logró decir mi hermano antes de estallar en carcajadas incontenibles. ¡Gilipollas!

—La chica quiere tener sexo conmigo, y yo me muero de ganas de tenerlo con ella —expliqué, encogiéndome de hombros—. Por otra parte, ¿quién soy yo para rechazarla, para negárselo? Si todo se va a la mierda, será por culpa suya. Al menos, esa parte la tengo más clara que el agua.

Mamá me miraba con la boca abierta.

—No quiero decir que fuera a echarle la culpa abiertamente ni nada de eso, porque es una de mis mejores amigas —aclaré rápidamente—. Me preocupan sus sentimientos.

—¡Dios, Eric rechazando a Jean! —balbuceó Joe, secándose las lágrimas—. ¡Como si eso tuviera la más mínima posibilidad de ocurrir! Lleva colgado con ella varios meses. Eres graciosísima, mamá, te lo aseguro.

Nuestra madre no dijo una palabra. Finalmente, agarró la taza de café, dio un largo trago y me pareció que su gesto se relajaba, aunque no acerté a adivinar la razón.

—¿Ibas a decir algo? —pregunté.

—No, querido. —Suspiró—. Absolutamente nada.

La extraña forma de reaccionar de mi madre ante la situación me dio que pensar. Cuando volví a casa, le mandé un mensaje a Jean para preguntarle si tenía tiempo para charlar un rato. No sería malo establecer algunas reglas antes de que empezáramos a... eso. No se trataba de que quisiera retrasar el inicio de las... nuevas formas de relación, para nada, pero, dados los imprevisibles cambios en las rutinas de Ada, también era posible que todavía tardáramos un tiempo en compartir cama.

Aunque esperaba que no hubiera que esperar demasiado. La idea de que estableciéramos una fecha y una hora concretas para acostarnos, y de esperar pacientemente a que llegara, probablemente me volvería más loco de lo que ya estaba. No obstante, las circunstancias jugaban en mi contra: para empezar, la obsesión de Jean por la organización; para seguir, la necesidad de establecer rutinas para Ada. En fin, que no había nada que hacer: estableceríamos fechas y horas. Me lo tomaría como un curso de paciencia.

Apenas había llamado cuando la puerta se abrió de repente, y allí estaba la preciosa cara de Jean, con la niña sobre su hombro.

—¡Hola!

—Hola —respondí en voz baja, no fuera a ser que Ada estuviera a punto de dormirse—. ¿Todo bien?

—Claro.

—Pareces deprimida.

—No, no. Pasa. —Ella entró primero, y vi que la niña movía la cabeza mientras se chupaba el dedo gordo. Jean la dejó con cuidado en el parque, entre el bosque de juguetes. Ada sonrió inmediatamente y se puso a jugar con su vieja amiga la tortuga colgante. ¡Mira que le gustaba el juguetito!

—¿Ves? La violencia sí que la hace feliz —dije mientras la miraba sonriendo—. No entiendo por qué no disfrutó el otro día con la película.

—Sus estados de ánimo son volátiles. —Jean agarró el teléfono y buscó una sesión de música que sabía que tranquilizaba a la niña. No era Janis Joplin, pero tampoco era mala del todo. Fuera como fuese, Ada parecía contenta.

—En fin, vamos con ello —dije, suspirando fuerte—. Creo que deberíamos hablar.

—Tranquilo, Eric. No tienes que hacerlo.

—¿Cómo?

—Todo ha ido muy bien entre nosotros dos —dijo—. Ha sido una estupidez por mi parte poner nuestra amistad en peligro. ¿Podríamos fingir que nunca te he hecho la propuesta de anoche?

—No. —Negué con determinación—. En absoluto, sería como eliminar del calendario la Navidad o como romper una botella de mi *whisky* de malta favorito.

Inclinó la cabeza para mirarme.

—¿Tanto?

—Pues sí. Sería terrible.

—¡Vaya!

—No puedes pedirme que... —miré a Ada— ya sabes, que lo hagamos, y después cambiar de opinión.

Levantó las cejas con gesto de sorpresa.

—A no ser que de verdad hayas cambiado de opinión, claro, a lo que tienes todo el derecho —dije rápidamente, por si acaso—. ¿Has cambiado de opinión?

Se quedó helada.

—Por favor, espero que no te hayas arrepentido, que no hayas cambiado de opinión. Estoy dispuesto hasta a suplicar, si es que eso pudiera ayudar en algo.

—No, no, no lo he hecho. —Su sonrisa fue magnífica. Excitante. Espléndida. Todo eso y más. La clase de sonrisa que hace que a un hombre le tiemblen las rodillas y se le ponga dura en segundos. Después miró también a su hija, que seguía jugando plácidamente—. Hablemos en la entrada.

—Claro.

Me agarró la mano y me llevó fuera del alcance de la vista de su hijita, al pequeño vestíbulo que conducía al cuarto de baño. Y al dormitorio.

—Lo que quería decirte es que quizá necesitaremos reglas, ¿no te parece? —pregunté. Seguía sosteniendo mi mano entre las suyas, lo cual dificultaba mi concentración.

—Claro.

—¿Como que podamos también tener sexo con otra gente o que haya exclusividad?

—Bueno, por mi parte habría monogamia —dijo, encogiéndose de hombros—, aunque solo sea porque nadie llama a mi puerta en la situación en la que me

encuentro.

—Pues por mi parte, también —dije. La idea de tenerla en exclusiva hizo que los latidos del corazón doblasen su frecuencia—. ¿Y cómo debemos actuar con los demás? ¿Nos lo callamos? Porque, si no es así, tendré que tener cuidado con Nell, que seguramente querrá matarme y que parezca un accidente. Prepararía algo en la cocina, con aceite hirviendo posiblemente para que sufriera indeciblemente.

Jean gruñó, pero no me contradijo.

—Que quede entre tú y yo.

—Lo prefiero —dije, intentando que no se me notara demasiado el alivio—. Aunque debo decirte que he hablado de pasada de ello con mi madre y mi hermano y, con toda seguridad, Joe se lo dirá a Alex. Si es que no lo ha hecho ya. En estas cosas, su novia lo controla por completo. Un tipo tan grande, y resulta que es una marioneta, lo siento.

—Así que lo que quieres decir es que se va a correr la voz, si es que no está corriendo ya.

—Probablemente.

Arrugó los labios, pero finalmente se encogió de hombros.

—Me da igual.

—¿Que te da igual?

—Sí. —Sin saber de dónde habían salido, apoyó las manos sobre mí, me empujó hacia la pared y se inclinó hacia delante, de modo que noté sus pechos, solo cubiertos por una camiseta, apretándose contra el mío. ¿Cómo diablos podía pensar en esas condiciones? Bueno, igual si me centraba en mirarla a los ojos...

—. Si a ti no te importa, a mí tampoco.

Me aclaré la garganta.

—Te... te propongo que, si dicen algo, les respondamos que se metan en sus cosas y nos dejen en paz.

—¿Y lo harían?

—Seguramente no.

—Tomo nota.

En ese momento me agarró fuerte de los hombros y apretó sus labios contra los míos. Nuestros alientos se mezclaron. Nunca había tenido su cara tan cerca. ¡Joder, era perfecta y no se andaba con rodeos! La dulzura dio paso al pecado en

un segundo. Bocas abiertas y lenguas jugueteando. Entrechocamos los dientes y le acaricié la espalda y el culo, apretándola fuerte. Estábamos pegados de rodillas para arriba y, si hubiera muerto en ese momento, lo hubiera hecho absolutamente feliz.

—¿No te importa que ensayemos un poco antes de ir a por todas? —preguntó con voz y respiración roncadas—. Hace mucho que no hago esto.

—Lo que tú digas. La práctica da soltura.

—Gracias.

Volvió a besarme, hambrienta, intensamente. Me acarició el pelo con los dedos mientras el beso se iba haciendo más y más profundo. Intentando no perder del todo el control, le agarré el culo, perfecto y redondo. Algo que estaba deseando hacer prácticamente desde la primera vez que la vi. Una vocecilla en mi conciencia se preguntaba si lo de agarrarle el culo contaría para Jean como práctica, y si no estaría yendo demasiado deprisa. Pero mis dudas se disolvieron del todo cuando, al agarrarla, apretó aún más los labios contra los míos. Estaba tan entregada como yo. Incluso puede que hasta más, si es que eso era posible.

De nuevo, juntamos las bocas, hacía tiempo que no disfrutaba tanto con las manos, apretándole el suave y redondo trasero. También teníamos juntas las pelvis, y el bulto que se empezaba a formar empujaba mucho el pantalón. Me empezó a hacer cosas, cosas que no podía controlar, y que a la vez me hacían perder el control, aunque en ese momento ya no quería que lo tuviéramos ninguno de los dos. No. Lo que de verdad quería era que intercambiáramos las posiciones, que rodeara mis caderas con las piernas y, después, llevar la cosa al siguiente nivel. Aunque, sin la menor duda, lo de besar a Jean ya era un premio, una experiencia incomparable en sí misma, independientemente de las maravillas que pudieran venir después.

Cuando estábamos en mitad de la maniobra, es decir, con las piernas de Jean empezando a levantarse para rodearme la cintura, Ada hizo un ruido extraño, entre cántico y quejido.

—Mierda —susurró Jean.

—Nos hemos dejado llevar un poco.

—Solo un poco, sí. —Pero inmediata y tristemente, dio un paso atrás y se estiró el top. La visión de sus pezones, duros y puntiagudos, me bajó todavía más la moral. Seguro que sus pechos eran tan agradables de acariciar como el

culo—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—Si de verdad quieres, ya te los enseñaré después.

—Perdona, ¿qué? —. Alcé la mirada hacia su rostro. Y vi que, a su vez, ella se miraba los pechos.

—He dicho que te los puedo enseñar después, cuando tengamos tiempo.

—Pues... me gustaría mucho, sí.

—Vale, pues quedamos en eso —dijo sonriendo—. La próxima sesión de entrenamiento, sin camisetas o lo que sea que llevemos, ¿de acuerdo?

Estaba claro, era un ganador. Daba igual la cantidad de dinero que tuviera ahora en mi cuenta bancaria, ni caso a mi nivel de madurez ni a mi estabilidad emocional o a la falta de la misma: Jean me había dicho que me iba a enseñar las tetas. El año solo acababa de empezar y ya había logrado mi principal objetivo.

—O sea, que llegaremos a segunda base³, ¿no? —dije, devolviéndole la sonrisa.

Ada volvió a gemir y Jean se dirigió a ella. A mí me pareció que la niña estaba más aburrida que otra cosa. Hasta ahora había disfrutado siempre de nuestra atención, del uno, de la otra o de los dos a la vez, y durante un rato habíamos desaparecido. No estaba bien, no señor.

—¡Hola, preciosa! —dijo Jean, tomándola en brazos—. ¿Qué pasa?

Ada gorjeó de inmediato, feliz por la atención.

—¡Vaya por Dios! —se quejó Jean—. ¿Así que el problema es que, durante unos minutos, no has sido el centro de atención? ¡Es indignante! Soy la peor madre del año, una vez más. ¡Y eso que ni siquiera lo has cumplido!

—¡Hola! —Le ofrecí el dedo a la niña para que lo agarrara. Por supuesto, lo primero que hizo fue intentar metérselo en la boca—. ¡Mira la nena! ¡Hoy vas vestida como una cebra, con rayitas, qué mona!

—Me alegro de que cuente con tu aprobación —dijo su madre.

—¿Quieres que me quede con ella mientras haces alguna otra cosa?

—La verdad es que me encantaría bajar a tomar un café, para salir de aquí un rato —confesó—. ¿Por qué no vamos todos?

—Me parece bien.

—De acuerdo. Espera a que me cepille un poco el pelo. —Jean me pasó a la niña y me dio un rápido beso en la mejilla al hacerlo—. No tardaré.

—Tómame el tiempo que quieras. —Me senté en el sofá con Ada apoyada en el hombro—. Aquí me encuentro de maravilla.

Al día siguiente, en el trabajo, tenía muchísimas cosas en las que pensar.

Mientras abría el local, todavía me temblaban los dedos de las manos recordando el tacto del culo de Jean. Pero a eso de las diez de la mañana, ya había pasado a cuestiones más apremiantes, soñaba despierto con el aspecto de sus tetas, cubiertas solo con un mínimo sujetador. La siguiente tarea era revisar los libros de contabilidad y reabastecer la barra, lo que suponía un buen momento para fantasear acerca de qué aspecto tendrían sin sujetador, por escaso que este fuera. Increíbles, pensé, teniendo en cuenta mi experiencia y la fugaz visión que tuve cuando la vi dar el pecho en el hospital. Algo que debía recordar: esta noche no había que apagar las luces hasta haber tenido la oportunidad de verlo todo. O casi.

Acabé satisfactoriamente de hacer la tarea y ya había transcurrido buena parte de la mañana. Habían entrado algunos turistas jóvenes para un almuerzo temprano y, mientras les preparaba dos bloody Mary —¡empezaban pronto, sí! —, no paraba de preguntarme cuál sería su tacto cuando por fin tuviera entre mis manos esas dos maravillas de la naturaleza. Fuertes y firmes, sin duda, si había que fiarse de su presión contra mi cuerpo la tarde anterior. Por no mencionar su aspecto cuando se estiró el top, y el de aquellos dos pezones endurecidos presionando el tejido. De todas formas, las tetas eran siempre mágicas, estaban llenas de sorpresas y, a veces, resultaban increíblemente suaves y succulentas. Sí, como una caja de bombones, como se suele decir. Así que era complicado saberlo sin probarlo, además, había que considerar la textura de la piel y los pezones. Como he dicho antes, muchísimas cosas en las que pensar.

Por extraño que parezca, estaba resultando que salir con Jean y fantasear a propósito con ella me resultaba muchísimo más divertido que tener sexo de verdad con ninguna otra. Al día siguiente, después del trabajo, me detuve en la puerta de su apartamento. Me había enviado un mensaje de texto diciéndome que fuera. Ada se había dormido temprano y había atenuado las luces.

—Buscaba un ambiente seductor, pero resulta que solo tengo una vela —dijo con tono falsamente contrito, señalando la que estaba en la mesa auxiliar, que, por cierto, era bastante gruesa—. La segunda base solo va a resultar vagamente romántica.

—Yo creo que conmigo va a funcionar.

—Bueno, tampoco es que esté buscando una situación romántica, ya me entiendes —se corrigió Jean—. Eso no es lo que quería... ¡Demonios!, me ha salido sin pensar.

—Relájate, Jean —dije, sentándome en el sofá junto a ella—. Estoy casi seguro de que poner una vela en la mesa auxiliar no implica que busques una relación a largo plazo ni nada parecido. —Lo cierto es que mi historial era una demostración clara de lo que estaba diciendo, pero supuse que no resultaba conveniente mencionarlo en ese preciso momento.

—De acuerdo.

—Aunque creo que deberías tener más velas a mano, por si hay un corte de electricidad o algo así.

—Sí, ya las he apuntado para la próxima lista de la compra.

—O también por si pasamos de base más deprisa de lo planeado. No sé si me sentiría cómodo llegando a la cuarta sin tres velas, como poco. Cualquier otra cosa no estaría bien.

—Me parece estupendo. —Sonrió, y no tuve más remedio que besarla. Ya hacía demasiado que no nos besábamos, un día y medio más o menos. ¡Qué barbaridad!

La cosa se dio bien: deslicé la lengua en su boca y la fui acariciando. Después la rodeé con el brazo y la atraje hacia mí. Ella me acarició el pelo con los dedos, apretando con cierta fuerza. Parecía gustarle bastante hacerlo, y la verdad es que yo no tenía queja. Le pasé la mano por todo el brazo y le acaricié el hombro. Nuestro beso fue creciendo en intensidad, haciéndose más febril cada vez, pero por alguna terrible razón, no podía concentrarme del todo en lo que estábamos haciendo. Mi cerebro no quería callarse. La vez anterior, Jean se había mostrado maravillosamente ansiosa. ¿Estaría yendo demasiado despacio para ella en este momento? No sabía cuándo esperaba que pasase a la fase de desnudos-de-cintura-para-arriba. ¿Y si iba demasiado deprisa, la forzaba y lo fastidiaba todo?

¡Joder, qué dilema tan difícil de resolver!

Además, era la primera vez que no le preguntaba que qué tal le había ido el día. Apenas había sido capaz de articular una frase coherente desde que había entrado. Seguramente estaba pensando que era un bruto y un imbécil. ¡Vaya por Dios!

—¿Qué es lo que va mal? —preguntó en un susurro, con la boca junto a mi mejilla.

—¿Cómo?

—Pareces distraído.

Me eché hacia atrás dando un suspiro.

—Sí.

—¿Eric?

—Lo estoy fastidiando.

—No, para nada. —Me miró arrugando la frente—. Dime en qué estás pensando.

Me pasé la mano por el pelo dando un gruñido.

—¡Maldita sea! No te lo vas a creer, pero estoy nervioso. Te lo digo de verdad.

Tenía los ojos como platos.

—Nunca me entran nervios. ¡Esto es una locura! —Me puse de pie y empecé a andar de un lado a otro de la habitación, sin acercarme al parquecito de Ada y procurando no tropezar con el enorme oso de peluche de la esquina—. Joe y yo hemos estado yendo al gimnasio regularmente, y estoy en muy buena forma física. Visto bien y tengo un buen trabajo. No hago gilipolleces, me controlo.

Jean seguía sin decir nada.

—Y siempre sé perfectamente lo que tengo que hacer con una mujer cuando se trata de sexo —dije—. No creo que resulte ninguna sorpresa para ti saber que follar es mi especialidad. Bueno, eso y preparar cócteles. Pero hablar, decirle a las tías, perdón, a las mujeres, lo que se me pasa por la cabeza, ese tipo de cosas... no, no sé cómo hacerlas, no soy capaz. No es lo mío. ¿Lo de los juguetes previos? Creo que esa etapa ya ha pasado para mí.

Jean no abrió la boca.

—Esto no tiene ningún sentido, soy gilipollas. —Después de autoinsultarme, seguí dando vueltas por la habitación. Aunque pudiera ser que, de alguna manera, la cosa sí que tuviera sentido. Esta vez todo era distinto. Quizá fuera por el hecho de que me hubiera mantenido fuera de juego durante tantos meses o puede que porque ese concepto, tan utilizado ahora, de amigos con derecho a roce fuese para mí un territorio inexplorado. O puede que, simplemente, fuera porque se trataba de ella.

—No, no lo eres. Creo que te entiendo.

—Me siento... fatal, frustrado, jodido —dije, apretando los puños—. Ansioso. ¡Sí, por Dios! Es horrible. ¿De qué coño va esto?

—No sé si te ayudará, quizá todo lo contrario, pero yo también estoy nerviosa.

—¿De verdad? —Me detuve—. ¿Y por qué?

—Bueno... el embarazo cambia el cuerpo, Eric —explicó, jugueteando con los pliegues de la camiseta—. Mis pechos no están tan firmes como antes, para empezar.

—Puede, no estoy en condiciones de comparar, pero sigues teniendo pechos y son magníficos, Jean. Te lo dice un experto.

—De acuerdo —dijo.

—¿Y qué más?

—Me han contado cosas sobre las mujeres con las que te has acostado en el pasado. La mitad de ellas, por lo menos, y, según dicen, eran algo así como modelos de pasarela. —Negó con la cabeza—. Y yo no tengo nada que ver con una modelo de pasarela. Ahora tengo una tripa un poco... rara y flácida. Por no hablar de esa cicatriz de Frankenstein de ahí abajo.

—Sé que Ada a veces puede resultar difícil, pero decir que lo que ha salido de ti es un monstruo me parece algo exagerado e hiriente para ella —bromeé.

—Ja. Hablo en serio.

—Ya, perdóname, lo he entendido, solo quería quitarle importancia.—Daba igual, como si las cosas que yo decía importaran. ¿Estaba boba o qué?

—Además, bueno, tengo cierta experiencia, pero no tanta como tú. ¿Qué pasaría si la cago en la cama?

—Ya... —dije, empezando a entenderlo.

—¿Qué significa ese «ya»?

—Así que esto es lo normal para la mayoría de la gente... —dije, cruzándome de brazos—. Me refiero a preocuparte por tu cuerpo, tus reacciones, por tratar de estar a la altura.

Lo pensó durante un momento.

—Pues sí, para la mayoría, al menos que yo sepa. Ansiedad acerca de si lo vas a hacer bien, inseguridad respecto a tu cuerpo y sus defectos, miedo a que las cosas no funcionen adecuadamente, digamos que en general, y todo ese tipo de

cuestiones. Quiero decir que deseas satisfacer a la persona con la que estás. ¡Demonios, quieres que piense que eres increíble y que el esfuerzo merece la pena! Y también quieres sentirte satisfecha, por supuesto.

—¡Joder! —exclamé, retomando el paseo—. ¡Qué enervante! ¿Cómo se puede convivir con eso?

—Pues no puedo hablar por los demás, pero lo que yo procuro es dejarlo a un lado y vivir el momento —dijo—. Te preocupas por el otro, deseas que lo pase bien, eso no es nada malo, todo lo contrario.

No estaba tan seguro de estar de acuerdo con lo que había dicho. ¿Y si el hecho de preocuparte por si lo hacías bien o no afectaba de verdad a cómo lo hacías? Ese era un tema serio.

—He conocido a hombres que, básicamente, no te hacen ni caso en la cama.

—Idiotas.

—Es como si quedaras reducida a una vagina y un par de tetas. Un cuerpo que solo sirve para entretener. Suelen ser la clase de gilipollas que dicen que no les gusta el sabor.

—¿Lo dices en serio?

—Nooo.

—Insisto, menudos imbéciles.

—Uno de ellos quiso hablarme sobre si el orgasmo femenino era o no un mito —me contó—, mientras estábamos en la cama.

—¡Por favor! —dije, hundiendo la cabeza.

—Como lo oyes —insistió, con una media sonrisa—. Pero estábamos haciendo algo antes de que esta... conversación me hiciera desconectar.

—Claro. Sí, lógico. —Me froté las manos. Tenía que volver a centrarme en el juego. Volver a agarrar el hilo—. ¿Cómo quieres que sigamos?

—¿Qué te parece si te proporciono algo en lo que concentrarte?

—No suena mal. ¿Qué tienes?

Por toda respuesta, se quitó la camiseta y la tiró al suelo. Inmediatamente se cubrió la tripa con las manos, dejando a la vista el sujetador rojo y los ajustados *jeans*.

—Bueno, ya está hecho —dijo, creo que hablando más para sí misma que para mí.

—Sí, lo has hecho, no se puede negar.

—Te toca a ti.

Me arrodillé frente a ella, sin dejar de mirar el sujetador, que era toda una promesa. Le pasé los dedos suavemente por los brazos, notando cómo se le iba poniendo la piel de gallina al hacerlo. Me mojé los labios. La piel femenina, tan suave, me llamaba. La fiesta iba a empezar.

En ese momento, hizo chascar los dedos delante de mi cara.

—Eric, quítate la camisa, por favor.

Me la saqué por la cabeza sin molestarme en desabrochar los botones, aunque se me enredó un poco en la coleta. ¡Maldito pelo! Al parecer a ella le gustó lo que vio, porque dejó de esconder la tripa y empezó a tocarme. Me acarició el cuello y los hombros con muchísima suavidad.

—¡Dios, eres magnífico! —musitó, acercándose más.

Jean se deslizó hacia mí desde el sofá, empujándome hacia atrás. La cosa no resultaba del todo fácil, pues había que empujar un poco el parque de Ada con todos sus juguetes dentro, así como la manta y la mesa auxiliar. Pero al fin logramos hacernos sitio en la moqueta. Eso de estar tumbado de espaldas, con Jean encima de mí, hacía que el mundo fuera un lugar sencillamente increíble: ¡qué maravilla ver sus pechos, semicubiertos de seda roja, y sus ávidas manos acariciándome! Yo tampoco me estaba quieto, no era cuestión de hacer el vago, así que también acariciaba y me movía. Pero, de repente, me besó con fuerza, unió su cuerpo al mío, y se me borró todo de la mente, solo sentí. La larga línea de su columna, su cuello, sus labios, su lengua... ¡todo!

La anterior desazón y todos los malos pensamientos desaparecieron como por arte de magia.

—Los pantalones son lo peor —murmuró con voz ronca, apretándose contra mí. ¡Dios, me encontraba de maravilla!

—Desde luego que sí.

—Pero igual deberíamos tomárnoslo con calma.

—Lo que tú quieras —jadeé—. Pero ¿y el sujetador?

Colocó la manos por detrás de mi cabeza, me obligó a incorporarme un poco y ella se echó hacia atrás.

—Te dije que desnudos de cintura para arriba.

—¡Es verdad!

—Pues no sé a qué esperas. —Soltó el aire suavemente.

—¡De inmediato!

Mis expertos dedos desabrocharon el sujetador en un segundo, y allí estaban. Unos pezones marrones absolutamente perfectos. La mujer era todo curvas, suaves y naturales. Aquellos pechos estaban hechos para mis manos.

—Siento que pienses que te han hecho una faena en lo que se refiere a dar de mamar —dije—, pero tengo que decirte que son absolutamente preciosos.

Sonrió y se inclinó para besarme otra vez. Me había gustado sentir la seda roja y suave contra mi pecho, pero esos pezones duros y esa piel suave me gustaron infinitamente más. Ni siquiera recordaba la última vez que había sentido tanta excitación al alcanzar la segunda base. En realidad no se trataba de eso, ya que empezamos a rodar por el suelo, enredados, besándonos con pasión. Es decir, corríamos a toda velocidad hacia la tercera. Habíamos intercambiado las posiciones, de modo que Jean estaba debajo de mí, con las piernas rodeando mis caderas. Cuando pasáramos a la cama, haríamos una auténtica obra de arte.

—Puedo sentirte —susurró.

—No me sorprende. —La besé desde el cuello hasta la oreja, ascendiendo poco a poco—. Estoy a punto de romper la maldita bragueta.

Se rio mientras me acariciaba. Pero de repente se puso seria.

—¿Te importa que lo hagamos paso a paso?

—No, de ninguna manera. Estoy maravillosamente bien tal como estoy.

—Perfecto.

Nuestros besos se volvieron más complejos, más largos, más profundos. Me apetecía explorar cada centímetro de ella. Averiguar qué la hacía suspirar, estremecerse, reír. Me habría pasado horas acariciándole los pechos. Los besos, las caricias y los chupeteos hacían que moviera las caderas, y pensé por un momento que iba a estallar, por lo empalmado que estaba. Y es que, por mucho que quisiera hacerle caso a Jean, cumplir su regla de ir por fases, mi polla tenía sus propias ideas. De todas formas, de lo que se trataba era de que ella estuviera feliz y contenta.

Podía esperar. Debía esperar.

Quién sabe cuánto tiempo nos pasamos en el suelo, era como si el tiempo se hubiera detenido. Pero para Ada no fue así, pues en un momento dado se despertó y, a su modo, pidió la última toma de la noche.

—Los libros dicen que, entre los cuatro y los seis meses, se puede prescindir

de la toma de medianoche.

—¿Sigues leyendo esos libros? —preguntó Jean mientras se levantaba—. ¿Y sabes a dónde ha ido a parar mi sujetador?

—Al osazo. Y aquí tienes la camiseta.

—Gracias.

—De nada. Y por lo que se refiere a los libros... simplemente estoy interesado en su desarrollo, ¿entiendes?

—Creo que es adorable por tu parte. Vosotros dos sois una especie de colegas. —Se puso de nuevo el sujetador. Su sonrisa resplandecía—. De todas maneras, acabamos de tener una magnífica sesión de limpio entretenimiento para adultos. Y ya iba siendo hora.

—Puede que la próxima vez podamos llegar a una fase de entretenimiento... algo más sucio —sugerí mientras me ponía la camisa—. Si estás preparada, claro.

—Bueno, creo que estamos más que preparados para llegar a tercera base —afirmó, al tiempo que Ada empezaba a berrear en serio. ¡Qué carácter!—. Ya voy, hija.

—Los pantalones son lo peor —dije. Después le di un beso rápido y me dirigí a la puerta—. Me voy a casa, a darme una ducha.

Hizo un ruido con la garganta.

—Sé exactamente qué es lo que vas a hacer mientras te duchas. Y me fastidia. Me gustaría mirar.

—En otro momento —dije, y sonreí—. Buenas noches, amiga.

—Buenas noches.

³ N. del T.: A partir de este momento de la novela, la autora hace un símil entre los escarceos sexuales de los protagonistas y el deporte del béisbol. En dicho deporte, los jugadores, cuando las circunstancias del juego se lo permiten, van avanzando de base en base, desde la primera hasta la cuarta. Un jugador que llega a la cuarta y última base marca un tanto o carrera. En el contexto de la novela, llegar a cuarta base significaría completar la relación sexual. Esta comparación se utiliza muy habitualmente en los Estados Unidos.

CAPÍTULO 14

La semana avanzó despacio y no tuvimos oportunidad de llegar a tercera base. Fundamentalmente porque Ada había decidido hacer las cosas más deprisa de lo normal y empezó a echar los dientes. Según los libros, todavía no le tocaba, pero esta niña era especial. Quizá quisiera compensar haber empezado a sonreír un poco tarde. ¡No creáis que no le expliqué que todos los libros decían que todavía le faltaban dos meses para llegar a esa fase de su desarrollo! Pero la niña no le hizo caso a la ciencia ni a la razón. Así que, hacía dos noches, tuve que llamar al teléfono de emergencias de una cadena de parafarmacia para que nos enviaran gel calmante y un artilugio de esos para las encías, mordedor, creo que se llama. A Nell le crecía la tripa a razón de un metro diario y no estaba para muchos trotes, así que podía hacer recados para Jean sin que me pusiera cara de ir a denunciarme a la mafia chechena. ¡Me encantaba ser la persona a la que pedía ayuda cuando la necesitaba! Ser yo a quien ella acudía, en quien confiaba, hacía que me sintiera extraordinariamente bien. Y a mí me resultaba mucho más sencillo que a ella ir a comprar cosas y preparar a la niña, el carrito y toda la pesca, además, a horas intempestivas. Ada era así, imprevisible.

Así que estábamos a jueves y la tercera base ni olerla. Aunque, para ser sincero, tengo que decir que sí que hubo algún que otro escarceo más en la segunda. Hasta ayer por la mañana, desde entonces, nada de nada. No obstante, confiaba en que el nuevo gel de Ada mejorara la situación. Igual la aliviaba, a ella y, de paso, a nosotros. Por si acaso, procuré no depositar excesivas esperanzas en la industria farmacéutica y centrarme en el trabajo que tenía por

delante.

—Aquí lo tienes —dije, acercándole a Taka un martini francés.

—Gracias. —Asintió y fue a servírselo al cliente en una mesa.

Hasta ese momento, la noche marchaba bien. Vaughan y yo habíamos estado muy ocupados detrás de la barra, gracias a que había acudido bastante gente, tanto para cenar como para tomar alguna copa. Nell había escogido para la música una mezcla interesante de cantantes femeninas, el ambiente era magnífico: Aretha Franklin, Björk, Sia y otras.

Por lo que sabía, todavía no había averiguado que Jean y yo habíamos decidido dar un paso en nuestra relación. No es que fuera un asunto de su incumbencia pero, si lo supiera, seguro que se pondría en pie de guerra. Arrojaría cuchillos a mi paso o procuraría meterme como fuera en el horno industrial para asarme vivo... ¡Quién sabe la cantidad de cosas que había en una cocina de restaurante que podían convertirse en armas letales! La verdad es que no tenía la menor intención de averiguarlo. Mejor no despertar al dragón.

Cerca de las ocho, Jean entró en el bar con la niña y una pareja mayor. A primera vista, me pareció que andarían más o menos por la cincuentena. Ada iba en una de esas sillitas que se pueden extraerse y llevarse en brazos. Era raro, porque Jean no me había mencionado que tuviera la intención de salir a dar una vuelta ni de venir al bar. De hecho, tuve un mal presentimiento respecto a quién podría ser la pareja. Taka los acomodó en una mesa situada en una esquina, alejada de la zona más iluminada y también de los grupos más ruidosos. Una buena elección por su parte, un exceso de estimulación podía hacer que Ada se pusiera demasiado nerviosa. Al parecer, la preocupación por Ada y Jean a mí me sacaba de mis casillas: empecé a sentir un sudor frío.

¡Mierda! ¿Habrían sido capaces sus padres de venir a visitarla desde Florida?

Cuando nuestras miradas se cruzaron, por fin, Jean me sonrió de forma un tanto tensa y me saludó con la mano. Su —probablemente— madre captó el saludo y movió la cabeza hasta localizarme. No me pareció que pusiera cara de felicidad, aunque sí que me resultó familiar. Madre e hija se parecían muchísimo.

La mujer preguntó algo y Jean contestó inmediatamente. Todavía mantenía la tensión en el rostro, así que la sonrisa pareció más una mueca que otra cosa. Fuera lo que fuese lo que hubiera dicho Jean, provocó que su padre me mirara

frunciendo el ceño. ¡Qué bien! Procuré mantenerme erguido, con los hombros estirados y la cabeza bien alta. ¡Joder, me tenía que haber puesto una de mis camisas blancas, incluso los tirantes! Uno podría pensar que a los viejos roqueros les parecerían adecuadas las camisetas negras, los tatuajes y todo eso. Bueno, pues parecía que no. Quizá los padres no fueran viejos roqueros...

—¿Crees que va a haber problemas? —preguntó Vaughan. Sin duda, este músico tatuado era rápido leyendo las caras de la gente y previendo dificultades.

—No lo sé, pero no tiene buena pinta, la verdad.

El pelirrojo suspiró.

—Los suegros son una maldición. Es así, no hay que darle vueltas. Los de Lydia son unos putos inútiles. Desde luego, hay gente a la que se le debería prohibir tener hijos.

—Jean y yo solo somos amigos.

Me miró largamente.

—Chico, algún día, y va a ser pronto, te vas a poner enfermo de tanto repetir esa gilipollez y, por una vez en la vida, estoy deseando verlo.

—¡Que te den! —susurré.

En lugar de esperar a que les tomaran nota, Jean se levantó de la mesa, sacando a Ada del cochecito y llevándola consigo. ¡Pobrecita! Tenía dos círculos rosas en las mejillas, que en ella eran síntoma de haber llorado mucho, y masticaba con ansia el anillo para los dientes.

—Todavía no parece estar muy a gusto, ¿no? —dije, inclinándome para acariciarle la suave cabecita, evitando las mejillas.

—No. —Jean me dirigió una mirada pesarosa—. He pensado que le gustaría ver a su mejor amigo, Eric.

—¡Oye, yo quiero ser su mejor amigo! —se lamentó Vaughan—. ¡Pobre infeliz! Hoy no hay sonrisas, ¿eh?

Jean la besó dulcemente en la mejilla.

—No, por desgracia, no.

—A veces es duro ser una niña.

—Así son las cosas.

Taka se acercó a la barra y Vaughan tomó nota de la comanda.

—¿Le puedo dar un abrazo? —pregunté mientras pasaba al otro lado de la barra.

—Por supuesto que sí. —Jean me la pasó con mucho cuidado. Ada se enfurruñó, pero enseguida pareció reconocermme y se relajó. Bueno, es un decir, pues la pobre no estaba en situación de relajarse mucho.

—¡Hola, cariño! —La sujeté sobre un brazo, y con la otra mano la ayudé a que mordiera el anillo—. Esos dientes te siguen haciendo pupa, ¿verdad?

—Hay uno que ya asoma y creo que le está saliendo otro. —Jean le limpió la barbilla con un babero. Ahora que le estaban saliendo los dientes, producía baba continuamente.

—¿Por qué tienes tanta prisa, mi niña?

Jean la miró y sonrió. Había hecho un esfuerzo para arreglarse, seguramente para causar buena impresión a sus padres. El pelo recogido con un moño, tenue maquillaje y ese vestido de lana con medias negras que se había puesto también en la fiesta de Navidad. ¡Dios, estaba para comérsela! Pero bueno, siempre estaba así...

—Estás guapísima —dije—. Por lo que veo, has venido con amigos.

—Sí, yo...

—¿Tus padres?

Asintió.

—No estaba segura de que vinieran al final, pero me dijeron que querían conocer a la niña y ya ves, aquí están.

—Ya.

—Se alojan en el complejo del lago.

—Bueno, eso os da un poco de espacio.

Ada escogió ese momento para quitarse el anillo dental, echar un río de babas y balbucear algo, así que se lo recoloqué y Jean procedió con el babero.

—¡Sabias palabras, niñita! —dije—. De hecho, yo iba a decir lo mismo.

Creí adivinar la huella de una sonrisita.

—¡Así que a él sí que le sonríes!, ¿eh? Hace días que yo solo escucho llantos y quejidos. —Jean se rio quedamente—. Como la primera palabra que digas sea Eric, te mato. Quedas advertida.

—¡Qué menos! —dije, poniendo cara de susto.

Aunque procuré no hacer caso, la madre de Jean me miraba como si estuviera convencida de que iba a dejar caer a la niña al suelo en cualquier momento. ¡Hay que joderse! Su lenguaje corporal transmitía rigidez y parecía que los ojos fueran

a salirse de las órbitas. Como si no llevara horas y horas, días y días, sosteniendo a la niña. ¿Dónde demonios había estado, y haciendo qué, cuando Jean necesitaba su ayuda?

Estaba claro que librarme de la animadversión que sentía por la mujer y también por su marido, de todos los prejuicios que había sembrado en mí su actitud con Jean, me iba a costar bastante. Así que lo más lógico era que me quitara de en medio durante el tiempo que durara su estancia.

—¿Cómo va la visita? —pregunté con el tono de voz más agradable y tranquilo que pude—. ¿Cuándo han llegado?

Jean se atusó el pelo y se puso una mano en la cadera.

—Ayer. Y creo que la cosa no va mal del todo. Todavía hay mucha tensión, claro, pero la señorita Ada les encanta.

—No podría ser de otra manera.

—Te juro que como mamá le saque más fotos, la memoria de su móvil va a estallar.

—Hola —dijo Nell, interrumpiéndonos sin ningún miramiento—, así que han venido tus padres. Dame a la niña, Eric.

Fruncí el ceño, pero obedecí. No quería líos de ningún tipo. Me sentí inmensamente feliz cuando Ada estalló en lágrimas al pasársela. Si eso no merecía una medalla al mérito de cuidados infantiles, entonces no sé qué otra cosa la merece. Nell chascó la lengua y empezó a susurrarle a la niña arrullos de consuelo. Pero no funcionó, claro.

—Sí, aquí están —dijo Jean, acariciándole la espalda a Ada mientras la pobre niña pataleaba en el hombro de Nell.

Finalmente, la niña dejó de berrear y Nell soltó un suspiro de alivio.

—Bueno, ya está.

Nota: Ada dejó de llorar únicamente porque me puse detrás de Nell y empecé a ponerle caras divertidas. La niña y yo estábamos muy unidos. No hace falta que me moleste en explicar que eso demuestra una gran dosis de control y de madurez por mi parte.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó Nell—. Te pusiste muy nerviosa cuando te dijeron que iban a venir.

Así que Jean sí que le había hablado a Nell de la inminente visita, pero no a mí. ¡Qué raro! Aunque la verdad es que últimamente habíamos estado bastante

ocupados tratando de alcanzar las sucesivas bases varias veces, al tiempo que nos enfrentábamos a la crisis de la primera dentición.

—Se están portando magníficamente con ella. —Jean volvió a esbozar la misma sonrisa tensa que antes; sus hermosos rasgos no estaban relajados—. Hasta se han disculpado de nuevo por el tema del legado de la abuela y todo eso.

—¿Y tú cómo te sientes? —pregunté.

Nell se volvió, mirándome de manera rara.

La ignoré.

—Si te digo la verdad, no lo sé —dijo Jean—. Pasaron muchas cosas, ninguna de ellas buena, y creo que me va a costar bastante superarlo. Pero, al fin y al cabo, son sus abuelos. Y hablando de eso, mejor me vuelvo...

Nell le pasó la joyita, no sin antes acariciarle las mejillas con cariño.

—Adiós, Ada.

—Te presentaré a mis padres más adelante —prometió Jean.

—Estupendo. —Nell se despidió agitando la mano y se encaminó a la cocina.

—Ahora no estamos demasiado ocupados. ¿Quieres que cuide de ella para que podáis comer tranquilamente? —pregunté.

—No te preocupes, no hace falta.

No dijo nada de presentarme a sus padres, pero me dio igual. Nunca, en mis treinta años de vida, había tenido interés en conocer a los padres de una chica. ¡Madre mía, qué cosas! Una vez hasta me hice el muerto para evitar hablar con los de una, pero eso es una larga historia, que además no creo que me deje en muy buen lugar.

—¿Quieres que pase por tu casa después del trabajo?

—Papá y mamá se van al hotel cuando terminemos de cenar, así que... veremos cómo va la cosa. —Su sonrisa se relajó, transformando su rostro en la maravilla que habitualmente era. ¡Y todo por mí!—. Será estupendo, Eric.

Habíamos desarrollado una costumbre: si las dos dormían pacíficamente o, al menos, estaban en proceso de lograrlo, Jean dejaba colgando sobre el pomo una toalla de manos, para que yo supiera que no debía llamar. Andre se partió el culo de risa al conocer nuestra, según él, «discretísima» señal. El hecho de que alguna gente estúpida dejara una toalla colgando en una puerta para indicar que en una habitación había actividad sexual no significaba que no se pudiera utilizar también para hacer saber que había un bebé durmiendo. El tipo tenía una mente

sucia, además de limitada, aunque, para ser del todo sincero, hay que decir que, entre nosotros, lo de la toalla también tenía un subrepticio significado sexual.

—Nos vemos luego —dijo.

—De acuerdo.

Me apeteció besarla en la frente y darle un apretón en el hombro. Tocarla en público, para que todo el mundo supiera que entre nosotros había algo. Pero no lo hice. Jean se dirigió hacia la mesa en la que estaban esperando sus padres y yo me puse a trabajar otra vez. No obstante, después del trabajo, las cosas serían de otra manera.

Una vez terminado el turno, Jean abrió la puerta del apartamento, con mi nombre dibujándose en sus labios. Un susurro parecido a un secreto, supongo que en realidad lo era, al menos en gran parte. Solo lo poníamos en práctica cuando nadie estaba presente, o sea, en horas robadas, cuando Ada estaba durmiendo y yo no tenía turno. Siempre me había mofado de la gente que tenía niños y que continuamente tenían que hacer equilibrios para encontrar tiempo y poder verse, como si el sexo fuera una especie de trabajo pendiente de una lista de tareas, como si formara parte de la rutina del cuidado del hogar y toda esa basura. Pero aquí estábamos. ¡Bienvenido a la realidad!

—Hola —susurré con voz ronca, porque... ¡madre mía!

Llevaba una especie de faldita de seda gris y una combinación a juego. ¡Por Dios, estaba irresistible! La ropa interior, el calor en su mirada y la tranquilidad que se respiraba querían decir, entre otras cosas, que Ada hacía tiempo que se había dormido, y muy profundamente. Esperaba que para toda la noche. ¡Bueno, por lo menos que el sueño durara un par de horas! Oficialmente, íbamos a por la tercera base. Y podía ser, sí, desde luego, podía ser, que hasta tuviéramos la oportunidad de alcanzar la gloriosa cuarta base y hacer una carrera. El corazón me latía al doble de la velocidad habitual.

Tras mirar hacia ambos lados para comprobar que el pasillo de los apartamentos estaba vacío, me agarró de la solapa y tiró de mí, metiéndome en el apartamento.

—¡Ven aquí inmediatamente!

—A sus órdenes, señora. —Sonreí burlonamente, negando con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras cerraba la puerta con suavidad.

—Me hace gracia que compruebes que no hay testigos.

Arrugó la nariz, con gesto interrogativo.

—Todos los que viven aquí, como mínimo, sospechan lo que estamos haciendo, si es que no lo saben ya —dijo—. ¿Acaso te avergüenzas de mí?

—¿Cómo? No, por supuesto que no —dijo, hablándole prácticamente a mi camisa.

Le levanté un poco la barbilla.

—Dímelo otra vez, pero ahora mírame a los ojos.

—Eres tú el que debe tener miedo a la castración si Nell se entera de esto —dijo—. Yo simplemente quiero asegurarme de que no hay ninguna interferencia potencial con lo que ahora es mi pasatiempo favorito. —Me miró con gesto sincero—. Y ahora... ¿te importaría que dejáramos la charla para después de los besos y de lo que venga, por favor?

Probablemente me estuviera convirtiendo en uno de los idiotas más grandes de la historia, al menos, con respecto a mi relación con esta mujer, pero es que no podía resistirme a sus labios. Y lo mismo me ocurría con su impaciencia, con su ansia. Intenté besarla con dulzura y con suavidad, para ir entrando poco a poco en materia. Pero el plan no duró ni medio segundo. Sentí la presión de su boca sobre la mía, y ya estaba perdido. Me rodeó el cuello con las manos y me apretó con el cuerpo. Le pasé las palmas por la espalda, en la zona de la espina dorsal, hasta llegar al culo, y vuelta hacia arriba. Y es que no era capaz de hacer movimientos lentos y suaves con ella. Juntamos las lenguas y ambos empezamos a gemir, me empalmé como un árbol. Nos fuimos como pudimos hacia el servicio, medio tambaleándonos y sin separarnos.

—Has comprado más velas —dije, pero las palabras apenas pudieron entenderse. Al parecer, la capacidad de besar y hablar al mismo tiempo estaba bastante por encima de mis posibilidades.

—Dijiste que comprara tres por lo menos.

—Mmm.

La dejé de espaldas sobre el colchón, casi me arrancó la cazadora.

—¡Todo fuera! —ordenó.

—Muy bien.

Paramos lo suficiente como para quitármelo todo excepto los calzoncillos. Las botas y los calcetines fueron a parar al suelo, mientras que la cazadora, la camisa, la camiseta y los pantalones los arrebujé en la silla del rincón. Lejos de

las velas que había en la habitación, porque tampoco quería que nos interrumpieran los bomberos durante el escaso tiempo que pasábamos juntos y solos. Jean se quitó la faldita, pero no lo demás.

—¿Y qué pasa con tu ropa? —pregunté, sin poder quitar la vista de su preciosa piel—. Me encanta la lencería que llevas, pero prefiero el contacto de la piel.

No respondió.

¡Qué le vamos a hacer! Pues sería con ropa interior. Volví a la cama y me eché sobre ella. Ahora era mi lugar favorito, en el que me encontraba más feliz. Aunque estaba bastante seguro de que estar debajo de ella, o incluso al lado, me produciría prácticamente la misma felicidad.

Pero esta vez echó la cabeza hacia atrás, sin buscar con ansia mis labios, como otras veces.

—¿Va todo bien?

Elevó el pecho, respirando fuerte.

—Me estoy acordando de algo.

—¿De qué?

—De cuando te he visto trabajando esta noche. —Me retiró el pelo de la cara y recorrió la línea de la mandíbula con un dedo. Mientras, arrugaba la frente, aunque de forma mínima—. Se me había olvidado el efecto que produces en las personas.

—¿El efecto que produzco en las personas?

—Lo tienes todo... Eres gracioso, encantador, guapo —dijo—. No solo hablas bien y con coherencia, sino que además tu trabajo es satisfactorio, y no tienes antecedentes penales. Me he metido en páginas de citas y, créeme, esa combinación no es nada fácil de encontrar.

—Gracias —contesté, sonriendo con cuidado—. Pero ¿qué tiene eso que ver con que no te desnudes?

Jean se arqueó para besarme y lo hizo, esta vez con lentitud. Deslizó la lengua en mi boca, poniendo fin de una vez a la maldita conversación. Sin pensarlo, apoyé en parte mi cuerpo contra el suyo, que se apretó contra el colchón. Ella se las compuso para separar las piernas, y yo me fui deslizando hasta colocarme entre sus muslos.

Olvidaos de lo que dije antes. Esta postura me llevó al delirio.

—Cariño —murmuré al cabo de un rato, con la cara enterrada en su cuello. ¡Qué sensible era en esa zona! Le bajé una de los tirantes del sujetador. La verdad es que la mano actuó por su cuenta, sin seguir órdenes de mi cerebro, lo cual no significa que no aprobara la acción, sino todo lo contrario—. Jean, estábamos hablando.

—No —gimió.

Os puedo jurar que noté cómo ese sonido viajaba directamente hasta la polla. Ni un milímetro de mi cuerpo se libraba del ansia, la tensión y la necesidad de poseerla.

—Pero...

—Era solo un momento de inseguridad. No pasa nada.

—Pues no me ha parecido que no fuera nada.

—Después, Eric.

Si no me hubiera encontrado casualmente con uno de sus pezones en mis labios, seguramente habría sido capaz de resistir e intentar buscar el origen de sus preocupaciones mirándola a los ojos. Habría procurado encontrarle sentido a la conversación que había iniciado, pero, aunque parezca mentira, pues estamos hablando de su pecho, la cosa podía ir a peor... y fue. ¡Cuando deslicé la mano por el muslo, yendo hacia arriba, solo encontré piel desnuda!

—No llevas medias ni nada —dije, acariciándole la cadera.

—¿Y eso es malo? ¿Me las pongo?

—¡No, no, no! Es estupendo, no podía ni siquiera...

¡Joder! Desabroché el sujetador, que se deslizó hacia abajo, incluso por debajo de las caderas. Ya averiguaría después cómo pudo ocurrir eso. Ahora tenía que centrarme en tocarla, en encenderla, en darle placer. Eso era lo único que importaba. La verdad es que funciono mejor si me centro en una cosa o en dos, como máximo. La forma en la que se contoneó cuando le acaricié los pezones con la lengua fue exquisita. Pero se vio superada por la sensación húmeda y caliente que procedía de la entrepierna y que pude notar contra los calzoncillos. Creí que iba a estallar de la tensión, y noté cómo los testículos crecían y se calentaban.

Si me lo tomaba con calma me podía morir. Pero parecía la única forma de proceder con ella... de momento.

—Yo tampoco quiero tomármelo con calma —murmuró.

¿Me leía el pensamiento? Bueno, igual resultaba evidente por alguna razón de peso... o de volumen o de longitud. ¿O es que había dicho en voz alta lo que estaba pensando?

—¿Eh? —. No sonó muy inteligente, lo sé, pero así son las cosas.

—Saltémonos la tercera base.

Pasé los nudillos por encima de su sexo. Y es que evitar sentirlo en ese mismo momento no era una opción. Tensó el cuerpo y abrió la boca.

—¡Sí! ¡Más!

—¿Dónde? ¿Aquí?

Deslicé los dedos por sus labios mayores, absolutamente húmedos, y se retorció. Hundió los dedos en mi espalda al tiempo que asentía y gemía. Nunca en mi vida había sentido algo tan maravilloso.

—Pero es que la tercera base implica sentir el sabor de ese maravilloso coñito.

¡Qué ruido hizo! ¡Por favor!

Acaricié con el pulgar su clítoris, tenso y ávido, y toda mi ansiedad se traspasó al pene. Su sexo estaba suave, resbaladizo, perfecto. Cada movimiento, cada gesto que hacía, alimentaba mi deseo como la gasolina alimenta un fuego. Puede que todos esos años de práctica hubieran estado encaminados a este preciso momento, sin que yo lo supiera, a adquirir la máxima habilidad de la que era capaz para hacer disfrutar a Jean, conteniendo mi ansia por finalizar. Tenía sentido. No es que fuera a compartir con ella ese pensamiento, esa convicción, pero alguna vez, en el futuro próximo o lejano, ¿por qué no?

—¿Estás segura de que no quieres que use la boca? —pregunté, introduciendo un dedo en su abertura, y haciéndola gemir aún más fuerte.

Menos mal que Joe había sido muy concienzudo con el aislamiento acústico. Los vecinos no tenían por qué escuchar a Jean en esta situación. ¡Y no digamos si la niña se despertaba! Os juro que no sería la única en echarse a llorar. Todos esos gemidos, susurros, grititos y gruñidos solo debía escucharlos yo. Una vez que la cosa marchó bien con un solo dedo, no paraba de contonearse, empecé a introducir otro, y los doblé, acariciándola con mimo, de dentro a fuera.

—¿Quieres llegar así, solo con mi mano? ¿Es lo que te apetece?

—¡Eric! —Más gemidos.

—¿Sabes? Me pasaría el día entero escuchándote decir mi nombre de esa

manera. —Le chuperreteé el pecho—. Haces que se me ponga duro como una roca.

Señaló con un gesto urgente una de las mesitas de noche.

—Los condones están en el cajón de arriba.

—Pero Jean, el sexo oral es importante.

—La próxima vez —boqueó.

—¿Estás segura de que no quieres seguir el plan original?

Me agarró de los pelos, la verdad es que un poco fuerte, y me miró a la cara.

—¡Deja de hacer el tonto! Lo digo en serio...

—¡Mira que eres mandona en la cama! —dije, sonriendo y sin moverme. No tenía ningunas ganas de sacar los dedos de ese lugar tan húmedo, tan calentito y acogedor—. La verdad es que me sorprende mucho. Quiero decir, eres la leche de ordenada y quieres tenerlo todo bajo control, pero en el momento en que empezamos, te conviertes en una especie de capitana general del sexo: me empujas contra la pared, me arrancas la ropa, me das órdenes... ¡Me pone a mil, cariño! Sigue así.

Torció el gesto. El pecho subía y bajaba a gran velocidad, la misma a la que iba su respiración.

—¡Eric!

—¡Ah, el preservativo! Inmediatamente.

Antes de nada, me chupé los dedos, porque no me gusta malgastar un jugo tan dulce. Después me incliné hacia el cajón. ¡Joder, sí que se había provisto de una buena colección de profilácticos! Apostaría a que hasta estaban colocados por orden alfabético. Pero a mí, en ese momento, me daba igual: me decidí, es un decir, por el que estaba más cerca. Fuera el calzoncillo, dentro la protección y preparado para todo.

Introduje el, en esos momentos, amplio glande por los húmedos labios de su sexo. Prolongué un poco el momento para disfrutar de la sensación y también, por qué no confesarlo, para torturarla mínimamente, aunque yo también sufrí la tortura. No me importó la urgencia que sentía por penetrarla hasta el fondo. Me di cuenta de que, en sus ojos, la pupila, negra como el carbón, se había agrandado enormemente, tragándose casi por completo el iris. También tenía los labios abiertos y una ligera película de sudor en la piel de la frente.

Los muchos meses que había pasado deseando que ocurriera esto, deseándola

como a nadie en mi vida, solo a ella, estaban haciendo que el momento adquiriera mucha más significación. Incluso aunque solo fuéramos amigos que mantenían relaciones sexuales. O incluso si no significaba nada más que el puro acto. En ese momento, todas mis dudas y desconfianzas se habían disipado: sobre si había perdido el toque u olvidado cómo se hacía esto. No iba a perderme ni una décima de segundo de placer, aunque mi estúpida cabeza se empeñara en pensar en otras cosas.

Empecé a empujar lenta y gradualmente. Me imagino que, al sentir sus entrañas, suaves, ávidas y acogedoras, toda la sangre de mi torrente circulatorio se apresuró a concentrarse en el pene, para sentir el cálido abrazo de la vagina a su alrededor. Tendría que escribirle algún poema de amor. Malo, por supuesto, pero de todas formas debería hacerlo.

—Me encanta sentirte —dije en voz baja.

Le tembló la boca, y no pude evitar besarla. Fueron besos suaves, lentos, que no nos distrajeran de lo que estaba pasando allí abajo. Mantuve un ritmo pausado porque, sabiendo por lo que había pasado, bajo ningún concepto quería hacerle daño, ni a su cuerpo ni a su corazón ni a su mente. Hoy habíamos corrido mucho para llegar a esto, pero ahora era mejor tomárselo con calma. Cuando finalmente mi cuerpo descansó sobre ella, respiró hondo.

—¿Estás bien? —pregunté.

Asintió de inmediato.

—Dame un momento, por favor.

La besé en la mejilla, en la nariz, en la barbilla. No me resultaba fácil resistir la necesidad urgente de moverme. Pero podía hacerlo, justo hasta el momento en el que se contoneó debajo de mí, apretando con potencia contra mi polla sus músculos internos.

—¡Joder, qué bien! —Escondí la cara en su cuello, intentando no entrar y salir de ella a toda velocidad, estuve a punto de perder la batalla.

—Ya puedes moverte.

—¡Te lo agradezco, joder! —Reconozco que mi expresividad, en esos momentos, era un tanto limitada, pero seguro que entendéis el porqué.

Salí con facilidad y después volví a entrar con un poco más de fuerza. La siguiente vez lo hice aún más fuerte y más adentro, incrementando gradualmente el ritmo y la intensidad. Ella hacía bastante ruido, además de apretar los tobillos

contra las nalgas y clavarme las uñas en la espalda. Notaba los pezones contra mi pecho, duros y puntiagudos, y también cómo golpeteaba el escroto contra su maravilloso culo. Levantó las caderas para dejarme penetrar más, y retorció el cuerpo. Nunca hasta entonces había estado tan alerta a todas las partes que intervenían en el acto sexual y llegué a la conclusión de que hacerlo con Jean era una experiencia insuperable.

Noté una descarga eléctrica en la espina dorsal. Apenas podía contenerme ya. Le agarré el culo con una mano y la empujé contra mí. Era un ángulo más adecuado para poder masajearle el clítoris y procurar que ella también llegara. Noté cómo se tensaba todo su cuerpo y cerraba los ojos, como si solo quisiera mirar hacia dentro de sí misma. Era como si toda su actividad se centrara en el sexo, que apretó contra la verga, haciéndome eyacular. Imposible resistir más.

Los dos llegamos, los dos temblábamos, los dos sudábamos.

Se me nubló la mente, como si hubiera emprendido un viaje hacia el espacio exterior. Seguramente solté el semen a una velocidad cercana a la de la luz. Pero como no tenía manera de medirla, nunca lo sabré. Estoy seguro de que, durante un minuto más o menos, estuve muerto. No obstante, aún en esa penosa condición, no quería derrumbarme y dejarme caer sobre la pobre Jean.

Así que me las apañé para quitarme de encima de ella y me dejé caer con la cara hacia abajo. ¡Mierda, menuda experiencia! Había bastantes posibilidades de que ya nunca más necesitara el sexo. Bueno, hasta la próxima vez que me abriera la puerta y susurrara mi nombre frunciendo esos maravillosos labios.

Se volvió hacia mí y me abrazó dulcemente.

—¿Estás bien? —preguntó.

Solo pude gruñir.

Silencio.

El penetrante olor a sexo llenaba la habitación. Pero no había sido cualquier tipo de sexo, sino una maravilla, un milagro que se había producido entre Jean y yo. Me habría gustado meter este olor en una botella o en uno de esos aparatejos en los que se pone ambientador, para poder volver a olerlo cada vez que quisiera. Puede que suene inadecuado o perverso, pero pagaría por ello. Un magnífico recuerdo, aunque esperaba que solo fuera el primero de muchos por venir.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Pues en nada concreto —respondí inmediatamente—. Ya sabes, estoy como

si flotara. Por lo menos mi mente sí que flota, el cuerpo me pesa de lo relajado que está.

—Entiendo. —Se removió un poco e hizo que el colchón se moviera también—. ¿Ha estado bien...? El sexo, quiero decir.

—¿Me tomas el pelo? —pregunté, apoyándome sobre un codo.

La expresión de su rostro me transmitió un no, aunque pareciera increíble.

—A ver, ¿cómo lo podría decir? —Suspiré—. En estos momentos y oficialmente, declaro a tu vagina mi nueva nueva zona de máxima felicidad.

Estalló en carcajadas.

—¿Nueva nueva?

—No te tomas en serio mis sentimientos, ¿verdad? Es más, te partes de risa a propósito de ellos.

—¡Perdona, perdona! Claro que me los tomo en serio —dijo inmediatamente, haciendo lo posible por dejar de reírse, aunque no lo logró del todo—. Pero explícate, por favor.

—A ver: de entrada, y hasta hace unos días, mi lugar feliz era aquel en el que estuviéramos juntos —empecé, poniéndome una almohada debajo de la cabeza—. Después, pasó a ser en donde nos besáramos o jugueteáramos. Ahora, y con muchísima diferencia, el nuevo nuevo es tu vagina. ¿Queda explicado?

—¿Seguro que no es allí donde haya una vagina, hablando en general?

—No —respondí con convicción—. Me refiero específicamente a lo que tú tienes en la entrepierna. No me sirve lo que haya entre las piernas de otras.

—Creo que este es el cumplido más extraño que he recibido en toda mi vida.

—Lo cual no implica que quiera prescindir del paquete completo, pero tengo que ser sincero: ese tunelito que tienes entre las piernas se lleva la palma.

Apoyó la cabeza sobre mi antebrazo y se metió el pulgar en la boca.

—Gracias, Eric.

—¿Por qué me las das?

Noté cómo se encogía.

—No lo sé. Supongo que por ser tú.

—Soy yo todo el tiempo —dije—. Es algo así como mi especialidad, ser yo, pero, de todas maneras, no hay de qué.

Después bostezó y tan fuerte que hasta le crujieron los huesos.

—Aunque ahora que lo pienso... —dije, deteniéndome a reflexionar un

momento— sí, puede que contigo sea más yo mismo que con nadie, si es que eso tiene algún sentido.

No dijo nada durante un momento, pero enseguida confirmó que lo entendía.

—Claro que tiene sentido. De muchas maneras, yo también me siento mucho más yo misma contigo que con nadie más. Tú me tomas como soy: no tengo que intentar ser mejor ni que fingir ni nada semejante. Lo único que tengo que hacer es relajarme y ser yo misma, existir... ¿Me explico?

—¡Claro, justo lo mismo que yo! Ahora perdona, pero tengo que ir a tirar el condón. —Salí de la cama y me metí en el baño.

Cuando volví, Jean se había dormido. No me extrañó nada, pues durante los últimos días la niña le había dado mucho trabajo. Me vestí deprisa y solo con lo suficiente como para recorrer la escasa distancia hasta mi apartamento. También apagué las velas. Estaba a punto de ponerme las botas cuando cierta pequeña empezó a hacer ruiditos y después a llorar quedamente. Le concedí un poco de tiempo para comprobar si de verdad iba a despertarse o, por el contrario, lo pensaba mejor y continuaba durmiendo. Pero no, el llanto se hizo más profundo e insistente.

—¿Es Ada? —murmuró Jean con voz somnolienta. La verdad es que había pasado varias malas noches seguidas, además de esta maravillosa sesión de sexo conmigo. Estaba rota, necesitaba descansar.

—No te preocupes, cariño, yo me ocupo —dije.

—¿De verdad?

—Pues claro. Duérmete. —Cerré la puerta de su dormitorio con mucho cuidado. Figuradamente, me di unos golpecitos de felicitación en la espalda por ser el mejor amigo con derecho a roce de la historia de la humanidad. Pero no me paré demasiado a pensarlo, pues tenía una niña de la que ocuparme.

Y esa fue la razón por la que, a la mañana siguiente, abrí la puerta a los padres de Jean, medio desnudo, por supuesto.

CAPÍTULO 15

La madre de Jean se quedó con la boca semiabierta. El padre apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Hola —dije, levantando un poco más a Ada sobre el hombro. Estaba medio desnudo porque, hacía unas horas, tras la toma del desayuno, la niña había vomitado sobre mi camiseta. La verdad es que tenía el pelo muy revuelto y mi aspecto no era el mejor, pero por lo menos tenía puestos los pantalones—. ¿Les esperaba Jean?

Al parecer, no resultó muy adecuado decir eso: los dos parecieron cabrearse todavía más. Por supuesto, no se dignaron a pronunciar ni una palabra. Por fin caí en la cuenta de mis obligaciones como improvisado anfitrión y me hice a un lado.

—¡Ah, pasen, por favor! Jean está durmiendo, así que estoy cuidando de la niña. Soy su vecino, Eric Collins.

—Sí, nos lo dijo ayer por la noche, mientras cenábamos en el restaurante —dijo su madre—. ¿Cuida usted a menudo a Ada?

—A veces.

—¿Y sabe cómo hacerlo?

—He aprendido. Ada es una maestra magnífica.

—Pero Jean solo era amiga de Nell cuando llegó aquí —intervino el padre. ¡Vaya, podía hablar! De todas maneras, por el tono que utilizó, hubiera preferido que fuera mudo.

—Su hija es una mujer inteligente, amable y dulce —aseveré, la verdad es

que un poco enfadado ya—. Hizo amigos desde el mismísimo día en que llegó. Aquí hay un montón de gente que la ayuda y se preocupa por ella. —Remarqué la palabra «aquí».

—Es obvio que ha escuchado usted algo acerca de nuestros problemas familiares —dijo la mujer, mientras se echaba hacia atrás el pelo, oscuro y tupido. Estaba claro de dónde había sacado Jean su magnífico aspecto. De sus ojos y de los labios salían pequeñas líneas, pero la edad apenas la había perjudicado. Lástima que su actitud fuera tan beligerante—. Siempre resulta fácil juzgar desde fuera.

—Sí, facilísimo —dije, mostrando mi acuerdo con un cabeceo—. Por ejemplo, ustedes están dando por hechas un montón de cosas, y adivino que nada buenas, acerca de su hija, debido a mi presencia aquí.

El padre soltó un gruñido.

¡Joder, ese sonido me resultaba de lo más familiar! Mi propio padre lo hacía todo el tiempo, sobre todo cuando veía cosas que no le gustaban o escuchaba afirmaciones que chocaban con lo que él pensaba, generalmente con sus prejuicios, que eran muchos. ¡Viejo gruñón! La pareja se quedó de pie en el salón, mirándome aviesamente. Me daba igual, no me cabía la menor duda de que me relacionaban con el bastardo que dejó embarazada a Jean y que desapareció del mapa. Desde luego, no tenía pinta de médico, de abogado o de economista, de esos que cinco días a la semana se ponen chaqueta y corbata para ir a trabajar, seguro que a una oficina estupenda, amplia y bien situada. No obstante, ni los tatuajes ni el pelo largo te convierten de forma automática en una mala persona. Lo que seas, bueno o malo, lo llevas dentro.

—¿Dónde está nuestra hija? —preguntó finalmente el padre, escrutando los rincones del apartamento, como si se estuviera escondiendo en un rincón y fuera a surgir en cualquier momento para sorprenderlos y salvarlos de una vez de este encuentro tan incómodo.

La verdad es que yo también lo deseé.

—Está durmiendo —aclaré—. Esa es la razón por la que estoy cuidando de Ada. Desde que ha empezado a echar los dientes, Jean ha descansado muy poco, sobre todo las dos últimas noches, así que me he quedado en el sofá para cuidar a la niña mientras ella descansaba un rato.

—¡Oh!

La madre suspiró.

—Ya le habíamos advertido de que criar a un bebé ella sola sería demasiado trabajo.

—Jean es una madre magnífica, se las arregla estupendamente —informé, procurando mantener una expresión amable y neutra, aunque la verdad es que esta gente me encogía el corazón—, pero todos deberíamos poder contar con algo de ayuda de vez en cuando. Nadie tendría que enfrentarse solo a todos los avatares de su vida. Para eso están los amigos y la familia, ¿no? Para apoyarse y estar ahí cuando hace falta, incluso aunque no se esté de acuerdo del todo con las decisiones que tomen en la vida, ¿no es así?

¡Vaya, vaya!

El padre ya no podía fruncir más el ceño. ¿Era en mi contra o no? Mientras, la madre parecía hacer un tremendo esfuerzo por no fijar la vista en mi pecho desnudo.

—Ada ha vomitado sobre mi camisa —informé.

—¡Oh! —Otra vez.

La verdad es que pareció sorprenderse mucho por esta nueva información. ¡Estúpidos prejuicios! Incluso aunque, de hecho, hubiera estado haciendo el amor con su hija. En cualquier caso, esa información no les concernía en absoluto a ninguno de los dos, por supuesto que no.

Hice un esfuerzo supremo por no fruncir el ceño, como ellos. No tenía sentido convertir todo esto en algo más difícil para Jean de lo que ya era. Ada, encima de mi hombro, hacía ruiditos felices mientras se chupaba ávidamente el puño. No podía explicarme cómo demonios podía sentirse tan a gusto con su vida después de dormir tan poco; en todo caso, le agradecí que no llorara ni vomitara más.

—Voy a ver si se ha despertado —dije, echando a andar, y no a correr para huir de sus padres, que era lo que de verdad me apetecía.

¡Tantos años evitando conocer a los padres de las chicas y ahora me topaba de bruces con esto! La verdad es que mi actitud hasta ese momento había sido un acierto, aunque fuera un desastre haberme encontrado en esta situación sin comerlo ni beberlo. De todas formas, lo que estaba dispuesto a hacer por Jean no tenía nada que ver con los límites que antes tenía con otras mujeres. Eso era un hecho que no podía negarse. Seguro que, antes o después, llegaría el momento de proponerle que funcionáramos como pareja. Esperaba que ella fuera más

receptiva a la proposición de lo que lo había sido Karen.

Lo único que puede hacer un hombre en una situación como esa es tener esperanzas.

Llamé con suavidad a la puerta del dormitorio de Jean antes de asomarme para mirar dentro. ¡Mierda! Aunque se acababa de despertar, el aspecto de la chica era como para alimentar mis sueños más húmedos. En algún momento de la noche debía de haber empujado el edredón y las sábanas, y el camisón se le había levantado. Me deslicé dentro de la habitación y cerré la puerta. ¡Que sus padres pensaran lo que les diera la gana! Seguramente el daño ya estaba hecho.

—¿Jean?

—¿Mmm? —Abrió los ojos muy despacio—. ¿Qué hora es?

—Casi las nueve. Y, bueno... tus padres están aquí.

—¿Mis padres?

—Sí.

Pegó un bote en la cama y abrió los ojos de par en par.

—¡Pero, Eric, si estás a medio vestir! En mi apartamento, y a primera hora de la mañana.

—Sí. Me costó muchísimo conseguir que Ada se durmiera, y después siguió despertándose a cada rato —expliqué—. Agarré un cojín del sofá y me eché en el suelo para poder estar cerca de ella cuando hiciera ruido, a ver si lograba que no te despertara.

—¿Te has acostado en el suelo, a su lado? —repitió Jean, con gesto emocionado.

—Estabas exhausta, cariño. Necesitabas dormir.

—¡Guau! —Se rascó la cabeza—. Bueno, recapitulando: mis padres están aquí, tú también estás aquí y os habéis conocido en estas circunstancias. ¡Qué bien!

Le di un minuto. Sin duda, lo necesitaba. Para ella, seguramente esto era equivalente a lo que significaría para mí que Nell nos pillara juntos. Yo tenía muy claro lo que pasaría en ese caso: se desataría el apocalipsis, el llanto y el crujir de dientes. Con toda seguridad, Jean estaba sopesando los pros y los contras de que sus padres me hubieran conocido. Finalmente, se sentó en la cama.

—¡Dios! Seguramente piensan que he vuelto a adoptar mis costumbres

salvajes anteriores al embarazo y que nos montamos orgías sexuales cada vez que la pobre Ada se echa una siestecita.

—Les he dicho que he dormido en el sofá y que la niña vomitó sobre mi camisa —expliqué—. Las dos cosas son más o menos ciertas, más lo de la pota y menos lo de dormir.

Después de contarle esto, la preocupación pareció desaparecer de su gesto. Hasta le iluminó la cara un atisbo de sonrisa.

—Así que dormiste en el suelo y te vomitó encima.

—Ya ves, ser el mejor amigo de Ada tiene sus ventajas —dije, acariciándole la cabecita a la niña—, pero también sus inconvenientes. No me interpretes mal, porque los inconvenientes no me importan en absoluto.

—Eres demasiado bueno para nosotras. No merezco tener un amigo como tú. Pero... —Dirigió la mirada hacia la puerta del dormitorio. Era como si pudiera ver las miradas de reproche de sus padres incluso a través de la madera maciza.

—¿Pero qué?

Negó con la cabeza.

—No necesitas su aprobación, cariño.

—¡Pues claro que no, ya lo sé! Supongo que es una especie de mal hábito —dijo—. Estaba muy unida a mi abuela. Ella significaba mucho para mí. Pensar que Ada no va a poder disfrutar de ese tipo de relación me hace daño.

—En todo caso, ni es culpa tuya ni puedes hacer nada al respecto, ¿no es verdad?

—Pues no, supongo que no. —Jean me dirigió una sonrisa triste—. La verdad es que parecía que tratara de normalizar la relación.

No hice ningún comentario al respecto.

—De cualquier forma, gracias por dejarme dormir. Te debo una; bueno, en realidad muchas, así que te lo compensaré. Ya hablaremos de eso en otro momento. —Saltó de la cama y empezó a vestirse—. ¿Se ha tomado el biberón de la mañana?

—Ya hace unas horas.

—¿Has podido dormir algo?

—Sí, un poco —contesté—. Ya sabes, es muy exigente. Le he estado cantando canciones de Janis durante horas. Los bebés dan mucho trabajo.

—¡No me digas! —gruñó.

—¿Y tú qué tal has dormido?

—¡De maravilla!

—Estupendo.

Me quitó a Ada y la apoyó contra su hombro, antes de acercar la cara muchísimo a la mía.

—Mal aliento matutino, te lo advierto.

—No me importa, para nada —dije sin vacilar.

Apretó los labios contra los míos.

—Eres el mejor.

—Ya lo sé.

—Y también muy humilde —dijo riendo—. ¿Cómo han reaccionado mis padres al verte aquí?

—Pues creo que están un poco desconcertados.

—Hum. La verdad es que lo nuestro ya no es ningún secreto, ¿no?

—Pues no lo sé, la verdad —dije sinceramente—. Nell todavía no me ha atacado con una motosierra ni nada, así que tampoco debemos estar haciéndolo tan mal. De todas formas, ¿cuánto tiempo llevan aquí tus padres?

—Solo unos días.

—¡Ah, por cierto, antes de que se me olvide! Un amigo organiza una fiesta el lunes que viene y, si te apetece, me gustaría que vinieras conmigo. —Intenté que la invitación sonara lo más informal posible, aunque la verdad era que tenía muchas, pero muchísimas ganas de que viniera conmigo. La verdad es que, en principio, la cosa prometía. Además, el siguiente fin de semana iba a ser de mucho trabajo para mí, ya que Vaughan y Pat tenían que ir a distintos sitios y apenas tendría tiempo para ir a visitar a mis chicas favoritas. No me cabía duda de que Nell también la iba a invitar, pero esperaba que aceptara mi propuesta. Esta vez sí que me había adelantado, no como pasó en Navidad, cuando Andre se me adelantó—. Yo creo que será divertido. ¿Qué te parece?

—¿Podremos ir con la niña?

—¡Por supuesto! —Le hice una ligera caricia en la espalda a Ada—. Creo que van a ir más niños. Bueno, creo no, seguro que habrá bastantes niños.

—Entonces estaré encantada.

Se me alegró el corazón al escucharla decirlo y olvidé el mal trago que había pasado con sus padres. Además, ver cómo ella empezaba a retomar el contacto

social era algo magnífico. Y también, claro, que fuera mi pareja. Era algo un poco tonto, la verdad, y quizá debería analizar mi desproporcionada reacción de alegría cuando tuviera tiempo. O quizá no debiera pensar en ello nunca más. En ese momento no estaba seguro de nada.

—De acuerdo —dije—. Distrae a tus padres mientras yo salgo huyendo hacia la puerta principal.

—Tampoco son tan terribles... ¿o sí que lo han sido?

—Prepárate para distraerlos, por favor —le rogué—. De verdad, necesito que me cubras la espalda.

Volvió a reírse. Su risa era el sonido más bonito del mundo. Bueno, más o menos a la altura de sus gemidos...

—Voy a ver si consigo dormir unas horas antes de ir a trabajar. Además, tenemos que pensar en una fecha para continuar con nuestros juegos de adultos. Y lo más pronto posible, si no te importa.

—¡Qué me va a importar! Cuanto antes, mejor —dijo, poniendo cara de mala—. Gracias otra vez por cuidar de ella mientras yo dormía.

—Siempre a tu servicio. ¿Preparada para la maniobra de distracción?

Abrí la puerta sonriendo, mientras ella también reía entre dientes. Pero la alegría se esfumó en cuanto sus padres nos pusieron la vista encima. En sus ojos había mucha preocupación, incluso desaprobación o, al menos, eso creí ver. Pero inmediatamente recordé que habían sido ellos los que habían abandonado a su hija a su suerte. Si Jean se había alejado miles de kilómetros para dar a luz a Ada y para criarla, había sido exclusivamente por causa de ellos. El tiempo que había pasado con Ada, ayudando a su madre a cuidarla, me había hecho ver, aunque fuera mínimamente, lo que implica ser responsable de una hija, sentirse abrumado por mantenerla segura y pensar en su futuro. Así que, en cierto modo, pude entender sus reservas, lo cual no quiere decir que haya que tomar decisiones por ella indefinidamente, aunque pienses que se está equivocando.

Algo parecía haber cambiado en la forma de comportarse de la madre. La mujer se adelantó con la mano extendida, me pareció que estaba un tanto aturullada.

—No hemos caído en que debíamos habernos presentado, Eric. Mi nombre es Leah y él es mi marido, Will.

—Encantado de conocerles. —Le di la mano a la madre de Jean y después a

su padre. Me pareció que él dudaba un poco al principio, pero después sonrió levemente. Puede que no fueran tan mala gente. Seguramente les habría sorprendido mucho encontrarme medio desnudo, abriéndoles la puerta del apartamento de su hija, natural, pero probablemente también verme con la niña en el hombro les había dado pistas de que entre nosotros no todo eran juegos sexuales. Yo estaba allí para ayudar a su hija, no para aprovecharme de Jean ni hacerle daño.

—Hola, mamá —saludó—. Papá.

Como si hubiera apretado un interruptor, la cara de su padre se iluminó con una amplísima sonrisa.

—Perdón por habernos presentado así, de sopetón y sin avisar, cariño.

—Hemos pensado que podríamos ir juntos a desayunar —propuso su madre, también con una amplia sonrisa—. ¿Cómo está mi preciosa nieta?

La preciosa nieta empezó a lloriquear, pero inmediatamente cambió de actitud y soltó un chillido. Después de esta afirmación de personalidad, esbozó una breve sonrisa.

—Bueno, yo me voy —dije medio murmurando.

—¿No quieres venir a desayunar con nosotros? —preguntó Leah al instante.

—Son ustedes muy amables, pero después tengo que ir a trabajar y, si no duermo lo suficiente, no sé qué sería de los clientes cuando les sirviera.

—Bueno, pues otro día.

—Por supuesto. Será un placer. —Podría ser. En todo caso, la mujer se había ganado cierto crédito por intentarlo. Después, Jean me sonrió. Una de esas sonrisas que implican: «tenemos un secreto increíble y lo vamos a pasar de maravilla». O algo así. Me encanta ese tipo de sonrisas, son las que más me gustan. Además, tenía su aquel el que me sonriera así delante de sus padres. Bueno, cualquiera sabe. Acababa de despertarse así que, oficialmente y para ella, acabábamos de hacer el amor de una manera increíble, me sentí muy bien.

—Encantada de conocerte, Eric —dijo Leah.

—Lo mismo digo. —Incliné la cabeza en dirección a ambos, agarré mis cosas y me marché.

El sexo había sido magnífico, increíble, para mí y también para Jean. ¡Pero qué horror de mañana!

Necesitaba dormir.

—Sí, de acuerdo, pero ¿quién es tu favorito del grupo? ¿A que soy yo? No pasa nada por ser sinceros, llevo bien la adulación.

Jean abrió la boca, la volvió a cerrar, frunció un poco el ceño y creo que se sintió un tanto desbordada. Era normal sentirse así cuando uno se enfrentaba a una situación como esta: las personas, la mansión, todo en general se te venía encima por su enormidad, si era la primera vez que vivías algo así.

—¡Déjala en paz, plasta! —dije, agarrando a Ada.

—¡Chsss! —dijo Mal, el dueño de la mansión, un edificio inmensamente grande que imitaba a las cabañas tradicionales que en el pasado se construían junto al lago—. No te metas en esto ni interfieras. Es un asunto importante. Quiero conocer su opinión sincera, imparcial y centrada en mi arrolladora personalidad.

Jimmy Ferris, sentado en el suelo mientras jugaba con sus hijas a las construcciones, negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que siempre pareciera que el muy cabrón acababa de salir de una sesión de fotos para una revista masculina? No tenía ni idea. Me encantaría tener el suficiente dinero como para comprar ropa magnífica; él lo tenía, eso y muchísimo más. Yo tenía que encargarme de las facturas, de tratar de ahorrar y toda la mierda de la vida normal de las personas normales. ¡Qué pena!

—Se porta así desde que se dio cuenta de que en el documental sobre *Stage Dive* él salía menos tiempo que yo en pantalla —explicó Jimmy—. Su inseguridad es patética.

—¡Eso no es verdad! —negó Mal, apartándose el largo pelo rubio de la cara—. ¡Retíralo, Jimbo!

—Este es el problema de las estrellas de *rock* —le dije a Jean en voz baja—. Tienen unos egos enormes, pero a la vez muy sensibles. A veces me sorprende que no les estalle el cráneo de la presión. —Me volví hacia Mal—. ¡Joder, estás en un grupo mundialmente famoso! Ten un poco de dignidad.

—La tengo, pero ya veré si vuelvo a invitarte alguna vez a mi casa de la playa —dijo Mal, mirándome de forma aviesa—. ¡Oye, Zeny! Al que más quieres es al tío Mal, ¿verdad?

Una de las dos niñas morenas dejó de jugar y se acercó a darle un abrazo al batería. Me dio la impresión de que el motivo fundamental fue la lástima. Mal la levantó en brazos y la mantuvo de pie. Su hermana Stephanie aprovechó el

momento para ponerse detrás de ella y empujarla. Zeny rompió a gritar y a llorar, lo que hizo que Ada se sorprendiera mucho. Las dos niñas salieron corriendo por el pasillo, resultaba difícil saber quién perseguía a quién.

—Y yo que pensaba que tú hacías mucho ruido —le dije a Ada.

Jimmy soltó una carcajada bronca.

—Pues todavía no has oído nada. Sus pulmones alcanzan una potencia... ¡Dios, no sé ni cómo describirlo! ¿Descomunal? Algunos días daríamos lo que fuera por poder darle al botoncito de silencio, aunque solo fuera para conseguir unos minutos de paz. Cuando se van a la cama y se queda todo tranquilo, es la gloria. Pero cuando entran en ebullición parecen un grupo de *heavy* con demasiada percusión.

—¡Oye!, ¿qué has dicho? —protestó Mal, que al parecer intentaba dilucidar si debía sentirse ofendido o no por el comentario—. ¿Con demasiada percusión? Eso es absolutamente imposible: nunca hay demasiada percusión en un grupo, haya la que haya.

—Por lo menos ahora son lo suficientemente mayores como para entender alguna cosa. A veces hasta podemos intentar razonar con ellas. —Lena se había levantado de uno de los sofás, con un vaso de vino en la mano.

—¿Te refieres a las niñas o a los baterías? —se burló Jimmy.

—Cuidar de un bebé es duro —continuó Lena, ignorándolo—, todos esos berrinches sin saber a qué vienen... Hablando de berrinches, voy a buscar a las niñas antes de que rompan algo.

—Gracias, cariño —dijo Jimmy.

Lena le mandó un beso.

Sentada junto a mí en el sofá, que probablemente había costado mil millones de dólares, Jean todavía tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa. Supongo que habríamos debido ponerla al tanto de lo que le esperaba, pero Nell pensó que sería divertido meterla así, sin más, en medio de los del grupo. Y, para ser sincero, debo decir que sí que lo estaba siendo. Durante los primeros momentos, la verdad es que Jean no había hecho otra cosa que tartamudear y mirar con ojos asombrados, me dio un pescozón en el brazo por no haberla avisado, claro, pero fue amigable, casi amoroso, diría yo.

—Todavía no puedo creerme que fueras al colegio con los de *Stage Dive* —me dijo al oído—. Bueno, había leído que eran de Coeur d'Alene, pero...

—Fueron solo cuarenta y tres segundos más de tiempo en pantalla —siseó Mal.

—¡Déjalo ya! —espetó David, que estaba junto a la enorme chimenea.

—No me extraña que digas eso. Tú sales en más primeros planos que yo.

Anne se acercó a su marido, le puso las manos sobre los hombros y empezó a hacerle un masaje.

—Mal, ya hemos hablado de esto.

—Lo sé, lo sé.

—Vamos a disfrutar de la compañía de nuestros amigos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo, suspirando con resignación—. De todas maneras, el documental es muy malo.

—Pues he oído que está nominado a algunos premios —dijo Ben, sonriendo con malicia—. ¿No es estupendo? Por la publicidad, quiero decir...

Anne masculló un juramento.

Había muchísimos sofás y sillones, todos comodísimos, en los que sentarse. Los ventanales iban de suelo a techo, con vistas al lago, y una enorme chimenea completaba el cuadro. La verdad es que el sitio era espectacular y la compañía de lo más agradable: allí estaban todos los miembros del grupo *Stage Dive* y muchos de sus colaboradores. También Nell y Pat, Andre y Vaughan y Lydia. Taka, Rosie y Boyd se hacían cargo del Dive Bar en nuestra ausencia. De todas maneras, pensé que me llevaría todavía algunos años acostumbrarme a que en estas reuniones hubiera niños alrededor, quedábamos de tarde en tarde. Me daba cuenta de que todos nos íbamos haciendo más mayores, más maduros.

—De todas maneras —continuó Mal—, cada minuto que aparezco yo en pantalla vale por diez de los demás.

Todos éramos más maduros excepto el idiota de Mal, naturalmente.

—¡Vaya, por una vez estamos de acuerdo! Cada minuto que aparezco en pantalla vale por diez de los tuyos —replicó Jimmy.

Y puede que tampoco Jimmy hubiera madurado del todo. Aunque, quitando su duelo dialéctico con Mal, parecía muchísimo más relajado y a gusto consigo mismo desde que Lena y él estaban juntos. Y, a propósito de Lena, seguía sin haber ni rastro de las gemelas ni de ella. Al lado del bajo, estaba sentado un niño, Ben, jugaba con una tableta. Estaba completamente ensimismado. No pude evitar imaginarme a Ada dentro de unos años, me preguntaba si no pararía de

moverse por todas partes, husmeando por aquí y por allá y haciendo travesuras, o si se sentaría para perderse en su propio mundo, como ese niño. Sería increíble verla crecer. En cualquier caso, ya desde el principio se veía que iba a tener su propio carácter, su personalidad. Y verla crecer, escuchar sus primeras palabras, dar sus primeros pasos... ¡qué grande!

—Nunca me imaginé que te vería tan embobado con una cría pequeña —dijo Mal sonriendo con algo de sorna. Después le dio un trago a su cerveza.

Yo me encogí de hombros.

—Pues ya ves, cosas que pasan. ¡Hola, Ada!

Inmediatamente se puso a agitar las piernas y estiró las manitas para agarrarme los dedos.

—Es una preciosidad —dijo Anne, dándole a Mal un golpecito en la cabeza.

—He cambiado pañales, he cuidado a niños pequeños —dijo Mal haciendo una mueca de fastidio—. Con Jimmy y Ben regando de esperma esta zona del mundo y llenándola de críos, tenemos suficiente.

—¡Siempre estás igual! —exclamó Anne suspirando—. Tengamos uno cuando termine la próxima gira, por mí, sería más que suficiente.

—Muy bien, aunque solo sea para demostrar que nuestra descendencia es mejor que la de estos. —Se echó hacia atrás y agarró a Anne para darle un beso—. Puede que fuera mejor tener dos, ya sabes lo competitivos que son. Hay que estar a la altura.

—Por mí, estupendo —dijo Anne, rozándole la mejilla con la suya.

—Y, mientras tanto, a entrenar como locos, preciosa. Todos los días, mañana, tarde y noche.

—Entendido.

—Horas de entrenamiento —continuó—. Tenemos que tomarnos esto como si fuéramos a participar en los Juegos Olímpicos. En las Olimpiadas del sexo. También tendremos que ver vídeos, por motivos de control de calidad, naturalmente, para medir nuestro nivel. Aunque está claro que yo siempre obtendré un diez o incluso un once.

—¡Madre mía! —mascullé—. ¿Os importaría hablar de vuestra vida sexual en privado, tortolitos?

Anne soltó una carcajada.

—Sí, nos importaría —respondió Mal—. De todas formas, gracias por

preguntar.

Eché un vistazo alrededor para ver si había niños, le tapé los ojos a Ada y le hice una peineta.

—Ahora que lo pienso —continuó el estúpido batería rubio—, hablemos sobre vuestra vida sexual, en vez de sobre la nuestra. Así quedaremos empatados. ¿Eric te lo hace pasar bien de todas las maneras posibles, Jean?

Jean se limitó a pestañear. Muchas veces.

Miré al cielo en busca de ayuda. Y es que, pese a lo que pensara Mal de sí mismo, él no era Dios, en absoluto. No acudió en mi ayuda ningún rayo justiciero que lo fulminara.

—No te preocupes, estás entre amigos —continuó incansable—. Eric te ha defraudado por completo, ¿a que sí? Te quedas dormida en medio del jaleo y ese tipo de cosas, como si lo viera.

—¡Ya vale! —dijo Anne, agarrando la cerveza de Mal y dando un trago—. Deja de decir tonterías de una vez.

—Pero si lo único que quiero es que Jean se sienta apoyada y comprendida.

Anne apretó los labios y negó con la cabeza.

—Además, por razones de investigación científica y sociológica, sería bueno saber si la gente consigue seguir manteniendo relaciones sexuales después de tener un hijo —dijo Mal, mirando a su alrededor—. No sé si habéis notado que ni Lena y Jimmy ni Ben y Lizzy han vuelto a fabricar un bombo. ¿Y si resulta que, después de tener un niño, las cosas dejan de funcionar? Tenemos que averiguar si ocurre eso... porque en ese caso, ¡ni lo pienses, Anne!

—Te mudaste aquí el año pasado, ¿no es así, Jean? —preguntó Anne, sin hacerle caso a su marido.

—Sí. —Jean se agarró al cambio de tema como a un clavo ardiendo—. Me encanta Coeur d'Alene. Es un sitio precioso.

—Sí que lo es. Me encanta pasar tiempo aquí.

—Estás fuera de onda, Mal. —Nell se acercó a nuestro grupo—. No están juntos, así que no hay vida sexual de la que hablar.

Mal inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos.

—Es la verdad —remató Nell, encogiéndose de hombros.

Yo me refugié mirando a la niña, sin apartar la mirada de ella ni un segundo. Jean se removió inquieta, jugueteando con un desgarrón de sus *jeans*. Después

levantó el biberón de Ada y limpió un reguero de baba particularmente llamativo.

Mal se aclaró la garganta y yo me eché a temblar. ¡Os juro que fue un milagro que el vello de debajo de la camisa no asomara completamente erizado!

—Nell, querida, ¿es que el embarazo te impide sentir la química que hay entre estos dos amigos nuestros?

—¡Cállate! —espeté, aunque en voz baja para no asustar a la niña—. Esto no es asunto tuyo, en absoluto, y además estás avergonzando a Jean. Hace unos minutos ni siquiera te conocía, te estás portando con ella como un auténtico gilipollas.

A Mal se le borró de repente la sonrisa.

—Perdóname, Jean, de verdad. No quería avergonzarte ni meterme contigo. Solo pretendía tomarle el pelo a Eric.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo —dijo Nell, apoyando la mano en su ya enorme barriga—. A veces, el cotilleo se nos puede ir de las manos, aunque, en este caso, no hay nada de lo que se pueda cotillear.

Mal masculó algo.

¡Lo habría matado, lo juro por Dios!

—¿Que has dicho? —preguntó Nell.

Pat apareció por detrás de ella y sus grandes manos tatuadas le cubrieron la tripa. ¡Menos mal que había venido alguien con un poco de sentido común! Sería estupendo que se dedicara a desviar la atención de Jean y de mí para centrarla en su inminente paternidad. ¡Eso sería magnífico! Otra cosa que podría hacer era llevarse a Nell a una habitación para una sesión de sexo, muy cuidadoso, dado su estado, para que la pelirroja se relajara. Cualquier cosa valdría con tal de que ese curso de la conversación quedara enterrado.

—¿Qué pasa por aquí? —preguntó con su áspera voz, tan característica.

Nell tenía la frente tan contraída que ni una tonelada de bótox habría podido deshacer las arrugas.

—Mal está enredando, como casi siempre. Insinúa que está pasando algo entre estos dos, como si Jean tuviera tan mal gusto.

Yo, sinceramente, empezaba a estar hasta el gorro. ¿Por qué tenía todo el mundo que meter las narices en nuestros asuntos? ¿Y por qué tenía Nell que asumir que ella estaba al cargo de todo lo que le concernía a Jean y solo a ella?

En todo caso, quedó claro que yo no era el único.

—Nell, te quiero y lo sabes. Eres como la hermana que nunca he tenido —empezó Jean, estirando la espalda y adelantando la barbilla—. No has hecho otra cosa que ayudarnos, tanto a Ada como a mí, desde que vine y nació ella, y te lo agradezco muchísimo, pero, por favor, dale un respiro a Eric.

Por una vez, Nell se quedó de piedra y alzó mucho las cejas por la sorpresa.

—Por otra parte, lo que haya entre él y yo es privado y personal —remató, soltando el aire—. Y eso os lo digo a todos.

¡Jooder!

Al parecer, la regla de mantener el asunto con discreción había cambiado. Ada empezó a removerse mientras la tenía en brazos, probablemente era capaz de captar la tensión o algo así. La levanté un poco y la apreté contra el pecho, pero no dejó de agitarse y balbucear. Lógico. El tono y el contenido de la conversación hacían que yo estuviera deseando hacer lo mismo que ella.

—¡Un momento! —dijo Nell. En lugar de hablar entre dientes, parecía que masticara furia—. ¿Hay algo entre vosotros dos? ¿Lo dices en serio?

¡Jooder, otra vez!

Jean no contestó. Nada.

Yo me senté en el sofá, muy tenso.

Por supuesto, Nell no había hecho nada más que empezar.

—¡Pero si ya te había advertido acerca de cómo es...!

—Muñeca —intervino Pat, intentando suavemente que se diera la vuelta para mirarlo a él—, déjalo, por favor.

—No, pero...

Pat se inclinó y empezó a susurrarle al oído, a decirle un montón de cosas. Por ejemplo, que Jean era una mujer adulta y absolutamente responsable, capaz de tomar sus propias decisiones. Que no era asunto de Nell, que no debía meterse entre nosotros si ambos queríamos estar juntos. También le dijo, finalmente, que Nell tenía que perdonarme y pasar página, debía olvidar lo que había ocurrido entre nosotros. Todo eso tenía que habérselo dicho yo, pero Nell nunca quería escucharme y, al parecer, tampoco quería escucharlo de su marido: salió de estampida por el pasillo, de forma parecida a como lo habían hecho antes los gemelos, aunque sin gritos. Pat la siguió, andando más despacio.

Mientras tanto, me puse a acariciar maquinalmente la espalda de Ada,

imagino que tratando de que ambos nos tranquilizáramos. Sinceramente, me daba la impresión de que habíamos regresado a la época del instituto, en la que todos nos implicábamos en los asuntos de los demás.

—¡Guau! —exclamó Mal—. ¡Menuda intensidad!

Anne no hizo caso de su comentario, manteniendo a toda costa la sonrisa en el rostro.

—Jean, ¿me ayudas a traer la comida, por favor?

—¡Claro! —contestó, y se puso de pie—. Pero déjame que caliente primero un biberón para Ada. Eric, ¿te importaría dárselo?

—No, qué va —dije asintiendo.

—Yo también voy —se ofreció Evelyn, arrastrando con ella a David. Al guitarra no parecía importarles, siempre iban de la mano, como si los hubieran unido por medio de una operación quirúrgica. Antes, ese tipo de comportamientos me molestaban bastante, me refiero a que las parejas siempre estuvieran en contacto físico pero, desde que conocí a Jean, lo cierto es que me apetecía hacer lo mismo. Eso sí, sin que nadie nos estuviera echando el aliento en el cuello, por supuesto.

Los gemelos escogieron ese preciso momento para volver a entrar en la habitación como dos rayos, mientras su madre los seguía a un ritmo más pausado. Pese a ello, Lena jadeaba y estaba roja como un tomate, como si las hubiera seguido hasta el infierno y hubiera regresado a todo correr. Se dejó caer en el sofá y nos sonrió satisfecha.

—No han roto nada. O, por lo menos, yo no he visto que hayan roto nada. —De repente, frunció el ceño—. ¿Qué me he perdido?

—Nada —contesté, intentando cerrar el tema.

Todo el mundo se quedó en silencio, exceptuando a Mal, naturalmente.

—Por lo que parece, aunque ellos ni confirman ni desmienten, Eric y Jean están en plena fase de hacer cochinas. Lo cual no es una sorpresa, ¿verdad? Lo digo por la forma en la que se miran y... ¡Bueno, bueno, ya sé que hay niños alrededor! En fin, que, una vez establecida esta situación, tendremos que ocuparnos de Andre y su soltería, que empieza a ser preocupante —dijo Mal. Y es que, como creo haber dicho antes, es un imbécil. Aunque con ese giro daba la impresión de que, a su extraña manera, lo que pretendía era aliviar la tensión ambiental. Miró a Andre con gesto burlón—. ¡Mírate, hombre! Sí, hablo de ti,

zorro plateado.

Andre, curtido en mil batallas, se limitó a sonreír.

—Yo no tengo en brazos a un bebé, como pasa con Eric. Por otra parte, como empieces conmigo, le daré la vuelta a la tortilla en un santiamén y veremos quién lo pasa peor, batería sobrevalorado. Ya me conoces.

Todavía en el suelo, Jimmy ahogó la risa tosiendo, sin molestarse en hacerlo de forma siquiera creíble. A partir de ese momento me gustó todavía más.

—Cuenta conmigo, Andre —remachó Ben. Hablaba poco, pero era certero cuando lo hacía.

Mal torció el gesto y se hundió en un rincón del sofá.

—Eso ha sido muy grosero, pero que muy grosero.

CAPÍTULO 16

—Lo siento. No era esto lo que tenía en mente cuando te dije que vinieras conmigo.

Jean me miró desde la mesa de la cocina, en la que estaba organizando las cosas de Ada. Colocó los biberones vacíos al lado del fregadero para lavarlos. Después, juntó dos baberos llenos de la sustancia correspondiente, ya reseca, y le siguieron unos cuantos pañitos, también sucios. La boca de la niña era una auténtica fábrica de materia semilíquida.

—No te preocupes. Me lo he pasado bien.

Al parecer, me había convertido en una persona demasiado amable como para pedirle que no dijera gilipolleces. No pude evitar levantar las cejas por la sorpresa.

—Te lo digo de verdad, Eric: lo he pasado bien —insistió.

—De acuerdo. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Solo siéntate y hazme compañía. —Lleno la pila con agua caliente y espumosa de lavavajillas y se puso a limpiar concienzudamente las botellas, las tetinas y todos los demás instrumentos. Después lo metió todo en el esterilizador que, a su vez, se colocaba en el microondas. ¡Cómo si yo pudiera quedarme sentado mientras ella trabajaba! Me puse a pasear a su alrededor como un león enjaulado, intentando encontrar algo que hacer.

—¿Meto esto en el cesto de la ropa sucia del baño? —pregunté, agarrando los paños y los baberos.

—Sí, gracias.

Ada se había quedado frita en el coche mientras regresábamos. Se removió un poco cuando la sacamos del cochecito, pero afortunadamente no perdió el sueño al dejarla en la cuna. Todo ese ruido, la gente y el jaleo, al parecer, había sido demasiado para ella, estaba agotada. Tras su intervención, tan reveladora, Jean se había llevado aparte a Nell, le había dado un abrazo y después habían hablado un rato. Afortunadamente, su amistad no se había resentido. Y yo sobreviviría. Nell tenía tendencia a pensar que sabía lo que más le convenía a la gente a la que tenía aprecio, pero Jean era perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones. ¡Y era estupendo que hubiera dejado muy claro delante de todo el mundo que me había escogido a mí!

Me costaba decidir si quería hablar de ello o no. Había sido un día infernal. Todavía estaba intentando hacerme a la idea de los cambios, de lo que significaba todo lo que había pasado. No sabía si el hecho de que todo el mundo supiera lo que había entre Jean y yo suponía algo o no. Y no digamos que Nell entrase de lleno en la ecuación... y lo que pudiera estar tramando hacer contra mí. Solo de pensarlo se me ponían los pelos de punta y me entraba dolor de cabeza.

Mientras colocaba el esterilizador en el microondas, metí los paños y los baberos en la bolsa de ropa para lavar, tiré a la basura los pañales sucios y me lavé las manos concienzudamente. Ella terminó de secar los cacharros y vació el fregadero.

—¿Quieres que coloque esto en algún sitio concreto? —pregunté, señalando las bolsas donde guardaba las cosas de la niña. Era una pregunta casi retórica: sabía que sí, pero no me acordaba del lugar específico.

—En ese rincón, por favor.

Trabajamos en silencio, colocándolo todo. Era algo tranquilo, agradable, pacífico, lo mejor después de una situación dramática como la que habíamos vivido en casa de Mal. Estos días, el apartamento de Jean estaba perfectamente organizado. Iba recobrando día a día su pasión por el orden y el control, rincón a rincón, estantería a estantería, habitación a habitación. Ahora, y la mayor parte del tiempo, cada cosa estaba en su sitio y había un sitio para cada cosa. La verdad es que compartíamos esa predilección, a los dos nos gustaba que lo que nos rodeaba estuviera bien organizado. Habría que esperar y ver el tiempo que se mantendría ese orden, hasta que Ada empezara a gatear y después a tambalearse

y andar.

—¿Tienes hambre? —preguntó

Negué con la cabeza.

—¿Y tú?

—No, la verdad es que no. Han sacado un montón de comida.

—Sí, tienen la costumbre de hacerlo todo a lo grande.

Se mordisqueó la uña del dedo gordo, señal indudable de que estaba nerviosa.

—¿Te importaría decirme qué te ronda por la cabeza?

Volvió a colocarse junto a la encimera de la cocina y empezó a hablar en tono bajo.

—Creo que todavía estoy un poco avergonzada por cómo se ha desarrollado todo esto. No es que me importe que la gente lo sepa, no se trata de eso. La verdad es que no tiene la menor importancia, dado que... —Se interrumpió y negó con la cabeza—. A lo que me refiero es a la escenita que se montó, ¡y delante de ellos, por Dios! ¿Qué pensarán de mí? ¡*Stage Dive*, nada menos! En mi habitación tenía carteles del grupo. Y, encima, por culpa mía, apenas tuviste la oportunidad de charlar con ellos, que son amigos tuyos.

—¡Oye, si el gilipollas de Mal y Nell no hubieran metido las narices donde no debían, no habría pasado nada!

—Mmm.

—Además, si no le hubieras caído bien al imbécil del rubio, no te habría provocado de esa manera —afirmé—. Quiero decir que no habría jugado a hacer de casamentero con nosotros o lo que fuera que quisiera hacer porque, aunque lo conozco desde pequeño, me cae bien y tiene buen fondo, la verdad es que está como una cabra saltarina.

—¿Y eso es lo que le hace a la gente que le gusta? —preguntó, abriendo los ojos como platos.

—Seguro que no te apetece saber cómo se comporta con la gente que no le gusta o a la que odia —dije, sonriendo sombríamente—. Se podría decir que prácticamente los lleva a la tumba.

—¡Caray!

—Siento que todo esto haya producido fricciones entre Nell y tú. No es justo para ti que te juzgue en función de la opinión que tiene de mí. El problema debería ser solo mío, no tuyo.

—Eric —empezó Jean, poniendo los brazos en jarras—, eres mi mejor amigo y eso es lo que le he dicho a Nell. Fin de la historia. —Mi corazón se estremeció de placer cuando escuché esas palabras. pero Jean suspiró y negó con la cabeza—. Además, en estos momentos tengo otras preocupaciones y otras cosas en la vida como para estar pendiente de si Nell aprueba o no mi conducta.

—¿Otras preocupaciones y otras cosas? —pregunté, frunciendo el ceño.

Primero pestañeó, después sonrió.

—Exactamente —dijo, acercándose a mí—. Otras cosas. —Me rodeó el cuello con los brazos y se inclinó sobre mí—. Vamos a ver: si todo el mundo, y hablo literalmente, va a saber que somos amigos con privilegios, porque no me extrañaría nada que ese psicópata de Mal lo aireara en su próxima entrevista, entonces quiero hacer uso de mis privilegios. —Puse las manos en sus caderas y arqueó el cuello, presentándolo ante mí. Su aroma cálido, el aroma de mi chica, me inundó y empecé a besarla—. Eso está bien para empezar. Sigue por ese camino.

No pude evitar sonreír mientras deslizaba las manos bajo su top.

—Jean, esto que te voy a decir, que quede entre tú y yo, por favor. Estate tranquila: a no ser que me dijeras con toda claridad que parara, ni se me ocurriría hacerlo. Ni hoy ni mañana ni nunca.

—A ver si es verdad.

Me acarició los hombros con los dedos. Fuera nuestra relación la que fuese, tuve muy claro que no podía considerarse trivial o un simple entretenimiento. No después de cómo me defendió delante de Nell. Tampoco al notar cómo apretaba su cuerpo contra el mío.

Pensé que tenía que empezar a empaparme de cuál era la forma en la que había que dirigirse a una novia, y utilizarla pronto. Solo para asegurarme de que las cosas entre nosotros seguían su curso natural.

Centré la atención en su boca y empecé a besarla sin tregua. Me pareció que mi lengua se sentía entre sus labios como en su propia casa o, más bien, camino de ella. Y, ya dentro, recorría la dentadura y acariciaba a su compañera de fatigas y saliva. Gimió y me tragué ese sonido, enterrándolo muy dentro de mí. Besar a esta mujer se había convertido en una de mis actividades favoritas.

—Y, ahora, por lo que respecta a la tercera base... —susurré, mientras le desabrochaba el botón de los pantalones y se los bajaba por los muslos.

—¿Qué pasa con ella?

—Me encantan esos pantis rojos. —Me arrodillé y la ayudé a que se quitara los zapatos, las medias y todo lo demás. No sé si os habréis dado cuenta de que el objetivo era que estuviera desnuda de cintura para abajo.

Tenía un coñito precioso. Pelo oscuro y los labios rosados. Me apetecía mucho decirle guarradas, pero me quedé sin palabras. La llené de besos por todas sus partes y le aparté la mano cuando intentó cubrirse la cicatriz de la cesárea de Ada. El ruido de disgusto que emitió desapareció enseguida, en cuanto la besé el monte de Venus. Al aspirar su aroma, literalmente se me hizo la boca agua.

—Las manos en la encimera —ordené.

Cuando lo hizo, coloqué una de las piernas sobre mi hombro, abriéndola para mí. Cuando se trata de esto y se quiere hacer bien, tener un buen acceso es fundamental. Con una mano sujetándole el muslo y la otra acariciándole los labios, empecé a chupar. Lametones largos y profundos a los labios, y después jugueteo con la puntita del clítoris. En seguida me gratificó con una humedad abundante, así que la abrí con los dedos, y ahí estaba el fruto. Atendí a todos los puntos de su sexo, sin dejarme ninguno en el tintero. Sus gemidos se fueron haciendo cada vez más audibles y también noté cómo tensaba los músculos.

—¡Chsss! Jean, no tan alto, que vas a despertar a Ada.

—¡Dios, es verdad! —balbuceó—. Pero es que lo haces tan bien...

—Lo sé —aseveré, y no pude por menos que sonreír—. Ahora depende de ti que mantenga la práctica. Te das cuenta de tu responsabilidad, supongo...

—¡Deja de hablar! —Me acarició el pelo y empujó un poco. ¡Sí, mi general del sexo! Qué mandona...

Empecé a meter la lengua y, solo por diversión, fui acercando el pulgar, absolutamente mojado, hacia su culo. Noté que se estremecía y que contenía el aliento, pero no me detuvo. O sea, que le gustaba. Un montón. Apretó las caderas contra mi cabeza, con los músculos a punto de estallar de la tensión. Me hubiera pasado horas así, comiéndomela entera, pero ya habría otras ocasiones. Era momento de que llegara. Con el pulgar jugueteando en el culo, me concentré en el clítoris, chupando y lamiendo, y aumentando el ritmo. Escuché ruidos extraños procedentes de su garganta, y ahora apretó la pelvis hacia delante, contra la boca.

La verdad es que su sexo se adaptaba a mis labios y mi lengua como si estuviera hecho para ellos.

Llegó al orgasmo con un gemido gutural, profundo. Le tembló todo el cuerpo, rodillas incluídas, y yo la sujeté con fuerza. La verdad es que fue perfecto para mí y esperaba, sobre todo, que para ella también. ¡Hasta se las apañó para no hacer mucho ruido! Tomé nota mental para felicitarla después por el logro. Antes, lo de evitar hacer ruido al practicar el sexo no me preocupaba ni lo más mínimo, pero ahora se había convertido en una prioridad. Y hasta me hacía pensar en cómo sería en el futuro, cuando no nos importara ser ruidosos. Imaginé que, a mayor descontrol, mayor disfrute.

¡Sería divertido, vaya que sí!

—Te toca a ti —dijo Jean, que todavía respiraba pesadamente.

—Pues creo que voy bastante por delante —dije, chupándome la mano; inmediatamente, le quité el top y lo mismo empecé a hacer con el sujetador. Tiré, tiré... ¡y fuera! ¡Ah, los pechos, qué maravilla!—. Esta encimera tiene la altura perfecta, Jean.

—¿Estás seguro?

—¡Y tanto! —confirmé—. Pero, bueno, déjame que lo compruebe, solo para estar seguro.

Me desabrochó el último botón de la camisa y me la sacó por la cabeza. Después, no se por qué razón, se la puso ella.

—¡Con el magnífico trabajo que he hecho desnudándote! —me lamenté.

—Dejaré los botones desabrochados.

—Espera un segundo —dije, y me incorporé para levantarle la barbilla y mirarla a los ojos—. Cariño, ¿es por la cicatriz de la tripa? Antes me di cuenta de que intentaste cubrirla. No tienes por qué hacer eso, de verdad.

Se encogió ligeramente de hombros antes de hablar.

—Me he puesto la camisa porque huele a ti.

—Oye, me resulta difícil decir cosas coherentes cuando la tengo así de dura, pero...

Miró hacia abajo.

—¡Es impresionante!

—Ya te he dicho varias veces que eres perfecta, ¿verdad? —¡Tenía unos ojos preciosos! Y las tetas eran todavía mejores, pero hice lo que pude para mirarla

fijamente.

—No, no lo soy —dijo—. De todas formas, te agradezco que me lo digas.

¿Acaso estaba loca? Porque en el apartamento había espejos en los que podía mirarse. Le di un beso rápido mientras ella se afanaba con el cinturón y todo lo demás. Había metido un condón en el bolsillo de atrás, por si acaso, lo cual demostraba que, en el conjunto que formábamos, no era ella la única persona organizada y previsor. Cuando de lo que se trataba era de tener relaciones sexuales con Jean, intentaba tener en cuenta todos los detalles, hasta los más mínimos. Quitó el envoltorio, y justo a tiempo, por cierto. Me estaba bajando los calzoncillos, y unas manos muy delicadas empezaron a acariciarme la polla y a darle golpecitos. Ya estaba dura, me pareció que iba a estallar.

—La tienes un poco más ancha de lo normal —dijo, y me miró fijamente.

—¿Ah, sí?

—Mmm. Me gusta. —Se inclinó para darme un beso—. ¿Sabes una cosa? A veces pienso en esto. En ti y en mí... desnudos.

—Pues yo estoy pensando constantemente en tu coñito.

Se rio. ¡Me encantaba su risa!

Abrí un poco las piernas para que pudiera agarrarme los huevos. ¡Madre mía, qué bien utilizaba las manos! No paraba de masajear y acariciarme el escroto, con suavidad, pero con energía. Estaba en el séptimo cielo. Tensé los músculos de las nalgas y apreté, incapaz de contenerme, y sin ningunas ganas de hacerlo.

—Jean...

—¿Quieres que te haga un francés?

—Dejemos eso para otro día. —Le separé las manos de la zona y estiré el condón—. Ahora tenemos una cita con esta encimera.

Me fastidiaba que llevara puesta la camisa. Sería una pena, pero si insistía en ponerse mis camisas mientras follábamos, tendría que deshacerme de todas para evitarlo. Pero, ahora que me fijaba, la forma como se abría y dejaba ver sus pechos era un verdadero sueño hecho realidad, un sueño húmedo, por supuesto. ¿No lo habría hecho para torturarme? Ahora le veía un pezón, ahora el otro, ahora estaban escondidos... ¡y ahora uno me frotaba el pecho!

La agarré por la cintura, la levanté y la coloqué de modo que tuviera apoyado el culo sobre el borde de la encimera para ponerse en posición. Me rodeó con las piernas, la penetré y empecé a empujar. No os lo creeréis, pero me pareció ver a

Dios. Follar con Jean era como darse un paseo por la gloria. Yo iba fuerte y ella suave; notaba su calor y su humedad mientras me recibía muy adentro. Con las manos apoyadas en la encimera, por detrás del cuerpo, y la cabeza también inclinada, la camisa se abrió del todo, así que se acabó el juegucito de ahora sí, ahora no, que me estaba volviendo loco. Y es que cuando empecé a empujar a buen ritmo, la visión de sus maravillosos pechos balanceándose fue algo inenarrable.

Por cierto, había acertado plenamente con lo de la encimera. ¡Tenía la altura perfecta para estos menesteres! Tendría que comprarle a mi hermano, el constructor, una botella de algo especial, como regalo de agradecimiento. De momento, no le diría el porqué, pero lo haría.

—Eric, más fuerte —exigió, y obedecí.

Cada vez que me metía dentro de ella, me recibía apretándome, suave y húmeda. Después, al salir y volver a entrar, lanzaba un gemido increíble, era como si me golpeara directamente en los cojones, como una especie de ruido de tormenta. ¡Qué bárbaro! Normalmente, ir tan rápido no era un problema. Me enorgullecía el hecho de poder mantener el ritmo toda una noche, si hacía falta, pero con Jean perdía el control. Miré alrededor desesperadamente para intentar distraerme con algo y no acabar antes de tiempo. No necesito decir que me resultaba muy difícil. Tenía que pensar en algo lo suficientemente aburrido como para calmar un poco la excitación que me inundaba, aunque también lo suficientemente importante como para enfocarme en ello, a pesar de la sensación de éxtasis que excitaba todas mis terminaciones nerviosas. Tampoco demasiado preocupante como para que redujera la calidad de mis prestaciones. Lo dicho, una tarea nada fácil. Pensé en los resultados del bar durante los últimos meses. Las ventas de los cócteles más caros habían subido bastante y pronto habría que reponer las existencias.

Jean volvió a jadear, esta vez con más potencia. Tenía los pezones mucho más oscuros y también más grandes y más duros. ¡Joder! Toda la lucidez que había logrado pensando en números y cócteles se evaporó en un instante. ¡Bienvenida, locura! Poco había tardado en regresar.

—No estoy segura de que esto vaya a durar mucho más.

Mi reputación se había hecho añicos.

—Te prometo que la próxima vez sí que durará mucho más —jadeé.

—Mmm. No te contengas.

Lo que pasaba era que ella también estaba muy cerca: la piel perlada de sudor y el pecho enrojecido. Me apretó más fuerte con las piernas y todavía más con el cuerpo. Piel contra piel, como si estuviéramos pegados. Pero, dada la cercanía de su anterior orgasmo, necesitaba un poco de ayuda. Moje el pulgar y lo deslicé por los jugos que cubrían los labios de su sexo. Seguro que el clítoris era tan perfecto como sus pezones, tan pequeño, tan redondo y tan duro. Le clavé los dedos en las caderas, creo que lo suficientemente fuerte como para dejarle marcas, pero no importaba, pues serviría para mantener el ritmo de sexo duro que ambos queríamos.

De verdad, nunca había pensado que las cocinas fueran tan útiles.

Sentía electricidad por todo el cuerpo. Los dedos de los pies curvados y los músculos tensos. Solo un poco más. Abrió la boca y se quedó sin aliento. Sentí con todo el cuerpo cómo llegaba al orgasmo. Y fue como si la presión de los huevos y de las entrañas se liberara. Volví a penetrarla una vez, otra más, y allí se acabó todo. En mi vida había llegado al orgasmo con tanta intensidad.

El mundo desapareció. Y el cuerpo.

Era como si solo existiéramos Jean y yo, nuestros espíritus flotando por el cosmos. No os confundáis, nunca en mi vida me he considerado una persona espiritual, pero el sexo con Jean era como si me transportara a otro nivel sensorial. Al cielo, al nirvana, llamadlo como os parezca.

Acabé con la cabeza apoyada en su vientre desnudo. En algún momento debí salir de ella. Todo estaba borroso.

Ella suspiró de felicidad.

—Ha sido...

Alcé la cabeza y la miré a los ojos, todavía un poco turbios.

—¿Cómo ha sido, preciosa?

—Pues... un once, sin duda.

—¿De verdad?

—¡Y tan de verdad!

Me tocaba a mí suspirar. Todo estaba bien. A un nivel de once.

—¡Ha dicho mi nombre! —exclamé, completamente exultante—. ¿Es que no lo habéis escuchado?

Al día siguiente, Jean había vuelto a llevar a sus padres al Dive Bar. Ya había pasado la hora del almuerzo y yo estaba a punto de hacer mi descanso para comer algo. Justo cuando me acercaba a ellos andando tranquilamente, Ada balbuceó mi nombre.

Jean arrugó la frente.

—Ha dicho «eu» o algo así. Y tú no te llamas «eu». —Sus padres también me miraron con escepticismo.

—Ha pronunciado la e, eso está clarísimo, no se puede negar —sostuve, sin dejarme convencer. ¡Lo que pasaba era que todos estaban celosos!—. Es obvio que quería pronunciar mi nombre.

—Mamá, mamá, mamá, mamá, mamá —dijo Jean agarrándole el puñito a la niña.

—¡Deja de lavarle el cerebro a la pobrecita! —dije—. Ella sabe perfectamente a quién quiere más.

—¡Vaya cuelgue que tienes con la niña! —exclamó, dándome un beso en el culo. Bueno, en los *jeans*, pero en esa zona. Así que estábamos en fase de muestras públicas de afecto. Increíble.

—E de Eric —insistí—. Eso está bien, Ada. Eres una niña muy inteligente. Un auténtico genio infantil.

—¡Ni se te ocurra, Ada, tu primera palabra no puede ser el nombre de este viejo que huele a tigre! ¡No lo hagas! —Jean la besó en la mejilla—. Eres la niña de mamá, y punto.

Ada sonrió al escuchar y contemplar la discusión.

—Nos vamos al aeropuerto dentro de un rato —intervino Leah.

—¿A casa? —pregunté, intentando esquivar el puño de Ada, que al parecer tenía ganas de juerga.

—Sí —dijo Will, el padre de Jean—. Ha sido un viaje estupendo.

—Ahora hace mucho frío como para visitar los alrededores —dije—, pero la nieve también es bonita.

Jean se levantó de la silla y me dio un ligero apretón en el antebrazo.

—Eric, voy un momento al baño. Tenla en brazos hasta que vuelva, por favor.

—¡Encantado!

Sonrió y me pasó la mano por la espalda, manteniendo el contacto hasta que finalmente se alejó hacia los servicios. Tuve que resistir la tentación de retenerla.

No obstante, lo de ponerse a hacer travesuras delante de sus padres no me pareció procedente, en absoluto.

La noche anterior no me fui a casa. En principio, esa era mi intención, pero Jean me pidió que me quedara. Descubrí varias cosas, algunas buenas y otras no tanto. Entre las primeras, que no acaparaba el edredón, y entre las malas, que apretaba los pies contra mi piel ¡y siempre los tenía helados! En todo caso, dormí como un bebé, pero no de los que se despiertan a las dos de la mañana para pedir un biberón o llorando por lo que sea. La verdad es que nunca había sido partidario de quedarme a dormir en casa de mis amantes porque, una vez que se había acabado la diversión, ¿qué sentido tenía?

Pero con Jean no funcionaban las reglas habituales. Nunca fue así, desde que la conocí.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —preguntó Leah.

—¡Ah, gracias! —Me senté en el extremo de la silla, por si acaso se producía una emergencia y había que salir huyendo—. Entonces...

—Desde que vinimos, Jean nos ha hablado mucho de ti —afirmó Leah.

—¿Ah, sí?

Ada soltó un gritito y atacó mi camisa, intentando morderla con sus dientes recién estrenados. Afortunadamente, el anillo dental era un buen protector de incidencias. ¡Menudo invento! A pesar de ello, me echó encima una buena ración de babas, pero me daba igual. Mordisquear y babear eran sus actividades favoritas, imagino que las de todos los bebés. Estaba más que claro que se lo pasaba bien haciéndolo, así que, si ella era feliz, todos contentos.

Will cruzó los brazos sobre el pecho, bastante flaco, por cierto.

—Es una suerte que tenga amigos como Nell y tú, que tanto la ayudáis.

Le dirigí una leve sonrisa, pues no intuía por dónde iba a salir, y preferí tomar precauciones y no mostrarme muy expresivo.

—Pero criar a una niña implica muchísimo trabajo —dijo Leah—. Es magnífico ver lo bien que te llevas con Ada, y ella contigo.

¡Aquí venía! No abrí la boca.

—No tengo del todo claro qué tipo de relación tienes con mi hija, pero me da la impresión de que está empezando a depender mucho de ti. —Leah recolocó el posavasos de su bebida: vino blanco rebajado con soda, creo que le pegaba—. Lo que no queremos de ninguna manera es que vuelvan a hacerla daño.

Los dos me atravesaron con la mirada.

—Un momento —dije—. ¿Me estáis preguntando qué intenciones tengo con respecto a vuestra hija?

Ahora les tocó a ellos quedarse callados, pero no dejaron de mirarme de esa manera. Finalmente, la madre de Jean rompió el silencio.

—No, no —dijo la madre en tono suave—. Por lo que he podido entender, vuestra relación aún está comenzando y quizá eso sea lo mejor para todos.

Incluso teniendo en cuenta las conversaciones que había tenido con Jean, ni siquiera yo sabía hacia dónde se encaminaba nuestra relación, así que lo último que quería hacer era hablar de ello. Casi prefería tortura por inmersión que mantener esta charla tan complicada con sus padres.

—Bueno, seamos claros: lo que estamos intentando decirte es que queremos que Jean regrese a Florida —soltó Will, después suspiró.

—Con Ada, claro —remató Leah.

—Desde luego —coincidió Will—, queremos que las dos regresen a casa.

—¿Le habéis pedido que se vaya, que regrese? —Me quedé en blanco y sentí un pánico atroz—. ¡Por Dios! No tenía ni idea... Jean no me había dicho nada en absoluto de esto. Ni tampoco lo habéis mencionado vosotros hasta ahora.

La madre levantó la mano.

—Esperábamos que tú pudieras...

—¿Qué? ¿Intentar convencerla? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Estáis de broma? ¿Queréis que intente convencerla de que deje su actual hogar? ¿De que me deje?

—La familia es importante, Eric. Estamos seguros de que lo entiendes.

Negué con la cabeza, completamente desconcertado.

—Pues precisamente fue la familia la que propició que se marchara de Florida.

—Hemos cometido errores —dijo Leah—. Lo aceptamos, pero Ada es... es una maravilla. Tú lo sabes muy bien. Queremos formar parte de la vida de nuestra hija y de nuestra nieta. Queremos estar ahí, con ellas, ayudándolas.

—Me da la impresión de que hablar conmigo de esto a espaldas de Jean no es la mejor manera de recuperar su confianza.

—No es hablar a espaldas de Jean, más bien se trata de... —Se interrumpió y miró un instante a su marido—. Bueno, nos da la impresión de que eres un joven

muy decente y que, a la larga, quieres lo mejor para Jean y para Ada. Y es que ahora formas parte importante de su vida, pero... ¿tú crees que esto va a durar? Pasarán muchos años hasta que Ada vaya a la universidad —dijo—. Las dos necesitan asideros en la vida que siempre estén ahí, gente en la que se puedan apoyar para lo bueno y para lo malo. Los bebés son encantadores, ¿pero te ves lidiando con las rabetas de una cría pequeña?

No dije nada.

—Solo queremos lo mejor para ella, Eric. —Leah me dirigió una mirada paciente, lo cual hizo que me sintiera aún más molesto.

Me levanté y apreté a Ada contra mí.

—Disculpadme.

Ambos bajaron la cabeza, pero su malestar no me importó lo más mínimo. Era el momento de salir pitando de ahí, así que me volví de espaldas y me dirigí al mostrador del restaurante, donde estaba Lydia... ¡y Nell! ¡Vaya mala pata! ¡Y vaya día! Había empezado triunfal, pues dijera lo que dijera Jean y el resto, la primera palabra que había pronunciado Ada había sido mi nombre. Cuatro minutos después, estaba en el noveno círculo del infierno.

—¿Algo va mal? —preguntó el monstruo pelirrojo, extendiendo los brazos hacia Ada. Le pasé a la niña, pero respondí vagamente.

—No, nada.

—Entonces, ¿por qué pones cara de que alguien se hubiera hecho pis en tu botella favorita de *whisky* de malta? —preguntó Lydia. Al ladear la cabeza, la melena rubia, recogida en una cola de cabello, osciló.

—¡Dios! ¿De dónde sacas esas ideas tan asquerosas? —exclamé—. ¿Cómo se te pueden ocurrir tales barbaridades?

Ada balbuceó, dirigiéndose a Nell. Supongo que estaría diciendo algo importante, pero de chica a chica, porque no entendí absolutamente nada. Además, casi podía sentir las miradas de Leah y de Will traspasándome la espalda. Si lograra no volver a cruzar nunca una palabra más con ellos, la vida sería maravillosa. ¡Menuda charla sobre el rollo de que los niños crecen y los berrinches y toda esa mierda! ¡Pues claro que me daba cuenta de que Jean y Ada necesitaban personas que no las abandonaran! Ni que yo tuviera la idea de lanzarme a la carretera en plan *Easy Rider* o de echar a correr y no parar en meses, como *Forrest Gump*. Pero ¿de verdad que tenía que decidir, aquí y ahora,

si le abría una cuenta a Ada para financiarle la universidad?

¡Qué cosa más ridícula!

Mi experiencia real sobre relaciones estables con mujeres era mínima, para ser precisos, nula, pero, de todas maneras, me daba la impresión de que la cosa no iba de que nada más conocer a alguien tuvieras que planificar la vida juntos. Estas cosas necesitan su tiempo, primero había que conocerse y averiguar si la convivencia era posible. Solo había pasado una única noche en la cama con Jean, porque la que dormí en el suelo no contaba. Ya tendríamos tiempo de ver lo que pasaba. Lo último que necesitábamos, ninguno de los dos, era que sus padres nos presionaran. Sobre todo que no la presionaran a ella otra vez.

Pese a todo, sus palabras me habían afectado. Parecía que insinuaban que lo mejor que pudiera hacer por Jean y Ada fuera salir de sus vidas. Sentí una punzada de angustia en el estómago, no sé si porque la consideraba falsa o porque había posibilidades reales de que aquello fuera verdad.

—Mirad, me imagino que sois lo suficientemente mayorcitas como para haber averiguado que vuestros padres no son infalibles, que, como el resto de la gente, cometen errores —dije—, pero algunos padres parece que no aprenden nunca esa lección.

Nell y Lydia fruncieron el ceño a la vez, pero antes de que pudieran transformar el gesto en preguntas incómodas, Jean apareció a mi lado.

—¡Hola! —dijo, pero la sonrisa desapareció de su cara inmediatamente, en cuanto me miró—. Eric, ¿estás bien?

—Estoy perfectamente, cariño —respondí, besándole la parte lateral de la cabeza.

—Pues no lo parece. Al contrario, pareces enfadado —dijo—. ¿Qué te pasa?

—¿Habéis comido bien? —pregunté, tratando de desviar la conversación hacia cualquier otro tema. Al que fuera. La sola idea de que se marchara me trastornaba. Ni siquiera me atrevía a contemplar tal posibilidad: su apartamento vacío, Ada y ella viviendo lejos de mí, al otro lado del país. Era imposible, una idea estúpida y sin sentido. Le puse la mano en la parte de atrás del cuello, para acariciarle ese músculo que casi siempre tenía tenso. La toqué porque necesitaba sentir la conexión.

¿Pero y por qué no? Todo el mundo sabía que teníamos una relación. Si quería susurrarle tonterías al oído y besarla en público, podía hacerlo. Puede que

el acuerdo original consistiera en ser amigos con privilegios, pero desde entonces las cosas habían evolucionado. O, por lo menos, eso era lo que yo pensaba. Y me daba la impresión de que a Jean no le importaba que el afecto mutuo fuera público.

—¡Mierda! —masculló, e inmediatamente dirigió una mirada culpable a Ada—. Mis padres te han sugerido que me digas que me vaya a Florida, ¿a que sí?

Asentí, pero me dio un vuelco el corazón. Así que lo sabía, pero no me había dicho nada.

—Desde que volvimos a hablar han estado presionándome para que volviera.

Y yo no tenía ni idea. Me entró el pánico de nuevo y el corazón se me aceleró. Puede que tuviera que ir al médico.

—No me dijiste nada.

En ese momento podría haber dicho muchas cosas. Como, por ejemplo, que les había dicho que la idea era absurda, que había rehecho su vida aquí, pero se limitó a encogerse ligeramente de hombros.

—Voy a limpiar esa mesa —dijo Lydia, desapareciendo de escena de inmediato.

—¡Maldita sea! —dijo Jean entre dientes—. Siento de verdad que te hayan embarcado en esto. La verdad es que cuando se les mete algo en la cabeza suelen actuar de forma un tanto abrumadora.

—Ya lo he visto, sí —susurré—. ¿Pero estás considerando seriamente la posibilidad de volver?

—¿Quieren que regreses a casa? —preguntó Nell con los ojos como platos.

—Su casa está aquí —dije, agarrando a la niña. El hecho de que soltara a Ada sin protestar me demostró lo asombrada que estaba—. ¡Y quieren que se mude!

Jean suspiró, pero no dijo nada. No pude leer su expresión, me fue imposible adivinar lo que pensaba. Lo único evidente era que estaba enfadada con sus padres por haber intentado utilizarme para que la convenciera; no obstante, más allá de eso, ni la menor idea de qué era lo que pasaba por su cabeza.

Desde un punto de vista puramente racional, podía entender que quisiera volver a Florida, había pasado toda su vida allí. Obviamente, era la zona que mejor conocía y, probablemente, en la que se encontraba más a gusto. Pero también había superado un montón de dificultades para empezar de nuevo en Coeur d'Alene. Pensar en que decidiera irse me producía palpitaciones y sudores

fríos, la idea de perderlas de un golpe, a ella y a Ada... ¡Joder, pero si apenas acabábamos de empezar a estar bien, y ya pretendían que se fuera todo a la mierda! Volver a vivir como antes, sin Jean formando parte de mi vida, sin ver a Ada todos los días, contemplándola crecer minuto a minuto...

—Me... me voy a la cocina —dijo Nell lentamente. Seguramente le costaba asimilar que Jean y yo tuviéramos cosas que hablar sin testigos—. Tengo, eh... cosas que hacer. —Con el entrecejo muy arrugado, antes de desaparecer, nos echó a Jean y a mí una mirada algo confusa. Parecía como si ella y Jean aún tuvieran que solucionar algunas cosas después de la fiesta en casa de Mal. Lo cierto era que, si a Nell seguía sin gustarle cómo se estaban desarrollando los acontecimientos entre Jean y yo, ya no me importaba ni lo más mínimo, salvo por el hecho de que Jean sufriera. ¡Dios! Mira que eran complicadas las relaciones, sobre todo con los amigos y la familia. La mayor parte del tiempo había estado demasiado ocupado intentando dilucidar cómo podía ayudar más eficazmente a Jean y a Ada, así que no había dedicado ni un segundo a evaluar las consecuencias de si lo que hacía podría herir los sentimientos de los demás. Y menos cuando nada de eso era de su puta incumbencia.

Pero ahora que, por fin, Jean y yo podíamos estar a nuestro aire...

—¿Qué te parece lo de volverte a Florida? —pregunté—. Esa es la cuestión. Su duda me sentó como un puñetazo en el estómago.

—No lo sé. Incluso después de todo lo que ha pasado, lo cierto es que los echo de menos. Todos cometemos errores, ¿no es así?

—Por supuesto que sí, pero yo pensaba que aquí eras feliz.

No dijo nada.

—Jean, cariño...

Me dirigió esa preciosa mirada que me derretía.

—Eric, por favor... hablemos de esto más tarde. Tengo que llevar a mamá y a papá al aeropuerto.

—Sí, claro.

Agarró a Ada.

—Conduce con cuidado, ¿de acuerdo?

—Lo haré. —Me dedicó una sonrisa fugaz y se marchó de inmediato.

No pude evitar la horrible sensación de que estaba huyendo de mí.

Cuando, esa misma noche, fui a hablar con ella a su casa, todo estaba en

silencio. La toalla que colgaba en la puerta dejaba muy claro que las vías de comunicación estaban cortadas en ese momento. Me estaba evitando, lo vi más claro que el agua.

CAPÍTULO 17

En el mismo momento en el que Jean abrió la puerta, pasé a la acción sin perder un segundo.

—Mamá, te presento a Jean. Jean, es mi madre, Audrey. Tenía muchas ganas de conocer a Ada. Y a ti, por supuesto. ¿Es buen momento, no?

—Hola. —Jean se pasó la mano por el pelo, pues estaba recién levantada y lo tenía bastante revuelto—Eh...

Tras lanzarme una mirada perpleja, mamá sonrió débilmente.

—¡Encantada de conocerte!

No arrastré a mamá al interior del vestíbulo porque hubiera sido de muy mala educación, pero sí que la acompañé dentro del apartamento, dirigiéndome directamente a donde estaba Ada, en su manta y, como de costumbre, manoseando la tortuga de plástico blando.

—¿Lo ves, mamá? —pregunté—. ¿A que es preciosa?

—¡Desde luego! Es guapísima.

—Siéntate aquí, a su lado —indiqué—. Pasad un rato juntas. Seguro que os vais a llevar de maravilla.

Mi madre me miró, después miró a Jean y luego de nuevo a mí.

—Querido...

—No te importa, ¿verdad, Jean?

La chica abrió la boca para contestar, pero le costó un poco empezar a hacerlo.

—No... por supuesto. Es un placer conocerte, Audrey.

—Voy a hacer café —dije, encaminándome a la cocina—. ¿Hoy quieres azúcar o no, cariño?

Jean me dirigió una mirada rara. Supongo que porque aún estaba somnolienta.

—Algunos días prefiere no tomar azúcar porque le preocupa el peso que ganó cuando estaba embarazada —le expliqué a mi madre, al tiempo que negaba con la cabeza—. Qué locura, ¿verdad? Tiene un aspecto estupendo, ¿no te parece?

—Estás magnífica, querida —confirmó mamá, pasándose la lengua por los dientes, que era lo que hacía habitualmente cuando estaba pensando—. Eric, me habías dicho que Jean sabía que íbamos a venir a verlas esta mañana, tú y yo.

—¿Sí? —pregunté, recogiendo la cafetera.

—Sí.

—Ya. Pensaba que lo que en realidad te había dicho era que se lo iba a comentar, pero como anoche estaba la señal de la toalla, no pude...

—Está bien, no pasa nada —dijo Jean, sonriendo ahora con más firmeza. Más despierta.

¡Dios, estaba preciosa! Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no robarle un beso allí mismo, y me lo notó.

—Alerta de mal aliento mañanero —susurró.

—No me importa —dije sonriendo—. Y sabes el efecto que tiene sobre mí ese pijama de erizos.

Mamá se aclaró la garganta.

—Jean, no sabes lo que siento esta irrupción. Y, Eric, cariño, la verdad es que no está nada bien entrar en casa de nadie a las ocho de la mañana y sin avisar. Creía que te había educado mejor. Eso no se hace.

—Pero te morías por conocer a la niña y jugar con ella.

—Aún así —dijo mi madre, al tiempo que se arrodillaba para poder jugar con Ada—. Espero que no te importe que la salude un momento. Nos vamos enseguida, ¿de acuerdo?

—Será un placer que te quedes a tomar café, Audrey —dijo Jean—. No sabes lo que me alegro de conocerte.

—¿Ves? —dije, pese a no estar del todo seguro de que nadie me estuviera haciendo caso—. No hay ningún problema.

Jean me agarró del brazo.

—Vamos a hacer el café, Eric.

—Sí, vamos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó en voz baja mientras mamá empezaba a hablar con Ada, era más bien un monólogo, pero a mamá no parecía importarle.

—Bueno... —empecé—. Anoche leí en un libro lo importante que es que, para crear un ambiente seguro que favorezca el crecimiento de los niños, conviene exponerles a compañías intergeneracionales. Parecías preocupada por el hecho de que tus padres vivan tan lejos y eso... que no pudieran desarrollar una relación tan cercana como la que tú tuviste con tu abuela, así que pensé que... sería bueno que Ada y mi madre estuvieran juntas.

—¿De verdad que pensaste todo eso?

—Pues sí —dije, sonriendo orgullosamente—. Tendrías que ver a mi madre cada vez que voy por su casa. Siempre está igual: «¡Enséñame fotos de la niña!». Tengo la impresión de que yo ahora le importo un comino. Desde que nació Ada, solo me pregunta por ella: ni por mí ni por el bar ni por nada más. Sinceramente, me siento un poco abandonado.

Me pareció que Jean se relajaba, pues las arrugas de la frente casi desaparecieron.

—Me parece magnífico que quisiera conocer a la niña y estar con ella, pero... ¿a las ocho de la mañana?

—¿Es demasiado temprano?

—Un poquito, sí —contestó—. ¿Y no podías haberme avisado?

—Ayer por la noche tenías la toalla en la puerta y no quise molestarte.

—De acuerdo. —Suspiró—. Deja que me lave los dientes y que me vista, pero no hemos terminado de hablar de esto, que conste.

—¿De hablar de qué?

—Te presentas aquí casi de madrugada con tu madre, precisamente el día después de averiguar que mis padres quieren que me vuelva con ellos a Florida.

—Jean se cruzó de brazos—. ¿De verdad quieres que piense que es una casualidad, que no hay ninguna relación?

Imité su gesto.

—Lo que me ha tenido preocupado y despierto una gran parte de la noche no es lo que quieran o dejen de querer tus padres, cariño, sino tratar de adivinar qué es lo que tú quieres.

Fue como si algo, un espíritu o lo que fuera, saliera de ella en forma de

suspiro, de soplo de aire. Dejó caer ligeramente la barbilla y después los hombros. Después me abrazó muy, muy fuerte y dijo algo con la boca pegada a mi camisa, quizá me lo imaginara.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

En la sala de estar mamá lo hacía de maravilla, fingiendo que no estaba pendiente de nosotros. Ada empezó a protestar, así que la tomó en brazos y empezó a cantarle una canción antigua. No de Janis, por supuesto. Tendría que decirle después que Janis era la favorita de Ada.

—¿Jean?

—He dicho que... —Apoyó la barbilla en el pecho y levantó los ojos para mirarme—... la idea era que no fuéramos en serio.

—Sí, ya lo sé —dije, encogiéndome de hombros—, pero a veces es inevitable.

—¿Qué es inevitable? —gruñó.

Rodeándola con los brazos, apreté la frente contra la suya.

—¿Por eso te montaste sobre mí la otra noche en la encimera de la cocina? ¿Cuándo yo te estaba preguntando cosas acerca de tu vida, y tú me contestaste que solo querías que fuéramos amigos con privilegios? ¿Porque ya estabas pensando en Florida, y querías que la cosa no empezara a ir en serio?

Cerró los ojos con fuerza.

—Puede —admitió—. Fue muy frustrante que durante la fiesta saliera a la luz que tú y yo estábamos juntos, cuando, al mismo tiempo, estaba dándole vueltas a la idea de volver a Florida. Así que una parte de mí quería que lo nuestro fuera solo algo físico, divertido, y... ya. Eso haría que las cosas fueran mucho más sencillas.

—Sí. Mírame. No hay problema.

—¿No estás enfadado o molesto?

—¿No sería eso muy hipócrita por mi parte? —argüí—. Me he pasado la vida dejando claro que no voy en serio para que las cosas fueran más fáciles.

—Hum. —Por fin abrió los ojos—. Muy bien, lo entiendo y parece lógico; pero eso no es una respuesta a lo que te he preguntado.

—La pregunta importante es si tú quieres que la cosa siga sin ir en serio.

Apretó la oreja contra mi pecho, como si quisiera escuchar los latidos del corazón.

—Porque esto para mí ya no es solo una diversión, Jean, sino que ha pasado a ser muy serio. Quiero que lo sepas.

—Ada y yo vamos a vivir una gran aventura: ¡cambio de pañales! —anunció mamá con voz cantarina. Mucho más alegre de lo que el asunto requería, la verdad.

—A la derecha está la zona donde lo hacemos. Encontrarás todo lo que necesites —dijo—. Gracias, mamá.

—¡Pues allá que vamos!

La limpieza de la cagadita feliz de Ada también alegró a mi madre. Todo lo contrario que a mí, que procuraba evitar tal actividad siempre que me fuera posible.

—Tu madre debe pensar que soy muy rara —dijo Jean en voz baja.

—No. Yo creo que lo que está es enfadada conmigo por sacarla de la cama para que viniera a visitaros tan temprano y sin avisarte siquiera. Es un delito mayor contra los buenos modales —aclaré, apoyando la cabeza contra su pelo.

—Mmm.

—Apuesto cualquier cosa a que, la próxima Navidad, me prepara un buen plato de brécol hervido. Quizá con un par de patatas para alegrarlo.

—Creo que tu madre me va a gustar mucho —conjeturó Jean sonriendo.

—Me alegro. —Respiré hondo—. ¿Lo nuestro es serio o no, cariño? ¿Qué me respondes?

—Cuando otras mujeres flirtean contigo en el bar, me dan ganas de comportarme violentamente —dijo, pronunciando despacio. Me dio la impresión de que escogía las palabras con gran prudencia—. Y si no te veo durante dos días seguidos, te echo de menos, muchísimo. La cosa no va solo de que el sexo contigo sea estupendo, de lo mucho que nos ayudas a Ada y a mí y de todas esas cosas, echo de menos hablar contigo, estar contigo.

—A mí me pasa igual.

—Pero, Eric, no te puedo dar una respuesta respecto a lo de Florida —dijo con voz contrita—. Me gustaría, pero no puedo. Hay pros y contras respecto a los dos sitios, ¿sabes? Lo que está claro es que papá y mamá no hubieran debido hablarte de ello. No estuvo bien. Pero se portaron de maravilla con Ada desde el principio y la niña enseguida se acostumbró a ellos, y se lo pasaba bien. Además, allí sigo teniendo algunos amigos.

—Lo entiendo.

El suspiro que soltó pareció hondo y preocupado.

—Por otro lado, me encanta este apartamento, te quiero a ti y también a Nell, y todos vuestros amigos se han portado conmigo magníficamente. Pero creo que papá y mamá tienen razón respecto a lo mucho que condicionan las dificultades de criar una niña, además van cambiando y se hacen mayores, según va creciendo la niña.

No dije una palabra. Prefería que lo soltara todo.

—También creo que he sido un poco ingenua porque el invierno aquí está siendo bastante más difícil de lo que pensaba. Muy bonito, por supuesto, pero también muy duro en muchos aspectos. Obliga a pasar mucho tiempo en casa y a abrigarte muchísimo para salir. Estoy segura de que, a largo plazo, terminaría estando bien en los dos sitios, pero lo que no tengo claro es dónde estaría mejor Ada.

—Tienes toda la razón —intervine, cuando vi que su pausa se alargaba un poco más de lo normal—. Pero tampoco hay prisa para tomar una decisión, ¿no? —pregunté—. Puedes tomarte tu tiempo, ver cómo te encuentras, cómo le va a Ada y cómo se van desarrollando las cosas.

—Sí, claro. —Me abrazó más fuerte al escuchar una voz que cantaba feliz al otro lado del vestíbulo—. Eric, ¿tu madre está cantando una canción... sobre cacas de niños?

—Sí. Eso es, lo creas o no.

—¡Guau! Creo que la quiero.

Jean me besó en la barbilla sin afeitado y después en el cuello y en el pecho, mientras yo estaba tumbado de espaldas en su cama. Un sitio excelente, el mejor en el que podría estar en ese momento. Cuando los niños se quedan dormidos, les toca jugar a los adultos, si eso significa travesuras sexuales a media mañana, por mí estupendo. No tenía muy claro en qué estaba pensando Jean, ni si el sexo era una manera de evitar tomar decisiones importantes, pero yo estaba empezando a pensar que lo importante de verdad era saber dónde tenía yo mi propia cabeza, lo tenía absolutamente claro, así que me relajé y me dediqué exclusivamente a disfrutar de sus atenciones.

—Todavía no me puedo creer que hayas hecho venir aquí a tu pobre madre

casi al amanecer —murmuró.

—No hablemos de mi madre cuando estoy desnudo. ¡Un poco de respeto!

—Hum. —En sus ojos apareció un brillo de humor.

—Por favor.

—Bueno, una vez dicha la palabra mágica, está bien. —Empezó a acariciarme alrededor del pene, bastante ansioso ya, me empezó a dar vueltas la cabeza. También deslizó la otra mano por el pecho.

—¡Vas a terminar matándome!

Me dirigió una sonrisa a medias entre la maldad y la diversión. ¡Bruja!

Básicamente, estar en la cama con Jean era como trasladarse a la celebración de la Navidad, de mi cumpleaños o de cualquier otro evento feliz que correspondiera por las fechas. Me coloqué otra almohada sobre la cabeza para poder contemplar lo que me iba a hacer, fuera lo que fuese. En este momento se trataba de acariciarme despacito el hueso de la cadera. Me moví, algo inquieto, contuve la respiración y apretó más con los dedos. Claramente, estaba jugando conmigo.

—¡Así que tienes cosquillas! —dijo riendo.

—No.

—Mentiroso. Bueno, ya te lo demostraré en otro momento.

Me quedé mirándola.

—Sí, es que ahora tengo otros planes —explicó.

¡Qué bien! Y es que eso de que me hicieran cosquillas no era de mis cosas favoritas. Sin embargo, el que los maravillosos labios de Jean juguetearan en las cercanías de mi polla seguramente sí que lo era. Tenía en la punta de la lengua decirle que la amaba o cualquier otra locura. Y no es que fuera ninguna mentira, pero hacerlo justo en este momento habría resultado muy fuera de lugar. No debía contarle todos mis secretos, aunque la verdad es que ella ya conocía la mayoría de ellos. A lo que estamos: me quedé callado fundamentalmente porque empezó a lamerme el glande y eso eran ya palabras mayores.

Se mojó los labios con el líquido preseminal y os aseguro que ronroneó.

—Está salado.

—Me encanta estar así contigo. —Otra vez quería decir que la amaba, pero lo evité en el último momento. ¡Bien hecho! —Sí, esto es... magnífico, de verdad.

—¿Magnífico? —repitió, arqueando las cejas—. Vas a comprobar enseguida

lo que es magnífico.

Y lo comprobé.

Me empezó a lamer la polla como si fuera de su propiedad. Bueno, el hecho es que lo era. La lengua y los labios ansiosos, y también una pequeña ración de dientes. Cada vez me iba poniendo más a tono. ¡Creo que no se me había puesto tan dura en toda mi vida! Además, me tocaba los testículos con dedos hábiles, deteniéndose de vez en cuando, lo cual me excitaba todavía más. Después empezó a acariciarme el perineo, llegando en algún momento muy cerca del orificio anal. En un momento dado me incorporé para mirar, pero puse los ojos en blanco y los cerré. Demasiadas emociones.

—Jean, cariño —dije, con la voz profunda y ronca.

—¿Es suficientemente magnífico, Eric?

—¡Joder, claro que sí!

Empezó a lamermme las venas del pene, deteniéndose a jugar con la base del glande. Después se la metió en la boca hasta muy adentro, antes de dar otro gran lametón. Se me pusieron también durísimos los músculos del estómago y de los muslos. Y el escroto era como si fuera a hervir, igual que la sangre de todo el cuerpo. Entonces, cuando estaba a punto de llegar al orgasmo, sacó un condón de no se dónde y me la envolvió. Se montó sobre mí e hizo que penetrara en su coño, húmedo y palpitante.

Intenté decir algo para felicitarla por la idea, pero no fui capaz.

Durante muchos años había estado en la cama con montones de mujeres, pero ninguna de ellas le llegaba a Jean a la altura ni de los pies. La forma en la que me cabalgó, apretando las rodillas contra el colchón, me lo dio absolutamente todo. También clavó las uñas en el pecho, mirándome con ojos turbios y anhelantes. Mientras entraba y salía, susurraba mi nombre. La agarré de las caderas y la guié, aunque la verdad es que no hacía ninguna falta. Jean lo tenía todo bajo control, incluyéndome a mí.

Me alegré de que chupármela la hubiera puesto tan caliente. Y es que ya apenas podía contenerme para esperarla. Mi destreza sexual se había quedado en nada. Justo cuando noté que su cuerpo se empezaba a tensar alrededor del mío, echó la espalda de repente hacía atrás, haciendo botar sus espectaculares tetas, y me corrí. No solo salió semen: también emociones y sensaciones, formando un torrente inigualablemente placentero, desbordante. Mi cuerpo se llenó de

electricidad y estoy seguro de que los nervios de mi cabeza sufrieron un cortocircuito. Me dejé ir por completo y ella hizo lo mismo, desplomándose sobre mi pecho.

Cuando me recuperé un poco, la habitación estaba llena de ese olor a sexo y a sudor tan familiar, tan extraordinario. Agarré una manta y la tapé para que no quedara fría. Por supuesto, la abracé con fuerza.

—Magnífico —jadeó, sin apenas poder respirar—. Te eché de menos ayer por la noche.

¡Anda! Y, entonces, ¿por qué dejaste la toalla en la puerta? Miré al techo intentando descubrir la respuesta, pero no llegue muy lejos. Escogí la concisión.

—Yo también.

—Para variar, nos dormimos pronto, pero luego me desperté... —Apretó los labios contra mi pecho. Después, como si fuera lo más natural del mundo, dijo lo que dijo—. ¿Qué te parecería tener una llave? ¿Sería raro?

—¿De verdad quieres darme una llave de tu casa?

—Eso haría las cosas más fáciles —afirmó, encogiéndose de hombros.

—Sí, claro que sí. Pero solo si quieres que duerma aquí.

—Tú también tendrías que querer.

—Bueno, suena muy tentador... —dije sonriendo.

—Eric, sabes perfectamente lo que quiero decir. —Se removió un poco. Noté su incomodidad—. Me apetece que estés aquí.

—¿Y quieres que duerma contigo todas las noches o qué?

Tras unos segundos de duda, afirmó con la cabeza.

—Me siento mucho mejor cuando tú estás con nosotras, conmigo. Además, facilitaría mucho el asunto del sexo, ¿no?

—Pues sí, claro —asentí con lentitud.

—Tampoco es para tanto. —Lo dijo un poco a la defensiva.

Esta vez me callé.

—Bueno, antes de que te vayas te daré una de las llaves que sobran.

Del otro lado del vestíbulo llegó el típico aviso de Ada, indicándonos que estaba despierta, parecía un grito de guerra, lo que hizo que acabara de raíz, y con enorme efectividad, la conversación que estábamos teniendo acerca del nuevo estatus de nuestra relación. Nunca en la historia había aceptado una llave ofrecida por una mujer. Alguna que otra me la había ofrecido, pero siempre la

había rechazado. Sin duda, era un paso más en la escalera del compromiso y yo, en ese aspecto, siempre había preferido mantener los pies bien pegados al suelo.

—Bueno, pues ya empezamos —dijo Jean, separándose de mí para echar un vistazo al teléfono móvil que estaba en la mesita de noche—. No es mal momento, porque mamá dice que quiere llamarnos por Skype para leerle a Ada un libro que ha sacado de la biblioteca.

—A ver, deja que lo adivine. ¿*Matar a un ruiseñor*? ¡Espera, no! Seguro que es de Shakespeare. —Sonreí—. ¿A que acierto?

—¡Pues claro! —Me miró por encima del hombro y sonrió—. Supongo que empezaremos con algo ligero, tipo *Macbeth*, e iremos ascendiendo en profundidad poco a poco.

—En el instituto no me gustaba nada la clase de literatura. Dile a Ada que lo siento. Voy a prepararme para ir a trabajar.

—¿Nos vemos después?

Asentí.

—Tienes que saber que nunca he aceptado antes una llave de una mujer.

Se volvió a encoger de hombros. No sé si es que yo estaba empezando a adivinar mejor lo que estaba pensando o que ella estaba haciéndolo fatal intentando mantener la guardia alta, pero estaba seguro de que la cosa también era importante para ella. Un momento clave. Se puso la ropa con movimientos un tanto torpes, evitando mirarme en todo momento.

—Las cosas cambian. —No sabría decir si se refería a la llave, a mí o a ambos.

—No cabe duda. ¿Es la primera vez que le das la llave de tu casa a un hombre?

Arrugó un poco la frente.

—En serio, tampoco es para tanto.

—A ver, recapitulemos. Te sientes mucho mejor cuando yo estoy aquí y quieres que duerma contigo todas las noches —resumí al tiempo que me levantaba de la cama, estirándome un poco antes de recoger los calzoncillos y los pantalones—. Cariño, por supuesto que es para tanto. Básicamente, vamos a vivir juntos.

Silencio.

—Y yo lo estoy deseando. Lo único que quiero es estar seguro de que tú

también —dije—. Porque sí que es importante, créeme.

—Sí. —Se sujetó el pelo en una cola de caballo, quizá apretando la goma con algo más de fuerza de lo que era necesario—. Es lo que quiero.

—De acuerdo. Y ahora quiero asegurarme también de que, hablando de lectura, vamos por la misma página del libro... —Pasé al otro lado de la cama y la sujeté contra la pared para que no pudiera escabullirse.

—¿Qué...?

—Me vas a dar la llave de tu casa —afirmé, sujetándole las manos y mirándola fijamente a esos profundos ojos azules—. Las llaves de la casa de la que te vas a marchar.

Frunció profundamente el ceño y se mordió el labio.

—Lo sé —dijo en voz muy baja—. No tengo la intención de jugar contigo, te lo juro. —Me miró y creí ver angustia en sus ojos—. Lo que pasa es que es complicado.

—No —dije, negando con la cabeza—, es muy simple. —Moví la boca hacia la de ella y continué en un susurró—. Yo voy contigo allá donde tú vayas.

Al principio la besé con suavidad, con tranquilidad, animándola a relajarse y a que se abriera a mí. Después fui más allá, e introduje la lengua en su boca. Todas las veces me pasaba lo mismo. Era un torrente de sentimientos y de sensaciones. No paramos hasta que me rodeó el cuello con los brazos y yo le sujeté las caderas con fuerza. No quería que se alejara de mí. Nunca.

Apoyó la cabeza sobre mi hombro, acercándose mucho.

—Esto me asusta. Tú me asustas.

—Cariño, lo único que pasa es que estoy abrazado a ti.

Soltó un gruñido.

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí, lo sé. —Le besé la cabeza—. Pero lo vamos a solucionar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Ada gritó enfadadísima porque la estábamos haciendo esperar y Jean aprovechó la oportunidad para escaparse, no sin lanzarme una última mirada de preocupación. De momento, no me preguntéis por qué pero no podía dejar de sonreír.

—¿Esto va en serio?

Asentí con la copa en la mano.

—No puede ir más en serio.

—Ya.

Un par de días más tarde, mi hermano y yo estábamos sentados en sendas banquetas de la barra del restaurante-bar Lakeside. Básicamente, lo que estábamos haciendo era espiar. No para ver qué tal le iba a la competencia, sino para intentar averiguar cómo gestionaba el establecimiento la gente que tenía la intención de comprar el Dive Bar. Para ser sinceros, la cosa no me impresionó.

—Tiene buena pinta —dijo Joe, dando un sorbo a su cerveza de barril.

—Casi un centímetro más de espuma de la que debiera.

—Es verdad.

Miré mi margarita con algo de resentimiento.

—Han utilizado limón en vez de lima para decorar. Y encima está pasado y descolorido.

—¿Qué tal sabe?

—Demasiado fuerte para un margarita —protesté.

Eso sí, en la chimenea, grande y bonita, las llamas eran magníficas. Y la vista del lago a través de los ventanales, que iban del suelo al techo, resultaba realmente espectacular. Mesas muy nuevas, sillas modernas y cómodas y algunos sofás en las esquinas. En las paredes, pinturas locales modernas y muy bien enmarcadas. Para compensar, el estúpido que atendía la barra estaba casi dormitando, en lugar de preocuparse de los clientes. Me incorporé para echar un vistazo detrás: faltaba hielo y no habría estado de más una buena limpieza con un paño limpio. ¡Qué vago!

Después estaba el conjunto del bar. Las botellas de las estanterías parecían sacadas de un catálogo. Una especie de lista de la compra acerca de lo que debe haber en un bar que se precie. Agucé la vista. La mayor parte de las botellas no estaban ni siquiera abiertas, así que su presencia era puramente decorativa, sin ninguna personalidad. Eso era lo peor del mundo: un bar llevado por gente que no apreciaba la bebida.

¡Maldita sea! El sitio tendría que haberme gustado. Todo sería más fácil si el sitio me hubiera gustado.

Joe me llamó la atención acerca de un par de camareras que charlaban tranquilamente de sus cosas, de espaldas a las mesas, mientras una clienta

intentaba llamar su atención, incluso agitando la mano. ¡Ni que atender a los clientes fuera tan complicado! Quién estaría al cargo, qué era lo que estaba haciendo: al parecer, cualquier cosa excepto trabajar.

Agarré un puñado de frutos secos y me los fui metiendo en la boca uno a uno.

—¿Qué te parece? —preguntó Joe.

—Pásame esa carta, por favor. —Así lo hizo y le eché un vistazo—. Demasiado caro para lo que tienen en las estanterías.

—Ya sabía yo que el sitio no te iba a gustar nada —espetó mi hermano medio gruñendo.

—Al personal no le gusta trabajar aquí —dije—. No les importa una mierda el sitio.

—Puede que hayamos venido un día de poca animación.

—No sienten orgullo por su trabajo. Es deprimente. —Ahora me tocaba gruñir a mí.

—Pues entonces piensa en la cantidad de dinero que quieren pagarte y sonríe. Todo el mundo encontrará trabajo. No es el fin del mundo —reflexionó Joe, rascándose la barba—. De todas formas, todavía no me puedo creer que estés pensando en serio en marcharte.

—Cosas de mierda que pasan a veces.

—¡Qué reflexión tan bonita! —exclamó mi hermano riendo.

—Ella es mi chica, la de verdad —espeté—. ¿Qué quieres que te diga?

Se limitó a sonreír, lo cual solo logró que me irritara aún más.

—Solo dices eso porque tu vida social está en función de la mía, tristón.

—Bueno, hermano, está bien —suspiró—. No digo nada. Vete a Florida, si es tu decisión. Si no lo haces, a lo mejor te sale un sarpullido en la polla.

—¡Encantador! —dije sonriendo aviesamente—. Pide un manhattan, por favor.

—¡Oye! —le gritó Joe al somnoliento camarero—. Un manhattan, gracias.

El chico se despertó desorientado, puede que hasta le enfadara un poco que lo hubiéramos despertado.

—Muy bien, enseguida.

—Si trabajara para mí, no duraría ni una semana. —Dejé a un lado el margarita—. Voy a tomar una paloma —dije en voz alta.

El chico entrecerró los ojos, pero después asintió.

—Seguro que va a tener que leer la receta —dije en voz baja.

—¡Eres un cabrón! —dijo Joe riendo—. A mí nadie me ha pedido eso nunca. ¿Qué es?

—Básicamente, tequila y mosto.

—Suenas asqueroso.

—Hay gente a la que le gusta. O, dicho de otra forma, hay gente para todo. —Me dejé caer un poco en la banqueta y comí más cacahuètes—. Odio la idea de que un extraño se haga cargo de mi barra.

—Lo sé, hermano, lo sé. —Me agarró del hombro y me lo apretó—. Pero podrías abrir otro.

—No conocería el sitio ni sabría a quién contratar.

—Lo conseguirías y lo harías bien, lo sabes. —Suspiró con fuerza—. ¿Cuál es el problema de verdad?

Me limité a fruncir el ceño.

—¿Te lo estás pensando dos veces?

—No —contesté—. Quiero a Jean y a Ada. Siempre que no estoy en el bar trabajando o en el gimnasio contigo, estoy con ellas. Ahora son mi vida, hermano, y eso está bien. Está muy bien. Puedo hablar con ella de cualquier cosa, ¿entiendes?

—¿Pero estás seguro de que eso es lo que quiere, que vendáis el Dive Bar para irte con ella?

—Pues la verdad es que no hemos entrado en detalles. He procurado evitarlo porque no quería meterle más presión. Ella lo único que quiere es estabilidad y llevar el tipo de vida que más le convenga a Ada —expliqué—. No pensaba que fuera a ser madre tan joven y sé que le preocupa mucho estropear las cosas. La verdad es que sus propios padres no son un buen ejemplo, aunque también es verdad que están haciendo un gran esfuerzo con Ada.

—Mmm.

—Pero no se le puede echar la culpa a Jean de querer ser una buena madre y poner a su hija en primer lugar a la hora de tomar decisiones —continué—. Ya veremos si decide que lo mejor para su hija es seguir viviendo aquí o regresar al sur.

—Parece lógico. —Me dio un golpe en la espalda, tan fuerte que por poco me caigo de la banqueta. ¡Será bruto!—. Ya veremos. Y si al final te vas, te voy a

echar de menos, hermano.

—¿Vas a llorar?

—¡Anda, cállate!

—Porque si tú lloraras, creo que yo también lo haría, de verdad. Sería muy bonito.

Me ignoró.

Ambos miramos durante un rato y en silencio al idiota que atendía la barra mientras perpetraba otros cócteles. ¡Madre mía, que individuo más incompetente! Tuve que controlarme bastante, por no decir mucho, para no saltar al otro lado y ponerme a prepararlos yo. Con él solo había dos alternativas: o enseñarle, si es que se dejaba, o despedirle. Me inclinaba por la segunda opción, pues no lo veía muy predispuesto a aprender.

—Al final, todo saldrá bien —afirmé. Era más una esperanza que otra cosa—. Supongo que pronto tomará su decisión. Y después, ya veremos lo que hacemos, claro.

Joe se limitó a asentir.

¡Joder, mira que tenía ganas de que Jean se decidiera de una vez! La incertidumbre me estaba volviendo loco.

—¿Vas a hablar con Lydia y con Nell acerca de esta visita? —preguntó Joe.

—Sí. Creo que debo ser sincero con ellas. Lo cierto es que todos hemos trabajado y aportado lo nuestro para sacar adelante el Dive Bar. Tienen derecho a saberlo.

—Pues yo me apuesto lo que sea a que no se lo vas a decir a tu novia. —Agarró un par de cacahuets, los arrojó al aire y los atrapó con la boca—. Has dicho que no quieres presionarla.

—¿Te parece mal o qué? —dije, mirándolo con el ceño fruncido.

—Pues no sé. —Se encogió de hombros—. Solo creo que, si todo va tan bien entre vosotros dos, ¿no te parece que deberías contarle lo que estás pensando?

No contesté.

—Porque cuando Alex y yo tenemos que decidir sobre algo que nos afecta a ambos, aunque sea un tema jodido, lo hablamos y tratamos de solucionarlo conjuntamente.

—Te estás olvidando de que yo no soy el padre biológico de Ada —dije—. Legalmente, yo no tengo nada que ver con la niña, no tengo ningún parentesco

con ella, así que no puedo tomar decisiones por ella.

Joe levantó las cejas.

—¿Qué significa ese gesto?

—Pues que me preocupa que, si no le hablas ahora acerca de este asunto, que es trascendental para vuestra vida, si lo dejas de lado, podría ser que algún día te arrepintieras —me dijo—. Eso es todo. No tendrá la más mínima pista de lo que te traes ente manos porque nunca le has hablado de ello. Ella podría pensar que no tienes el más mínimo problema en recoger y marcharte, mañana mismo, si hace falta, ¿no?

—Bastantes problemas tiene ella como para que yo añada uno más. No quiero que se estrese por mi culpa.

—¿Qué pasa? ¿Que piensas que te va a dar la patada por el hecho de tener una opinión?

—No.

Mi intención al dar una respuesta tan escueta era que se callara, pero no lo hizo.

—He visto la forma en la que se comporta contigo. Prácticamente desde el día en que llegó, los dos habéis estado colados el uno por el otro y los dos lo habéis demostrado a vuestra manera.

Juré entre dientes, pero en cierto modo me agradó escucharlo. De todas maneras, ya estábamos otra vez con esa manía de la gente de meter las narices donde no le importaba...

—Lo he tenido todo bajo control.

—¡No, qué va! Es una mujer adulta, Eric. Empieza a tratarla como tal. Habla con ella, cuéntale lo que has visto aquí y lo que piensas —dijo con tono serio, incluso duro—. Sé que estáis locos el uno por el otro, pero os tenéis que comunicar y comportar como adultos. No puedes evitarle todos los problemas, aislarla, a ella y a su hija, en una burbuja. Eso sería contraproducente a la larga.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo pensaré. ¡Madre mía, qué sermón!

—Me parece bien, hazlo.

Por desgracia, yo no me sentía nada bien pensando en hacerlo.

CAPÍTULO 18

—¡Eh!

—¿Cómo está mi chica favorita? —canturreé, mientras agarraba a Ada aproximadamente dos segundos después de que Jean hubiera entrado en el Dive Bar con ella en brazos. Era la noche posterior a la fatídica incursión de Joe y yo al bar-restaurante del complejo del lago, y no os podéis imaginar hasta qué punto tenía ganas de volver a estar otra vez detrás de una barra como dios manda. ¡Ya no podía soportarlo más! El pobre incauto que tuvo la gloriosa idea de pedir una paloma no sabía en lo que se había metido. En toda la historia de la humanidad, nadie había mezclado antes tequila con mosto de una forma tan artística y cuidadosa.

—Pues se nos ha ocurrido acercarnos a cenar algo y, de paso, haceros una visita —dijo Jean.

—Siempre sois bienvenidas —dije, robándole un beso—. La noche está bastante tranquila porque la tormenta ha hecho que mucha gente se haya quedado en casa. ¿Qué tal el día?

Jean se atusó el pelo.

—Muy ocupado. Oficialmente, eres el dueño de la mitad del armario.

—¿Primero me compras un cepillo de dientes y ahora me haces sitio en el armario?

Se ruborizó un poco.

—Me apetece que tú también te sientas como en tu casa. Sé que no te planteas dejar tu apartamento a corto plazo, pero...

—Así será más fácil —completé.

—Sí, exactamente —confirmó sonriendo.

—Gracias. —Le di unos golpecitos a Ada en el culote, hinchado por el pañal—. De todas formas, suena a que nos vamos a acoplar los tres en ese apartamento. ¿Eso es una señal?

—¿Te refieres a Florida? —preguntó, apoyando la frente contra mi hombro—. Sé que lo estoy postergando y que tengo que tomar una decisión. ¡De verdad que lo siento! Es como si fuera una especie de hoja que mueve el viento. Cada vez que llego a una conclusión acerca de qué es lo más conveniente, me entra el pánico y cambio de opinión.

—Eh, eh. —Ada me dio unos golpecitos en la nariz. Quería que le hiciera caso.

—¿Sí, Ada?

Me dedicó una sonrisa llena de babas.

—Inteligente y preciosa. —La besuqué en las mejillas regordetas hasta arrancarle una sonrisa—. Sí, eso es lo que eres.

—¡Muchas gracias! —gritó Joe desde detrás de la barra, haciéndose el bromista.

—Tú estate calladito, anda.

Mi hermano se echó a reír. Y Vaughan, que estaba sentado en la barra, lo acompañó. ¡Vaya par de idiotas!

—¡Pásame a la niña! —ordenó Nell, que apareció a mi lado y prácticamente me la quitó de las manos a la fuerza. Aunque tampoco tuvo que luchar mucho, teniendo en cuenta que estaba enorme. Le habría dicho hacía tiempo que se fuera a casa a prepararse para el parto, pero no lo hice porque no me habría hecho caso.

Antes de que me diera cuenta, Rosie se había unido al grupo, apartándome también para hacerle cucamonas a la niña. No podía reprochárselo. Ada había desarrollado la teatral costumbre de mirar fijamente a la gente durante unos cuatro segundos e, inmediatamente después, dedicarle una sonrisa radiante, que le iluminaba la cara y te hacía pensar que eras lo mejor del mundo.

—Ven —le dije a Jean mientras la tomaba de la mano y la llevaba a una mesa cerca de la barra, por si hacía falta que me acercara para cualquier cosa—. ¿Qué te apetece comer, cariño? ¿Tienes hambre?

—¿Cómo van las cosas, Jean? —preguntó Joe.

—Bien —contestó sonriendo—. ¿Y qué tal os va a Alex y a ti?

—Estupendamente, gracias. —La maravilla barbuda siguió secando vasos—. Últimamente hemos hablado de montones de cosas, prácticamente de todo.

Jean se limitó a pestañear, un tanto desconcertada.

—Mmm. Estupendo.

—La comunicación es la piedra angular sobre la que debe construirse cualquier relación sólida —intervino Rosie por alguna maldita razón. No tenía ninguna gana de escuchar sus sabios consejos y menos en este momento—. ¿No estás de acuerdo, Eric?

—Por completo —confirmé—. Parece que todos habéis estado hablando mucho últimamente, desarrollando relaciones y construyendo otras nuevas, por lo que se ve.

—Bueno, es que somos una familia. —Nell se acercó, llevando a Ada en brazos.

—¿Ah, sí? —pregunté, levantando una ceja.

—Sí —insistió—, aunque a veces discutamos, hasta el punto de llegar casi a la violencia.

—Sustituye «a veces» por «muy frecuentemente» —corregí—. ¿Podéis dejar de hacer esto, por favor?

—Para empezar, nos afecta a todos, pero, además, estoy convencida de que es lo que quieres que hagamos.

—¿Ahora eres capaz de leer la mente de las personas, Nell? ¿De verdad? —Me agarré al borde de la mesa, procurando mantener la calma—. Es su decisión. Tenéis que manteneros al margen.

Nell alzó la barbilla. Su pelo rojo intenso brillaba a la luz de las lámparas. Supongo que ya se iba a ir a su casa, porque no llevaba el gorro de chef.

—Y como es mi amiga, le tengo el respeto suficiente como para contárselo todo.

Sentada a mi lado, Jean se puso tensa y se acercó a mí un poquito más.

—Bueno, vamos a ver... ¿qué demonios pasa aquí?

—¿Le quieres? —preguntó Nell, con la mirada clavada en los ojos de Jean.

Se quedó con los ojos a cuadros, no dijo nada.

—Porque él sí que te quiere a ti. —Nell cambió de sitio a Ada, acoplándola a

la forma y al tamaño de su tripa—. Te digo muy en serio que estaba convencida de que no vería el día en el que Eric subordinara sus propios intereses a los de otra u otras personas. No, no te enfades. No tengo la menor intención de insultarle. Simplemente describo su manera de ser... hasta que apareciste tú, Jean.

—¿A dónde quieres ir a parar con todo esto? —preguntó, inclinando la cabeza.

—¿Le quieres?

—Tranquila. No tienes por qué contestar a eso —dije en tono calmado.

—Trabajó con sus propias manos para construir este sitio —continuó Nell, hablando con mucha determinación. ¡Maldita sea!—. Y soy la primera en admitir que algunas veces ha hecho el vago, que ha llegado tarde o que se ha marchado antes de tiempo, pero eso se acabó hace un tiempo. Siempre ha preparado las bebidas dándolo todo, incluso cuando, por otras razones, me sacaba de mis casillas. Me da la impresión de que piensa que es un mago de los cócteles o algo así, no lo sé, pero lo cierto es que ha nacido para mezclar bebidas como nadie, eso de ahí es su barra y de nadie más.

—Bien —dijo Jean en voz baja.

—Te estoy pidiendo que te quedes aquí y no te vuelvas a Florida.

—¡Mierda! —susurré.

—Sé que echarás de menos a tus padres algunas veces. Pese a todas las putadas que te hicieron, siguen siendo tu familia —continuó Nell—, pero deja que nosotros seamos tu otra familia. Nunca os abandonaremos, ni a Ada ni a ti, lo prometo. No va a ser una situación temporal, te lo aseguro. Nieve, haga sol, truene o llueva, o sea, pase lo que pase, estaremos aquí para ayudaros. A las dos.

—Así será —intervino Joe—, simplemente danos la oportunidad de demostrártelo.

—¡Os habéis puesto de acuerdo para acosarla en grupo! —dije poniéndome en pie de repente y tirando la silla al suelo al hacerlo—. No tenéis derecho, no es justo.

Mi hermano, Vaughan, Nell, Rosie y Taka formaban un círculo a nuestro alrededor. No sé si lo habían organizado a propósito, pero no me pareció bien. Era como una especie de banda de idiotas... que nos querían.

—No, Eric, no te preocupes —dijo Jean estirando la mano para agarrar la mía

—. Está bien. Quería escuchar esto. Necesitaba escucharlo.

—El muy bobo piensa que eres una frágil princesa o algo semejante y que necesitas protección y amparo, una especie de urna de cristal. Y por eso no quiere presionarte haciéndote saber que una parte importante de sí mismo quedaría destruida si vendemos este bar a un grupo de inversores a los que solo les importa el dinero. Pero yo sé que tú no eres tan frágil —afirmó Nell, sonriendo suavemente—, al contrario, eres fuerte. Para empezar, si no lo fueras, no habrías tenido el coraje de venir hasta aquí tú sola, embarazada y a pocos meses de dar a luz. Sé que has tenido tus altibajos, pero también sé que has sido feliz aquí. Te agradeceríamos mucho que te quedaras, Jean, por favor. Puede que seamos egoístas, pero no queremos perderos.

Muy despacio, le apreté los dedos y la miré a los ojos intensamente. Ella también me miró y después fue paseando la mirada por todos y cada uno de los miembros del círculo de personas que la rodeaban. A los que, por cierto, estaba a punto de matar con mis propias manos por meterle tanta presión. No tenía ni idea de qué estaría pensando ella ahora.

—Yo no te considero una frágil princesa —dije con voz ronca—, pero te quiero, te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero muchísimo.

¡Por Dios, mi corazón! Prácticamente lo escuchaba retumbar. Me froté el pecho con la palma de la mano, intentando que se calmara.

—Te debería haber dicho esto antes —dijo sonriendo—, lo que pasa es que... me daba mucho miedo comprometerme con nada ni con nadie. Quiero decir contigo, con permanecer aquí, etcétera.

No dije nada. Me limité a esperar.

—Fundamentalmente, me daba miedo que ocurriera algo y que te perdiera —dijo—. Quiero decir, que me quedara aquí y que lo nuestro no funcionara, algo parecido a lo que pasó en Florida y que me hizo decidirme a venir para acá.

—Decidas lo que decidas, no vas a perderme, te lo aseguro —dije, levantándola de la silla y abrazándola.

Vi cómo le corría una lágrima por la mejilla y volví a soltar un juramento.

—Estoy bien —dijo, y después señaló hacia el punto donde estaba Joe—, pero, Eric, ellos tienen razón: es tu bar y, en realidad, Florida ya no es mi hogar. Los mejores recuerdos de mi vida están aquí.

—¿Qué estás diciendo?

Jean elevó los hombros y aspiró con fuerza.

—Quedémonos aquí. Quiero quedarme.

—¿Estás segura?

Asintió y le corrieron más lágrimas por las mejillas. Tenía sus preciosos ojos muy rojos.

—No llores más, por favor —dije, acariciándole suavemente las mejillas—. Me estás matando de pena, cariño.

—Estoy muy feliz.

—¿Y entonces por qué lloras?

—No lo sé.

Sonreí y volví a envolverla en mis brazos. Y todos los estúpidos que estaban a nuestro alrededor, o sea, nuestra familia, empezaron a vitorear. Alguien sugirió que abriéramos una botella de champán, pero Joe tuvo el buen sentido de empezar a llenar vasos de cerveza. Noté que me daban palmaditas en la espalda, igual que a Jean. Pensé que, quizá, después de todo y en cierto modo, tenía que agradecer su ayuda.

—Tenía que haber hablado contigo —dije, apoyando el brazo sobre su pelo.

—Bueno, al final hemos llegado a dónde debíamos —dijo, sorbiendo las lágrimas—. Eso sí, con un poco de ayuda.

—¡Eh! —gritó Ada, que siempre sabía exactamente qué era lo que tenía que decir.

EPÍLOGO

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres hacer? —preguntó Nell mientras sostenía en brazos a Samuel, su bebé recién nacido.

—Sí —contesté—, absolutamente seguro. Me da igual que se considere un cliché. Quiero hacerlo.

—Muy bien. —Juntó las cejas pelirrojas y lanzó una mirada en dirección a Jean, que, sin tener ni idea de lo que estábamos hablando, charlaba despreocupadamente con Joe, ambos sentados en la gran mesa central—. ¿Crees que ella se lo imagina?

—No tiene ni la más mínima pista.

Nell continuó acunando a Samuel. Cada vez que miraba al pequeñín aparecía en su cara un gesto de satisfacción. Era muy dulce.

—Vas a tener que hacer un discurso, ya lo sabes.

—¿Cómo dices? —¡Mierda!—. Ya lo iré viendo sobre la marcha.

—¿Seguro que no quieres hacerlo de una manera más íntima y romántica, cuando estéis los dos solos? —preguntó.

Desde luego, Nell era la mejor a la hora de inspirar confianza en uno mismo.

—No. Lo prefiero así.

Era una noche tranquila en el Dive Bar. La noche perfecta para lo que tenía planeado. Habíamos llamado a todos para una cena de grupo. Oficialmente, el motivo era que Lydia, Nell y yo habíamos rechazado la oferta de compra que nos habían presentado los dueños del complejo. Después de que rechazáramos su propuesta inicial, habían insistido con otra bastante mayor, por escrito. Pero una

vez que Jean decidió quedarse en la ciudad, no había ninguna razón para vender. En el fondo, todos estábamos muy unidos al lugar, era nuestro bar en todos los sentidos, nuestra segunda casa.

Fuera, el tiempo era cálido, lo típico del verano en Coeur d'Alene. La nariz de Jean todavía estaba un poco colorada, como resultado de nuestra visita a la playa del día anterior. A Ada le encantó el agua, a pesar de la cantidad de puñetazos y de gritos que soltó durante su baño. ¡Cualquiera sabe qué es lo que pasa por la cabeza de una niña de meses! La verdad es que era bastante complicada para ser tan pequeña. Lo que a mí me parecía era que, de vez en cuando, le gustaba sentirse libre para gritar y también para hacerse oír, como diciendo: «¡Aquí estoy yo!», quizá tuviera talento para gritar, a lo mejor dentro de algunos años se convertiría en líder y cantante de un grupo de *rock*, y toda esta práctica le podía venir muy bien como entrenamiento. ¡Sería perfecto!

—¿Y qué pasa si se lo traga? —preguntó Nell, volviendo a mirarme preocupada.

—¡No es una niña pequeña! —contesté gruñendo—. Además, es una piedra bastante grande. Tranquila, que no se lo va a tragar.

—De acuerdo.

—Me estás poniendo nervioso con tanta pregunta, Nell —me quejé, malhumorado—. ¡Ya está bien!

—Solo quería...

—Has leído demasiados libros sobre niños. No hay ningún peligro de ahogo —insistí—. Solo le voy a pedir que se case conmigo.

—¡Calla! Muy bien, tío Eric. Hijo, sabemos dónde no se nos quiere —espetó Nell, dirigiéndose a Samuel—. ¿A que sí, mi niño? —Rodeó la mesa para marcharse. Pat se acercó a ella y tocó con mimo la manita del pequeño Samuel. La verdad es que formaban una familia estupenda, magnífica. Todo acaba y empieza en eso, en la familia.

De repente, supe exactamente qué era lo que iba a decir. La mesa se llenó de botellas de champán y Lydia me dirigió una intencionada mirada. Así que había más gente que sabía lo que iba a ocurrir esta noche, aunque no la suficiente como para estropearle la sorpresa a quien se la iba a llevar.

—¡Me gustaría hacer un brindis! —dije, en voz lo suficientemente alta como para que todos los cabezas de chorlito se callaran. Me refiero a mi familia. Con

la excepción de mamá y papá, que en ese momento estaban en Hawái. Habían repetido. Bien por ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosie, llena de curiosidad.

Le pasé a Jean una copa de champán y yo me quedé con otra. Le brillaban los ojos azules y en los labios le bailaba una sonrisa. ¡Mira que era guapa! Y estaba conmigo. Mi intención era que todo siguiera así. Ada estaba sentada a su lado en una trona de bebé, intentando alcanzar algo inalcanzable para metérselo en la boca: una servilleta, un cubierto, cualquier cosa. Nuestra nueva misión en la vida era poner las cosas lejos de su alcance. Supongo que dicha obligación se mantendría durante bastantes años.

¡Ah, la paternidad, qué cosa tan maravillosa!

—Por mis chicas, Jean y Ada —dije, alzando la copa—. Habéis llenado mi vida de pura alegría.

—¡Pero si fuimos nosotros! —protestó Joe en tono burlón. Por supuesto, lo ignoré.

—Antes de que aparecierais en mi vida, no tenía claro qué quería ni lo que hacía. Era como navegar sin rumbo, no sé si me explico —dije—, seguir la corriente, el camino fácil.

—¡Pues poner pañales no es nada fácil ni agradable! —se lamentó Pat con voz quejumbrosa.

Nell le riñó para que se callara. ¡Dios! ¿Estaba llorando? ¿Ya?

Negué con la cabeza.

—Pues si ya te has asustado con la escasa caquita que suelta ahora, ni te cuento lo que te espera. ¡Te lo digo yo!

Pat soltó una carcajada.

—Bueno, vuelvo al motivo del brindis. —Levanté la copa un poco más—. Quería hacerte una pregunta, delante de nuestra familia y de nuestros amigos. Por vosotras, Jean, Ada, mis preciosas y maravillosas chicas, habéis llenado mi corazón y mi vida y ya no me puedo ni siquiera imaginar sin vosotras dos.

La sonrisa de Jean no podía ser más amplia, también tenía los ojos húmedos. Después, con uno de los brazos rodeando la cintura de Ada, levantó la copa de champán y se la llevó a los labios. Incluyó la cabeza, aunque solo un poco, pero de todas formas me estremecí del susto.

—¡Joder, no bebas todavía! —grité, presa del pánico—. ¡Hay un anillo

dentro!

Abrió unos ojos como platos.

—Tengo la garganta seca. ¡Espera! ¿Qué has dicho?

Hasta Ada se me quedó mirando. Le temblaba la boca, probablemente por el ruido. Yo respiré hondo y sonreí.

—Perdona, cariño, no pretendía asustarte, pero es que en tu copa hay un anillo de compromiso. Casi prefiero que no bebas todavía, no sea que te ahogues...

Así que Nell tenía su parte de razón. ¡Maldita sea! Aunque ocurría muy a menudo, seguía sin gustarme nada.

—¿Un anillo? —Jean miró dentro de la copa y levantó las cejas hasta el cielo—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Quieres casarte conmigo?

Ada pegó un buen grito, seguro que diciendo algo muy importante, aunque absolutamente indescifrable. Otros mostraron su sorpresa y su alegría, pero a mí solo me importaban mis chicas.

—¿Casarme contigo? —repitió Jean, que todavía parecía completamente atónita—. ¿De verdad?

—Sí —confirmé, tragando saliva—. Eso es lo que te acabo de pedir, aunque un poco atropelladamente. Hasta iba a hacer un discurso...

—¡Guau!

—¿Quieres que tome en brazos a Ada? —se ofreció Lydia con una sonrisa.

—Gracias.

En el momento en el que soltó a nuestra niña, Jean metió la mano en la alargada copa y agarró el diamante. Sorpresa, entusiasmo, más sorpresa y bastantes más emociones cruzaron su expresivo rostro. Y también determinación, mucha determinación. Estaba claro que quería ese anillo.

—¿Me vas a responder? —pregunté, intentando aparentar que no estaba muy preocupado; para ser sinceros, estaba nervioso como un flan.

—Muy bien, entendido. —Levantó el anillo como si fuera un trofeo—. ¡Mira, es precioso! ¡Me encanta!

—¿Eso es un sí? ¿Jean?

Al fin, bajó el anillo, se lo puso en el dedo y me miró emocionada.

—¡Por supuesto que quiero casarme contigo!

¡Cristo, qué sonrisa! ¡Casi se me rompen las comisuras de los labios! ¡Fue enorme!

—¿De verdad?

Prácticamente saltó de la silla y me abrazó.

—¡Sí, sí, sí!

—¡Muy bien! ¡Estupendo! —Sentí una oleada de alivio y satisfacción—. ¡Guau!

—Te quiero, Eric.

—Yo también a ti, cariño.

Mi hermano Joe se levantó y alzó la copa.

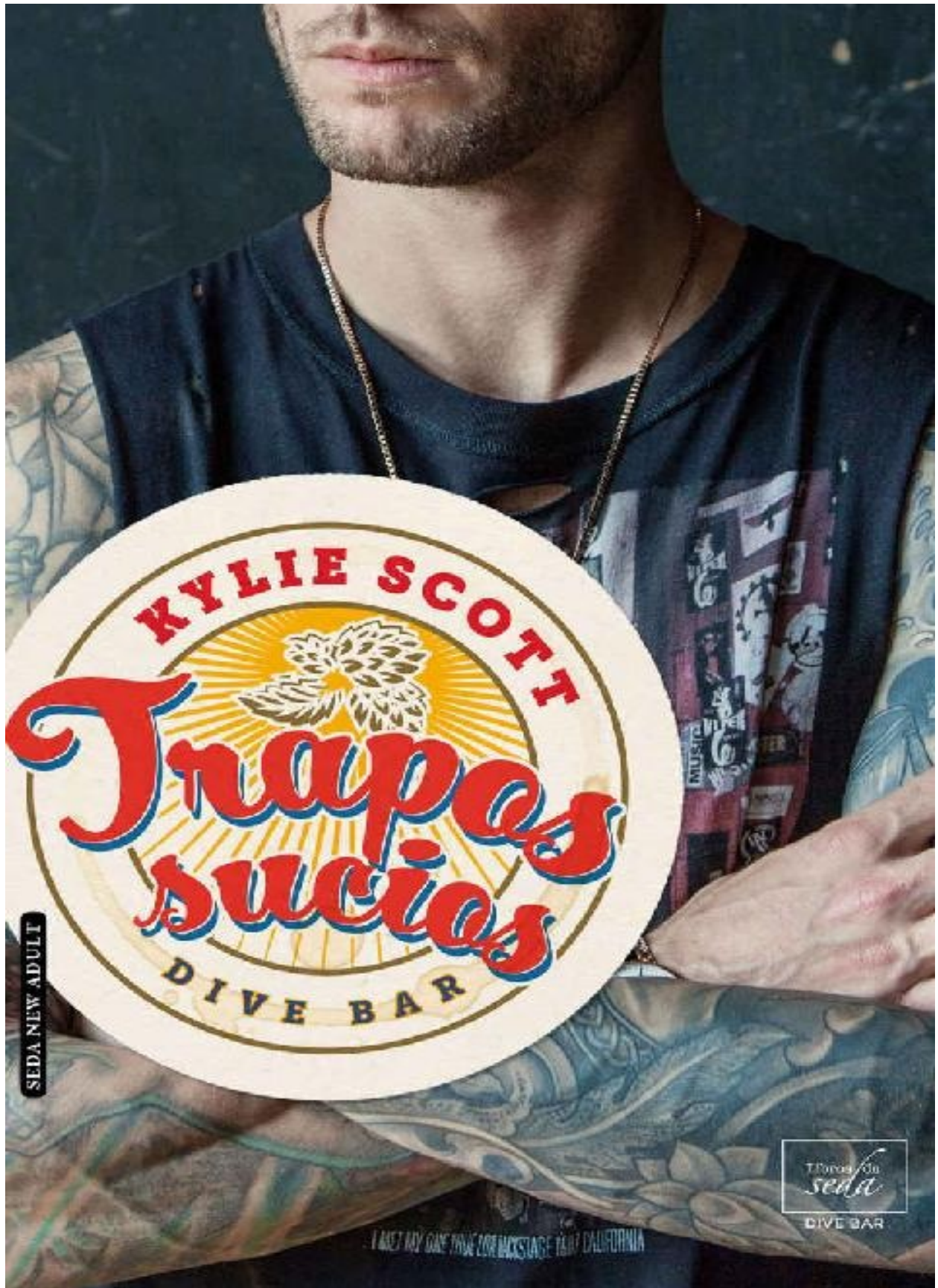
—¡Por Jean y Eric!

—¡Y por Ada! —añadió Nell.

—¡Por Jean, Eric y Ada! ¡Felicidades a los tres!

Hubo vítores, aplausos y ruidos de tapones de nuevas botellas que se abrían. Hasta Ada pareció captar el enfervorizado ambiente y soltó su preciosa risa de bebé. Samuel se despertó dando un grito, pero Nell lo calmó enseguida a base de besos y carantoñas. Tenía a mis chicas, tenía a mi familia, tenía mi bar. ¿Qué más podía pedir?

Todo estaba bien, muy bien.



SEDA NEW ADULT

Tropas Sucias
seda
DIVE BAR

1 AND 7 ANY ONE TIME 20% BACKSTAGE TALK CALIFORNIA

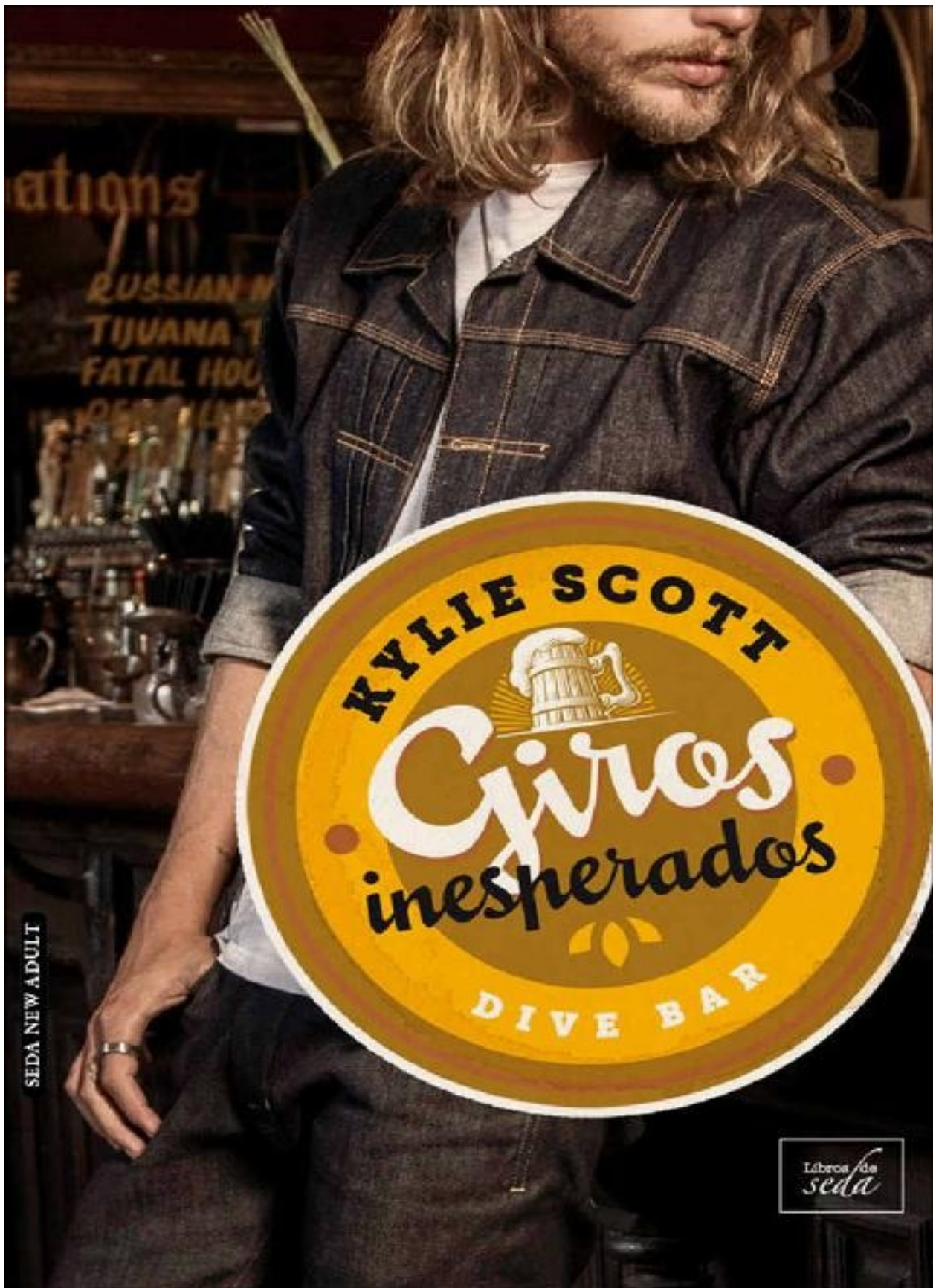
TRAPOS SUCIOS

Darte cuenta el día de tu boda de que tu novio es gay puede ser muy duro... y huir y acabar escondiéndote en la bañera de la casa de un desconocido puede tener consecuencias imprevisibles.

Vaughan Hewson vuelve al que fue su hogar cuando era niño y, al hacerlo, se topa con una novia metida en la ducha a quien según parece acaban de romperle el corazón. Menudo hallazgo: es lo último que esperaba encontrarse.

Lydia Green no sabe si quemar la iglesia donde estaba a punto de casarse o quedarse llorando en un rincón. Y es que descubrir el día de tu boda que el amor de tu vida está teniendo una aventura no es poco. Y es peor aún cuando te enteras de que la está teniendo con el padrino de tu boda. ¿Cómo ha podido suceder algo así? Ella siempre había imaginado que se casaría con un hombre de negocios maravilloso y perfecto... ¡Y menudo fiasco! Vaughan, ex músico convertido ahora en barman, le parece todo menos delicado: más bien es alguien rudo e inestable.

Sin embargo, ¿por qué no intentarlo de nuevo con alguien totalmente distinto?



SEDA NEW ADULT

Libras de
seda

GIROS INESPERADOS

Lo que empezó siendo una relación por Internet... ¿Podrá convertirse en algo más?

Eric Collins ha perdido el interés por conocer mujeres en Internet, así que, su hermano Joe, que también trabaja en el Dive Bar, decide cerrar su perfil porque a él tampoco le interesa, hasta que lee los mensajes que ella ha escrito...

Alex Parks es divertida, amable y bonita, todo lo que él ha estado buscando siempre en una mujer. En poco tiempo, ambos inician una relación por email durante la que se cuentan incluso sus secretos más oscuros... Y es que, cuando se trata de amor, lo mejor es ir al grano en lugar de dar rodeos.